

Fragmentos apocalípticos de María Valtorta

Jorge Alberto Vásquez González



Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. *Lc* 18, 8; *Mt* 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. *Lc* 21, 12; *Jn* 15, 19-20) desvelará el «misterio de iniquidad» bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un seudomesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (cf. *2 Ts* 2, 4-12; *1Ts* 5, 2-3; *2 Jn* 7; *1 Jn* 2, 18.22).

Catecismo de la Iglesia Católica, § 675

Índice

Prólogo.....	4
1. El Israel de Jesucristo	14
2. La gran apostasía y la gran tribulación	26
3. El Anticristo dual	39
4. La tregua.....	70
5. La Parusía.....	111
6. Los siete truenos	133
7. Los dos testigos.....	146
8. La resurrección.....	162
9. El Juicio final	176
10. La Jerusalén celeste	195
Epílogo	208
Bibliografía	252

Prólogo

1. Este ensayo se limita a recoger, según un orden temático, algunos fragmentos de la escritora mística María Valtorta, concernientes a lo apocalíptico. Esta sencilla italiana nació en Caserta en 1897 y murió en Viareggio en 1961. Como si fuera una experta historiadora, geógrafa, arqueóloga, botánica, bióloga y, sobre todo, teóloga, pero sin haber visitado nunca la Tierra Santa ni haber sido doctora de formación, dio a luz un libro minucioso, con vívidas descripciones y hermosos discursos, que parece increíble que hubiera llegado a ser tan sabia y elocuente: *El Evangelio como me ha sido revelado*, conocido primero como *El Poema del Hombre-Dios*, impreso en Italia en 1950, «y desde aquí, sin publicidad alguna, se ha propagado por todos los rincones de la Tierra».¹

Ha suscitado los más dispares sentires y polémicas. Es claro que no es “necesario” para la fe cristiana, pues ya poseemos el austero tesoro del Evangelio canónico, donde se dice lo esencial para salvarse, pero sí puede considerarse un plus, una joya recomendable para el fortalecimiento del espíritu. Es de lectura grata y provechosa, pese a los críticos demasiado prudentes sobre su ortodoxia. No comparto la injusta apreciación que sobre la Obra se halla en un artículo del 6 de enero de 1960 del periódico *L'Osservatore Romano*: «Una vida de Jesús malamente novelada».

La Obra misma es armoniosa y poética. El resultado, diez tomos macizos en la tercera edición italiana, puede valorarse como un milagro. ¿Acaso existe hoy un libro de literatura que le supere en fuerza y edificación? Todavía, algo relegado en el medio editorial, no goza del prota-

¹ Cf. esta página web oficial y de interés: <http://www.obramariavaltorta.org/>

gonismo que merece. ¿Qué genio, a menos que esté divinamente inspirado, podría ser a la vez tan artístico y prolífico, tan fiel y creativo sobre la vida terrena de Jesús de Nazaret, narrada desde la infancia de la Virgen hasta la fundación de la Iglesia y la Asunción? Si bien en el libro de Valtorta se nota el estilo "humano" y castizo de la portavoz y amanuense, predomina el "sobrehumano" del autor príncipe, verdaderamente musical y espléndido: el Verbo.

La beata Anna Katharina Emmerick († 1824) también relató magistralmente la vida de Jesús y legó coincidentes cuadros proféticos, tan mentados hoy por los católicos en los sitios web, sobre la falsa Iglesia y los dos Papas en Roma. Es destacable entre los investigadores, dicho sea de paso, la cuestión del verdadero lugar de la Asunción de la Virgen. Para Valtorta, fue desde el Getsemaní (V1, 651), donde, después de la Ascensión del Señor, vivió con el apóstol Juan en una casita donada por Lázaro de Betania. Devastada por los romanos durante la destrucción de Jerusalén y dispersadas sus ruinas por los siglos, más tarde se erigió un santuario en las proximidades de esta casita: la Abadía de Hagia María.² Por el contrario, Emmerick, campesina y monja alemana, revela que fue cerca de Éfeso: dadas sus visiones, se descubrió la antiquísima casa donde presuntamente residió la Virgen, denominada Panaya Kapulu y visitada por los Papas.³ La ambigüedad es objeto de controversia.

¿Cómo conciliar ambos aspectos marcadamente contradictorios, si sobre los puntos críticos (Natividad, Crucifixión, Resurrección) puede haber similitudes, incluso complementos? Ante todo, reconocidas las acentuadas diferencias de estilo entre ambas místicas, conviene caracterizar sus visiones. Las de Emmerick, que narra con el pretérito —su ama-

² Cf. https://es.wikipedia.org/wiki/Abadía_de_Hagia_María

³ Cf. https://es.wikipedia.org/wiki/Casa_de_la_Virgen_María

nuense fue Clemens Brentano—, se perciben circunspectas y lejanas, como si tuviera que recordarlas y luego referirlas. Hay descripciones detenidas y concisas, pero los hechos son sumarios, a veces lacónicos, y apenas se encuentran diálogos directos. Las de Valtorta, que típicamente narra con el presente, pueden apreciarse mucho más persuasivas y verosímiles, tan vivaces e inmediatas como si se estuviera presenciando una película grabada con alta fidelidad, donde entra una multitud de sensaciones —no solo visuales, sino auditivas, olfativas, gustativas, táctiles—, y si bien procura describir a mano todo lo posible, intercala abundantes diálogos realistas y polifónicos, que descuellan por la exclusividad de la voz y psicología de cada personaje. Es difícil lograr tales matices, más cuando hay tanta gente como un pueblo entero. Así, al hablar Jesús, no es el registro de Valtorta: es inconfundiblemente el de Él, siempre íntegro y coherente —incluso en *Los Cuadernos*—, y lo mismo se aplica a la Virgen y los Apóstoles, que poseen rasgos expresivos. Siendo una obra claramente moderna, da la impresión de que vino en el momento oportuno para ser leída en su tiempo y en la posteridad. Ya el arte de la novela, desde Miguel de Cervantes hasta Marcel Proust y James Joyce, había llegado a la adultez, y el Evangelio valtortiano puede considerarse como una novela teológico-histórica, de constitución acaso renacentista, con galas retóricas, encumbrados pensamientos y sentimientos, rebotante de gracia y riqueza.

Es cierto que los textos de Emmerick nunca estuvieron en el Índice de libros prohibidos y que adquirieron la aprobación eclesiástica. Asumiendo que las visiones de ella y de Valtorta no son reprobables, no quedan más que hipótesis para dirimir la antítesis con respecto al lugar de la Asunción de la Virgen. Sea como fuere, solo podría haber existido un cenotafio en su honor. A propósito, dice Jesús a Valtorta, aludiendo tal

vez a un pasaje de Emmerick acerca del entierro de la Virgen y al que califica de *leyenda*:

Vuestra leyenda dice que había sólo flores en el sarcófago de María, vuelto a abrir por Tomás. El sepulcro de María no devoró su cuerpo. Nunca estuvo allí el cuerpo de María. María no murió. Con su cuerpo se unió al espíritu que la había precedido. Invirtiendo las leyes usuales según las cuales el éxtasis termina cuando el espíritu regresa al cuerpo, el cuerpo de María volvió al espíritu tras haber yacido en el lecho fúnebre.

[...] No tenéis reliquias del cuerpo y de la tumba de María porque María no tuvo una tumba. Su Cuerpo subió al Cielo. Y allí os espera mientras ruega a su Hijo por vosotros (V2, 5 de enero de 1944).

2. Por desgracia, impresa sin el requerido trámite del *Nihil obstat* e *Imprimatur*, la primera edición de la Obra de Valtorta fue incluida en el Índice de libros prohibidos en 1959 por un decreto del Santo Oficio durante el papado de Juan XXIII, lo que le hubiera atraído un cierto desdén. Joseph Ratzinger, cardenal y futuro Benedicto XVI, en una famosa carta que divulgó para todos los obispos del mundo en 1993, expone de manera reglamentaria: «Las “visiones” y “dictados” referidos en el trabajo, *El Poema del Hombre-Dios*, son simplemente la forma literaria utilizada por el autor para narrar en su propia forma la vida de Jesús. No pueden ser consideradas de origen sobrenatural». Este criterio final respetó un protocolo eclesiástico, por el que la Obra fue clasificada en la tercera condición: *non constat de supernaturalitate*. No la estaba prohibiendo ni desaconsejando, pero sí, quizá tácitamente, permitiendo con este condicionante su libre publicación, cuando ya el Índice estaba abolido desde 1966 por Pablo VI. Con todo, el Índice no pierde su autoridad

moral, su advertencia. Lo bueno es que Valtorta no fue entonces condenada por herejía.⁴

En otras palabras: no hay (todavía) manera de demostrar que las visiones y dictados sean de origen divino. Por lo tanto, se entiende que no pueden ser consideradas de origen sobrenatural. Ni se afirma ni se niega que lo sean. Sospecho que la respuesta de Ratzinger, bastante discreta, es cauta, para evitar desviaciones en los fieles, pero no comprometió el avance del conocimiento del Poema.⁵

Estimo que el autor de él, más que Valtorta, es propiamente Jesús, y así sería ventajoso aceptar el diplomático mensaje de Ratzinger: las visiones y dictados «son simplemente la forma literaria utilizada por el autor para narrar en su propia forma la vida de Jesús», porque de lo contrario sería inconcebible: Valtorta, enferma, «crucificada en la cama» (V1, 456), con una cultura muy restringida, no la narró cabalmente en su propia forma, esto es, a su manera o a su gusto, sino conforme al plan del Señor, quien le daba las visiones y dictados y le concedía, sin embargo, las descripciones y los giros personales en la prosa, y así ella le colaboraba en la sufrida realización evangelizadora del libro prodigioso.

Felizmente, el obispo Roman Danylak le otorgó el *Nihil obstat* e *Imprimatur* en 2002 en Roma.⁶ El padre San Pío de Pietrelcina, por lo demás, aprobó los escritos de esta mística.⁷

⁴ Sobre este asunto, cf. <http://info-caotica.blogspot.com/search/label/VALTORTA>

⁵ Sobre las dificultades del proceso de su aprobación, cf. <http://www.maria-valtorta.net/>

⁶ Sobre su opinión de la Obra, cf. <http://www.bardstown.com/~brchrys/ImprmaSp.html>

⁷ Sobre su relación con Valtorta, cf. <http://fondazionemariavaltortacev.org/es/testimonianze>

3. El texto español del Evangelio valtortiano que aquí se cita, directamente traducido del italiano —ignoro desde cuál edición, porque allí no se dice—, es digital, disponible en una página web de Internet.⁸ Contiene siete archivos de PDF, aparte del índice, y pese a sus erratas y descuidos, es confiable. La edición impresa del Centro Editorial Valtortiano (CEV) publicada en 2002 y traducida de la tercera edición del italiano por Alberto Giralda Cid consta de diez volúmenes.

Aparte del Poema, *Los Cuadernos de Valtorta*, escritos entre 1943 y 1950, son un complemento indispensable. Publicados todos también por el CEV, sita en Isola de Liri, son traducidos del italiano: los de 1943, por Lourdes Grosso García (1996), y los de 1944 y de 1945-1950, por A. Carmen Massari Acquavella (2003 y 2005, respectivamente).⁹ Además, de las *Lecciones sobre la Epístola de San Pablo a los Romanos*, otra obra de Valtorta, impresa en Zaragoza por Gorfisa, editada en 1977 por Emilio Pisani y traducida del italiano por Santiago Orta Simón (s. f.), se mencionará un fragmento.

A fin de ordenar la citación, *El Evangelio como me ha sido revelado* se simplificará como V1; *Los Cuadernos*, como V2, y *Lecciones sobre la Epístola de San Pablo a los Romanos*, como V3. Para el primer texto se consignará solamente el capítulo; para el segundo, la fecha; para el tercero, la página.

Valga esta advertencia sobre el Poema. Quien aquí habla es Jesús:

La Obra que se les da a los hombres a través [de María Valtorta] no es un libro canónico, pero siempre es un libro inspirado que Yo os dono para ayudaros a entender determinados pasajes de los libros canónicos y,

⁸ Cf. <https://sites.google.com/site/mariavaltort/>

⁹ Sobre el CEV, cf. <https://mariavaltorta.com/la-fondazione/>

en especial, para comprender lo que fue mi tiempo de Maestro y para ayudaros a conocerme a Mí, que soy la Palabra, en mis palabras. Ni Yo ni mi portavoz decimos que la Obra es un libro canónico. Tanto menos lo dice mi portavoz, que sólo sabe amar y obedecer (y eso me basta, pues no deseo nada más de mi portavoz) y que, dada su absoluta ignorancia en este ámbito, ni siquiera sabe distinguir la teología dogmática de la mística o de la ascética, ni conoce definiciones sutiles ni las conclusiones de los Concilios. Mas en verdad os digo que es un libro inspirado, pues el instrumento no es capaz de escribir páginas que ni siquiera comprende si Yo mismo no se las explico para quitarle el temor (V2, 28 de enero de 1948).

Es un libro inspirado que no constituye una *continuación* de la Revelación, sino una *profundización*. La Revelación se completó hasta el Apocalipsis. Dicho libro pertenece, pues, a la categoría de las revelaciones privadas, que siempre, a la luz del criterio de la Iglesia, han de discernirse con la debida cautela. Aconseja San Pablo: «No extingáis el Espíritu, ni despreciéis las profecías; sino examinad todas las cosas, retened lo bueno» (1 Tes 5, 19-21).

El Poema de Valtorta no pretende suprimir, modificar o sustituir la ya concretada Revelación del Evangelio canónico, que es fundamental, sino solo reiterar complementando, amplificando los pormenores históricos y doctrinales.

El «último Apóstol» es Juan el Evangelista, como le dicta Jesús a su discípula:

Y si objetáis que la revelación se cerró con el último Apóstol y no había nada más que añadir, porque el propio Apóstol dice en el Apocalipsis:

«Si alguien añade algo, Dios pondrá en él las plagas escritas en este libro» (22, 18), y ello puede entenderse respecto a toda la Revelación, de la que el Apocalipsis de Juan es la última coronación, Yo os respondo que no se ha hecho con esta obra añadidos a la Revelación, sino que se han colmado las lagunas que se habían producido por causas naturales y por decisiones sobrenaturales. Y si Yo me he querido complacer en reconstruir el cuadro de mi divina Caridad de la misma manera como lo hace un restaurador de mosaicos, que pone nuevas las teselas deterioradas o que faltan, restituyendo al mosaico su completa belleza, y me he reservado el hacerlo en este siglo en que la Humanidad se hunde en el Abismo de tinieblas y horror, ¿podéis prohibírmelo vosotros? ¿Podéis, acaso, decir que no lo necesitáis, vosotros que tenéis el espíritu tan obnubilado, sordo, mortecino, para las luces, voces y propuestas de arriba? (V1, 652).

«Sí, el Apocalipsis es un libro de revelaciones; es más, concluye la gran Revelación, pero también es un libro profético» (V2, septiembre-noviembre de 1950). El Poema de Valtorta se ofrece además como un remedio contra el modernismo. Habla Jesús:

Entre muchas otras razones que mi portavoz conoce, la razón más profunda del don de esta Obra consiste en que en estos tiempos, en los que el modernismo condenado por mi Santo Vicario Pío X se corrompe en doctrinas humanas cada vez más dañosas, la Santa Iglesia, que mi Vicario representa, tenga más material para combatir a quienes niegan: el carácter sobrenatural de los dogmas; la divinidad de Cristo; la verdad del Cristo Dios y Hombre, real y perfecto tanto en la Fe como en la historia que nos ha sido transmitida a su respecto (Evangelio, Hechos de los Apóstoles, Epístolas apostólicas, Tradición); la doctrina de Pablo y Juan y de los Concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia y otros más recién-

tes, como mi verdadera doctrina, enseñada por Mí, ya sea verbalmente o inspirada; mi sabiduría, ilimitada porque es divina; el origen divino de los Dogmas, de los Sacramentos y de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica; la universalidad y continuidad hasta el final de los siglos del Evangelio dado por Mí y a todos los hombres; la perfecta índole de mi doctrina desde el principio, pues no se ha formado tal como es a través de sucesivas transformaciones, sino que ha sido dada así: doctrina de Cristo, del Tiempo de Gracia, del Reino de los Cielos y del Reino de Dios en vosotros, divina, perfecta, inmutable, Buena Nueva para todos los que tienen sed de Dios (V2, 3 de febrero de 1947; también V1, 652).

Y otra de las razones de la Obra es esta. Sigue la voz de Jesús:

Despertar en los sacerdotes y en los laicos un vivo amor al Evangelio y a todo lo que a Cristo se refiere. Lo primero de todo, una renovada caridad hacia mi Madre, en cuyas oraciones está el secreto de la salvación del mundo. Ella, mi Madre, es la Vencedora del Dragón maldito. Ayudad a su poder con vuestro renovado amor a Ella y con renovada fe y renovado conocimiento respecto a lo que a Ella se refiere. María ha dado al mundo al Salvador. El mundo aún recibirá de Ella la salvación (V1, 652).

4. Sin más preámbulos, se comentarán los fragmentos valtortianos dentro de diez capítulos, según un orden temático. A modo de resumen, el orden cronológico de lo que pudiera ocurrir conforme a las profecías apocalípticas será propuesto en el epílogo.

1. El Israel de Jesucristo
2. La gran apostasía y la gran tribulación

3. El Anticristo dual
4. La tregua
5. La Parusía
6. Los siete truenos
7. Los dos testigos
8. La resurrección
9. El Juicio final
10. La Jerusalén celeste

Medellín, 2 de febrero de 2019
Fiesta de la Presentación del Señor

1. El Israel de Jesucristo

1.1 A partir del día en que Israel, cuya religión oficial es la judía, reconozca con solemnidad que Jesús de Nazaret es el Mesías verdadero y esperado, empieza, al parecer, un conteo regresivo hasta la Parusía, que es su Segunda Venida final y triunfal.

¡Oh, Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén que apedreas a los que te son enviados y matas a tus profetas! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido! ¡Pues oye esto, Jerusalén! ¡Escuchad todos vosotros los que me odiáis y odiáis todo lo que de Dios viene! ¡Escuchad los que me amáis y os veréis envueltos en el castigo reservado para los perseguidores de los Enviados de Dios! Y oíd también vosotros que no sois de este pueblo [clama Jesús], pero que igualmente me estáis escuchando; escuchad para saber quién es el que os habla y que predice sin necesidad de estudiar el vuelo, el canto de los pájaros, ni los fenómenos celestes y las vísceras de los animales sacrificados, ni la llama y el humo de los holocaustos, porque todo el futuro es presente para Aquel que os habla. Escuchad: «Os dejarán desierta esta Casa vuestra. Yo os digo, dice el Señor, que no volveréis a verme hasta que —también vosotros— no digáis: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”» (V1, 596).

En otro lugar se encuentra la misma condición para Israel: el reconocimiento de Jesús como el genuino Mesías. Se precisa la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén, algunos de cuyos principales judíos rechazaron al Nazareno y provocaron su muerte, y la formación de la Iglesia Católica.

Matías, el ex pastor, se acerca a Jesús y pregunta:

—Señor y Maestro mío, he pensado mucho, junto con los compañeros, en tus palabras, hasta que nos ha vencido el cansancio, y nos hemos dormido antes de poder resolver la pregunta que nos habíamos hecho. Ahora somos más ignorantes que antes. Si hemos comprendido bien los discursos de estos días, has predicho que muchas cosas cambiarán, aunque la Ley permanezca inalterada, y que se deberá edificar un nuevo Templo, con nuevos profetas, sabios y escribas, contra el que se presentará batalla, y que no sucumbirá, mientras que éste —si no he entendido mal— parece destinado a sucumbir.

—Está destinado a sucumbir. Recuerda la profecía de Daniel [*Dn* 9, 20-27]...

—Pero nosotros, que somos pobres y pocos, ¿cómo podremos edificarlo de nuevo, si no sin esfuerzo los reyes lograron edificar éste? ¿Dónde vamos a construirlo? Aquí no, porque dices que este lugar va a quedarse desierto hasta que no te bendigan como a un enviado de Dios.

—Así es (V1, 596).

En cuanto a la profecía de Daniel sobre las setenta semanas, adiestra Jesús, como escribe Valtorta:

Está escrito: «Setenta semanas han sido fijadas para tu pueblo, para tu ciudad santa, para que sea eliminada la prevaricación, tenga fin el pecado, quede borrada la iniquidad, venga la eterna justicia, se cumplan visión y profecía y sea Ungido el Santo de los santos. Después de siete más sesenta y dos vendrá el Cristo. Después de sesenta y dos será entregado a la muerte. Después de una semana confirmará el testamento, pero a mitad de la semana vendrán a faltar las víctimas y los sacrificios

y se dará en el Templo la abominación de la desolación y durará hasta el final de los siglos» (V1, 598).¹⁰

Ahora bien, el Mesías, Jesús de Nazaret, vino y cumplió su misión redentora. Predica Él:

Ya no hay disculpa para los que no vienen a la Vida. El Señor pasa. Una vez que haya pasado, no vuelve. No volvió a Egipto para dar vida nueva a los hijos primogénitos de aquellos que lo habían escarnecido y avasallado en sus hijos. No regresará tampoco esta vez, cuando la inmolación del Cordero haya decidido los destinos. Los que no me acogen antes de mi Paso, y me odian y odiarán, no tendrán sobre su espíritu mi Sangre para santificarlos, y no vivirán, y no tendrán a su Dios con ellos para el resto del peregrinaje sobre la Tierra. Sin el divino Maná, sin la nube protectora y luminosa, sin el Agua que viene del Cielo, privados de Dios, irán vagando por el vasto desierto que es la Tierra, toda la Tierra, toda ella un desierto si para quien la recorre falta la unión con el Cielo, la cercanía del Padre y Amigo: Dios (V1, 534).¹¹

«Mirad que *vuestra casa se os va a quedar desierta*. Os aseguro que no me veréis hasta que llegue el día en que digáis: *Bendito el que viene en nombre del Señor*» (Lc 13, 35). Los judíos «irán vagando por el vasto

¹⁰ En el original italiano se lee: «a mezzo della settimana». Si la semana es de siete años, la traducción «a mitad de la semana» es igual a los últimos tres años y medio concedidos al Anticristo para actuar contra la Iglesia (cf. Ap 13, 5).

¹¹ El término *Tierra*, en mayúscula, significa *el mundo moral humano en el globo terráqueo*: «Jesús me hace entender que cuando dice Tierra quiere decir mundo tomado no como globo de polvo y de aguas, sino más bien como unión de personas» (V2, 22 de agosto de 1943). En minúscula significa el mismo *globo* «rotante en el espacio del éter»: «cuando dice tierra quiere decir simplemente planeta compuesto de terrenos, de montes, de aguas» (V2, 22 de agosto de 1943).

desierto que es la Tierra». Incluso leemos: «Y antes es necesario [dice Jesús] que este Evangelio del Reino de Dios sea predicado en todo el mundo, testimonio para todas las naciones. Entonces vendrá el final. Regreso de Israel, que acogerá a Cristo; predicación de mi Doctrina en todo el mundo» (V1, 596). Conforme al contexto, este *final* se refiere, sin duda, al fin del mundo, y este *regreso*, por supuesto, implica la reunión del pueblo de Israel.

1.2 Algo similar explica Giovanni Papini en su *Historia de Cristo*:

«Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta que los tiempos de los gentiles estén cumplidos.» ¿Cuáles son los tiempos de los gentiles, *tempora nationum*? Las palabras del texto griego lo expresan con precisión mayor que los de otras lenguas: son los tiempos adaptados, apropiados, convenientes para los gentiles, es decir, aquellos en los que los judíos se convertirán al Evangelio, anunciado a los judíos antes que a los demás. Por esa razón, el verdadero final no ocurrirá hasta que el mensaje haya sido llevado a todas las naciones; hasta que los gentiles, los infieles, hayan dejado de pisotear la ciudad de Jerusalén. «Y este Evangelio del Reino será predicado en todo el mundo para que sea dado testimonio de Él a todas las gentes, y entonces llegará el final.» (1960, pp. 246-247).

Es necesario que el pueblo israelita, violentamente disperso desde la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70 d. C., vuelva a reunirse y, por último, llegue a acoger a Cristo para que se verifique la Parusía. Lo mismo piensa Papini:

Pero si no anuncia Jesús el día [de la Parusía], nos dice en cambio las cosas que habrán de ocurrir antes del mismo. Estas cosas son dos: que el Evangelio del Reino sea predicado a todos los pueblos y que los gentiles no dominen en Jerusalén. En nuestros tiempos han quedado cumplidas estas dos condiciones y quizá el gran día se aproxima. No hay ya en el mundo nación civil o tribu bárbara en la que los descendientes de los apóstoles no hayan predicado el Evangelio; los musulmanes no mandan ya en Jerusalén desde 1918, y se habla incluso de una resurrección del estado judío. Cuando, de acuerdo con las palabras de Osías, los hijos de Israel, después de permanecer tanto tiempo sin rey y sin altar, se conviertan al Hijo de David y vuelvan trémulos hacia la bondad del Señor, el fin de los tiempos estará próximo (1960, p. 257).

Se ha de notar que ese libro de Papini se publicó en 1921. Escribe Alberto Ezcurra: «El Evangelio ha sido predicado en todo el mundo. El Estado judío se ha reconstruido. Los anuncios apocalípticos han dejado de parecer inverosímiles. La Apostasía en estado latente» (2004, p. 271; cf. también Ezcurra, 1990).

Habiendo maldecido, porque tenía hambre, la higuera con hojas y sin frutos (cf. *Mt* 21, 18-19), hasta verse seca de raíz (cf. *Mc* 11, 20-21), probable signo de la casa desierta de Israel, deja Jesús una profecía, al parecer, sobre este pueblo, que todavía no da frutos: «Aprended de la higuera esta parábola: cuando sus ramas están ya tiernas y brotan las hojas, sabéis que está cerca el verano. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que es inminente, que está a las puertas» (*Mt* 24, 32-34). Los higos maduros se recogen en el verano, lo que alude al Israel de Jesucristo.

A pesar de las pretéritas diásporas judías, hoy se ve como un hecho que Israel, después de casi dos milenios, se ha establecido como Estado

desde 1948 por la vía militar y, aun en medio de la fragilidad e inseguridad de su situación geopolítica, se ha consolidado en el territorio desde 1967 con la reconquista de Jerusalén tras la Guerra de los Seis Días. Del siguiente pasaje se infiere que la Parusía presupone ciertas condiciones: el establecimiento del Estado de Israel, pese al pronóstico de su breve duración, y la conversión de los judíos a la doctrina de Jesucristo. Es llamativa la mención del mes de abril, que acaso coincida con un hecho histórico de 1948: la Operación Najshón, batalla decisiva de la autodefensa judía de la Haganá.

—¿Entonces... entonces no volverá a haber nunca un Reino de Israel? ¿Ya nunca más seremos lo que soñábamos ser? —preguntan con voz entrecortada los tres notables judíos (el escriba Joel llora)...

—¿Habéis observado alguna vez [responde Jesús] un árbol añoso con la médula destruida por una enfermedad? Durante años vegeta a duras penas, tan a duras penas, que ni florece ni da fruto; sólo alguna, rara hoja en las ramas exhaustas dice que todavía un poco de savia sube... Luego, en un mes de Abril, se le ve florecer milagrosamente y cubrirse de numerosas hojas, y se alegra su dueño, que durante muchos años lo cuidó sin obtener frutos; se alegra al pensar que el árbol está curado y vuelve a la exuberancia después de tanta languidez... ¡Oh, engaño! Después de tan exuberante explosión de vida, sobreviene enseguida la muerte. Caen las flores, las hojas, los pequeños frutos que parecían ya cuajar en las ramas y prometían una pingüe recolección, y con imprevisto estruendo el árbol, podrido en su base, se viene abajo. Lo mismo hará Israel. Después de siglos de estéril vegetar disperso, se reunirá en el añoso tronco y parecerá estar reconstruido; al fin reunido el pueblo disperso; reunido y perdonado. Sí. Dios esperará esa hora para cortar los siglos. Ya no habrá siglos, habrá eternidad. ¡Bienaventurados aquellos que, perdonados, constituyan la floración fugaz del último Israel —de

ese Israel que será, después de tantos siglos, de Cristo—, y mueran reducidos, junto con todos los pueblos de la Tierra, bienaventurados con los pueblos de la Tierra que no sólo han conocido la existencia mía, sino que también han abrazado mi Ley como ley de Salud y Vida! (V1, 580).

Son particulares estas palabras: «Dios esperará esa hora para cortar los siglos. Ya no habrá siglos, habrá eternidad», lo que recordaría la gran advertencia del ángel de pie sobre el Mar y sobre la Tierra: «Ya no habrá más tiempo» (*Ap 10, 6*). Ya no habrá siglos significa que ya no habrá más tiempo para la humanidad. Porque vendrá Jesús con sus ángeles *al fin del mundo*: «la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles» (*Mt 13, 39*). La Parusía, de acuerdo con varios pasajes bíblicos, implicaría un corte: el fin del mundo. Conforme al tono parabólico, el trigo y la cizaña crecerán «juntos hasta la siega» (*Mt 13, 30*): allí no se dice que después de la siega se siembre más buena semilla en el campo, aunque sea renovado, porque sigue la eternidad: «Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre» (*Mt 13, 43*). En otras palabras, no habrá otra cosecha: no habrá más generaciones humanas, porque «habrá eternidad»: el Paraíso y el Infierno.

1.3 Le revela Jesús a Valtorta:

El arcángel que derrotó a Lucifer y que guarda mi Reino y los hijos del mismo, será el que surgirá como signo celeste en el tiempo último [cf. *Dn 12, 1*]. Será el tiempo en que Israel se unirá con la Roma de Cristo y ya no habrá más dos ramos del pueblo de Dios, o sea, el bendito y el maldito por culpa de su deicidio, sino un único tronco, llamado de Cristo porque vive en Mí.

Entonces, dado que se habrá completado el número de los salvados, vendrá la resurrección de la carne y los muertos, que yacen en los infinitos cementerios, en los desiertos, en los mares, donde quiera que repose uno que fue un hombre, se alzarán para venir a Mí, el Juez supremo, como la multitud dormida a la que despierta el toque del clarín que llama a asamblea (V2, 23 de enero de 1944).

La «Roma de Cristo», obviamente, no es la Roma del Anticristo, no es la gran ramera, sino la jerarquía católica fiel. Entonces Israel será de Jesucristo: la conversión *en masa* de los judíos al catolicismo está profetizada en San Pablo (cf. *Rom 11*), mientras esté la Roma de Cristo.

Dicho sea para Israel, Jesús de Nazaret, nacido en Belén, es el auténtico Mesías, el Cristo, el Ungido, como se desprende de las siguientes tres citas:

Yo seré Sacerdote, y lo seré eternamente, Pontífice inmortal, en un organismo [la Iglesia] que vivificaré hasta el final de los siglos. Pero no seré ungido con el óleo de la alegría, ni proclamado y defendido con actos violentos —expresión de la voluntad de un puñado de fieles— que llevarían a la Patria a una escisión más feroz aún y a hacerla más esclava que nunca. ¿Y crees que una mano de hombre puede ungir al Cristo? En verdad te digo que no. La verdadera Autoridad que me ungirá Pontífice y Mesías es la de Aquel que me ha enviado. Nadie, aparte de Dios, podría ungir a Dios como Rey de reyes y Señor de señores para toda la eternidad (V1, 560).

Uno sólo podía quitar las transgresiones, el pecado y la injusticia de la Tierra, que era merecedora de un nuevo diluvio y sólo fue inundada y limpiada por una Sangre divina e inocente. Yo, verdadero Dios hecho

carne por vosotros. Corrupción, pecado, injusticia y guerra entre el hombre y Dios habrían finalizado cuando, si bien no por la unción real, sino por unción fúnebre, hubiera sido ungido el Santo de los santos, el Inocente matado por amor hacia los hombres (V2, 29 de noviembre de 1943).

Si he hablado bien, ¿por qué me hieres? Si mal, ¿por qué no me dices dónde yerro? Repito: Yo soy el Cristo, Hijo de Dios. No puedo mentir. El sumo Sacerdote, el eterno Sacerdote soy Yo. Y sólo Yo llevo el verdadero Racional, en que está escrito: Doctrina y Verdad. Y a éstas soy fiel. Hasta la muerte, ignominiosa a los ojos del mundo, santa a los ojos de Dios; y hasta la bienaventurada Resurrección. Yo soy el Ungido. Pontífice y Rey Yo soy. Y estoy para tomar mi cetro [de Judá: cf. *Gn* 49, 10] y con él, como con aventador, limpiar la era. Este Templo [Jesús mismo] será destruido y resurgirá, nuevo, santo, porque éste [el Segundo Templo de Jerusalén] está corrompido y Dios lo ha abandonado a su destino (V1, 604).

Y Jesús «está ante el excelso altar para ser Sacerdote y Víctima por los pecados del mundo, eterno y supremo Pontífice, Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec» (V1, 487). «Yo, Sacerdote y Víctima, por mí mismo me ofrecí y sacrificué, no pudiendo ninguno, si Yo no hubiera querido, hacer esto de mí» (V1, 635). Y dice Él:

¿No está escrito del Cristo: «Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec»? ¿Y cuándo comenzó el sacerdocio? ¿Quizás en tiempos de Abraham? No. Y vosotros lo sabéis. El rey de justicia y de paz [*Gn* 14, 18-20] que viene a anunciarme, con figura profética, en la aurora de nuestro pueblo, ¿no os apercibe acerca de la existencia de un

sacerdocio más perfecto, que viene directamente de Dios?; como Melquisedec, de quien nadie pudo jamás señalar sus orígenes y que es llamado "el sacerdote" y sacerdote será para siempre. ¿No creéis ya en las palabras inspiradas? Y, si creéis, ¿cómo es que vosotros, doctores, no sabéis dar una explicación aceptable a las palabras que dicen —y de mí hablan—: «Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec»? Hay, pues, otro sacerdocio, más allá, antes del de Aarón. Y de éste está escrito "eres"; no, "fuiste"; no, "serás". Eres sacerdote para siempre. He aquí, pues, que esta frase anticipa que el eterno Sacerdote no será de la estirpe, conocida, de Aarón, no será de ninguna estirpe sacerdotal. No; será de proveniencia nueva, misteriosa, como Melquisedec. Es de esta proveniencia. Y si la Potencia de Dios lo manda, señal es de que quiere renovar el Sacerdocio y el rito para que sea provechoso para la Humanidad (V1, 635).

Dos términos son claves: Pontífice y Rey, que aluden tanto al Templo como al Trono. Contesta Jesús al sacerdote Anás: «Hay un Templo, sí; un edificio. Dios no está. Se ha alejado, ante el abominio que hay en su casa» (V1, 605). Antes lamentó con dureza:

Que Jerusalén me produce náuseas, y que en Jerusalén el bubón más fé-tido es el Templo [...] ¿Y queréis que no llame mezquino a un País en que tenemos un Tetrarca [Herodes Antipas] que es un sucio y un homicida un Sumo Sacerdote [Caifás] cómplice de un violador y asesino? [...] Yo, a punto de vomitar, por la náusea que siento, no sólo llamo mezquino a este País desdichado, sino que me alejo de su corazón lleno de podredumbre, lleno de delitos sin nombre, cueva de Satanás... (V1, 376).

La mención del Tetrarca y del Sumo Sacerdote remiten al Rey y el Pontífice (esto es, a lo político y lo religioso), dignidades que entonces estaban corrompidas y que, análogamente, estarán corrompidas en los últimos tiempos con el Anticristo político y el religioso.

1.4 En fin: «La condenación de Cristo señala la condenación del pueblo», como refiere Jesús a Valtorta:

Y a Daniel se le da a conocer el número de los días que separaban a los vivientes del tiempo del Señor y las consecuencias de la iniquidad del pueblo que responde al prodigio de Dios con una condenación.

La condenación de Cristo señala la condenación del pueblo.

Un delito atrae siempre un castigo. Y dado que ningún delito es mayor que el de ensañarse con los inocentes y calumniar a los no culpables, ¿qué castigo podía reservarse para quien había matado al Inocente, que no fuera la destrucción total del lugar donde se había instalado la ignominia?

Los sacrificios ya son inútiles cuando se ha superado la medida. Dios es longánime, pero no es injusto. Y perdonar la obstinación en el pecar después de haber dado todos los medios para conocer el error, salir de él y volver a Dios, hubiera sido una injusticia por parte de Dios hacia los justos y hacia quienes han torturado los malvados.

Las setenta y dos semanas podrían ser, entonces, también de siglos, y al finalizarse éstas, oh hija, llegar la desolación sobre la Tierra y el abominio allí donde todo debería ser santo. Ya os habéis encaminado (V2, 29 de noviembre de 1943).

1.5 En el *Catecismo de la Iglesia Católica* (§ 674) se consigna la necesidad de que Israel sea de Jesucristo para que se aproxime la Parusía «en un momento determinado de la historia»:

La venida del Mesías glorioso, en un momento determinado de la historia (cf. *Rm* 11, 31), se vincula al reconocimiento del Mesías por «todo Israel» (*Rm* 11, 26; *Mt* 23, 39) del que «una parte está endurecida» (*Rm* 11, 25) en «la incredulidad» (*Rm* 11, 20) respecto a Jesús. San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: «Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas» (*Hch* 3, 19-21). Y san Pablo le hace eco: «si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?» (*Rm* 11, 5). La entrada de «la plenitud de los judíos» (*Rm* 11, 12) en la salvación mesiánica, a continuación de «la plenitud de los gentiles» (*Rm* 11, 25; cf. *Lc* 21, 24), hará al pueblo de Dios «llegar a la plenitud de Cristo» (*Ef* 4, 13) en la cual «Dios será todo en nosotros» (*1 Co* 15, 28).

2. La gran apostasía y la gran tribulación

2.1 En un discurso profético, Jesús avisa la gran tribulación:

Una señal para el final del Templo y el fin del mundo. Cuando veáis la abominación de la desolación predicha por Daniel —el que me escucha entienda bien, y quien lea al Profeta sepa leer entre las palabras—, entonces el que esté en Judea huya a los montes, el que esté en la terraza no baje a tomar lo que tiene en casa. Y el que esté en su campo no regrese a casa a tomar el manto; antes bien, huya, sin volverse para atrás, no vaya a sucederle que ya no pueda huir; y que ni siquiera se vuelva a mirar mientras huye, para no conservar en el corazón el horrendo espectáculo y no vaya a enloquecer por causa de ello. ¡Ay de las que estén encintas y de las que amamanten en aquellos días! ¡Ay si la fuga se debiera hacer en sábado! No sería suficiente la fuga para salvarse sin pecar. Rogad, pues, para que esto no suceda ni en invierno ni en sábado, porque la tribulación de esos momentos será tan grande como nunca la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá nunca como ella porque será el final. Si no fueran abreviados esos días en consideración de los elegidos, ninguno se salvaría, porque los hombres-satanás se aliarán con el infierno para atormentar a los hombres (V1, 596).

El final del Templo y el fin del mundo no son dos eventos simultáneos sino sucesivos. Ambos finales, que son destrucciones análogas, presuponen, respectivamente, el proceso contra Cristo y el proceso contra su Iglesia. En *Historia de Cristo*, libro basado únicamente en los Evangelios

sinópticos, Giovanni Papini desglosa con claridad el *ambivalente* discurso de Jesús:

Todavía no han comprendido [los apóstoles] que Jesús no es un adivino vulgar, un discípulo de los caldeos o de Tagetes, y que ninguna relación tiene con las presuntuosas jactancias de los astrólogos. No han comprendido que una predicción a fecha fija no habría ejercido influencia inmediata en la consecución de una reforma que exige una vigilancia perpetua. Quizá no han comprendido bien que el Apocalipsis revelado en el monte de los Olivos constituye una profecía doble que se refiere a dos acontecimientos distintos y muy alejados entre sí. Quizá estos pescadores provincianos, para los que un lago resultaba un mar y la Judea el universo, han confundido el final del pueblo hebreo con el final del género humano, el castigo de Jerusalén con la segunda Venida de Cristo.

Ahora bien: aunque nos hayan llegado los discursos de Jesús mezclados en los textos de los Sinópticos, vemos en ellos dos predicciones distintas, dos grandes vencimientos.

La primera predicción anuncia el fin del reino judaico, el castigo de Jerusalén, la destrucción del templo; la segunda, el fin del mundo viejo, la reaparición de Jesús, el juicio de los misericordiosos y de los duros de corazón y el principio del reino nuevo. El primero de esos hechos se da como fecha próxima —no pasará esta generación sin que estas cosas hayan ocurrido—, y como cosa local y limitada, porque concierne únicamente a la Judea y de modo especial a su metrópoli. Respecto al segundo acontecimiento, se ignoran la hora y el día porque ciertos hechos, de lenta realización, pero necesarios, tendrán que preceder al fin, y éste será, a diferencia del otro, universal (1960, pp. 250-251).

Enseguida añade: «De hecho, la primera profecía se ha cumplido a la letra, punto por punto». En el capítulo de su libro titulado «Palabras que no pasan», se esmera en describir unos interesantes pormenores históricos que precedieron a la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén, entre ellos la abominación de la desolación en el sentido de su profanación en el año 66 d. C. por los romanos, la aparición de «los falsos profetas, los falsos cristos, los falsos apóstoles», las turbaciones telúricas y la persecución contra los primeros cristianos y los martirios. Pormenores que pueden ser microsímiles del último final.

La segunda profecía del discurso de Jesús atañe al fin del mundo, es decir, al fin del primer cielo y la primera tierra, del que vendrá luego, dentro de «un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21, 1), la Jerusalén celeste, el Reino de Dios en el Cielo. La Parusía y el fin del mundo se ven como sucesos estrechamente unidos. En cuanto al Segundo Templo de Jerusalén, sabemos que fue finalmente destruido por las legiones romanas en el año 70 d. C., pero, aparte de esto, había surgido la Jerusalén terrena, el Reino de Dios en la Tierra, la Iglesia militante y peregrina.

Del Segundo Templo de Jerusalén solo persiste hoy el Muro de las Lamentaciones: «No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruida» (Mc 13, 2). Lo vimos antes: «*Un delito atrae siempre un castigo*. Y dado que ningún delito es mayor que el de ensañarse con los inocentes y calumniar a los no culpables, ¿qué castigo podía reservarse para quien había matado al Inocente, que no fuera la destrucción total del lugar donde se había instalado la ignominia?» (V2, 29 de noviembre de 1943). El delito fue el deicidio —la Pasión de Cristo—, por culpa sobre todo de los falsos pastores instalados en el Segundo Templo de Jerusalén, lo que era abominable.

2.2 Roma, concretamente el Vaticano, donde está la Sede de Pedro, es señalada como la *segunda Jerusalén*. Le habla Jesús a Valtorta: «Mi segunda Jerusalén terrena es Roma. Tierra predilecta en la que he querido poner mi Iglesia y que, por ser centro del mundo, debería de ser tratada como una resplandeciente reliquia por quien es cabeza» (V2, 29 de julio de 1943). Le dice Jesús: «Si Jerusalén [en especial el Segundo Templo] fue castigada por sus delitos, ¿no lo será acaso la segunda Jerusalén que después de 20 siglos de cristianismo alza, sobre altares fallaces, nuevos dioses impuestos por amos aún más signados con el signo de la Bestia de cuanto no lo seáis vosotros, los de Italia [...]?» (V2, 23 de julio de 1943). Le dice también:

«después que hayan matado a Cristo y ya no sea suyo el pueblo que le ha de renegar [Roma], la ciudad y el santuario serán destruidos por un pueblo que vendrá, cuyo propósito será la devastación, terminada la cual, vendrá la desolación anunciada... y faltarán las hostias y los sacrificios, y en el templo reinará la abominación de la desolación, que durará hasta el final» [Dn 9, 26-27]. Y aún está dicho, como directa confirmación, por parte de la Palabra, de las palabras de los que la anunciaron, es decir, de los profetas: «Cuando veáis la abominación de la desolación en el lugar santo... la tribulación será grande, como nunca lo fue desde el principio de los siglos... y tras la tribulación... verán al Hijo del Hombre» [Mt 24, 15.21.29-30]. Y la caridad que se enfriará en demasiados corazones será uno de los signos precursores del final [Mt 24, 12] (V2, septiembre-noviembre de 1950).

Así como la profecía sobre la destrucción de Jerusalén se cumplió (cf. Mt 24, 1-2), la profecía sobre la destrucción de la segunda Jerusalén se

cumpliría (cf. *Ap* 17, 16-17). Por la apostasía. La devastación de la Roma apóstata significaría exclusivamente la caída de la gran ramera.

En cuanto a «la abominación de la desolación en el lugar santo», que «durará hasta el final», leemos sobre su duración:

Dice Daniel: «Esta abominable desolación durará 1290 días. Bienaventurado el que espera y llega a 1335» [12, 11-12].

Esto quiere decir que en los tres años y seis meses que precederán el fin, se reservará un breve tiempo para que los fieles se reúnan con el fin de escuchar la última Palabra, que resonará en el espíritu de cada uno de ellos como invitación al Cielo, mientras Miguel con sus ángeles vencerá a Satanás y sus demonios. «Bienaventurado el que espera y llega a 1335 días» quiere decir: «Bienaventurado el que persevere hasta el fin», pues será salvado [*Mt* 10, 22] (V2, 23 de enero de 1944).

En medio de la abominación de la desolación, es decir, durante el tiempo en que exista la gran ramera —la falsa Iglesia compuesta de falsos pastores y, sobre todo, liderada por el Pseudoprofeta, como veremos mejor en el capítulo 3—, ese «breve tiempo» reservado a los fieles, según explicaremos ampliamente en el capítulo 4, sería una tregua, «mientras Miguel con sus ángeles vencerá a Satanás y sus demonios», lo que es relacionable con lo que se dijo en el capítulo 1: «El arcángel que derrotó a Lucifer y que guarda mi Reino y los hijos del mismo, será el que surgirá como signo celeste en el tiempo último [cf. *Dn* 12, 1]. Será el tiempo en que Israel se unirá con la Roma de Cristo y ya no habrá más dos ramos del pueblo de Dios» (V2, 23 de enero de 1944). Tanto los judíos conversos como los católicos serían dichos *fieles*. Supuesta-

mente, sería el tiempo de los dos testigos del Apocalipsis, de los cuales escucharán los fieles «la última Palabra» durante la tregua.

Al parecer, ese «pueblo que vendrá» a destruir la ciudad y el santuario, es decir, a realizar la devastación de la Roma apóstata, será liderado por el Anticristo político, específicamente el *undécimo cuerno*, como puede colegirse del Apocalipsis. Cito de la edición popular de la Biblia de Navarra (2008), que se usará siempre aquí:

Los diez cuernos que has visto y la bestia aborrecerán a la ramera, la dejarán desolada y desnuda, se comerán sus carnes y la quemarán en el fuego. Porque Dios ha movido sus corazones para que ejecuten el designio divino y, de común acuerdo, entreguen el reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios (*Ap 17, 16-17*).

«Dios ha movido sus corazones». Gracias a una *inspiración divina*, Dios, valiéndose del *undécimo cuerno*, permitirá el castigo sobre la gran ramera, por su apostasía, prostitución con el mundo neopagano y corrupción moral y religiosa; en particular, a semejanza de los miembros del Sanedrín que provocaron la condena a muerte del Inocente, por embriagarse «de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús» (*Ap 17, 6*).

2.3 La gran ramera, como puede inferirse, es la falsa Iglesia que ocupa la Sede de Pedro. La encabezaría el Pseudoprofeta (cf. *Ap 13, 11 ss.*), un falso Papa, una cizaña reinante. La gran ramera no tiene en la frente el sello de Dios vivo, sino de la gran Babilonia (cf. *Ap 17, 5*), porque fornicación con ella, sigue su doctrina liberal, masónica y demoníaca. En

otro orden conceptual, es también «la gran ciudad» (*Ap* 17, 18), pues se identifica espiritualmente con la gran Babilonia, que es la Ciudad del Diablo. Al parecer, será quemada por el fuego (cf. *Ap* 17, 16), no el fuego caído del cielo, sino el ocasionado, según oscuros móviles y de alguna manera, por el *undécimo cuerno*. Es imaginable que el Pseudoprofeta consiga escapar o sea incluso cómplice, porque sería también, como el *undécimo cuerno*, un testigo de la Parusía (cf. *Ap* 19, 20).

La caída de la gran ramera es diferente y posterior, como iremos viendo oportunamente, a la caída de la gran Babilonia. Porque no es solo la destrucción del santuario, sino de la ciudad, como ocurrió finalmente en Jerusalén en el año 70 d. C.: «la ciudad y el santuario serán destruidos por un pueblo que vendrá, cuyo propósito será la devastación» (V2, septiembre-noviembre de 1950). Después de esta destrucción, se entrega «el reino a la bestia» y se instala la abominación de la desolación en el lugar santo, lo que recuerda a la Virgen de la Salette: «Roma perderá la fe y se convertirá en la sede del Anticristo».

A causa del Anticristo político, propiamente del *undécimo cuerno*, que irrumpirá en la Sede de Pedro, así como Herodes el Grande usurpó el Trono de David, «faltarán las hostias y los sacrificios, y en el templo reinará la abominación de la desolación, que durará hasta el final» (V2, septiembre-noviembre de 1950), y ocurrirá la gran tribulación, la sistemática persecución sangrienta contra los cristianos fieles: el Harmagedón, la guerra contra el Cordero (cf. *Ap* 16, 12-16; 17, 14 y 20, 7-9).

2.4 «Por eso, cuando veáis *la abominación de la desolación*, que predijo el profeta Daniel, erigida *en el lugar santo* —quien lea, entienda—» (*Mt* 24, 15)...

¿El Segundo Templo de Jerusalén era entonces el lugar santo? Muchos miembros del Sanedrín eran falsos pastores, como en especial algunos fariseos hipócritas y apóstatas. Contesta Jesús al sacerdote Anás: «Hay un Templo, sí; un edificio. Dios no está. Se ha alejado, ante el abominio que hay en su casa» (V1, 605). La abominación de la desolación en el lugar santo, principalmente, puede designar a los falsos sacerdotes que ocupan la Casa de Dios y no se esmeran en llevar a las almas al cielo, sean aquellos judíos, sean aquellos de la Roma del Anticristo, hasta que, finalmente, el recinto de oración llegue a utilizarse para fines humanos, políticos, profanadores o execrables y sea destruido.¹²

El lugar santo, a pesar de sus indignos integrantes, puede referirse tanto al Segundo Templo de Jerusalén como a la Sede de Pedro. Pero, más allá de un edificio, puede concretarse en una persona. Cristo, de hecho, fue el verdadero lugar santo, la «piedra viva» (1 Pe 2, 4) que padeció el martirio desde Jerusalén hasta el Gólgota: «Destruid este Templo y en tres días lo levantaré» (Jn 2, 19). Era el Templo de su Cuerpo, que al tercer día resucitó y es eterno e indestructible. Gracias a su Sacrificio cruento, consumado con la Cruz, «yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). Es más, «yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33).

Asimismo, no la segunda Jerusalén, no la Roma apóstata, sino la Iglesia (el Cuerpo Místico de Cristo) será el verdadero lugar santo que padecerá la gran tribulación. Por la cooperación entre el Anticristo religioso y el Anticristo político, se procurará «matar a Cristo en los corazones y matar los corazones destinados a Cristo» (V2, 23 de enero de 1944),

¹² Para huir a los montes o de la ciudad, la causa próxima de la abominación de la desolación sería el cerco romano: «Cuando veáis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed que ya se acerca su desolación» (Lc 21, 20). La causa remota sería la apostasía y el deicidio.

realizándose la gran apostasía y la gran tribulación, lo que anunciaría el sexto sello del Apocalipsis: «El sol se volvió negro como tela de saco y toda la luna se volvió como si fuera sangre» (*Ap 6, 12*). La Iglesia no es precisamente un edificio, sino que se compone de los fieles cristianos: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (*1 Cor 3, 16*).

Debido a la Pasión de Cristo, el castigo fue la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén; debido a la Pasión de la Iglesia, el castigo será el fin del mundo, junto con la muerte del Anticristo religioso y el político.

2.5 A pesar de la abominación de la desolación, «las puertas del infierno no prevalecerán» (*Mt 16, 18*):

La Iglesia no morirá [asegura Jesús] porque Yo estaré con ella. Pero conocerá horas de tinieblas y horror semejantes a las de mi Pasión, multiplicados en el tiempo porque así debe de ser.

Debe de ser que la Iglesia sufra cuanto sufrió su Creador, antes de morir para resucitar en forma eterna. Debe de ser que la Iglesia sufra durante mucho más tiempo porque la Iglesia no es, en sus miembros, perfecta como su Creador, y si Yo sufrí horas ella debe sufrir semanas y semanas de horas.

Como surgió perseguida y alimentada por poder sobrenatural en los primeros tiempos y en sus mejores hijos, lo mismo ocurrirá con ella cuando vengan los últimos tiempos en los que existirá, subsistirá, resistirá a la marea satánica y a las batallas del Anticristo con sus mejores hijos. Selección dolorosa, pero justa (*V2, 23 de julio de 1943*).

Además:

Las cosas preparatorias son las grandes abominaciones, o sea, los celos donde debería haber sólo caridad fraterna, el exceso de amor hacia la ciencia humana donde debería haber sólo amor fiel hacia la Sabiduría, fuente de la Revelación, acuerdos entre lo que produce una utilidad terrena y lo que da una utilidad sobrenatural para obtener una utilidad inmediata, Cristo aniquilado en demasiadas almas, una excesiva parte de su pueblo que reniega a su Salvador (V2, septiembre-noviembre de 1950).

Ahora bien, antes de la Parusía proliferará la apostasía: «el Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos renegarán de la fe, por prestar atención a espíritus seductores y enseñanzas diabólicas» (1 Tim 4, 1). Y vendrá «el hijo de la perdición»:

Que de ningún modo os engañe nadie, porque primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es adorado, hasta el punto de sentarse él mismo en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios (2 Tes 2, 3).

Con respecto a la apostasía, dice Jesús a Valtorta:

¿Qué devastará ese pueblo [del norte]? ¡Oh!, no devastará solamente los edificios y los pueblos. Devastará sobre todo la fe, la moral, las almas. Y no todas las almas devastadas serán almas comunes. Y, al no poder tener ya libertad de culto y temiendo muchos ser apresados por ello, faltarán las hostias y los sacrificios. En efecto, aunque todavía no estén en acto la devastación y la persecución, muchos reniegan la vía ya

elegida [la apostasía], porque la abominación se expande como pérfida grama y la caridad se enfría mientras surgen los falsos profetas de que habla Cristo [*Mt 24*] y Pablo [*2 Tes 2*].

Por ahora se trata sólo de éstos. Mas luego vendrá el que por ellos está anticipado: el Anticristo, al que ellos ya habrán preparado el camino debilitando la caridad, así como el Bautista había preparado el camino a Cristo enseñando la caridad —de la que estaba colmado, ya que estaba «lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre» [*Lc 1, 15*]— como medio indispensable para poder unirse a Cristo y vivir la vida de Dios.

2.6 La conversión de Israel a Jesucristo, a mi parecer, sería antes de la gran tribulación y después de la caída de la gran Babilonia, como explicaremos en el capítulo 4. Leímos en el capítulo 1:

El arcángel que derrotó a Lucifer y que guarda mi Reino y los hijos del mismo, será el que surgirá como signo celeste en el tiempo último [cf. *Dn 12, 1*]. Será el tiempo en que Israel se unirá con la Roma de Cristo y ya no habrá más dos ramos del pueblo de Dios, o sea, el bendito y el maldito por culpa de su deicidio, sino un único tronco, llamado de Cristo porque vive en Mí (V2, 23 de enero de 1944).

La «Roma de Cristo» puede referirse a los fieles que huyen de la gran Babilonia, que es la Ciudad del Diablo, en contraposición a la Ciudad de Dios, si aplicamos la distinción de San Agustín: «Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis cómplices de sus pecados ni participéis de sus castigos» (*Ap 18, 4*). Se trataría del pueblo de Dios que no comulga con

la Roma del Anticristo. Estos castigos serían las siete copas de la ira (cf. *Ap 16*).

La «Roma de Cristo», que ya incluiría a los judíos conversos, no podría ser entonces la Roma de la gran ramera. La ciudad y el santuario serán devastados por el *undécimo cuerno*. De modo que la sede central de la «Roma de Cristo» sería otra.

Está escrito, por lo demás, que los dos testigos del Apocalipsis serán perseguidos y muertos por el Anticristo político, propiamente el *undécimo cuerno*, «la bestia que surge del abismo» (*Ap 11, 7*). Pienso que sufrirán en el momento de la gran tribulación. Cada uno, durante la referida tregua, encabezaría un ramo del pueblo de Dios y conseguiría la unidad en el tronco de Cristo. Si Pedro y Pablo, dos columnas de la Iglesia, fueron dos grandes testigos del cristianismo inicial, habiendo sido aquel un rudo pescador y este un fariseo perseguidor de los cristianos, un nuevo Pedro y un nuevo Pablo serían los dos testigos del cristianismo final.

2.7 Hasta aquí es comprensible, por mano humana y permitida por Dios, la destrucción de la ciudad y el santuario, es decir, la muerte de la gran ramera, como si se tratase de algo local y delimitado geográficamente: Roma. Pero la gran apostasía suscitará también, por directa intervención divina, una destrucción global, «convulsiones de horror», algo cataclísmico, tal vez como pintan los Evangelistas (cf. *Lc 21, 25-28*), esto es, el fin del mundo, no sin que haya ocurrido la gran tribulación a causa del «hijo de Satanás». Así predica Jesús:

En verdad os digo que por las culpas del Templo esta nación [Israel] será dispersada. Pero también os digo, en verdad, que igualmente será destruida la Tierra cuando el abominio de la desolación entre en el nuevo sacerdocio, conduciendo a los hombres a la apostasía para abrazar las doctrinas infernales. Entonces surgirá el hijo de Satanás [el Anticristo político, el *undécimo cuerno*], y los pueblos, tremendamente horrorizados, gemirán, y pocos permanecerán fieles al Señor; entonces, entre convulsiones de horror, vendrá el final, tras la victoria de Dios y de sus pocos elegidos [la Parusía], y descenderá la ira de Dios sobre todos los malditos [presumiblemente, el fuego caído del cielo: cf. *Ap* 20, 9; *Lc* 17, 28-30]. ¡Desventura, tres veces desventura si para esos pocos ya no hay santos, los últimos pabellones del Templo de Cristo! ¡Desventura, tres veces desventura si para confortar a los últimos cristianos no hay verdaderos Sacerdotes como los habrá para los primeros!

En verdad, la última persecución, no siendo persecución de hombres sino del hijo de Satanás y de sus seguidores, será horrenda. ¿Sacerdotes? Tan feroz será la persecución de las hordas del Anticristo, que los de la última hora deberán ser más que sacerdotes (V1, 635).

Habla Jesús de la destrucción de la Tierra, del fin del mundo y, por consiguiente, del mundo moral humano, corrompido y apóstata. No hay peor pérdida, más que un cataclismo planetario, que la multitud de las almas muertas y destinadas al infierno.

3. El Anticristo dual

3.1 El Anticristo es dual, es decir, se manifiesta como las dos Bestias que adoran al Dragón, que es Satanás: la Bestia del Mar, el Anticristo político, y la Bestia de la Tierra, el Anticristo religioso o Pseudoprofeta (cf. *Ap* 13). Es una trinidad satánica: Satanás como el Padre, el Anticristo como el Hijo y el Pseudoprofeta como el Espíritu Santo. Su bandera es el mundo caído por el pecado y subyugado por el Maligno (cf. *1 Jn* 5, 19). Aconseja San Juan: «No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo —la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la arrogancia de los bienes terrenos— no procede del Padre, sino del mundo» (*1 Jn* 2, 15-16).

Sin embargo, conviene precisar que el *undécimo cuerno* es el Anticristo político principal, el que surgirá después de derrocar a tres reyes anticristianos. El Anticristo político puede ser entendido como una colectividad de soberanos apóstatas, pues la Bestia del Mar tiene muchas cabezas, pero tendrá finalmente un líder militar: el *undécimo cuerno*. Por simplificar la terminología, desde ahora distinguiremos entre el Anticristo a secas, que es el político, propiamente el *undécimo cuerno*, y el Pseudoprofeta. Satanás, «el príncipe de este mundo» (*Jn* 21, 31), al que le fue entregada la gloria de «todos los reinos de la superficie de la tierra» (*Lc* 4, 5), le otorgará «su fuerza, su trono y gran poder» al Anticristo (*Ap* 13, 2), al que el Pseudoprofeta servirá enseguida, acaso por compartir su ideología política y económica, que al menos puede ser *filantrópica*.

«Hijitos, es la última hora. Habéis oído que tiene venir el Anticristo: pues bien, ya han aparecido muchos anticristos» (1 Jn 2, 18). En todo caso, *anticristo*, desde el más grande al más pequeño en la escala de la sociedad humana de cualquier siglo, es un «mentiroso», es quien «niega que Jesús es el Cristo», quien «niega al Padre y al Hijo» (1 Jn 2, 22), quien deforma a Jesús según criterios equivocados, quien ignora o rechaza la Redención y la Resurrección y no cumple los mandamientos, y puede serlo incluso un bautizado dentro de la Iglesia Católica pero que deja de ser católico practicante, aunque siga llamándose “católico”.

3.2 En la próxima cita se expresa que la alianza de los dos ramos del pueblo de Dios (Israel y la Roma de Cristo) precipita la gran tribulación a manos del Anticristo. Dice Jesús a Valtorta:

El último periodo —tres años y seis meses— será el más tremendo de los vividos por el hombre y en él Satanás, a través de su hijo [el Anticristo], consumido por un supremo rencor —porque ya no existirá la división entre los dos ramos del pueblo de Dios, la división que fue causa de tantos males materiales, morales y espirituales—, empleará sus perfectas, pero también últimas, astucias para dañar, arruinar, matar a Cristo en los corazones y matar los corazones destinados a Cristo.

[...] Entonces vendrá el tiempo en que la Iglesia, mancillada más que nunca, ya no podrá celebrar el Sacrificio perpetuo [la Misa] y la abominable desolación se alzarán en el Lugar Santo y en los lugares santos, tal como han dicho los profetas [entre ellos Daniel] y como he repetido Yo, que nunca erro (V2, 23 de enero de 1944).

No obstante, recordemos que en el «último periodo», como en un momento intermedio, «se reservará un breve tiempo para que los fieles se reúnan con el fin de escuchar la última Palabra, que resonará en el espíritu de cada uno de ellos como invitación al Cielo, mientras Miguel con sus ángeles vencerá a Satanás y sus demonios» (V2, 23 de enero de 1944). Ese «breve tiempo», que es la tregua, como veremos en el capítulo 4, se deberá a las plagas de la ira divina.

Según la cita anterior de Valtorta, acontecería una circunstancia similar a la que sufrió el Segundo Templo de Jerusalén: una vez desolado por orden del Emperador de Roma —que es el tipo del Anticristo, dueño de un gran poder militar y económico—, quedaron los judíos sin altar y sin poder efectuar sacrificios. Asimismo, una vez muerta la gran ramera, quedarán los cristianos, acosados por el Anticristo, sin poder celebrar el Sacrificio perpetuo, a no ser en las catacumbas, a escondidas, de manera no oficial.

Otra religión sería entonces la oficial (cf. Sanahuja, 2010). Contra el paganismo y la charlatanería reinantes, Jesús advierte de las fuerzas oscuras del ocultismo, que solo conducen al satanismo. De hecho, disminuida la fe, aumenta la superstición. Predica Jesús:

Y también entonces, para corromper y apartar del camino recto a aquellos que permanezcan fieles al Señor, surgirán quienes digan: «El Cristo está ahí, el Cristo está aquí. Está en aquel lugar. Ahí lo tenéis». No lo creáis. Que ninguno crea porque surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán prodigios y portentos capaces de inducir al error, si ello fuera posible, hasta a los propios elegidos, y expresarán doctrinas aparentemente tan consoladoras y buenas que podrían seducir incluso a los mejores, si con ellos no estuviera el Espíritu de Dios, que los iluminará

acerca de la verdad y el origen satánico de tales prodigios y doctrinas (V1, 596).

Asimismo:

En otros sitios aún, hay quien cree más en los falsos profetas, esas voces impuras a las que Satanás incita a hablar y que la ley de la Iglesia condena, como condena igualmente a todos los que, aun siendo católicos, escuchan esas voces satánicas, que hablan por medio de las tablas parlantes o de los espiritistas, voces que hablan para engañar, seducir, desviar, separar de la Iglesia (V2, septiembre-noviembre de 1950).

3.3 Escribe San Pablo:

Aquél, por la acción de Satanás, vendrá con todo poder, y con falsas señales y prodigios, y con todo género de engaños malvados, dirigidos a los que se pierden, puesto que no aceptaron el amor de la verdad para salvarse. Por eso Dios les envía un poder seductor, para que ellos crean en la mentira, de modo que sean condenados todos los que no creyeron en la verdad, sino que pusieron su complacencia en la injusticia (2 Tes 2, 9-12).

Se trataría del Anticristo religioso, el Pseudoprofeta, un sacerdote satánico (cf. Ap 13, 11 ss. y 19, 20), un falso Papa que induce a seguir al Anticristo político o, por lo menos, a aceptar las doctrinas humanas del Nuevo Orden Mundial anticristiano. Seguramente, además de los laicos, tendrá seguidores clericales de la mayor a la menor jerarquía, a los que

acaso Jesús les juzgue: «Muchos me dirán aquel día: “Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y hemos expulsado los demonios en tu nombre, y hemos hecho prodigios en tu nombre?” Entonces yo declararé ante ellos: “Jamás os he conocido: apartaos de mí, los que obráis la iniquidad”» (Mt 7, 22-23). Para salvarse, es preciso creer en la Verdad sin adulterarla, tal como se halla en la Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia: en la religión satánica del Pseudoprofeta se creará en la mentira, en un Cristo falsificado.

Así parece describir Jesús al Pseudoprofeta:

Están los precursores de aquel que he dicho pueda llamarse: “Negación”, “Mal hecho carne”, “Horror”, “Sacrilégio”, “Hijo de Satanás”, “Venganza”, “Destrucción”, y podría continuar dándole nombres de indicación clara y pavorosa. Pero él no ha llegado aún.

Será persona que estará muy en alto, en lo alto como un astro. No un astro humano que brille en un cielo humano. Sino un astro de una esfera sobrenatural, el cual, cediendo al halago del Enemigo, conocerá la soberbia después de la humildad, el ateísmo después de la fe, la lujuria después de la castidad, el hambre de oro después de la evangélica pobreza, la sed de honores después de la ocultación.

Será menos espantoso ver caer una estrella del firmamento que ver precipitar en las espirales de Satanás a esta criatura ya elegida, la cual copiará el pecado de su padre de elección. Lucifer, por soberbia, se convirtió en el Maldito y el Oscuro. El Anticristo, por soberbia en esta hora, se convertirá en el maldito y el oscuro después de haber sido un astro de mi ejército.

Como premio por su abjuración, que sacudirá los cielos bajo un estremecimiento de horror y hará temblar las columnas de mi Iglesia en el temor que suscitará su precipitar, obtendrá la ayuda completa de Sata-

nás, quien le dará las llaves del pozo del abismo para que lo abra. Pero que lo abra del todo para que salgan los instrumentos de horror que Satanás ha fabricado durante milenios para llevar a los hombres a la total desesperación, de tal modo que, por sí mismos, invoquen a Satanás como Rey y corran al séquito del Anticristo, el único que podrá abrir de par en par las puertas del abismo para hacer salir al Rey del abismo, así como Cristo ha abierto las puertas de los Cielos para hacer salir la gracia y el perdón, que hacen a los hombres semejantes a Dios y reyes de un Reino eterno en el que Yo soy el Rey de los reyes.

Así como el Padre me ha dado a Mí todo poder, Satanás le dará a él todo poder, y especialmente el poder de seducción, para arrastrar a su séquito a los débiles y a los corrompidos por las fiebres de las ambiciones como lo está él, su jefe (V2, 20 de agosto de 1943).

Primero, se hablaría de un sacerdote, «un astro de mi ejército», que llega a apostatar, a ser un Judas Iscariote siervo de Satanás: el Anticristo religioso, que reinará en el culmen de la gran apostasía. Sería alguien primero oculto y después famoso, acaso un cardenal. Aunque fuera legítimamente elegido en un cónclave con arreglo al protocolo, incluso a pesar de sus presumibles antecedentes heréticos, tendría que ser un Papa, pero falso, un *anticristo* de quien está escrito: «Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros» (1 Jn 2, 19), porque se trata, como profetizó la Virgen de Fátima en la parte no divulgada del Tercer Secreto (cf. Zavala, 2017), de la apostasía de lo más alto en la jerarquía eclesial, de quien «hace que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia» (Ap 13, 12), que es el Anticristo.

Segundo, a causa de su herejía y perfidia, abrirá «del todo» el pozo del abismo, abrirá «de par en par» sus puertas, para que, junto con los demonios, salga Satanás, de quien el Anticristo, el *undécimo cuerno*, el

«Rey del abismo» (cf. *Ap* 11, 7), recibiría el sobrenombre de Destructor de la fe, conforme a la quinta trompeta (cf. *Ap* 9, 1-12). Esta salida bien pudiera relacionarse con los siguientes versículos: «Cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión, y saldrá a seducir a las naciones que hay en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, y a reunirlos para la guerra» (*Ap* 20, 7-8).

¿A qué se debería, pues, tan asombrosa salida? No es que el Pseudoprofeta, literalmente, abra el pozo del abismo con la llave que le entrega Satanás. Es una imagen: lo abrirá, porque, supuestamente, habrá cerrado «las puertas de los Cielos para hacer salir la gracia y el perdón», esto es, de manera oficial, habrá abolido los sacramentos, como la Eucaristía y la Confesión. Porque es un anticristo. Si niega, sobre todo, el *mysterium fidei*, el mayor dogma de la fe católica, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (*Lumen gentium*, § 11), que es lo que, en el fondo, ata y aprisiona a Satanás, es decir, lo debilita, rehúye o hace retroceder, disminuyendo su influjo maléfico y aplacando así la maldad del mundo y la ira de Dios —pues con el fruto y signo de la Cruz se venció al Maligno—, provocará que sea desatado por poco tiempo (cf. *Ap* 20, 3), tenga toda la soltura, para emerger del abismo (cf. *Ap* 20, 7), otorgar «su fuerza, su trono y gran poder» al Anticristo (*Ap* 13, 2) y, finalmente, posibilitar cada vez, por medio de él, la realidad de la gran tribulación, como puede desprenderse de la sexta trompeta (cf. *Ap* 9, 13-21).

No obstante, si niega el *mysterium fidei*, así como el heresiarca Martín Lutero, no habrá propiamente ritual ni consagración: el pan y el vino quedarán sustancialmente iguales. No habrá, pues, *transubstanciación*. Se vería algo equivalente a un culto protestante y, por lo mismo, desgajado de la Vid de Cristo. Aquí el terreno es distinto, ya que se ataca y

envenena el corazón de la Iglesia Católica y Romana: el Pseudoprofeta, habiendo sido ordenado válidamente como sacerdote, pero torciéndose para ser apóstata y satánico (masónico), lo más probable sería que, al menos a partir de la liturgia ordinaria del *Novus Ordo Missae*, con sus ambigüedades intrínsecas y sus defectos señalados y graves (cf. Coomaraswamy, 2007), profanará a sabiendas y de manera camuflada: ofrecerá el Sacrificio perpetuo no a Dios sino a su ídolo, acaso el Gran Arquitecto del Universo (Satanás), escalofriante inversión que sería el colmo de la abominación de la desolación.

Sería la ridiculización de la Redención, comparable con lo que Jesús, ensangrentado y agonizante, le reveló en 1913 a San Pío de Pietrelcina, llamando «carniceros» (*macellai*) a ciertos sacerdotes indiferentes e incrédulos que, al celebrar la Misa tridentina, despreciaban la Eucaristía (cf. Zavala, 2017, pp. 19-20). Si con la Misa tridentina, tan perfecta y solemne en su conjunto, sufría Jesús por culpa de sus falsos o indolentes ministros, ¿no sufriría más y con mayor facilidad con el *Novus Ordo Missae*, donde la consagración, según la intención del sacerdote, puede ser sumamente sacrílega?

Nada tiene de extraño que, súbdito de Satanás, el Pseudoprofeta, sin predicar sobre la necesidad y urgencia de la confesión previa para purificar el alma, distribuya el Cuerpo de Cristo a las multitudes en pecado mortal, así como los obispos y los párrocos de su talante. «Y nada tiene de extraño, pues el mismo Satanás se transforma en ángel de luz» (2 Cor 11, 14).

Al respecto, parece Valtorta señalar la gran profanación, a pesar de la validez de la consagración. Aquí le dicta la voz del Espíritu Santo:

Y ¿qué vocablo emplearé para llamar con su justo nombre a este pecado supremo, a esta religión satánica, superior en atrocidad a la más bárbara religión antigua o a otra que aún exista entre los salvajes?

Aquí no se inmola a los dioses los cuerpos de las víctimas inocentes como, en un tiempo, a Moloc. Aquí no se matan hombres civiles para homenajear con ellos al ídolo salvaje. Aquí se inmola al Inmolado; aquí se hiere al Inocente; aquí se da en sacrificio al Adversario al Hijo de Dios encarnado, vivo en el Santísimo Sacramento, con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad.

¡Oh, cómo reirá Lucifer con su carcajada horrenda en estos sus tiempos y horas de gloria! Está —él, el maldito, el fulminado, el expulsado por Dios— sobre su trono, sobre el trono que los hombres le han alzado y a su horrendo escarnio se le ofrece el Cordero, Aquél a quien jamás él venció, Aquél en quien jamás él pudo entrar, Aquél que le venció cien y mil veces, le vence desde hace veinte siglos y le vencerá hasta el fin, libertando a los espíritus de buena voluntad de su infame poder.

Será vencido. Mas, entretanto, tiene algo de vencedor. Y el Sacramento de los sacramentos, este misterio de amor para el que hasta el más seráfico amor del hombre es siempre insuficiente a tributarle el debido honor, es dado por los hombres a Satanás como medio para su efímero triunfo.

Esto Pablo no lo conoció. No. La misericordia de Dios mantúvole oculto este pecado que hace estremecer al Cielo entero. Y —escuchad bien vosotros que os sobrecogéis de horror en el Cielo— si aquellos que profanan las Sagradas Especies ignorasen que en ellas se encuentra Cristo vivo y verdadero, tal como fue en la Tierra y está en el Cielo; si no creyesen en su presencia en las Especies consagradas, sus prácticas reduciríanse a un simple acto de magia. Mas *ellos* lo saben y esto constituye su pecado imperdonable.

No es aplicable a ellos la plegaria del Redentor puesto que “saben lo que hacen” (V3, 14).

Como tampoco fue aplicable la misma plegaria a aquellos judíos que mandaron crucificar al Redentor en Jerusalén, habiendo gritado que cayera la Sangre del Inocente sobre ellos y sus hijos (cf. *Mt 27, 25*). Hasta ese extremo sería «el misterio de la iniquidad» (2 *Tes 2, 7*). «Y el Sacramento de los sacramentos [...] es dado por los hombres a Satanás como medio para su efímero triunfo». Pues entonces, infiltradas por doquier las herejías, la doctrina sobre el justo motivo del Sacrificio perpetuo, ofrecido en el altar al verdadero Dios, se habrá pervertido, así como se ha venido degenerando. Las cosas santas serán irrespetadas, los lugares santos no serán casas de oración. De hecho, particularmente desde los desmanes inducidos con el Concilio Vaticano II, hoy comprobamos las irreverencias en muchas parroquias. «No deis las cosas santas a los perros, ni echéis vuestras perlas a los cerdos, no sea que las piso-teen con sus patas y al revolverse os despedacen» (*Mt 7, 6*).

3.4 Por lo visto, el Pseudoprofeta será el precursor del Anticristo, así como el Bautista fue el precursor de Cristo. Mientras que el Pseudoprofeta será el impulsor de la gran apostasía, el Anticristo será el ejecutor de la gran tribulación. Los dos reinarán contemporáneos.

La gradual profanación del Sacrificio perpetuo suscitara la permisión de un castigo divino, la venida del desolador: el *Ánomos*, el *undécimo cuerno*. Al herirse cada vez el *Corpus Christi*, el Anticristo tomaría cuerpo. Así como Cristo fue la encarnación de Dios, el Anticristo sería la encarnación de Satanás. Es, pues, el contraste entre el Hijo de Dios y el Hijo de Satanás. No es que el Maligno engendre al Anticristo con alguna

mujer. Es indudable que son dos *encarnaciones* distintas: Jesús, Dios Verbo, asumió enteramente la naturaleza humana, concebido en el vientre inmaculado de la Virgen por el Espíritu Santo; un ángel caído, siendo una criatura espiritual, solo puede, a la fuerza, entrar en un cuerpo o, por lo menos, influir sobre él. «Es tan cruel la bestial soberanía del hijo del Enemigo —“hijo no de querer carnal” sino de querer de alma que ha alcanzado el vértice y la profundidad de la ensimismación con Satanás— que cada minuto será día, que cada día será año, que cada año será siglo para los vivientes en aquella hora» (V2, 2 de agosto de 1943). Judas Iscariote fue definitivamente poseído por el Diablo durante la Última Cena, porque este apóstol despreció al Maestro y no participó del pan y el vino consagrados (cf. *Jn* 13, 21-27). Opina San Alfonso María de Liguori:

El diablo ha intentado siempre, por medio de los heréticos, privar al mundo de la Misa, haciendo así de ellos los precursores del Anticristo, quien, antes de cualquier otra cosa, intentará abolir y abolirá efectivamente el Santo Sacramento del altar, como un castigo por los pecados de los hombres, según la predicción de Daniel [cf. *Dn* 8, 12] (citado por Coomaraswamy, 2007, pp. 131-132).

La celebración de la verdadera Misa podrá ser abolida o totalmente prohibida, al parecer, por obra del Anticristo, el *undécimo cuerno*, el desolador de la gran ramera (cf. *Ap* 17, 16-17). Quizás entonces haya días sin ninguna consagración de la Hostia en la tierra. ¿Hay algo más catastrófico? Es la negación de la muestra de amor más grande que existe en el universo, de quien con humildad ha sacrificado su vida por sus amigos hasta la Cruz. Es anular la salvación de Dios, tan sencilla y misteriosamente efectuada en la Eucaristía. No hay nada más ofensivo, odioso y

detestable. La Eucaristía no es un mero banquete conmemorativo sobre el amor que Dios nos tiene; es la Cena en que, reflejando incruentamente la Pasión y el cumplimiento perfecto de la Ley del Sinaí, Jesús viene de nuevo a darnos realmente la vida eterna: la substancia de su Cuerpo y Sangre, con su Alma y Divinidad. Un regalo sagrado e inconmensurable, digno del mayor de los respetos. No se comulga, pues, un simple recuerdo —así se olvida su Redención—, sino un alimento espiritual: «el pan que ha bajado del cielo» (*Jn 6, 51*). La inmolación del Cordero Inmaculado «que quita el pecado del mundo» (*Jn 1, 9*) es el Sacrificio más agradable a Dios y de valor infinito.

3.5 El Pseudoprofeta, supuestamente, detendrá «la llave del pozo del abismo» (*Ap 9, 1*) —que antes tuvo el ángel celestial que ató a Satanás con la cadena (cf. *Ap 20, 1*)— y, con imprudencia, profanando el *mysterium fidei*, debilitando así el Cuerpo Místico de Cristo, lo abrirá (cf. *Ap 9, 2*).

Desde luego, el Rey de la Creación, Jesús, a quien se le «ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra» (*Mt 28, 18*), es el dueño de «las llaves de la muerte y del hades» (*Ap 1, 18*), porque es «la Resurrección y la Vida» (*Jn 11, 25*). Pero, a causa de la impiedad de los hombres y, sobre todo, de la apostasía, permitirá, habiendo soltado esas llaves, por decirlo así, la salida de la muerte y del hades, cuyo rey es Satanás, al que los malvados siguen. Es este ángel caído «quien le dará [al Pseudoprofeta] las llaves del pozo del abismo para que lo abra» (V2, 20 de agosto de 1943), esto es, de la boca del Pseudoprofeta no saldrá el agua viva de la salvación eterna. Pues, aunque tenga la apariencia piadosa del cordero, discurre como el Dragón (cf. *Ap 13, 11*). Es un hereje capcioso que, al pervertir sutil o francamente la fe, producirá confusión

doctrinal y pastoral. Pero, más que un hereje, es un apóstata. Entretanto, otros resistirán en custodiar la pureza de la Tradición.

Por ser «una estrella del cielo caída en la tierra» (*Ap* 9, 1), semejante a Lucifer, al que vio Jesús «caer del cielo como un rayo» (*Lc* 10, 18), se diría que usurpa «las llaves del Reino de los Cielos» (*Mt* 16, 19) e impide la entrada. Reprende el Maestro: «¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, porque os habéis apoderado de la llave de la sabiduría! Vosotros no habéis entrado y a los que querían entrar se lo habéis impedido» (*Lc* 11, 52).

Es el PseudoElías que «hace descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres» (*Ap* 13, 13): su convincente encanto provocará que millones de borregos se animen a obedecer la propaganda del Anticristo, se dejen poner su marca y se acomoden al nuevo sistema político y económico del mundo anticristiano (cf. *Ap* 13, 15). «Pues vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para halagarse el oído. Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a los mitos» (*2 Tim* 4, 3-4; cf. también *2 Tim* 3, 1-5).

Los falsos sacerdotes, si se consideran como los falsos cristos y los falsos profetas, esto es, los apóstatas y los falsos maestros, pueden ser los que debela poéticamente San Judas Tadeo:

Éstos son una mancha en vuestros ágapes: comportándose sin recato como si estuvieran en banquetes, se cuidan a sí mismos; son nubes sin agua zarandeadas por los vientos; árboles de otoño sin fruto, dos veces muertos y arrancados de raíz; olas bravías del mar que echan la espuma de sus torpezas; astros errantes a los que está reservado para siempre la oscuridad tenebrosa (*Jds* 1, 12-13).

Son, pues, falsos pastores que se apacientan a sí mismos. «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. El asalariado, el que no es pastor y al que no le pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye —y el lobo las arrebató y las dispersó—, porque es asalariado y no le importan las ovejas» (*Jn 10, 11-13*).

En el sentido espiritual, Cristo, con su Cruz, es el Árbol de la Vida, mientras que un falso sacerdote, como la higuera estéril (cf. *Lc 13, 6-9*), es un árbol de la muerte, pues no actúa como un *alter Christi*. Es dos veces muerto, en el alma y en el cuerpo, y de su boca no fluye el río y manantial que quita la sed, así como el agua viva y abundante que sale del pozo, sino la espuma marina y efímera del espíritu del mundo, de modo que, al terminar siendo una estrella del cielo caída en la tierra, no es una guía celestial para los desterrados hijos de Adán ni será del número de la descendencia de Abrahán para brillar como un hijo de Dios. Es, pues, un árbol venenoso que ofrece un vino prostituido y arrastra a la perdición eterna. Hemos sido, por lo tanto, advertidos de los falsos profetas: «Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto se corta y se arroja al fuego» (*Mt 7, 18-19*). Asimismo, estar unido a Cristo con la fe y los sacramentos es, en cierto modo, ser una rama fértil del Árbol de la Vida: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, éste da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí es arrojado fuera, como los sarmientos, y se seca; luego los recogen, los arrojan al fuego y arden» (*Jn 15, 5-6*). Se trata del fruto de la gracia. Aconseja San Pedro: «Creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (*2 Pe 3, 18*).

El Pseudoprofeta, al no actuar como un verdadero pastor, sino como un asalariado, con prédicas sosas e intrascendentes, llevará a los cristianos a la apostasía, cuyo efecto natural puede ser el agujón de la desesperación. Contra esto, se procurará en vano gozar del mundo, el demonio y la carne. Aunque se sienta el placer del cuerpo, no se siente el alivio del alma. «En aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la encontrarán, desearán morir pero la muerte huirá de ellos» (*Ap 9, 6*): sería una paradoja para expresar que los apóstatas, sin Dios y a oscuras, buscarán la vida mundana, insatisfactoriamente, con la consiguiente muerte del alma, a pesar incluso de la circunstancial carestía. A la luz de San Lucas: «Quien pretenda guardar su vida, la perderá; y quien la pierda, la conservará» (*Lc 17, 33*), es comprensible que se habla de perder la vida licenciosa para conservar la del alma. Solo los que se ajusten al Evangelio, con el sello de Dios en la frente, mantendrán el *verdor*, el alma sana, y no serán presa de aquel agujón (cf. *Ap 9, 4*).

Desechada la fe, ignorados los dogmas, queda el darse la gran vida terrena, «porque amplia es la puerta y ancho el camino que conduce a la perdición» (*Mt 7, 13*). «Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos» (*1 Cor 15, 32*). Pero San Pablo persuade: «No os dejéis seducir: las malas compañías corrompen las buenas costumbres. Despertaos, como es justo, y dejad de pecar» (*1 Cor 15, 33-34*).

3.6 También le dice Jesús a Valtorta:

Recuerda el Apocalipsis de Juan. Recuerda el dragón: el Mal generador del Anticristo futuro, que le prepara el reino no sólo desconcertando las conciencias sino envolviendo en sus espirales la tercera parte de las

estrellas y convirtiendo a los astros en fango. Cuando esta demoniaca vendimia se produzca en la Corte de Cristo, entre los grandes de su Iglesia, entonces, en la luz reducida apenas a resplandor y conservada como única lámpara en el corazón de los fieles a Cristo —porque la Luz no puede morir, Yo lo he prometido, y la Iglesia, incluso en los periodos de horror, conservará cuanto es necesario para volverse resplandor tras la prueba—, entonces vendrá el pastor ídolo, que será y estará donde quieran sus dueños.

Quien tenga oídos para entender, entienda. Para los vivos de aquel tiempo la muerte será un bien (V2, 9 de diciembre de 1943; cf. también *Dn 8, 10*).

Satanás, «el Mal generador del Anticristo futuro», es el que descris-
tiana progresivamente la tierra para desde allí corromper cada vez la
Iglesia con el fin de instalarse en ella el «pastor ídolo» según los dueños
del mundo: el Pseudoprofeta. Se trata de la entronización de un Judas
Iscariote, como sugiere este dictado de Jesús a Valtorta:

Siempre, entre los más fiables, tenemos un enemigo, un vendido. Pe-
ro no importa. El discípulo no es más que el Maestro y si Yo, sabiendo
que el látigo de mis palabras, más que el látigo de cuerdas —medio sim-
bólico más que real— me procuraba la muerte, he hablado, habla. Y si
por amor hacia los hombres, y hacia ti, Yo he soportado un enemigo y
un vendido y el horror de un beso de traición, tú, mi primero entre los
hijos de ahora, no debes retraerte ante lo que ha sufrido el Maestro an-
tes que tú.

Que si después, a pesar de todos los medios, la Justicia tuviera que
perecer y, arrastrados cada vez más por Satanás, los dominadores y los
dominados, por un mimetismo maléfico, se separaran cada vez más de

Dios, entonces quitaré la Luz y la Verdad. Y esto sucederá también cuando en mi morada —la Iglesia— haya demasiados que, por intereses humanos y por indigna debilidad, estén entre los dominados por los sembradores del Mal en sus distintas doctrinas. Entonces conoceréis al pastor que no se cuida de las ovejas abandonadas, al pastor inútil del que habla Zacarías (V2, 9 de diciembre de 1943).

La caída de la tercera parte de las estrellas alude a la apostasía sobre la que profetizó también San Pablo, pero aquí se especifica la apostasía del clero: «la Corte de Cristo», hasta entronizarse el «pastor ídolo», como se puede extraer de este pasaje del Apocalipsis, donde se contrasta entre la «mujer vestida de sol», que significaría la verdadera Iglesia, nacida de las entrañas de Israel y de la que la Virgen María es Madre y engendra con dolor los hijos espirituales y adoptivos de Dios, y la gran ramera, la falsa Iglesia, seguidora del «dragón rojo», que, políticamente, se asociaría con el comunismo y, teológicamente, con el asentimiento a la primera tentación que sufrió Jesús en el desierto por Satanás, la conversión de las piedras en panes y el desprecio de la Palabra divina: «Apareció entonces otra señal en el cielo: un gran dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. La cola arrastró una tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó a la tierra» (Ap 12, 3-4).

Le dice Jesús a Valtorta:

En los siglos pasados, han venido de estos errores los antipapas y los cismas, lo cuales, tanto los unos como los otros, han dividido las conciencias en dos campos opuestos provocando destrozos de almas incalculables. En los siglos futuros, estos mismos errores sabrán provocar el

Error, esto es, la Abominación [cf. *Dn* 8, 11-12] en la Casa de Dios, signo precursor del fin del mundo.

¿En qué consistirá? ¿Cuándo sucederá? No tenéis necesidad de saberlo. *Sólo os digo que de un clero demasiado cultivador del racionalismo y demasiado al servicio del poder político sólo puede fatalmente venir un periodo muy oscuro para la Iglesia.*

Pero no temáis. La profecía de Zacarías [12-13-14] se solda, como un anillo con otro, con la de Juan. Tras este periodo de doloroso esfuerzo en el que, perseguida por fuerzas infernales, la Iglesia, como la mística Mujer de la que habla Juan, tras haber huido para salvarse refugiándose en los mejores y perdiendo en la mística (digo mística) fuga los miembros indignos, alumbrará a los santos destinados a conducirla en la hora que precede a los últimos tiempos (V2, 11 de diciembre de 1943).

Esta fuga parece el de la verdadera Iglesia: «Entonces la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios, para que allí la alimenten durante mil doscientos sesenta días» (*Ap* 12, 6), como también a este consejo para esquivar a la gran Babilonia: «Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis cómplices de sus pecados ni participéis de sus castigos» (*Ap* 18, 4). La Iglesia se compone de los fieles de Cristo, desde el más grande al más pequeño: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?» (*1 Cor* 3, 16).

3.7 Las siguientes citas expresan el peligro latente de la gran apostasía, la amenaza de ser un *anticristo*. «El día en que en el mundo no hubiera más sacerdotes realmente sacerdotales [dice Jesús], el mundo terminaría en un horror que la palabra no puede describir. Habría llegado el momento de la "abominación de la desolación". Pero llegado con

una violencia tan espantosa, de ser un infierno traído sobre la tierra» (V2, 14 de junio de 1943). «Respecto a las preguntas del Padre sobre el antagonista último, *dejamos el Horror envuelto en la sombra del misterio*. De nada os sirve conocer ciertas cosas. Sed buenos y basta [aconseja Jesús]. Vuestra bondad dadla, con anticipo al momento, con el fin de abreviar la duración del reino monstruoso sobre la raza de Adán» (V2, 2 de agosto de 1943). «Todo lo horroroso y sanguinario que se produjo en la Tierra desde que la formó el Creador [comenta Jesús], será una nada respecto al horror de la última lucha» (V2, septiembre-noviembre de 1950).

La creciente apostasía es una potente señal que prepara la venida del Anticristo dual. «Esto podrá suceder [dice Jesús] porque, no sólo los laicos sino también los eclesiásticos, han perdido y pierden cada vez más la firmeza de fe, de caridad, de fuerza, de pureza, de desapego de las seducciones del mundo necesarias para permanecer en la órbita de la luz de Dios» (V2, 23 de julio de 1943). Es más, prosigue Jesús:

Es lógico que en un mundo en el que tantas luces espirituales se habrán muerto se instaure, abiertamente, el reino breve pero tremendo del Anticristo, generado por Satanás, así como Cristo fue generado por el Padre. Cristo hijo del Padre, generado por el Amor con la Pureza. Anticristo hijo de Satanás, generado por el Odio con la triple Impureza [soberbia, avaricia y lujuria] (V2, septiembre-noviembre de 1950).

Asimismo:

En el mundo estará ausente mi fuerza. Será una tremenda hora de castigo para el hombre. No lo será para Mí, lo será para el hombre, que no

ha querido amarme. Será una hora *que se repetirá por voluntad del hombre*, pues rechazará la Divinidad hasta convertirse en un ser sin Dios, un secuaz de Satanás y de su hijo maldito [el Anticristo]. Será una hora *que vendrá cuando esté próximo el fin del mundo*. La falta de fe imperante entonces hará nulo mi poder de obrar milagros, no porque Yo pueda perder dicho poder, sino porque *no puede ser concedido el milagro donde no hay fe ni voluntad de obtenerlo; donde el milagro sería objeto de burla, instrumento del mal; donde se usaría el bien recibido para causar un mal mayor* (V2, 23 de marzo de 1944).

Por último:

Si Jerusalén fue castigada por sus delitos, ¿no lo será acaso la segunda Jerusalén [Roma] que después de 20 siglos de cristianismo alza, sobre altares falaces, nuevos dioses impuestos por amos aún más signados con el signo de la Bestia de cuanto no lo seáis vosotros, los de Italia, y cree que engaña a Cristo con un fingido presente a su Cruz y a su Iglesia, seguido tan sólo de refinada hipocresía que esconde, bajo la sonrisa y la reverencia, la espada del sicario?

Sí. Llevad a cabo el último delito. Perseguidme en mis Pontífices y en mis fieles *verdaderos*. *Pero hacedlo abiertamente y hacedlo pronto. También pronto Yo proveeré* (V2, 22 de julio de 1942).

Hablaría de la gran ramera, que se embriaga «de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús» (Ap 17, 6). Como hemos visto, sería por medio del Anticristo, el *undécimo cuerno*, que la segunda Jerusalén, considerada como la Roma apóstata, sea devastada. Desde entonces el resto fiel, el *pusillux grex*, sería encarnizadamente perseguido.

3.8 Por otra parte, la génesis histórica del Anticristo dual se debería a la corrupción moral de la sociedad, marcada progresivamente, aparte del desastre del luteranismo, por el naturalismo, el liberalismo, el comunismo y el modernismo. Acerca del pecado de impureza, tan frecuentemente cometido, dijo la Virgen de Fátima que es el que arrojaba más almas al infierno. Pensemos en la liberación sexual desde la década de 1960, junto con el *rock* y el movimiento *hippie*. La siguiente cita parece anticiparse a la actual ideología de género, subvertidora de la noción tradicional de familia:

¿Dónde están ahora las familias en que a los pequeños se les haga amar el trabajo como medio para realizar algo grato a los padres? Los hijos, actualmente, son los déspotas de la casa. Se desarrollan indiferentes, duros, mezquinos para con sus padres, a quienes consideran a su servicio, como si fueran sus esclavos; no los aman, y de ellos reciben a su vez poco amor. En efecto, al mismo tiempo que hacéis de vuestros hijos unos déspotas caprichosos, os separáis de ellos desentendiéndoos vergonzosamente.

Padres del siglo veinte (ya veintiuno), vuestros hijos son de todos menos vuestros: son de la nodriza, de la institutriz, del colegio, si sois ricos; de los compañeros, de la calle, de las escuelas, si sois pobres. No son vuestros. Vosotras, madres, los generáis, nada más; vosotros, padres, hacéis lo mismo. Y, sin embargo, un hijo no es sólo carne; es mente, es corazón, es espíritu. Creed, pues, que nadie tiene más deber y derecho que un padre y una madre de formar esta mente, este corazón, este espíritu.

La familia existe, debe existir. No hay teoría o progreso alguno que pueda válidamente demoler esta verdad sin provocar un desastre. Una institución familiar desmoronada sólo puede dar futuros hombres y mu-

jeros cada vez más depravados, causa a su vez de calamidades crecientes. En verdad os digo que sería preferible que no os casarais más, que no engendrarais más sobre esta tierra, en lugar de tener estas familias menos unidas que un clan de monos, estas familias que no son escuela de virtud, de trabajo, de amor, de religión, sino un caos en que todos viven autónomamente, como engranajes desengranados que al final terminan por romperse.

Seguid, seguid destruyendo. Ya estáis viendo y sufriendo los frutos de vuestra acción quebrantadora de la forma más santa de la vida social. Seguid, seguid, si queréis. Pero luego no os quejéis de que este mundo sea cada vez más infernal, morada de monstruos devoradores de familias y naciones. ¿Así lo queréis? Pues sea así... (V1, 37).

La situación social contemporánea es consecuencia de la Revolución, en un sentido amplio, contra el orden cristiano. Refiriéndose a Daniel, dice Jesús sobre la tercera bestia:

La tercera bestia es el poder, el poder anhelado, impuesto, impulsado hasta el delito. Dado que se trata de poder humano, es decir, vendido a Satanás con tal de ser siempre mayor, contra toda ley divina y moral, engendra su monstruo llamado Revolución que, por su misma índole, alberga en el seno de su monstruosidad todos los siniestros horrores propios de las revoluciones, las cuales representan el naufragio social del Bien y de la Fe. Mueren la honradez, el respeto, la moralidad, la religión, la libertad, la bondad, cuando este monstruo exhala su hálito infernal sobre una nación y se expande, como una pestífera emanación, más allá de los confines de la misma, de modo que contagia con su vaho pueblos y más pueblos hasta contagiar al mundo entero; así, sobre los despojos de las víctimas que mató y devoró, sobre las ruinas de las naciones, de

las que quedan sólo escombros, prepara la cuna para el monstruo final: el *Anticristo* (V2, 25 de enero de 1944).

La cuarta bestia sería el Anticristo, el *undécimo cuerno*. El anticristo colectivo, apegado al mundo, el demonio y la carne, es precursor y coetáneo del individual, que se manifiesta en el ámbito religioso y en el político (cf. *Ap* 13). El Anticristo dual no surge de forma instantánea o espontánea, sino que es explicable por un antecedente progresivo (cf. *1 Jn* 2, 18), que se desarrolla a través de los siglos como el misterio de la iniquidad (cf. *2 Tes* 2, 7), del cual la Revolución, junto con el ariete de las herejías, es un elemento esencial, hasta ir perjudicando e infestando el clero. En el fondo, es principalmente Satanás quien actúa. Hoy constatamos los estragos del modernismo, ya combatido por San Pío X y contra el que fue escrito especialmente, como se anotó arriba, la *Obra de Valtorta*. La corrupción de lo mejor es lo peor. Dice Jesús:

Los aludes empiezan con un copo de nieve. Un sacerdote indigno, impuro, hereje, infiel, incrédulo, tibio o frío, apagado, insípido, lujurioso, hace un daño diez veces superior al que provoca un fiel culpable de los mismos pecados; y arrastra a muchos otros al pecado. La relajación en el Sacerdocio, el acoger doctrinas impuras, el egoísmo, la codicia, la concupiscencia en el Sacerdocio, ya sabéis en donde desemboca: en el deicidio. Y en los siglos futuros ya no se podrá matar al Hijo de Dios, pero sí se podrá matar la fe en Dios, la idea de Dios [la apostasía]. Por lo cual se llevará a cabo un deicidio aún más irreparable, porque carecerá de resurrección [gloriosa]. Sí, se podrá llevar a cabo; lo veo... Podrá ser llevado a cabo por los demasiados Judas de Keriot de los siglos futuros. ¡Un horror!...

¡Mi Iglesia removida de sus quicios por sus propios ministros! ¡Y Yo sosteniéndola con la ayuda de las víctimas! ¡Y ellos, esos Sacerdotes que tendrán únicamente las vestiduras del Sacerdote, pero no su alma, ayudando a intensificar las olas agitadas por la Serpiente infernal contra tu barca, Pedro!

[...] Lo mismo que nos ha sucedido a los de Israel [con los fariseos y otros], y aún más profundamente, llegarán tiempos en que el Sacerdocio creará —por saber sólo lo superfluo, desconociendo lo indispensable, o conociendo sólo su forma muerta, esa forma con que ahora conocen los sacerdotes la Ley, o sea, no el espíritu sino el revestimiento, y exageradamente recargado de adornos—, creará, digo, ser una clase superior (V1, 635).

Hasta que llegue el Anticristo religioso: el Pseudoprofeta, quien seducirá a muchas almas a seguir al Anticristo, es decir, a acomodarse a los imperativos del sistema anticristiano del Nuevo Orden Mundial, donde, prácticamente, la noción de pecado desaparece y se olvida el valor de la Redención.

3.9 Ahora bien, el *katéjon* del que habla San Pablo (cf. 2 Tes 2, 7), esto es, el obstáculo que impide la aparición del Anticristo, consta, a mi juicio, tanto del orden político (el Imperio romano) como del orden religioso (la Iglesia Católica).¹³

El Imperio romano, en cuanto protector de la Iglesia contra «el misterio de la iniquidad» (2 Tes 2, 7), ha ido arruinándose, perdiendo los reyes fieles, hasta quedar la Iglesia casi sola y desarmada: las *fuerzas del*

¹³ Alfredo Sáenz, en su excelente texto «El Apocalipsis según Leonardo Castellani» (2005), aborda las dos caras del *katéjon* según algunos autores.

Infierno (cf. Mt 16, 18) la han cercado para destruirla, si bien no la derrotarán. Las herejías, las revoluciones y las guerras han contribuido al deterioro del *katéjon*. La Revolución francesa, por ejemplo, perturbó tanto la cristiandad que aún se siente su impacto: la emancipación del mundo frente a la Iglesia. El plan político-religioso ha sido primero corromper el mundo paganizándolo; después, desde allí, corromper la Iglesia adulterándola. Marcel Lefebvre argumentaba que el liberalismo conducía a la apostasía:

el objetivo de los impíos liberales no es nada menos que la eliminación de la Iglesia por medio de la destrucción de los Estados católicos que la sostienen. Estos Estados eran las murallas de la fe. Era necesario entonces abatirlas. Y una vez destruidas esas defensas de la Iglesia, una vez suprimidas las instituciones políticas que eran su protección y la expresión de su benéfica influencia, la Iglesia misma sería paralizada y abatida y con ella la familia cristiana, la escuela cristiana, el espíritu cristiano y hasta el nombre mismo cristiano. León XIII ve claramente ese plan satánico, tramado por las sectas masónicas, y que llega hoy a sus últimas consecuencias (1987, p. 51).

Cada vez existirá la sumisión de muchos reyes al Anticristo. De la sexta trompeta del Apocalipsis leemos:

El sexto [ángel] vertió su copa sobre el gran río Éufrates y se secaron sus aguas, de modo que quedó preparado el camino a los reyes del oriente. Entonces vi tres espíritus impuros como ranas que salían de la boca del dragón, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta. Son espíritus demoniacos que hacen prodigios y se dirigen a los reyes de todo el orbe, con el propósito de reunirlos para la batalla del gran día del

Dios omnipotente. Mirad que vengo como ladrón. Bienaventurado el que esté vigilante y guarde sus vestidos, para no andar desnudo y que le vean sus vergüenzas. Y los reunió en el lugar que se llama en hebreo Harmagedón (*Ap 9, 13-21*).

Comenta Ángel Mirete Pina:

El río Éufrates, uno de los cuatro ríos que regaban el Jardín del Edén, ordinariamente señala en la Biblia el límite de los pueblos hostiles, situados a su oriente, donde habitó Caín cuando se alejó de la presencia del Señor. De esa región procedían las hordas de los ejércitos invasores de Israel: asirios, babilonios, medos, persas, escitas y, al tiempo que Juan redactaba sus visiones, los partos, con sus incesantes incursiones contra el Imperio Romano (1998, p. 276).

El Éufrates es como un baluarte. Su sequedad aludiría, a falta de reyes defensores de la Iglesia, como Francisco Franco, al retiro final del *katéjon* en el orden político y a la invasión de la Ciudad del Diablo contra la Ciudad de Dios. Emergerá, pues, el Anticristo cuando sea removido enteramente el *katéjon*: «sólo falta que sea apartado el que hasta ahora lo retiene. Entonces aparecerá el *inicuo*» (*2 Tes 2, 7-8*).

3.10 En mi opinión, que es ciertamente discutible, el *katéjon* del orden religioso es el Papa mismo. Él, como el sucesor de San Pedro y el verdadero Vicario de Cristo, cuida y conserva la integridad de la fe católica, aunque a veces no sea un modelo de santidad. Debe apacentar las ovejas (cf. *Jn 21, 15-17*). Así, siempre ha de ser «piedra de tropiezo» (*1*

Pe 2, 8) contra las veleidades del rebelde espíritu mundano.¹⁴ Quitado, pues, este “estorbo” por las fuerzas infiltradas del Infierno —como es colegible en Zacarías (13, 7-9; 11, 15-17)—, se allana el camino de la perdición de muchos, y el castigo, al parecer, será la entronización del Pseudoprofeta, quien ocupará el lugar del Papa en Roma, abusará de su poder, asemejándose a un monarca absoluto, y no actuará como «signo de contradicción» (*Lc* 2, 34) sino como lobo disfrazado de oveja (cf. *Mt* 7, 15) y elogiado por el mundo (cf. *Lc* 6, 26). Escribe San Pablo: «¿Busco ahora la aprobación de los hombres o la de Dios? ¿O es que pretendo agradar a los hombres? Si todavía pretendiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo» (*Gal* 1, 10).

La piedra que desecharon los constructores ha llegado a ser la piedra angular (cf. *Mt* 21, 42; cf. también *Hch* 4, 11 y *1 Pe* 2, 7): sin ella se derrumba el edificio, incluso si se pone una piedra falsa en su lugar. Habiendo sido rechazado Cristo por los miembros pérfidos del Sanedrín, se destruyó el Segundo Templo de Jerusalén. La piedra angular es Cristo, de quien Pedro es el representante en la Tierra. Por esto, el Papa sería el *katéjon* del orden religioso. ¿En la palabra *constructores* —otros traducen *arquitectos*— puede comprenderse la masonería eclesiástica?¹⁵

¹⁴ Santo Tomás de Aquino, en su *Tractatus de adventu et statu et vita Antichristi*, tendería a esta hipótesis: «inobedientia ecclesiarum Romanae Ecclesiae». Es cuando el mundo no se somete a la Iglesia, cuya cabeza es el Papa, sino que la somete a su gusto. Es una pena no disponer su traducción española. Véase la publicación digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL): <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080015114/1080015114.html>

¹⁵ Sobre la masonería es recomendable el libro de Alberto Bárcena (2016) y el de Pierre Virión (1968); sobre el judaísmo como fuerza anticristiana, el de Alberto Ezcurra (1990). Escribe el lúcido Virión: «Nuestra vida cristiana auténtica, fecunda, inquebrantable en la Fe, la Esperanza y la Caridad, nuestra unión más íntima aquí abajo con Dios por medio de Jesucristo, “el Camino, la Verdad y la Vida”, se apoyan sobre tres cimientos: la Eucaristía, la Santa Virgen María Madre de Dios y el Papa, sucesor de Pedro, sobre el cual descansa la Iglesia. Estos tres cimientos son objeto de ataques solapados y violentos por parte de las sectas [masónicas]» (1968, p. 185).

El Pseudoprofeta liderará la religión oficial de la falsa Iglesia (la gran ramera), la «sinagoga de Satanás» (*Ap 2, 9*), heredando la riqueza material vaticana (seminarios, monasterios, hospitales, parroquias, escuelas, etc.) y plegándose a los caprichos del mundo (la gran Babilonia). La falsa Iglesia, inmanentista, desacralizadora, antropocéntrica, promotora de un falso ecumenismo, será profanadora de la Sede de Pedro: «una hipertrofia de la cáscara, y un vaciamiento del fondo y la sustancia», opina Castellani (2010, p. 34). «La Religión será adulterada, sus dogmas vaciados y rellenos de sustancia idolátrica» (Castellani, 2010, p. 94). Sería como la “religiosidad” de tantos que afirman ser “espirituales”: *creo en Dios pero no en la Iglesia*. Un Dios confuso y sin el debido culto, en «el espíritu del mundo» (*1 Cor 2, 12*). Es lo que llamaríamos, como un fruto ponzoñoso del modernismo, la religión de la cizaña, herética y practicada con una fe deforme, gnóstica, masónica, proclive a la apostasía.¹⁶

A pesar del falso Papa, cabeza que será visible para todo el orbe y aun haría dudar acerca de la realidad del sedevacantismo, la verdadera Iglesia, eclipsada, incluso empobrecida, compuesta de los fieles vigilantes que celosamente respetan el *depositum fidei* y se comportan asimismo como auténticos católicos, tendrá que refugiarse en el «desierto» (*Ap 12, 6*); en este caso, es indefectible. Comenta Sáenz: «San Victorino aplicó el *katéjon* a la Iglesia —“la Iglesia será quitada”, dice—, pero

¹⁶ Sobre la *gnosis* como conducta satánica y hasta masónica, cf. el potente libro de Julio Meinvielle (1970). Este autor, sobre un texto de León Meurín, comenta: «la masonería es una invención judía para destruir a la Iglesia, una invención judía construida sobre la base de la Cábala» (p. 109). En cuanto a la falsa Iglesia, pretende concluir «que está en movimiento y gestación dentro de la Iglesia Católica romana *una nueva religión, sustancialmente diversa de la que dejó Cristo, y que adquiere los caracteres de una gnosis pagana y cabalística perfectamente configurada*» (p. 325).

en el sentido de que volvería a la oscuridad, a las catacumbas, perdiendo todo influjo en el orden social» (2005, p. 14).

3.11 A propósito, se considera que los Papas desde el Concilio Vaticano II son legítimos, a pesar de algún fallo serio en que hayan incurrido o de ciertos resabios modernistas, errores, imprecisiones, inexactitudes o anfibologías en los documentos del mismo, por los que, aparte de ciertas prácticas pastorales desviadas e incluso irreverentes y sacrílegas, algunos puedan sospechar una ruptura con la Tradición, como Rama Coomaraswamy (2007).

Es importante reconocer la voz del Buen Pastor: «Pero a un extraño no le seguirán, sino que huirán de él porque [mis ovejas] no conocen la voz de los extraños» (*Jn 10, 5*), y discernir: «Por sus frutos los conoceréis» (*Mt 7, 16*). Pues «aunque nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciásemos un evangelio diferente del que os hemos predicado, ¡sea anatema!» (*Gal 1, 8*). Escribe San Pablo:

temo que, como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, así se corrompan vuestros pensamientos, y se aparten de la sinceridad y castidad debidas a Cristo. Porque si viniera alguno anunciando un Jesús distinto del que os hemos predicado, o recibierais un espíritu distinto del que habéis recibido, o un Evangelio distinto del que habéis abrazado, de buena gana lo soportaríais. Pues yo en nada me considero inferior a esos “superapóstoles” (*2 Cor 11, 3-5*).

Prosigue San Pablo:

éstos son unos falsos apóstoles, unos obreros engañosos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y nada tiene de extraño, pues el mismo Satanás se transforma en ángel de luz. Por tanto, no es algo extraordinario que también sus ministros se transfiguren en ministros de justicia. Su final será según sus obras (2 Cor 11, 13-15).

«Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y por los siglos. No os dejéis llevar por doctrinas diversas y extrañas, porque lo bueno es fortalecer el corazón con la gracia y no con alimentos que no aprovecharon a quienes obraron conforme a ellos» (Heb 13, 8-9). Profetiza San Pedro:

Así como surgieron falsos profetas en el pueblo de Israel, también habrá entre vosotros falsos maestros. Éstos introducirán fraudulentamente herejías perniciosas: negando al Dueño que los rescató, atraerán sobre ellos mismos una pronta ruina. Muchos seguirán sus costumbres licenciosas, y por su causa el camino de la verdad quedará infamado; movidos por la codicia traficarán con vosotros mediante palabras engañosas (2 Pe 2, 1-3).

Puede tarsearse que, intrínsecamente, el evangelio de la falsa Iglesia del Pseudoprofeta consistirá en el *sí* a las tres tentaciones diabólicas que Jesús soportó en el desierto. Sí a la riqueza, el poder y la gloria materiales. En suma, *sí* al mundo, pero sin el verdadero Dios.

Según San Ambrosio, «Ubi Petrus ibi Ecclesia»: donde está Pedro, está la Iglesia. La visibilidad de la Iglesia depende principalmente de la presencia del Papa. Sin embargo, la célebre máxima de San Ambrosio «es válida solamente en la medida en que "Pedro" permanece enraizado en la ortodoxia o la "pura fe y sana doctrina". Cuando no es así, enton-

ces como enseñaba el Cardenal Cayetano, "Ni la Iglesia está en él, ni él está en la Iglesia"» (Coomaraswamy, 2007, p. 10). Dejaría, pues, de ser un verdadero Papa, así como Judas Iscariote no fue un verdadero apóstol. Pero, a pesar de su falsedad, Judas Iscariote siguió siendo un apóstol y el Pseudoprofeta seguiría siendo el Papa. En este caso, como aconsejaba el cardenal San Roberto Belarmino en *De Romano Pontifice*: «Es legítimo resistirle [al falso Papa] si ha asaltado a las almas, o trastornado el estado, y mucho más si se ha esforzado en destruir la Iglesia. Es legítimo, digo, resistirle no haciendo lo que manda e impidiendo la ejecución de su voluntad» (Coomaraswamy, 2007, p. 70).

El extremo del problema es que el falso Papa, por no custodiar el *depositum fidei* ni, por lo tanto, fundarse en Jesucristo, no sea propiamente su Vicario, de manera que por sí mismo, siendo cismático, se derrocaría. Esto supondría que, finalmente, puede haber un gran cisma, entre los seguidores de la falsa Iglesia, con el Pseudoprofeta a la cabeza, y los seguidores de la verdadera Iglesia, cuyo Papa sería en algún momento, como propondré en el capítulo 7, uno de los dos testigos del Apocalipsis. En todo caso, conviene recordar lo que Pedro y los Apóstoles respondieron en el Sanedrín al sumo sacerdote, quien los detestaba: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (*Hch* 5, 29).

4. La tregua

4.1 Le dice Jesús a Valtorta:

Ahora [durante la Segunda Guerra Mundial y el pontificado de Pío XII] estamos en el periodo que Yo llamo: *de los precursores del Anticristo*. Después vendrá el periodo del Anticristo que es el precursor de Satanás. Esto estará ayudado por las manifestaciones de Satanás: las dos bestias nombradas en el Apocalipsis. Será un período peor que el actual. El Mal crece cada vez más. Vencido el Anticristo, vendrá el periodo de paz para dar tiempo a los hombres, impresionados por el estupor de las siete plagas y por la caída de Babilonia, de recogerse bajo mi signo. La época anticristiana subirá a la máxima potencia en su tercera manifestación, es decir cuando llegue la última venida de Satanás (V2, 27 de agosto de 1943).

Con el término *Anticristo* parece aquí mencionar al Anticristo dual: tanto a la Bestia de la Tierra, el Anticristo religioso, el Pseudoprofeta, como a la Bestia del Mar, el Anticristo político. Según esta cita, son distinguibles tres periodos: el primero, de los precursores del Anticristo dual, es el de la Segunda Guerra Mundial, con las consecuencias no solo políticas y económicas, sino religiosas, puesto que en Roma se logrará entronizar el «pastor ídolo», y hoy, si no me equivoco, aún persiste, pese a las herejías e irreverencias; el segundo, es el del mismo Pseudoprofeta, que, junto con la Bestia del Mar, es «el precursor de Satanás», es decir, del futuro Anticristo, el *undécimo cuerno*: será, precisamente, el periodo del Anticristo dual, esto es, en que coexistirán las dos Bestias, hasta que reine el *undécimo cuerno*; y el tercero, una vez ven-

cido el Anticristo dual con la caída de la gran Babilonia, es el de la tregua.

No obstante, pasada la tregua, surgirá «la última venida de Satanás», es decir, el Anticristo, el *undécimo cuerno*, quien es la «tercera manifestación» de Satanás, diferente de las dos primeras, a saber, la Bestia de la Tierra y la Bestia del Mar. Lógicamente, el Anticristo, el *undécimo cuerno*, como el fruto perfecto del Mal, surgirá de la Bestia del Mar, habiendo sido preparado por el Pseudoprofeta.

Básicamente, hay dos periodos: el *preanticristiano*, desde la Segunda Guerra Mundial hasta el Pseudoprofeta, y el *anticristiano*, desde el Pseudoprofeta hasta la Parusía. Este último periodo contiene la tregua. Más adelante se notará que contiene también, hacia el final, la «época satánica», la del Anticristo, el *undécimo cuerno*, el ejecutor de la gran tribulación.

Otro fragmento de Valtorta puede ser complementario. Le dice Jesús:

Tras los precursores del Anticristo [a partir de la Segunda Guerra Mundial], vendrá el Anticristo mismo. El periodo anticristiano estará simbolizado por la Bestia armada de diez cuernos, o sea, los diez siervos de Satanás, que se creen reyes [cf. *Ap 17, 12*]. Pon atención: tres de ellos serán arrancados y arrojados en la nada, es decir, en el abismo donde no está Dios y donde, por lo tanto, está la Nada, lo opuesto de Dios, que es el Todo. Este periodo [anticristiano] culminará en el nacimiento y desarrollo, hasta alcanzar la máxima potencia [la época satánica], del undécimo cuerno, causa de la caída de tres precursores y sede del verdadero Anticristo, quien blasfemaré contra Dios como ningún hijo del hombre osó hacer; pisotearé a los santos de Dios y torturaré a la Iglesia de Cristo; dado que es hijo del connubio de la soberbia demoniaca con la lujuria humana, creará «que puede hacer cosas extraordinarias, mudar los

tiempos y las leyes» y por tres años y medio el Horror reinará en el mundo (V2, 25 de enero de 1944).

«Y abrió su boca con blasfemias contra Dios, para injuriar su nombre, su tabernáculo y a los que moran en el cielo» (Ap 13, 6), lo que recuerda al profeta Daniel: «pronunciará palabras contra el Altísimo, someterá a prueba a los santos del Altísimo y pretenderá cambiar los tiempos y la Ley» (Dn 7, 25). «Los diez cuernos son diez reyes que surgirán de su reino, y otro surgirá después de ellos. Ése será distinto de los anteriores y destronará a tres reyes» (Dn 7, 24). Por lo que también «es el octavo» (Ap 17, 11), que, habiendo subyugado a esos tres reyes, adquirirá un poder imperial: «Los diez cuernos que has visto son diez reyes, que aún no han recibido el reino, pero recibirán, junto con la bestia, el poder real durante una hora. Éstos, de común acuerdo, entregan su fuerza y su poder a la bestia. Lucharán contra el Cordero» (Ap 17, 12-14). «Se le permitió hacer la guerra contra los santos y vencerlos, y se le dio poder sobre toda tribu y pueblo, lengua y nación. Y le adorarán todos los que habitan la tierra, aquellos cuyo nombre no está escrito, desde el origen del mundo, en el libro de la vida del Cordero inmolado» (Ap 13, 7-8).

Además, refiere Jesús a Valtorta: «El demonio [Satanás] toma la actitud de Cristo, y como Cristo tiene apóstoles y discípulos. Entre ellos escogerá el perfecto para hacer de él el Anticristo. Por ahora estamos en el período preparatorio de los precursores del mismo» (V2, 7 de agosto de 1943).

4.2 Valga anotar, por lo demás, esta explicación de Jesús a Valtorta:

María, ahora te cojo de la mano para conducirte al punto más oscuro del libro de Juan. Los comentaristas del mismo han agotado su capacidad en muchas deducciones para explicar a sí mismos y a las muchedumbres quien sea la "gran Babilonia". Con visión humana, a la que las sacudidas producidas por acontecimientos deseados o por acontecimientos sucedidos no es ajena, han dado el nombre de Babilonia a muchas cosas.

¿Pero cómo no han pensado nunca que la "gran Babilonia" sea *toda la Tierra*? (V2, 22 de agosto de 1943).

Es decir, la gran Babilonia sería todo el mundo anticristiano, lo opuesto a la Iglesia, como las tinieblas a la luz, pero cuyo eje, encabezado por el Pseudoprofeta, sería la Roma que fornicia con «los reyes de la tierra» (Ap 17, 2), la ramera que cabalga sobre la Bestia del Mar (cf. Ap 17, 7) y no se sienta sobre la Cátedra de Pedro sino sobre «muchas aguas» (Ap 17, 1), y que permite y aprueba el mal bajo la apariencia del bien. Más adelante, conforme al concepto de *Tierra* visto en una nota anterior, añade Jesús:

¿No es acaso la Tierra la *gran meretriz* que ha fornicado con todas las potencias de la tierra y del infierno, y los habitantes de la Tierra no se han prostituído a sí mismos: cuerpos y almas, con tal de triunfar en el día de la tierra?

Sí que es así. Los delitos de la Tierra tienen todos los nombres de blasfemia, como los tiene la Bestia con la que se han aliado la Tierra y sus habitantes con tal de triunfar. Los siete pecados están como ornamento horrible sobre la cabeza de la Bestia que transporta Tierra y terrestres a los pastos del Mal, y los diez cuernos, número metafórico, están para demostrar las infinitas infamias cumplidas con tal de obtener, a

cualquier precio, cuanto quiere su feroz codicia (V2, 22 de agosto de 1943).

La Bestia «que transporta Tierra y terrestres a los pastos del Mal» sería el Pseudoprofeta, el «pastor ídolo»; mejor dicho, la Bestia de la Tierra (cf. *Ap 13*, 11 ss.). Es un peligro, porque, aunque no atente a los cuerpos, perjudica a las almas, como advierte Jesús:

«La Tierra seguirá a la Bestia y dará la muerte a los santos que no adoren a la Bestia de la Tierra» (Apocalipsis 13). Es la primera de las manifestaciones del Anticristo, que es “de la tierra” porque niega a Dios, niega todo lo que se refiere a Dios porque idolatra lo que no es Dios o, más aún, lo que está contra Dios, y suprime la ley divina substituyéndola con la suya, que ya ni es una ley moral natural, y hasta intentando borrar en las criaturas el recuerdo de la misma y humillando y matando al que no quiere volverse malvado, impío y contrario a Dios (V2, septiembre-noviembre de 1950).

4.3 Le sigue explicando Jesús a Valtorta: «La Bestia —dice Juan— fue y no es. Así será al final del mundo. Fue, porque realmente ha existido; no es porque Yo, Cristo, la habré vencido y sepultado porque, entonces, ya no será necesaria para los triunfos del mundo» (V2, 22 de agosto de 19). Allí, en una copia dactilográfica, anota Valtorta: «Después de la derrota del Anticristo y la destrucción de Babilonia». Fue y no es, porque no le corresponde la eternidad de Dios, el «Yo soy el que soy» (*Ex 3*, 14): su reinado será efímero.

Jesús la habrá *vencido y sepultado*. Leímos arriba: «Vencido el Anticristo, vendrá el periodo de paz para dar tiempo a los hombres, impre-

sionados por el estupor de las siete plagas y por la caída de Babilonia, de recogerse bajo mi signo». Las siete plagas, por el contexto, se refieren a las siete copas de la ira (cf. *Ap* 16), como detallaremos adelante. El Anticristo dual, tanto el religioso como el político, será *vencido*. En cuanto al término *sepultado*, puede entenderse la caída, aunque sea provisional, del reinado del Anticristo dual a causa de las plagas de la ira divina.

Antes de la Parusía, el Anticristo político, la Bestia del Mar, sería vencido mas no muerto: Satanás se valdrá del futuro líder, el *undécimo cuerno*, para ejecutar la gran tribulación hacia el final del periodo anticristiano. Es creíble que sea quien mate a los dos testigos (cf. *Ap* 11, 7). Por su parte, el Pseudoprofeta, la Bestia de la Tierra, sería también vencido mas tampoco muerto: las dos Bestias presenciarán la Parusía (cf. *Ap* 19, 20).

Luego de la caída de la gran Babilonia, del reinado del Anticristo dual, vendría un periodo de paz. En Valtorta se conoce como una *tregua*, que sería el «breve tiempo para que los fieles se reúnan con el fin de escuchar la última Palabra» (V2, 23 de enero de 1944). ¿Cuánto puede durar este «breve tiempo»? No parece indicar que sea demasiado largo: de acuerdo con el contexto, correspondería a la última generación humana, siendo inminente la gran tribulación y, por lo tanto, la Parusía y el fin del mundo. Según Valtorta, está dentro del periodo de la abominación de la desolación, esto es, el periodo anticristiano, particularmente durante el tiempo en que exista la gran ramera:

Dice Daniel: «Esta abominable desolación durará 1290 días. Bienaventurado el que espera y llega a 1335» [12, 11-12].

Esto quiere decir que en los tres años y seis meses que precederán el fin, se reservará un breve tiempo para que los fieles se reúnan con el fin de escuchar la última Palabra, que resonará en el espíritu de cada uno de ellos como invitación al Cielo, mientras Miguel con sus ángeles vencerá a Satanás y sus demonios. «Bienaventurado el que espera y llega a 1335 días» quiere decir: «Bienaventurado el que persevere hasta el fin», pues será salvado [*Mt* 10, 22] (V2, 23 de enero de 1944).

Entre estos fieles se incluiría, como se dijo antes, el Israel de Jesucristo: la conversión *en masa* de los judíos al catolicismo —acaso desengañados del Anticristo, el Otro (cf. *Jn* 5, 43) en quien habrán creído como el Mesías esperado— sería después de la caída de la gran Babilonia y antes de la gran tribulación.¹⁷

4.4 Dice Jesús a Valtorta con respecto a la tregua, que será un «breve tiempo» en medio de la abominación de la desolación:

Entonces será el tiempo de mi Reino de la Tierra. Por ello habrá una tregua en los delitos demoníacos para dar tiempo al hombre de volver a oír las voces de cielo. Quitada de en medio la fuerza que desencadena el horror, descenderán como cascadas de gracia, como ríos de aguas celestes, *de las grandes corrientes espirituales*, para decir palabras de Luz (V2, 22 de agosto de 1943).

¹⁷ ¿Cómo reaccionarían los musulmanes ante esta conversión masiva y tal vez mediática? Es interesante un artículo de Fulton Sheen que en español se titula «María y los musulmanes», disponible en Internet. Así como la Virgen de Guadalupe, gracias a la milagrosa imagen del ayate, convirtió a millones de aztecas al cristianismo, ¿no logrará tal vez la Virgen de Fátima llevar a los musulmanes al redil de Cristo y prevenirlos a la Parusía?

Tras la caída de la gran Babilonia, se trataría de un nuevo esplendor de la Iglesia militante, que habrá estado eclipsada.

Después de las tremendas guerras que Satanás habrá traído a la Tierra a través de su Mensajero de tinieblas, el Anticristo, vendrá el período de la tregua en el que, después de haberos mostrado con la cuenta prueba de qué dones puede ser autor Satanás, intentaré atraeros a Mí colmándoos de mis dones (V2, 16 de septiembre de 1943).

Se puede comprender no solo que la caída de la gran Babilonia presupone un tiempo de «tremendas guerras», posteriores a la Segunda Guerra Mundial y lideradas por el Anticristo, sino que el mismo Anticristo, como si fuera un pacificador y benefactor de la humanidad, ya habrá aparecido antes de esta caída. Por otra parte, con la muerte de la gran ramera, según suponemos, «faltarán las hostias y los sacrificios, y en el templo reinará la abominación de la desolación, que durará hasta el final» (V2, septiembre-noviembre de 1950). Este final, por el contexto, se entiende como *el fin del mundo*.

La tregua sería más bien una pausa o terminación de esas guerras y que, no obstante, permitiría entonces la frontal y enérgica predicación de los dos testigos del Apocalipsis dentro de una situación histórica similar a la de los Apóstoles en los peligrosos tiempos del decadente Imperio romano. Los dos testigos, habiendo evangelizado, serán perseguidos y mártires (cf. *Ap* 11, 7). Recordemos de nuevo la siguiente cita:

El último periodo —tres años y seis meses— será el más tremendo de los vividos por el hombre y en él Satanás, a través de su hijo [el Anticristo], consumido por un supremo rencor —porque ya no existirá la di-

visión entre los dos ramos del pueblo de Dios, la división que fue causa de tantos males materiales, morales y espirituales—, empleará sus perfectas, pero también últimas, astucias para dañar, arruinar, matar a Cristo en los corazones y matar los corazones destinados a Cristo.

[...] Entonces vendrá el tiempo en que la Iglesia, mancillada más que nunca, ya no podrá celebrar el Sacrificio perpetuo [la Misa] y la abominable desolación se alzarán en el Lugar Santo y en los lugares santos, tal como han dicho los profetas [entre ellos Daniel] y como he repetido Yo, que nunca erro (V2, 23 de enero de 1944).

Como puede colegirse, cuando no exista «la división entre los dos ramos del pueblo de Dios», es decir, cuando Israel sea ya de Jesucristo, el Anticristo, el *undécimo cuerno*, matará a la gran ramera, esto es, devastará a la Roma apóstata, y pondrá en acto la gran tribulación.

Puede inferirse una secuencia: primero sería la caída de la gran Babilonia, gracias a las plagas de la ira divina, para propiciar la tregua, momento en que presumiblemente, por medio de los dos testigos, sucedería la conversión *en masa* de los judíos, luego sería la caída de la gran ramera y, por último, se llevaría a cabo la gran tribulación.

Ese tiempo en que la Iglesia no podrá celebrar *oficialmente* el Sacrificio perpetuo no sería el de la tregua sino el de la gran tribulación, cuando estaría ocurriendo la persecución sistemática y violenta, acaso legalizada, contra los cristianos, de la cual serán víctimas los mismos dos testigos. Es posible que la propaganda mundial de la ideología anticristiana convenza a los anticristos de que no hay nada peor para la humanidad que un cristiano fiel. «Los habitantes de la tierra se alegrarán de ello, se regocijarán y se intercambiarán regalos, porque estos dos profetas habían atormentado a los habitantes de la tierra» (Ap 11, 10). No debe ol-

vidarse que Jesucristo fue calumniosamente acusado a muerte por decir la Verdad.

4.5 En cuanto a las «siete plagas», son las contenidas en las siete copas de la ira, como expone Jesús a Valtorta:

Enfermedades repugnantes como marca de vuestro vicio [la úlcera, primera copa: cf. *Ap 16, 2*]; sangre en las aguas como testimonio de toda la sangre que habéis querido derramar, y entre ésta está la mía [copas segunda y tercera: cf. *Ap 16, 3-7*]; fuego del sol para haceros probar por adelantado las brasas eternas que esperan a los malditos [cuarta copa: cf. *Ap 16, 8-9*]; tinieblas para advertiros de que las tinieblas esperan a quien odia la Luz [quinta copa: cf. *Ap 16, 10-11*]: todo esto para induciros a reflexionar y arrepentiros.

Y no servirá. *Continuaréis precipitando. Continuaréis cumpliendo vuestras alianzas con el mal*, preparando el camino a los "reyes de Oriente" [sexta copa: cf. *Ap 16, 12-16*], es decir, a los ayudantes del Hijo del Mal.

Parece que sean mis ángeles quienes traen las plagas. *En realidad sois vosotros. Vosotros las queréis y vosotros las tendréis* (V2, 22 de agosto de 1943).

Las señales de las plagas de la ira divina sí servirán para el vigilante *pusillux grex*, que las procurará interpretar para prepararse a la santificación, la prueba de la gran tribulación y la inminente Parusía, no para los apóstatas, los sedicentes cristianos desprevenidos o simplemente los que existen apegados al mundo, el demonio y la carne. No servirá, en fin, para los que sigan siendo anticristos, a pesar de los castigos.

Parece que las primeras cuatro plagas ocasionarán una enorme crisis planetaria y, por lo tanto, la caída de la gran Babilonia, entendida como la Tierra anticristiana y pecadora: enfermedad, escasez de agua potable y de alimentos, sequía, helada, pobreza, hambruna, guerras por el control de los recursos. Imaginemos una gran ciudad opulenta sin acueducto ni electricidad (cf. *Ap 18*). Sería el caos. Junto con la presencia militar para repeler el saqueo, la situación económica y política se tornaría dramática y desesperante. El Anticristo, al que «se le dio poder sobre toda tribu y pueblo, lengua y nación» (*Ap 13, 7*) y «adorarán todos los que habitan la tierra, aquellos cuyo nombre no está escrito, desde el origen del mundo, en el libro de la vida del Cordero inmaculado» (*Ap 13, 8*), regresaría como el salvador de la humanidad. Quizás entonces el Pseudoprofeta, comportándose como un vendido: «Hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, reciban una marca en la mano derecha o en la frente, para que nadie pueda comprar o vender sino el que tenga la marca, el nombre de la bestia o el número de su nombre» (*Ap 13, 17*), lo que, tarde o temprano, engendrará «una llaga maligna y perniciosa a los hombres que tenían la marca de la bestia y a los que habían adorado su imagen» (*Ap 16, 2*), dolencia que no perjudicaría a los que tengan el sello de Dios vivo en la frente. Si no es una llaga evidente del cuerpo, será del alma, lo que no quita que sea real, es decir, indicará que el apóstata, sin la gracia de Dios y por el pecado de idolatría, se expondrá a la condenación eterna, a no ser que se arrepienta (cf. *Ap 14, 9-11*). Se rumorea hoy, por lo demás, sobre la utilidad de la tecnología del microchip para los accesos locales, identificaciones personales y transacciones financieras. Ya que estamos advertidos, sería recomendable, a fin de evitar semejante imposición, ingeniarse otras formas de sobrevivir.

En cuanto a la caída de la gran Babilonia, es llamativa esta imagen del Apocalipsis: «Un ángel poderoso levantó una piedra como una gran muela de molino y la arrojó al mar, diciendo: Con tal ímpetu será arrojada Babilonia, la gran ciudad, y ya nunca más se la encontrará» (Ap 18, 21). La muela de molino tiene la forma de una rueda, que gira en torno a un eje fijo. Esto insinuaría que nuestro planeta, fuera de su eje normal, será forzosamente desplazado de su órbita, con los concomitantes impactos terrestres, acuáticos y atmosféricos que, a mi parecer, describirían las cuatro primeras trompetas (cf. Ap 8, 7-12), como si fueran cuatro aspectos colaterales de un mismo fenómeno natural. Está escrito: «Porque en un solo día llegarán sus plagas, la muerte, el llanto y el hambre, y será quemada con fuego, porque poderoso es el Señor Dios que la ha juzgado» (Ap 18, 8). *En un solo día*. También leemos, en otros tres pasajes, «en una sola hora» (Ap 18, 10; 18, 17; 18, 19), referentes a la repentina pérdida de riquezas materiales. A mi modesto entender, aventuro decir que primero le llegarán a la gran Babilonia «sus plagas, la muerte, el llanto y el hambre», luego, durante la gran tribulación, será divinamente juzgada y quemada con el fuego caído del cielo (cf. Ap 20, 9).

La sexta plaga de la ira, por su parte, sería posterior a las cinco primeras y consistiría en la progresiva formación del ejército del Anticristo, levantado de las ruinas de la gran Babilonia, para ejecutar la gran tribulación. Es una plaga porque es una guerra, el Harmagedón, que perjudicaría incluso a los mismos anticristos, caídos en la diabólica tentación y precipitados como Judas Iscariote a hacer el mal, y sobre esto Jesús avisa: «Mirad que vengo como ladrón. Bienaventurado el que esté vigilante y guarde sus vestidos, para no andar desnudo y que le vean sus vergüenzas» (Ap 16, 15). En otras palabras, bienaventurado el que esté en gracia de Dios.

En cuanto a la séptima plaga, parece que al respecto conviene otra cita de Valtorta, donde Jesús le dice:

La sangre de los mártires y de los profetas hervirá en esa hora, perfumando mi trono con agradable olor grato, y los terrones de la tierra, que han recogido los gemidos de los asesinados por odio hacia Mí recibiendo sus últimas sacudidas, lanzarán un gran grito hecho de todos esos santos gemidos y temblarán de convulsión de angustia, sacudiendo las ciudades y las casas de los hombres en las que se peca y mata, y llenando la bóveda de los Cielos de voz que clama Justicia.

Y habrá Justicia. *Yo vendré. Vendré porque soy Fiel y Veraz. Vendré a dar Paz a los fieles y Juicio santo a los vividos.* Vendré con mi nombre cuyo sentido tan sólo es conocido por Mí y en cuyas letras están los atributos principales de Dios de quien soy Parte y Todo (V2, 22 de agosto de 1943).

Valga transcribir aquí la séptima plaga. Una vez que el séptimo ángel vertió la copa en el aire:

Hubo relámpagos, estampidos de truenos, y se produjo un gran terremoto como nunca existió desde que hay hombres sobre la tierra: itan grande fue el terremoto! La gran ciudad se partió en tres trozos, y las ciudades de las naciones se derrumbaron. La gran Babilonia fue recordada ante Dios para darle a beber la copa del vino del furor de su ira. Todas las islas desaparecieron y de los montes no se encontró rastro. Y un pedrisco con granizos como de un talento de peso cayó del cielo sobre los hombres, que prorrumpieron en blasfemias contra Dios por el azote del granizo: iera una plaga tremenda! (Ap 16, 18-21).

Gran terremoto sobre el que notifica el sexto sello: «vi cómo se produjo un gran terremoto» (Ap 6, 12) y advierte la séptima trompeta: «se produjeron relámpagos, fragor de truenos, un terremoto y un fuerte granizo» (Ap 11-19). La caída de la gran Babilonia, descrita con detalle en el capítulo 18 del Apocalipsis, se consuma con la séptima plaga: «La gran Babilonia fue recordada ante Dios para darle a beber la copa del vino del furor de su ira» (Ap 16, 19).

El mundo es cada vez consumista y hedonista. Hay gentes alejadas de Dios y del cuidado del alma. Se preocupan por la crápula y la embriaguez, ejercitando el culto del cuerpo con la soberbia, la avaricia y la lujuria. Hay derroche y devastación planetaria. Explica Jesús a Valtorta:

Como te he dicho, la humanidad se divide cada vez más. *La parte espiritual, exigua al máximo, asciende. La parte carnal, numerosísima, desciende.* Desciende a una profundidad de vicio espantosa. Cuando llegue el tiempo de la ira, la humanidad habrá alcanzado la perfección del vicio.

¿Y quieres que el hedor interno de sus almas muertas no transpire al exterior y corrompa las carnes, adoradas más que a Mí y usadas para todas las prostituciones? Y como las úlceras serán provocadas por vosotros, así llenaréis de sangre el mar y las aguas de los ríos. Los estáis llenando ya con vuestras carnicerías, y los habitantes de las aguas disminuyen, matados por vosotros, contribuyendo a vuestra hambre. Habéis pisoteado tanto los dones que Dios os ha dado para vuestras necesidades materiales, que tierra, cielo y aguas se están haciendo vuestros enemigos y os niegan los frutos de la tierra y los habitantes de las aguas, de los ríos, de los bosques, del aire (V2, 22 de agosto de 1943).

4.6 Pero sigamos con la tregua, que es un breve tiempo muy particular. Habla Jesús a Valtorta:

Cuando haya limpiado al rebaño de cuanto es falso e impuro, durante mi periodo de Rey de la Paz, instruiré a los que queden para la última instrucción. Me conocerán como ahora sólo me conocen los elegidos. No serán doce, sino doce mil veces doce mil [144 millones: cf. *Ap* 14, 1-5] las criaturas convocadas al conocimiento del Rey. Caerán las herejías y las guerras. Luz y Paz serán el sol de la Tierra. Se nutrirán con el germen vivo de mi Palabra y no languidecerán más de hambre espiritual. Me adorarán en espíritu y en verdad» (V2, 28 de octubre de 1943).

Luz y Paz espirituales, no mundanas, aun en medio de las secuelas del reinado del Anticristo dual. Sería cuando la Iglesia haya huido de la gran Babilonia. Parece aquí cumplirse la situación eclesial de un solo rebaño y un solo pastor (cf. *Jn* 10, 16). Dice Jesús a Valtorta:

En mi breve reinado sobre el mundo seré Yo quien reine, Yo y el resto de mi pueblo, esto es, los fieles verdaderos, los que no han renegado de Cristo y recubierto el signo de Cristo con la tiara de Satanás. Entonces caerán las falsas deidades de los superpoderes, las doctrinas obscenas que reniegan de Dios, Señor omnipotente.

Mi Iglesia, antes de que se acabe la hora del mundo, tendrá su triunfo resplandeciente [durante la tregua]. No hay nada distinto en la vida del Cuerpo Místico de cuanto hubo en la vida de Cristo. Se dará el hosanna de la vigilia de la Pasión, el hosanna cuando los pueblos, fascinados por la Divinidad, plegarán sus rodillas ante el Señor. Después vendrá la Pasión de mi Iglesia militante [durante la gran tribulación en la tercera

manifestación satánica], y al final la gloria de la Resurrección eterna en el Cielo.

¡Oh bienaventuranza la de aquel día en el que habrán acabado para siempre las insidias, las venganzas, las luchas de esta tierra, de Satanás, de la carne! Mi Iglesia estará compuesta entonces por los verdaderos cristianos. Entonces, en el penúltimo día. Pocos como al inicio, pero santos como al inicio. Acabará en santidad como en santidad comenzó. Se quedarán fuera los mentirosos, los traidores, los idólatras. Los que en el último día imitarán a Judas y venderán su alma a Satanás dañando al Cuerpo místico de Cristo. La Bestia tendrá en ellos sus lugartenientes para su última guerra.

Y ¡ay de quien en Jerusalén, en los últimos tiempos, se haga culpable de tal pecado! ¡Ay de quienes en ella se aprovechen de su apariencia para provecho humano! ¡Ay de quienes dejen perecer a los hermanos y dejen de hacer de la Palabra que les he confiado el pan de las almas hambrientas de Dios! ¡Ay! No haré diferencia entre quien reniegue abiertamente a Dios y quien le reniegue con las obras. Y en verdad os digo, con el dolor del Fundador por excelencia, que tres cuartos de mi Iglesia me renegará en la última hora, y tendré que amputarles del tronco como ramas muertas y corrompidas por una lepra inmundada (V2, 29 de septiembre de 1943).

La Jerusalén terrena, la Iglesia militante, habrá huido al *desierto* para ejercitar la penitencia, «donde tiene un lugar preparado por Dios, para que allí la alimenten durante mil doscientos sesenta días» (Ap 12, 6), que es el mismo tiempo de los dos testigos del Apocalipsis: «Yo haré que mis dos testigos profeticen, vestidos de saco, durante mil doscientos sesenta días» (Ap 11, 3). Será alimentada con la Palabra de Dios, la Verdad, «el río de agua de la vida» (Ap 22, 1), diferente del río de agua de la muerte, la Mentira, la palabra del Dragón (cf. Ap 12, 15), que sabe

a ajenjo y arrastra al Mar, el reino de los que están fuera de la Barca de Pedro, pescador de hombres (cf. *Mt* 4, 19).¹⁸

Dice también Jesús a Valtorta: «Cuando se haya cumplido el último tentativo [esto es, la tregua], Satanás vendrá por última vez y encontrará seguidores en los cuatro rincones de la tierra, y serán más numerosos que la arena del mar» (V2, 22 de agosto de 1943; cf. *Ap* 20, 7-8). Mencionemos otra vez la siguiente cita: «Vencido el Anticristo, vendrá el periodo de paz para dar tiempo a los hombres, impresionados por el estupor de las siete plagas y por la caída de Babilonia, de recogerse bajo mi signo. La época anticristiana subirá a la máxima potencia en su tercera manifestación, es decir cuando llegue la última venida de Satanás» (V2, 27 de agosto de 1943), cuando entre de nuevo en acción el Anticristo, quien, provisionalmente derrotado, «tenía una herida de espada y ha sobrevivido» (*Ap* 13, 14). Solo queda imaginar cómo habrá sido derrotado, si por tal intervención divina, por un ejército contrario, aunque inferior en poderío militar, o por ambas cosas. Casos milagrosos han sucedido en la historia, como en la Batalla de Lepanto.

Según lo anterior, parece que las siete plagas, esto es, las siete copas de la ira, que han de ser impresionantes y en especial apocalípticas y significativas para el *pusillux grex*, todavía no se han realizado.

4.7 Por otra parte, Jesús le habla al apóstol Bartolomé sobre la «extrema batalla», que sería la gran tribulación final que sufrirán los últimos y auténticos cristianos frente al Anticristo:

¹⁸ «Están fuera de la verdadera Iglesia los infieles, los judíos, los herejes, los apóstatas, los cismáticos y los excomulgados» (*Catecismo de San Pío X*, § 226).

Sólo después de que esta Tierra haya pecado contra mí —y recordad que son palabras del Señor a su profeta—, sólo *después* [de la Crucifixión], el pueblo —y no sólo *este* pueblo concreto, sino *el gran pueblo de Adán*— empezará a gemir: «Acerquémonos al Señor. Él, que nos ha herido, nos curará». Y dirá el mundo de los redimidos: «Después de dos días, o sea, *dos tiempos* de la eternidad, durante los cuales nos dejará a merced del Enemigo, que con todo tipo de armas nos golpeará y matará, como nosotros hemos golpeado al Santo y lo hemos matado y le seguimos golpeando y matando, porque siempre existirá la raza de los Caínes que maten con la blasfemia y las malas obras al Hijo de Dios, al Redentor, lanzando flechas mortales no contra su eterna, glorificada Persona, sino contra sus almas propias, las rescatadas por Él [...], sólo después de estos dos tiempos, vendrá el *tercer día*, y resucitaremos en su presencia en el Reino de Cristo en la Tierra y viviremos en su presencia en el triunfo del espíritu. Lo conoceremos, aprenderemos a conocer al Señor para estar preparados a combatir, mediante este conocimiento verdadero de Dios, la extrema batalla que Lucifer presentará al Hombre antes del sonido del ángel de la séptima trompeta, que abrirá el coro bienaventurado de los santos de Dios —coro de un número eternamente perfecto, al que jamás podrá ser añadido ni el más pequeño infante, ni el más anciano de los ancianos—, el coro que cantará: «Ha terminado sus días el pobre reino de la Tierra. El mundo ha pasado con todos sus habitantes ante la revista del Juez victorioso. Y los elegidos están ahora en las manos del Señor Dios nuestro y de su Cristo, y Él es nuestro Rey para siempre. Alabado sea el Señor Dios Omnipotente, que es, que era, que será, porque ha asumido su gran poder y ha tomado posesión de su Reino» (V1, 593).

Esta resurrección es *espiritual* durante la tregua, es decir, se posibilita estar en gracia de Dios. Es el tiempo en que los «verdaderos cristianos» serán pocos y santos como en el inicio del cristianismo, poseedores del

«conocimiento verdadero de Dios», que consistiría al menos en amarle cumpliendo los mandamientos y recibiendo los sacramentos. El combate es sobre todo de paciencia contra las tentaciones, el pecado, la apostasía y la desesperación (cf. *Ap* 14, 12), «porque las armas de nuestro combate no son carnales, sino que Dios las hace poderosas para derribar fortalezas: deshacemos sofismas y toda altanería que se levanta contra la ciencia de Dios, y sometemos a la obediencia de Cristo, como un prisionero, a todo entendimiento» (*2 Cor* 10, 4-5).

Se trata de saber perseverar hasta el fin, pese al porvenir de tanto odio y maldad reinantes. El propósito de la tregua, durante el Reino de Cristo en la Tierra —nótese que todavía no habrá sucedido la Parusía—, será amar más a Dios, conocer más la Verdad y prepararse a la batalla final, incluso con la perspectiva del martirio. La «extrema batalla» correspondería, pues, a la tercera manifestación de la época anticristiana: la gran tribulación. La tregua, tras la caída de la gran Babilonia, es un periodo de paz, pero no absoluta. Es como la calma que precede a la tempestad.

4.8 Da la impresión, por lo demás, de que la tregua remite al *milenario*, sea cual fuere, del que parece hablar el Apocalipsis (cf. *Ap* 20, 1-10). En Valtorta no se afirma esta postura, a pesar de lo que defienda un teólogo como Leonardo Castellani, para quien el Milenio, un largo periodo de paz y prosperidad, será *después* de la Parusía, terminado el cual ocurre la rebelión de Gog y Magog (cf. *Ap* 20, 7-10). Ante todo, quisiera resaltar dos acciones que en ese capítulo del Apocalipsis se relatan: el encadenamiento de Satanás y su encerramiento en el abismo.

¿Qué es lo que realmente ata a Satanás, limitando su poder de engañar durante mil años? La Cruz de Cristo, enclavada en la Iglesia que

fundó, cuya *piedra angular*, que es Él principalmente (cf. *Ef 2, 20*), representa el Papa: «Habiendo llamado a sus doce discípulos, les dio potestad para expulsar a los espíritus impuros y para curar todas las enfermedades y dolencias» (*Mt 10, 1*); «si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros. ¿Cómo puede alguien entrar en la casa de uno que es fuerte y arrebatarle sus bienes, si antes no ata al que es fuerte?» (*Mt 12, 28-29*); «porque no es nuestra lucha contra la sangre o la carne, sino contra los principados, las potestades, las dominaciones de este mundo de tinieblas, y contra los espíritus malignos que están en los aires» (*Ef 6, 12*). «Para esto se manifestó el Hijo de Dios: para destruir las obras del diablo» (*1 Jn 3, 8*). Explica el famoso exorcista Gabriele Amorth: «a través de la cruz, Cristo derrotó al reino de Satanás e instauró el reino de Dios» (2005, p. 12). Asimismo:

comprendemos por qué la primera facultad que Jesús confiere a los apóstoles es la de expulsar a los demonios [*Mt 10, 1*]; lo mismo vale para los creyentes: "Y estas señales acompañarán a los que crean: expulsarán demonios en mi nombre..." [*Mc 16, 17*]. Así, Jesús cura y restablece el plan divino, malogrado por la rebelión de una parte de los ángeles y por el pecado de los progenitores (2005, p. 13).

«La Ley y los profetas llegan hasta Juan; desde entonces se evangeliza el Reino de Dios y cada uno se esfuerza por él» (*Lc 16, 16*).

El abismo no es propiamente el lago de fuego, adonde caerá al fin Satanás (cf. *Ap 20, 10*), sino su aprisionamiento y alejamiento. La parábola sobre el rico Epulón y el pobre Lázaro nos puede ilustrar lo que significa el abismo, una distancia infranqueable: «entre vosotros y nosotros

se interpone un gran abismo, de modo que los que quieren atravesar de aquí hasta vosotros, no pueden; ni tampoco pueden pasar de ahí hasta nosotros» (*Lc 16, 26*). La atadura de Satanás, por su parte, significa una limitación de su poder, según argumenta San Agustín: «un freno y un impedimento al poder que tenía de seducir y cautivar a los que habían de ser liberados [por Cristo]» (1972, lib. 20, cap. 7, § 2). «Con la cadena y el cerrojo de esta prohibición [de salir] queda el diablo obstaculizado e impedido para continuar seduciendo o apresando como antaño a las naciones que pertenecen a Cristo» (1972, lib. 20, cap. 7, § 3). «Es precisamente para esto para lo que el diablo ha sido amarrado y encerrado en el abismo: para que no pueda extraviar a los pueblos que constituyen la Iglesia. Antes, cuando todavía no existía la Iglesia, él los engañaba y los capturaba» (1972, lib. 20, cap. 7, § 3). No está de más recordar los horrores idolátricos del paganismo. Por algo aconteció el diluvio universal.

Citemos el texto: «Vi un ángel que bajaba del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena de la mano. Apresó al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo encadenó durante mil años» (*Ap 20, 1-2*). La mención del Apocalipsis a la serpiente antigua no es superflua: indica que la verdadera liberación del género humano desde Adán y Eva vino con la Cruz, el Árbol de la Vida cuyo fruto, la Sangre de Jesucristo, «nos purifica de todo pecado» (*1 Jn 1, 7*; cf. también *1 Pe 1, 17-21*; *Ef 1, 7*; *Col 1, 13-14*) y nos lleva a la vida eterna en el Paraíso. La Cruz es el signo vencedor del Mal: «Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado fuera. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (*Jn 12, 31-32*). La "locura" de la Cruz es maldición para los transgresores y bendición para los justos: «Porque el mensaje de la cruz es necedad para los que se pierden, pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios»

(1 Cor 1, 18). La Cruz, «signo de contradicción» (Lc 2, 34), expresa las dos caras de la Justicia divina, representadas en el ladrón malo y el ladrón bueno. Fue, en fin, la condena aplastante de Satanás, no sin el sí corredor de la Virgen.

Diría que así, paradójicamente, fue el Enemigo vencido en el *ámbito humano* y atado en el *ámbito angelical* por mil años. La duración del Milenio sería todo el tiempo de la Iglesia militante, desde la Ascensión de Cristo, que implica la Crucifixión y la Resurrección, hasta la Parusía, que presupone la gran tribulación, cuando esté Satanás desatado por poco tiempo (cf. Ap 20, 7), momento tan terrible que parecerá que Dios habrá abandonado a los cristianos. Pues Jesús vino a ser el Redentor, a rescatarnos con su Sangre, pero es preciso, para salvarse, obedecerle y amarle cumpliendo los mandamientos.

Para San Agustín, Satanás está atado, según se lee en múltiples pasajes de *La Ciudad de Dios*. Uno de ellos es este:

durante todo el tiempo que abarca este libro del Apocalipsis, a saber, desde la primera venida de Cristo hasta el fin del mundo, que es su segunda venida, no está el diablo atado con una tal atadura —me refiero a este intervalo de tiempo que lo designa con la cifra de mil años— que no puede extraviar a la Iglesia, puesto que ni cuando quede suelto la logrará extraviar. Porque, efectivamente, si el estar encadenado equivale a no poder o no permitírsele extraviarla, ¿qué será andar suelto sino poder o permitírsele extraviarla? Y esto ni pensar siquiera que suceda. No; el encadenamiento del diablo equivale a no permitirle desarrollar todas las capacidades tentadoras que tiene a su alcance, como son la violencia y el dolo con vistas a seducir a los humanos hacia su partido, violentándolos o engañándolos astutamente. Si esto le estuviera permitido durante todo ese tiempo [«desde la primera venida de Cristo hasta el fin del

mundo, que es su segunda venida»], y teniendo en cuenta la profunda debilidad de muchos, haría sucumbir a los ya creyentes, o impediría que otros llegasen a la fe en número tal que Dios no está dispuesto a tolerar. Para que esto no le sea posible está atado el diablo (1972, lib. 20, cap. 8, § 1).

Que esté atado Satanás no significa que no pueda tentar, sino tan solo limitar el influjo maléfico de su poder, a pesar de que haya persistido tanta maldad desde la Redención, como las guerras, los estupro y los asesinatos, precisamente por culpa del hombre pecador, que rechaza el don de Cristo. Con la atadura de Satanás no se anula totalmente el Mal del mundo, sino que, gracias a la fuerza de la Cruz, se propicia el ascenso al cielo. Si la atadura significara la supresión del Mal y, por consiguiente, la cesación de las tentaciones diabólicas, no tendría sentido la imitación de Cristo ni tendría valor el mérito por el combate espiritual. Por esto diría que la erradicación definitiva del Mal se inicia con la Parusía. Dice San Judas Tadeo que «a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, [el Señor] los tiene guardados en tinieblas con cadenas eternas para el juicio del gran día» (*Jds* 1, 6). Así aconseja San Pío de Pietrelcina: «El diablo es como un perro rabioso atado a una cadena; más allá de la longitud de la cadena no puede agarrar a nadie. Y te mantienes a distancia. Si te acercas demasiado, te dejas atrapar. Recuerda que el diablo tiene una sola puerta para entrar en el alma: la voluntad». Por el pecado se es reo del Maligno: «El que comete pecado, es del diablo» (*1 Jn* 3, 8); «quedáis como esclavos de aquel a quien obedecéis, bien del pecado para la muerte» (*Rom* 6, 16). Satanás esclaviza, Jesús libera (cf. *Gal* 5, 1).

Que esté desatado Satanás al cabo del Milenio supone que su poder de instigar al mal será máximo, especialmente si se piensa en la gran

apostasía, cuando se haya propagado cada vez más el error, la herejía y el pecado en el mundo. Dice San Agustín que este ángel «será soltado cuando llegue aquel breve plazo: durante tres años y seis meses, leeremos, se ensañará con todas sus fuerzas y las de sus secuaces» (1972, lib. 20, cap. 8, § 2). Entre muchos anticristos, Satanás se servirá del Anticristo, el líder a quien «se le dio poder para actuar durante cuarenta y dos meses» (Ap 13, 5), esto es, dentro del periodo anticristiano. Agrega San Agustín que Dios, permitiéndolo, «soltará al diablo al final: verá así la ciudad de Dios qué poderoso adversario ha sido capaz de vencer, y todo redundará en una inmensa gloria de su redentor, de su defensor, de su liberador» (1972, lib. 20, cap. 8, § 2).

Y Satanás está encerrado en el abismo. El mismo ángel que bajaba del cielo: «Lo arrojó al abismo, lo cerró y puso un sello en él, para que no seduzca más a las naciones hasta que pasen los mil años. Después debe ser soltado por poco tiempo» (Ap 20, 3). No solo sigue atado el Enemigo por mil años, sino que está encerrado, «hasta que pasen los mil años», es decir, cuando se acerque el fin del mundo. Hemos visto en el capítulo 3 que sería el Pseudoprofeta, un astuto sacerdote satánico, quien, en cierto sentido, abrirá el pozo del abismo, facilitando la salida de Satanás y la posterior aparición del Anticristo (cf. Ap 11, 7), para seducir *in crescendo* a las naciones de toda la Tierra y, finalmente, convocarlas a la guerra contra el Cordero: el Harmagedón. Al parecer, lo abrirá profanando el *mysterium fidei*, junto con otros obispos y sacerdotes que le obedezcan, ya por afinidad doctrinal, ya por ceguera o cobardía. Es lo que el mundo, sometido al Diablo, ha pedido a la Iglesia para anular la Redención: «Salvó a otros, y a sí mismo no puede salvarse. Es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él» (Mt 27, 42). Ignorar la Cruz es liberar a Satanás y adorarlo. Equivale a desobedecer la orden de Cristo: «Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue

a sí mismo, que tome su cruz y que me siga» (Mt 24, 16). El ladrón malo, impenitente, quería bajarse de la cruz; el bueno, arrepentido, aceptó la cruz.

4.9 Aunque esté entonces desatado y libre, será Satanás, junto con el Anticristo dual, *vencido* en cierto momento, no precisamente expulsado al abismo, sino «arrojado a la tierra». Es lo que parece aludir este pasaje del Apocalipsis:

Y se entabló un gran combate en el cielo: Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón. También lucharon el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron, ni hubo ya para ellos un lugar en el cielo. Fue arrojado aquel gran dragón, la serpiente antigua, llamado Diablo y Satanás, que seduce a todo el universo. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él (Ap 12, 7-9).

Tras este combate, «ha llegado la salvación, la fuerza, el Reino de nuestro Dios» (Ap 12, 10), lo que sería la tregua, pero pronto se levantará de nuevo el Enemigo: «¡Ay de la tierra y del mar!, porque ha descendido hasta vosotros el Diablo, con gran ira, al saber que le queda poco tiempo» (Ap 12, 12). Sería el *poco tiempo* desde que fue liberado del abismo. No sobra añadir que la región de los demonios, al estar sueltos, es el aire, por lo que desde allí *descienden*. Satanás es «el príncipe del poder del aire» (Ef 2, 2).

A esto parecen también aludir las siguientes dos citas de Valtorta: «en los tres años y seis meses que precederán el fin, se reservará un breve tiempo para que los fieles se reúnan con el fin de escuchar la última Pa-

labra, que resonará en el espíritu de cada uno de ellos como invitación al Cielo, mientras Miguel con sus ángeles vencerá a Satanás y sus demonios» (V2, 23 de enero de 1944); «El arcángel que derrotó a Lucifer y que guarda mi Reino y los hijos del mismo, será el que surgirá como signo celeste en el tiempo último [cf. *Dn* 12, 1]. Será el tiempo en que Israel se unirá con la Roma de Cristo y ya no habrá más dos ramos del pueblo de Dios» (V2, 23 de enero de 1944).

4.10 No se ha olvidar que María la Virgen es la Reina de los ángeles y de los profetas. Ella sería decisiva. Quizá la tregua refleje el triunfo de su Inmaculado Corazón, según profetizó la de Fátima en el Segundo Secreto en 1917, que en parte citaré directamente de la interesante obra de José María Zavala, *El Secreto mejor guardado de Fátima*. Era el año 1941, cuando se divulgó:

Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe, etc. (2017, p. 60).

Son conocidos los errores y horrores de Rusia por el comunismo. Con respecto al triunfo del Inmaculado Corazón de la Virgen, se puede deducir que involucra al menos dos cosas cuya realización es futura: la consagración de Rusia y el tiempo de paz. ¿Puede este «tiempo de paz», aparentemente breve, identificarse con la tregua? ¿Será Rusia consa-

grada *antes* del «tiempo de paz», convirtiéndose quizás en una nación a favor del cristianismo y, por lo tanto, militarmente en contra del Anticristo?

Reflexionemos en que no será el Pseudoprofeta, muy probablemente, quien consagre a Rusia, sino un verdadero Papa. Pero la consagración es condicional: debe hacerse en unión con todos los obispos *fieles* del mundo. No valdría con aquellos que sean partidarios del Pseudoprofeta. Además, la Sede de Pedro, si el verdadero Papa reina, no podrá estar entonces en la Roma anticristiana y parásita, cuya falsa Iglesia encabezará el Pseudoprofeta, sino en otro lugar, acaso Fátima, según la parte no divulgada del Tercer Secreto: «la piedra angular de la tumba de Pedro debe ser removida y trasladada a Fátima» (Zavala, 2017, p. 260), lo que tendría relación con el Segundo Secreto: «En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe». Por esto, mientras gobierne el Pseudoprofeta, la consagración de Rusia no podrá ser *antes* del «tiempo de paz», sino *durante*, cuando, a mi parecer, haya caído la gran Babilonia y sea *vencido* el Anticristo dual.

En cuanto a la visión final del Tercer Secreto divulgado, a saber, «el Santo Padre, antes de llegar a ella [la montaña, «en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos»], atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino» (Zavala, 2017, p. 160), no afirmaría que esta «gran ciudad» sea Roma, porque, si Roma fuera destruida, no habría estado nunca ocupada por el Pseudoprofeta. Él, como sabemos, no solo regirá en la Roma anticristiana, que es además la urbe de las siete colinas (cf. *Ap* 17, 9), sino que presenciara la Parusía (cf. *Ap* 19, 20). Sería el Anticristo, el *undécimo cuerno*, el desolador de la gran ramera (cf. *Ap* 17, 16-

17). ¿Puede esta visión del Tercer Secreto ilustrar más bien un cuadro de la gran tribulación?

Si la tregua se refiere a un «breve tiempo» desde la caída de la gran Babilonia, no se ve razonable que dure literalmente mil años terrestres o un tiempo muy largo, sobre todo si se tiene en cuenta que concerniría, ante la proximidad de la gran tribulación, a la última generación de los cristianos *en la época del Anticristo*.

4.11 La tregua sería, pues, un tiempo muy especial que invita al recogimiento ante la Parusía, como también al valor ante la gran tribulación, semejante a la *Pax Augusta* antes de la Primera Venida. Para esta preparación estarían profetizando los dos testigos del Apocalipsis. Así le describe Jesús a Valtorta ese tiempo:

¡Oh! ¡mis dones! ¡Serán vuestra dulzura! No conoceréis hambre, estragos, calamidades. Vuestros cuerpos y más vuestras almas estarán apacentadas por mi mano, la Tierra parecerá nacer para una segunda creación, totalmente nueva en los sentimientos que serán de paz y concordia entre los pueblos y de paz entre el Cielo y la Tierra, porque haré propagar mi Espíritu sobre vosotros que os penetrará y os dará la visión sobrenatural de los decretos de Dios.

Será el Reino del Espíritu. El Reino de Dios, lo que vosotros pedís —y no sabéis lo que pedís porque no reflexionáis nunca— con el Padrenuestro. ¿Dónde queréis que se realice el Reino de Dios sino en vuestros corazones? Es desde allí desde donde debe iniciarse mi Reino sobre la Tierra. Reino grande, pero siempre limitado (V2, 16 de septiembre de 1943).

Es limitado por no ser eterno sino breve. El no conocer «hambre, estragos y calamidades» se puede comprender en el sentido espiritual, porque no solo de pan vive el hombre, sino sobre todo de la Verdad.

En cuanto a la resurrección *espiritual* durante la tregua, lo que se lee en Valtorta parece adherirse a la tendencia clásica de San Agustín sobre el concepto de *primera resurrección*, que es relativa a la del alma por la gracia de Dios, a diferencia de la *segunda resurrección*, que es relativa a la del cuerpo. Así le explica Jesús a Valtorta:

La primera [resurrección] comienza en el momento en que el alma se separa del cuerpo y aparece ante Mí en el juicio particular. Pero sólo es resurrección parcial. Más que resurrección se podría decir: liberación del espíritu de la envoltura de la carne y espera del espíritu para reunirse con la carne y reconstruir el templo vivo, creado por el Padre, el templo del hombre creado a imagen y semejanza de Dios.

Una obra a la que le falta una parte está incompleta y es imperfecta. La obra-hombre, perfecta en su creación, está incompleta e imperfecta si no está unida en sus diversas partes. Destinados al Reino luminoso o a la morada tenebrosa, los hombres deben estar en éstos para siempre con su perfección de carne y espíritu.

Por esto se habla de la *primera* y de la *segunda* resurrección. Pero observa.

Quien ha matado su espíritu con vida terrena de pecado viene a Mí, en el juicio particular, con un espíritu ya muerto. La resurrección final hará *que su carne vuelva a coger el peso del espíritu muerto para morir totalmente con él*. Mientras que quien ha vencido a la carne en la vida terrena viene a Mí, en el juicio particular, con un espíritu *vivo* que, entrando en el Paraíso, aumenta su *vivir*.

También los purgantes son “vivos”. Enfermos, pero vivos. Lograda la curación en la expiación, entrarán en el lugar que es Vida. En la resurrección final su espíritu vivo de mi Vida, a la que estarán indisolublemente unidos, *volverá a tomar la carne para glorificarla y vivir totalmente con ella así como Yo vivo con ella.*

Por eso se habla de *muerte primera y segunda*, y, en consecuencia, de *resurrección primera y segunda* (V2, 22 de agosto de 1943).

4.12 La tregua, en fin, consiste en un «Reino pacífico», como le dice Jesús a Valtorta:

Cuando llegue el momento de mi Reino pacífico —y llegará porque lo he prometido y Yo no falto a mis promesas—, todos los buenos que estén en la tierra vendrán a Mí. Será el periodo [...] en el que el espíritu habrá alcanzado esa evolución por la que espontáneamente os separaréis en dos partes. Los que viven fuera del espíritu yacerán en sus tinieblas en espera de ser tropa para el Príncipe del Mal. Los vivientes en el espíritu vendrán al séquito del Hijo santo de Dios, del Retoño del Señor, amado y bendecido por los hombres en gracia que entonces comprenderán lo que ahora comprenden algunos pocos elegidos, y comprenderán cuál sea mi gloria y la suya de hijos de Dios.

Reuniré a mis santos, porque es santo quien me ama y sigue obediente y fiel. Les reuniré desde los cuatro rincones de la Tierra. Y por su amor perdonaré las iniquidades de los hombres. La bondad de los santos apagará el rigor de la Justicia, mi amor y el de los santos limpiará con su fuego la Tierra. La Tierra será como un gran altar, pacificada consigo misma y con Dios, y sobre este altar el Maestro instruirá a los hombres en el conocimiento exacto de la Verdad, para que los buenos no vacilen

cuando Satanás, furioso al ver a Cristo adorado por la humanidad, se desate para la última batalla (V2, 12 de noviembre de 1943).

Se infiere, por el contexto, que la tregua es previa a la Parusía y, por lo tanto, aún no se habrá realizado la Segunda Venida gloriosa de Jesús, es decir, su venida como *Rey*. El Maestro que «instruirá a los hombres en el conocimiento exacto de la Verdad» no podría ser todavía Jesús en persona: la Palabra del Maestro, recogida en la Escritura y la Tradición, sería explicada y depurada por medio de las personas idóneas, en este caso, al parecer, por medio de los dos testigos del Apocalipsis. Recordemos de nuevo la cita ya expuesta:

Dice Daniel: «Esta abominable desolación durará 1290 días. Bienaventurado el que espera y llega a 1335» [12, 11-12].

Esto quiere decir que en los tres años y seis meses que precederán el fin, se reservará un breve tiempo para que los fieles se reúnan con el fin de escuchar la última Palabra, que resonará en el espíritu de cada uno de ellos como invitación al Cielo, mientras Miguel con sus ángeles vencerá a Satanás y sus demonios (V2, 23 de enero de 1944).

Presuntamente, la tregua es como un momento *sobrenatural*, una especie de aviso de Dios que conmoverá a los fieles. El siguiente fragmento puede arrojar más luz en este punto. Se nota la distinción entre la tregua, la venida de Jesús como *Maestro*, antes de la gran tribulación y *vencido* el Anticristo dual, para «escuchar la última Palabra», la última Evangelización, y adorar y recibir al Jesús eucarístico, y la Parusía, la venida de Jesús como *Rey*, durante la gran tribulación, para lanzar al lago de fuego al Anticristo dual (cf. *Ap* 19, 19-20; *2 Tes* 2, 8) y, por últi-

mo, al Enemigo del género humano (cf. *Ap 20, 10*), como también, finalmente purificada toda la Tierra, para ascender con el Salvador a la Jerusalén celeste. Así le explica Jesús a Valtorta:

Entonces, Rey de Justicia y Sabiduría, dispersaré los ídolos de las falsas doctrinas, purificaré la Tierra de los falsos profetas que a tantos errores os han arrastrado. Me pondré Yo en lugar de todos los doctores, de todos los profetas, más o menos santos y más o menos malvados, porque el último adoctrinamiento debe ser limpio de imperfección, debiendo preparar para el Juicio final a quienes no tengan tiempo de purgación siendo convocados sin demora a la tremenda reseña.

Cristo Redentor, cuya meta es redimiros y que no deja de intentar nada para lograrlo, y ya está iniciando y acelerando su segundo adoctrinamiento para contrabatar con voz de verdad las herejías culturales, sociales y espirituales, surgidas por doquier, *hablará con los signos de su Tormento*. De mis Llagas, heridas que han matado al Hijo de Dios pero que curan a los hijos del hombre, saldrán ríos de luz y de gracia.

Estos rubíes vivos de mis llagas serán espada para los impenitentes, los obstinados, los vendidos a Satanás, y serán caricia para los "pequeños" que me aman como padre amoroso. Esta caricia de Cristo descenderá sobre su debilidad para fortificarles, y mi mano les acompañará hacia la prueba que sólo resiste quien me ama con amor verdadero. Una tercera parte. Pero ésta será digna de poseer la Ciudad del Cielo, el Reino de Dios.

Entonces vendré, *no ya como Maestro sino como Rey*, a tomar posesión de mi Iglesia militante, ya hecha Una y Universal como la hizo mi Voluntad.

Habrá cesado para ella su afán secular. Vencido para siempre el Enemigo. Limpiada la Tierra por los ríos de la Gracia descendida por úl-

tima vez sobre ella para hacerla como era en el principio, cuando el Pecado no había corrompido este altar planetario destinado a cantar con los demás alabanzas a Dios, y por la culpa del hombre convertido en base del patíbulo de su Señor hecho Carne para salvar la Tierra. Vencidos todos los seductores, todos los perseguidores que con ritmo apremiante han turbado a mi esposa, la Iglesia, Ella conocerá la tranquilidad y la gloria.

Subiremos juntos para una última ascensión, mis santos y Yo, a tomar posesión de la Ciudad sin contaminación, donde está preparado mi trono y donde todo será nuevo y sin dolor. Inmersos en mi Luz reinaréis conmigo por los siglos de los siglos.

Esto obtiene para vosotros Aquel que se ha encarnado por vosotros en el seno de María y ha nacido en Belén de Judá para morir en el Gólgota (V2, 11 de diciembre de 1943).

La prueba de la gran tribulación, cuando el influjo maléfico de Satanás, ya desatado, se maximice, como si Dios no existiera o abandonara a los cristianos a su suerte, sería superada por algunos fieles. El resto de ellos tal vez apostataría por inmadurez o cobardía, pues cada uno «no tiene en sí raíz, sino que es inconstante y, al venir una tribulación o persecución por causa de la palabra, enseguida tropieza y cae» (*Mt 13, 21*). Es la gran apostasía que, además de la gran tribulación y la Parusía, parece anunciar el sexto sello del Apocalipsis, donde un versículo dice: «Las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como se desprenden los higos verdes de la higuera agitada por el vendaval» (*Ap 6, 13*). El vendaval de la prueba, retenido aún por los cuatro ángeles hasta la gran tribulación (cf. *Ap 7, 1-3; 7, 13-15; 9, 14-15*). Los cobardes, que no gozarán del Paraíso, son los primeros de una lista de pecadores que maldice Jesús: «los cobardes, incrédulos, abominables y homicidas, fornicación

rios, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el estanque que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda» (Ap 21, 8). Porque «al que me niegue delante de los hombres, también yo le negaré delante de mi Padre que está en los cielos» (Mt 10, 33).

En la siguiente cita de Valtorta, donde le dicta Jesús, es perceptible la misma distinción: vendrá el Señor como *Maestro* durante la tregua, manifestándose con la Eucaristía, vendrá como *Rey* «con aspecto resplandeciente» durante la gran tribulación, evidenciándose con la Parusía, a fin de juzgar a los buenos y los malos de la última generación de la humanidad y llevarse a los elegidos al Cielo, y, por último, su vuelta como *Rey* de todos los rescatados con su Sangre, la Iglesia triunfante, para consumar el Juicio final:

Vendré, con mi Carne glorificada, a reunir a las criaturas para la última batalla contra el Enemigo, juzgaré con mi aspecto resplandeciente de Carne glorificada a los cuerpos de los resucitados para el extremo juicio, volveré para siempre al Cielo, después de haber condenado a la muerte eterna las carnes que no quisieron hacerse espíritus; y volveré Rey fúlgido de un pueblo fúlgido en el que la obra del Padre, del Hijo, del Espíritu, será glorificada con la creación del perfecto cuerpo humano tal cual el Padre lo hizo en Adán, bello de indescriptible belleza, con la redención de la semilla de Adán por obra del Hijo, con la santificación obrada por el Espíritu (V2, 16 de agosto de 1943).

4.13 La Parusía, expulsado para siempre Satanás al lago de fuego, sería el acontecimiento que limpiará la Tierra «por los ríos de la Gracia descendida por última vez sobre ella para hacerla como era en el principio, cuando el Pecado no había corrompido este altar planetario» (V2,

11 de diciembre de 1943). Sucedería desde entonces un tiempo similar al que hubo en Jerusalén entre la Resurrección y la Ascensión (cuarenta días), pero esta vez muy breve, considerando que Jesús en la Parusía vendrá como un rayo o un relámpago, no a quedarse en la Tierra desolada y, no obstante, purificada. Opino que, en ese tiempo, los santos habrán resucitado gloriosamente, no solo los que hayan muerto hasta la gran tribulación, sino los que hasta la Parusía estén todavía vivos, cuyo cuerpo, a pesar del pecado original, pero por gracia excepcional de Dios, será transformado, para ser, sin necesidad de morir, también glorioso, como al respecto parece decir San Pablo (cf. *1 Tes* 4, 14-17; *1 Cor* 15, 51-52), y todos serán, en fin, a semejanza de la Ascensión, arrebatados al cielo con el Señor.

Sin embargo, como expondremos en los capítulos 5 y 9, la Parusía no es exactamente el Juicio final, sino, por decirlo así, su *primera parte*, su comienzo, porque no habrá una resurrección corporal *universal*, sino solo *parcial*: no todo el género humano resucitará gloriosamente cuando venga de nuevo el Señor, sino exclusivamente los santos, los dignos, los que supieron perseverar hasta el final, tanto los que murieron como los que estén viviendo entonces, pues algunos estarán todavía en el Purgatorio y su resurrección corporal gloriosa, junto con la resurrección corporal no gloriosa de los réprobos, será para la *última parte* del Juicio final, su término, que se ve como una circunstancia posterior a la Parusía. Se podría, pues, admitir que el Juicio final comienza con la Parusía.

4.14 La tregua, el «breve tiempo» de la «segunda Evangelización», es, pues, anterior a la Parusía. Jesús será personalmente visible como Rey de reyes y Señor de señores solo en la Parusía, lo que confirmaría el siguiente fragmento, donde le escucha Valtorta:

Y el Verbo del Padre *no vendrá* para una segunda Evangelización. No vendrá *personalmente* mas, sin embargo, evangelizará. Producirá nuevos evangelizadores que evangelizarán en su Nombre. Evangelizarán de un modo nuevo, que esté de acuerdo con los tiempos, una forma nueva que no cambiará el Evangelio eterno en su substancia ni tampoco la gran Revelación, sino que los ampliará, los completará y los hará comprensibles y aceptables también para los que, a causa de su ateísmo o de su incredulidad hacia los Novísimos y hacia muchas otras verdades reveladas, aducen que «no pueden creer cosas que no comprenden ni amar a seres de los que se conoce demasiado poco y, para más, ese poco es de tal suerte que, en lugar de atraer y estimular, atemoriza y desconsuela» (V2, septiembre-noviembre de 1950).

En la Parusía no vendrá Jesús a evangelizar sino a juzgar al mundo. En la Primera Venida, oculta y humilde, fue el Cordero de Dios: «No penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer la paz sino la espada» (*Mt* 10, 34): Jesús no vino a condenar el mundo (cf. *Jn* 3, 17), sino a reprobado el pecado mostrando su ejemplo santo (cf. *Mt* 16, 24). En la Segunda Venida, manifiesta y gloriosa, será el León de Judá: «De su boca sale una espada afilada para herir con ella a las naciones; él las *apacentará con cetro de hierro*; y él pisa el lagar del vino que contiene el furor de la ira de Dios omnipotente» (*Ap* 19, 15). No vendrá a predicar como en la Primera Venida, apacentando con suave cayado, sino a demostrar la férrea autoridad del Juez. En la tregua, no obstante, habrá una gran Evangelización, una nueva oportunidad de conversión, como cuenta Jesús a Valtorta:

En ese tiempo [del Anticristo], cuya venida es inevitable, las tinieblas lucharán con la luz, la bestialidad con el espíritu, el satanismo con los hi-

jos supervivientes de Dios, Babilonia con la Jerusalén celeste; en ese tiempo, las lujurias de Babilonia [la Tierra pecadora], las triples lujurias [soberbia, avaricia, lascivia], desbordarán como aguas fétidas e incontenibles, y se infiltrarán por doquier, hasta en la Casa de Dios [la Iglesia], como ya ocurrió y como está dicho que tendrá que ser de nuevo [la abominación de la desolación, según el profeta Daniel]; en ese tiempo de abierta separación entre los hijos de Dios y los de Satanás, en el que los hijos de Dios alcanzarán una potencia espiritual nunca alcanzada hasta entonces, y los de Satanás una potencia del mal tan vasta que ninguna mente puede imaginar cómo será en realidad, vendrá la nueva evangelización, la nueva evangelización total que, por ahora, manifiesta sus primeros y contrariados albores.

Esta evangelización obrará grandes milagros de conversión y de perfección y también grandes conatos de odio satánico contra Cristo y la Mujer.

[...] Por eso, en el momento justo y de la manera justa se realizará la extrema evangelización con medios nuevos y los que estén ansiosos de Luz y de Vida las tendrán de modo pleno, perfecto, otorgadas con un medio conocido sólo por los dos Donadores, por Jesús y María. Sólo los que hayan elegido para sí mismos fango y tinieblas, herejía y odio hacia Dios y María, es decir, los que estén muertos ya antes de ser muertos, los espíritus pútridos, los espíritus vendidos a Satanás y a sus siervos, o sea, los precursores del Anticristo y éste mismo, tendrán fango y tinieblas y tormento y odio eterno, como es justo que sea, cuando venga El que debe venir (V2, septiembre-noviembre de 1950).

De forma que la tregua implica una venida de Jesús como *Maestro*, es decir, se escuchará la última Evangelización, se reconquistará cada vez el mundo cristianizándolo:

Vendré. *No tendré nueva carne porque tengo ya una perfecta. Evangelizaré, no como evangelicé, sino con fuerza nueva, porque entonces los buenos serán no humanamente buenos como lo eran los discípulos de mi primera venida, sino serán espiritualmente buenos, y los malvados serán espiritualmente malvados, satánicamente malvados, perfectamente malvados.* Por ello la forma será conforme a las circunstancias, porque si usara la forma de hace 20 siglos estaría superada, por los perfectos en el bien, y sería ofrecer ocasión a los satánicos de realizar una ofensa que no está permitida hacer al Verbo glorificado. Como una red de malla fina arrastraré detrás de mi Luz a los llegados a la sutileza espiritual, pero los pesados, por la unión de la carne con Satanás, los Muertos del espíritu que la podredumbre del alma tiene clavados en el fango, no entrarán en mi Luz y terminarán de corromperse en la unión con el Mal y con la Tiniebla (V2, 16 de agosto de 1943).

La «red de malla fina» sería un instrumento de pesca, con la que el Señor *arrastrará* a los buenos que flotan en el Mar del pecado: esta imagen recuerda la parábola de la red (cf. *Mt 13, 47-50*) y apunta a la Parusía: «así será al fin del mundo: saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los justos y los arrojarán al horno de fuego. Allí habrá llanto y rechinar de dientes» (*Mt 13, 49-50*).

Sería, pues, un lapso en que la humanidad se irá dividiendo tensamente en dos bandos: los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. El trigo y la cizaña, la buena hierba y la mala hierba, semejantes en el *verdor*.

Porque he venido para enfrentar al hombre *contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su misma casa.* Quien ama a su padre o a su madre

más que a mí, no es digno de mí; y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí (*Mt 10, 35-38*).

Con Cristo o con el Anticristo; con la Iglesia o con el mundo. «Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha; el que no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error» (*1 Jn 4, 6*). «Vigilad para que nadie os seduzca por medio de vanas filosofías y falacias, fundadas en la tradición de los hombres y en los elementos del mundo, pero no según Cristo» (*Col 2, 8*).

4.15 Ahora bien, citemos de nuevo: «La Tierra será como un gran altar, pacificada consigo misma y con Dios, y sobre este altar el Maestro instruirá a los hombres en el conocimiento exacto de la Verdad, para que los buenos no vacilen cuando Satanás, furioso al ver a Cristo adorado por la humanidad, se desate para la última batalla» (V2, 12 de noviembre de 1943). La «última batalla» sería la gran tribulación: el Har-magedón. Jesús le revela a Valtorta cómo será aquella confrontación:

Lucha de espíritu contra espíritu. Satanás opondrá a mi Reino espiritual y a mi instrucción su satánica guerra a los espíritus, para extraviar a cuantos más pueda, los más débiles, y sacará de sus reservas, de sus fortalezas, donde están los que han permanecido fieles a la Bestia aún después de la derrota de la Bestia y de su ministro, a los agentes de seducción para destruir por última vez la obra de Dios, cuya destrucción inició al pie del árbol del Bien y del Mal.

La época satánica será tres veces más feroz que la época anticristiana. Pero será breve porque por los vivientes de esa hora rezará toda la

Iglesia triunfante entre las luces del Cielo, rezará la Iglesia purgante entre las llamas purificadoras del amor, rezará la Iglesia militante con la sangre de los últimos mártires (V2, 12 de noviembre de 1943).

La época del Anticristo dual, como vimos, es precursora de la época satánica, esto es, de la gran tribulación, que, conforme a lo escrito en el Evangelio (cf. *Mt* 24, 22), «será breve». Ambas épocas pertenecen al periodo anticristiano. Con respecto a «la derrota de la Bestia y de su ministro», puede entenderse como el vencimiento del Anticristo, la Bestia del Mar, y de su ministro, la Bestia de la Tierra o Pseudoprofeta, a causa de las plagas de la ira divina y de la caída de la gran Babilonia. Se insiste en que el Anticristo sería entonces derrotado, pero no muerto: volvería para ejecutar la gran tribulación. Lo confirmaría este fragmento, donde habla Jesús:

No seáis como los antiguos rabíes, que enseñaban la Revelación y luego no le prestaban fe, hasta el punto de que no reconocían los signos de los tiempos ni a los enviados de Dios [esto es, los profetas]. Reconoced a los precursores de Cristo en su segunda venida, porque las fuerzas del Anticristo están en marcha, y, haciendo una excepción a la medida que me he impuesto, porque sé que bebéis de ciertas verdades no por espíritu sobrenatural sino por sed de curiosidad humana, os digo en verdad que lo que muchos creerán victoria sobre el Anticristo, paz ya próxima, no será sino un alto para dar tiempo al Enemigo de Cristo de recuperar fuerzas, curarse las heridas, reunir su ejército para una lucha más cruel (V1, 349).

Es posible que la explicación precedente omita muchos detalles de fondo, como los motivos por los cuales el Anticristo decida la destrucción de la Roma apóstata y la persecución contra los cristianos en la gran tribulación. Si se tratara de su ascendencia, se podría conjeturar que será de sangre judía, al menos porque así Jesús, que nunca esperó ser coronado rey en este mundo, como si fuera un poderoso Mesías político y benefactor material (cf. *Jn 6, 14-15*), les contestó a los judíos que intentaban matarle: «Yo no busco recibir gloria de los hombres; pero os conozco y sé que no hay amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniera en nombre propio, a ése lo recibiríais» (*Jn 5, 41-43*).

Sería, pues, *otro* judío, el que aguardaban aquellos deicidas por sacudirse del yugo romano. Jesucristo fue el Mesías para la salvación del alma; por el contrario, el Anticristo será el Mesías para la salvación del cuerpo: quizá sea un hombre fascinante, muy humanitario y misericordioso, pero según una ética desviada de la Ley de Dios, es decir, satánica —como se encuentra en los *objetivos de desarrollo sostenible* de la ONU—. Si se tratara de su carácter, podría concebirse como un ateo que, a la postre, reclame de sí mismo el culto de la personalidad, así como el Emperador romano Domiciano, y que a la vez sea solidario e hipócrita. «¿Quién es como la bestia, y quién puede luchar contra ella?» (*Ap 13, 4*). *¿Quién como yo?* Es la idolatría antropocéntrica, la perenne seducción a la soberbia por parte de la serpiente antigua: «seréis como Dios» (*Gen 3, 5*).

5. La Parusía

5.1 Le habla Jesús a Valtorta:

Desgraciadamente vendré. Digo: "Desgraciadamente", porque *mi venida será venida de Juicio y de juicio tremendo*. Si hubiera de venir para salvaros no diría así y no trataría de alejar los tiempos de mi venida, sino al contrario me precipitaría con ansia para salvaros una vez más. *Pero mi segundo adviento será adviento de Juicio severo, inexorable, general, y para la mayor parte de vosotros será juicio de condena* (V2, 5 de junio de 1943).

Antes de la Parusía, es preciso que ocurra la caída de la gran Babilonia, una purificación del mundo pecador y anticristiano, la cual se debería a las plagas de la ira divina. Le dice Jesús a Valtorta:

Antes de la aparición de mi Gloria es necesario que oriente y occidente sean purificados para ser dignos del aparecer de mi Rostro.

Incienso que purifica y aceite que consagra el gran, infinito altar donde la última Misa será celebrada por Mí, Pontífice eterno, servido en el altar por todos los santos que tendrán en aquella hora el cielo y la tierra, son las oraciones y los sufrimientos de mis santos, de los dilectos de mi Corazón, de los que ya están señalados con mi Signo: de la Cruz bendita, antes de que los ángeles del Signo les hayan contraseñado.

El signo se graba sobre la tierra y vuestra voluntad es quien lo graba. Después los ángeles lo llenan con un oro incandescente que no se borra

y que hace resplandecer como el sol vuestra frente en mi Paraíso (V2, 20 de agosto de 1943).

5.2 Por otra parte, el Apocalipsis es como un antídoto para no ser engañados por el anticristianismo. Es un libro tan especial que, similar a un *faro*, será «la suprema luz» para los últimos hombres de buena voluntad, tanto para los cristianos católicos y no católicos como para los ateos, agnósticos o de otras religiones. Valtorta consigna un diálogo entre Jesús y su discípulo Juan Evangelista:

—Morirás mucho tiempo después de mí, Juan [dice Jesús]. Pero no te sientas contrariado por ello. Si el Altísimo te deja en el mundo es para que le sirvas y sirvas a su Verbo.

—Pero después...

—Después servirás. ¡Cuánto deberías vivir para servirme como nuestros dos corazones querrían! Pero incluso después de muerto me servirás.

—¿Cómo lo voy a hacer, Maestro mío? Si estoy contigo en el Cielo te adoraré. Pero no podré servirte en la Tierra una vez que la haya dejado...

—¿Estás seguro? Bueno pues te digo que me servirás hasta mi nueva venida, hasta la venida final. Muchas cosas aridecerán antes de la última hora, cuales ríos que se secan y pasan a ser tierra polvorienta y pedruscos secos, habiendo sido bonito curso de agua azul y saludable. Pero tú serás todavía río con el sonido de mi palabra y el reflejo de mi luz. Serás la suprema luz que quede para recuerdo de Cristo. Porque serás luz enteramente espiritual, y los últimos tiempos serán lucha de tinieblas contra luz, de carne contra espíritu. Los que sepan perseverar en la fe en-

contrarán fuerza, esperanza, confortación, en lo que dejarás después de ti y que será todavía tú mismo... y que, sobre todo, será todavía Yo mismo, porque Yo y tú nos queremos, y donde tú estás Yo estoy y donde Yo estoy tú estás. Prometí a Pedro que la Iglesia, que tendrá como cúspide y como base mi Piedra, no será desarticulada por el Infierno, con sus repetidos y cada vez más feroces asaltos; mas ahora te digo que aquello que será todavía Yo mismo, y que tú dejarás como luz para quien busca la Luz, no será destruido, a pesar de que el Infierno trate y tratará de cancelarlo usando todos los modos. Te digo más: incluso aquellos que crean en mí imperfectamente, porque aun recibíendome a mí no recibirán a mi Pedro (*alude Jesús a los futuros protestantes*), acudirán siempre a tu faro, como barquichuelos sin piloto y sin brújula que se dirigen hacia una luz en medio de su tempestad, porque luz quiere decir todavía salvación.

—¿Pero qué es lo que dejaré, Señor mío? Yo soy... pobre... ignorante... Tengo sólo el amor...

—Eso es lo que dejarás: el amor. Y el amor hacia tu Jesús será palabra. Y muchos, muchos, incluso entre aquellos que no pertenezcan a mi Iglesia, que no sean de iglesia alguna, pero que busquen luz y consuelo, movidos por el aguijón de su espíritu insatisfecho y por la necesidad de compasión en las penas, irán a ti y me encontrarán a mí (V1, 508).

Es imaginable que muchos, influidos por el modernismo, que tiende a reducir los textos proféticos a símbolos o incluso ficciones, no crean en las realidades anticipadas del Apocalipsis y hasta afirmen que aquellos impresionantes eventos de las plagas de la ira divina son casualidades, pareidolias o meros fenómenos naturales explicables desde la ciencia. Si las diez plagas de Egipto, durante los años de Moisés, fueron reales, como ha de creer con sencillez un católico, ¿no serían también reales las siete copas de la ira, vertidas precisamente sobre los impíos?

Habría un clima fuertemente apocalíptico, la expectación ante la Parusía —semejante a la que hubo en Judea frente a la venida del Mesías—, que acaso motive la conversión masiva de gente, incluso de ateos, agnósticos o de otras religiones, especialmente de judíos. Aun así, muchos no creerán. Escribe San Pedro: «en los últimos días vendrán hombres que se burlan continuamente de todo y que viven según sus propias concupiscencias, y que dirán: “¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que los padres durmieron, todo continúa como desde el principio de la creación”» (2 Pe 3, 3-4). «No tarda el Señor en cumplir su promesa, como algunos piensan; más bien tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos se conviertan» (2 Pe 3, 9). Y San Judas Tadeo:

Pero vosotros, queridísimos, acordaos de las palabras anunciadas por medio de los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo, que os decían: “En los últimos tiempos habrá quienes se burlen de todo y vivan según sus impías concupiscencias”. Estos son los que crean divisiones, hombres meramente naturales, que no tienen el Espíritu (*Jds* 1, 17-19).

Pocos se mantendrán firmes en la fe. «¿Acaso Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche, y les hará esperar? Os aseguro que les hará justicia sin tardanza. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?» (*Lc* 18, 7-8). No todos los que esperan la Parusía perecerán o apostatarán en la gran tribulación, según la promesa: «Y de no acortarse esos días, no se salvaría nadie; pero en atención a los elegidos esos días se acortarán» (*Mt* 24, 22).

Como se infiere de Valtorta, Juan Evangelista es, sin duda, el autor del Apocalipsis. Él parece ser señalado como «mi Ángel volador»: por su

virginidad, fue en cierto sentido un ángel. Pedro le dice a Esteban: «Éste es nuestro ángel» (V1, 166). Santiago el Menor a Jesús: «Juan, el ángel docto» (V1, 258). Jesús a Valtorta: «Juan de Zebedeo es puro. Es el puro entre mis discípulos. ¡Qué alma de flor en cuerpo de ángel!» (V1, 47). Y la Virgen María a Jesús: «Es un ángel» (V1, 101). Le dicta Jesús a Valtorta:

Al dragón rojo de las siete cabezas, diez cuernos y siete diademas en la cabeza (*Daniel 7; Apocalipsis 12-20*), que con la cola arrastra tras sí a la tercera parte de las estrellas del cielo y las hace caer —y en verdad os digo que caen más abajo de la tierra [esto es, al abismo]—, y que persigue a la Mujer, oponed, como también a las bestias del mar y de la tierra que muchos, demasiados, al estar seducidos por sus aspectos y prodigios, adoran, oponed, digo, mi Ángel volador [*Ap 14, 6-7*] que surca el cielo llevando el Evangelio eterno bien abierto, incluso por las páginas cerradas hasta ahora, para que los hombres puedan salvarse, por su luz, de las roscas de la gran serpiente de las siete fauces, que quiere ahogarlos en sus tinieblas... y a mi regreso encuentre todavía la fe y la caridad en el corazón de los perseverantes, y sean éstos más numerosos que lo que, por la obra de Satanás y de los hombres, cabría esperar (V1, 652).

El Apocalipsis es conocido como el quinto Evangelio. En cuanto a «las páginas cerradas hasta ahora», tal vez insinúen a los *siete truenos*, sobre los que veremos en el capítulo 6, y no sobra recordar que Juan, como su hermano Santiago, es un Boanerges (“hijo del trueno”: cf. *Mc 3, 17*). Está escrito: «Tomé el pequeño libro de la mano del ángel [que pisa tanto la Tierra como el Mar] y lo devoré. En mi boca fue dulce como la miel, pero cuando lo comí se me amargaron las entrañas. Entonces me dijeron: Es necesario que profetices de nuevo contra muchos pue-

blos, naciones, lenguas y reyes» (*Ap* 10, 10-11). *De nuevo*, aunque ya se haya predicado el Evangelio a todas las naciones. Con la globalización acaso sea más factible.

Se puede conjeturar que, antes de la Parusía, Dios repercutirá en la conciencia de la humanidad con el estruendo de los siete truenos, a fin de que se disponga a recibir al Rey de reyes y Señor de señores. ¿Revelarán un signo eminentemente cristiano para desviar la atención global hacia Cristo? «No ruego solo por éstos, sino por los que van a creer en mí por su palabra: que todos sean uno; como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que así ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado» (*Jn* 17, 20-21). Si Dios Padre quiere que toda la humanidad tan dispersa y engañada de entonces, no solo la cristiana, se salve a través de su Hijo y alcance a recogerse en la unidad de la Verdad, los siete truenos podrán ser un castigo y un recurso de misericordia. Se vislumbra su objetivo: una vez caída la gran Babilonia, propiciar la última y extrema evangelización en el mundo (cf. *Ap* 14, 6-8), disipando la confusión doctrinal y pastoral, lo que representaría un nuevo florecimiento de la Iglesia, según se puede deducir del arco iris que adorna la cabeza del ángel que pisa tanto la Tierra (la Iglesia) como el Mar (el mundo): un sol en medio de la tempestad de la época modernista y satánica.

5.3 Sin duda, la Parusía será visible, así como lo fue la Ascensión, según este pasaje: «Hombres de Galilea, ¿qué hacéis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que de entre vosotros ha sido elevado al cielo, vendrá de igual manera a como le habéis visto subir al cielo» (*Hch* 1, 11). En aquel pasado se vio a Jesús y los dos ángeles; en aquel futuro será visto con muchos ángeles, acaso millones de *legiones*: «¿O piensas que no

puedo acudir a mi Padre y al instante pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles?» (Mt 26, 53).

5.4 Además, la Parusía conlleva la prisa de la venida del Señor. Se lee en San Mateo: «De la misma manera que el relámpago sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre» (Mt 24, 27). Si Cristo vuelve como un «rayo» o un «relámpago», significa que su Parusía, como una luz en medio de la oscuridad del mundo, será muy rápida y sorpresiva *desde el oriente hasta el occidente*, es decir, en todo el orbe terráqueo: «Entonces verán *al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes* con gran poder y gloria. Y entonces enviará a los ángeles y reunirá a sus elegidos desde los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo» (Mc 13, 26-27); no vendrá para detenerse por algún tiempo largo, sino propiamente —aparte de destruir al Anticristo, «a quien el Señor *exterminará con el soplo de su boca* y destruirá con su venida majestuosa» (2 Tes 2, 8)— para robar «en los aires» a los elegidos con el socorro de los ángeles (cf. 1 Tes 4, 14-17). Decimos la palabra *robar* con un sentido equiparable al de *arrebatar*; en distintos versículos se comprende que Jesús se portará como el ladrón nocturno (cf. Mt 24, 43-44; 1 Tes 5, 2-4; Ap 16, 15).

San Lucas dice gráficamente: «Entonces verán *al Hijo del Hombre que viene sobre una nube* con gran poder y gloria. Cuando comiencen a suceder estas cosas, erguíos y levantad la cabeza porque se aproxima vuestra redención» (Lc 21, 27-28). Además de esperar la redención, se nos pide levantar la cabeza, aludiendo tal vez a que el Señor descenderá del cielo. «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22, 20).

Corrientemente, un ladrón no llega para quedarse, sino para alejarse con el robo. Asimismo, Jesús *viene pronto y se va pronto*. Escribe San

Agustín en *La Ciudad de Dios*: «Se le saldrá, pues, al encuentro porque viene, no porque se vaya a quedar» (1972, lib. 20, cap. 20, § 2). Habla Jesús, como escribe Valtorta:

El Hijo del hombre, una vez que se haya marchado, no volverá sino cuando llegue su Día. Y entonces su manifestación será semejante al relámpago, que resplandeciendo surca el cielo de una parte a otra, tan rápidamente, que el ojo apenas puede seguirlo. Vosotros, y no sólo vosotros, sino ningún hombre, podría seguirme en mi aparición final para recoger a todos aquellos que fueron, son y serán (V1, 486).

Para recoger, con la asistencia de los ángeles, a todos aquellos elegidos, tanto los que murieron como los que estén viviendo entonces. Es creíble que los ángeles, reconocida su naturaleza meramente espiritual e invisible, habrán de *materializarse*, así como el mensajero Gabriel se presentó al profeta Daniel, al sacerdote Zacarías y a la Virgen. El mismo Satanás trasladó a Jesús al pináculo del Templo y a un monte (cf. *Mt* 4, 5-10). ¿Es creíble además que, particularmente los ángeles guardianes, arrebatan a los santos resucitados?

5.5 La Parusía implica el fin del mundo. Predica Jesús a las multitudes:

Yo os digo sólo que Cristo vendrá, pero cuando llegue el fin. Por tanto, si os dicen: «Está en el desierto», no vayáis. Si os dicen: «Está en aquella casa», no hagáis caso. Porque el Hijo del hombre en su segunda venida será semejante al relámpago que sale de levante y zigzaguea hasta poniente en menos tiempo que se parpadea (V1, 596).

Vendrá «cuando llegue el fin», en el sentido del fin de la Tierra y de la historia genealógica humana: «ya no habrá necesidad de guardar ni racimo ni semilla porque para nunca más habrá perpetuación de la especie humana en la Tierra muerta» (V1, 596). La Parusía sería un evento mundial, repentino y asombroso, que clausurará la historia de la humanidad: no habrá desde entonces más generaciones humanas. No habrá un nuevo Noé que perpetúe la promesa de la Redención, porque ya ocurrió en el Gólgota. Es como el corte tajante de una gigantesca guadaña.

Sabemos que todo hombre que haya muerto se presentará ante Dios en el juicio particular, y al alma, por su estado y conducta, le tocará un lugar ultraterreno: el Paraíso, donde se salva, el Purgatorio, donde se purga para alcanzar la salvación, o el Infierno, donde se condena irremisiblemente. Si bien la Segunda Venida puede entenderse como a través de los siglos a partir de la Resurrección, siendo *individual* y *sucesiva* para efectuar el juicio particular del alma de cada hombre que, por haber nacido con la culpa del pecado original, haya debido morir, la Segunda Venida gloriosa, la Parusía propiamente dicha, se mostrará como un juicio *universal* y *simultáneo* para los que la presenciaron estando vivos entonces, tanto para los buenos, que serán tomados, como para los malos, que serán dejados. Así habla Jesús, según escribe Valtorta:

Dos hombres estarán juntos en el campo, uno será tomado y el otro dejado; dos mujeres estarán ocupadas en mover la rueda de molino, una será tomada y la otra dejada: por los enemigos de la Patria, y más aún por los ángeles, que separarán de la cizaña la buena semilla; y no tendrán tiempo de prepararse para el juicio de Cristo.

[...] Así pues, velad y orad, estando siempre preparados a la venida, sin que vuestros corazones caigan en un torpor por toda suerte de abu-

sos e intemperancias, y vuestros espíritus se distraigan y se hagan insensibles para las cosas del Cielo por las excesivas atenciones a las cosas de la Tierra, y no os sorprenda de improviso el lazo de la muerte estando impreparados. Porque, recordadlo, todos debéis morir. Todos los hombres que han nacido deben morir. Y esta muerte y el subsiguiente juicio son una venida individual de Cristo, que se verá repetida universalmente cuando venga solemnemente el Hijo del hombre (V1, 596).

Aquellos «enemigos de la Patria» son los demonios, que impiden el acceso a la Jerusalén celeste. Y la Parusía ocurrirá de forma sorprendente:

En la venida del Hijo del hombre, sucederá como en tiempos de Noé. En los días que precedieron al Diluvio, los hombres comían, bebían, se casaban, y establecían sus moradas, sin preocuparse de la señal [Gn 6, 13-22], hasta el día en que Noé entró en el arca y se abrieron las cataratas de los cielos y el Diluvio sumergió a todos los seres vivos y todas las cosas. Lo mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre (V1, 596).

Noé se salvó en el arca durante el diluvio. Asimismo, serán escogidos aquellos justos en el «arca» de la Parusía: «Y se abrió el templo de Dios en el cielo y en el Templo apareció el arca de su alianza; y se produjeron relámpagos, fragor de truenos, un terremoto y un fuerte granizo» (Ap 11, 19). Una letanía de la Virgen es *Arca de la alianza*: ella ayudaría también como corredentora.

En la Parusía, los ángeles del Señor vendrán como *segadores* y *recolectores*. Valtorta escribe cómo Jesús explica la parábola del trigo y la cizaña, que parece concentrarse en la Parusía:

En el sentido universal, la parábola tiene esta aplicación: el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino de Dios, sembrados por Dios en el mundo en espera de que alcancen su máximo desarrollo y sean cortados por la Guadaña, y los lleven al Amo del mundo para que los almacene en sus graneros; la cizaña son los hijos del Maligno, esparcidos a su vez por el campo de Dios con la intención de causar dolor al Amo del mundo y de perjudicar a las espigas de Dios —el Enemigo de Dios, por un sortilegio, los ha sembrado de propósito (porque verdaderamente el Diablo desnaturaliza al hombre hasta hacer de éste una criatura suya, y siembra la cizaña para apartar de la recta vía a los que no ha podido someter de otra manera)—; la siega, o, más exactamente, la formación de las gavillas y su transporte a los graneros, es el fin del mundo, y quienes la llevan a cabo son los ángeles: a ellos les ha sido encargado reunir a las segadas criaturas, y separar el trigo de la cizaña; y, de la misma forma que ésta es arrojada a las llamas en la parábola, así serán arrojados al fuego eterno los condenados, en el Ultimo Juicio (V1, 181).

Se ha de notar que la siega «es el fin del mundo». La Parusía implica, pues, el fin del mundo. Sería extraño que, durante la Parusía, tan esperada por los cristianos en todas las épocas para ver a Jesús, fueran exterminados todos sin excepción. La siega significa cortar el tiempo de merecer, y la cosecha, apartar a los justos y los réprobos. Los exterminados serían los réprobos, los dejados en la tierra, acaso expuestos a

las inclemencias del fin del mundo, como el terremoto, el fuego del cielo y el granizo (cf. *Ap* 16, 18-21 y 20, 9).

A mi modo de ver, el comienzo del Juicio final, que sería la Parusía, les tocaría a los últimos hombres que estén viviendo en la tierra, como también a todos los santos precedentes que murieron con la esperanza de la resurrección corporal gloriosa (cf. *1 Tes* 4, 14-17; *1 Cor* 15, 51-52), y sería para separar el trigo y la cizaña y clausurar la historia de la humanidad: «ya no habrá necesidad de guardar ni racimo ni semilla porque para nunca más habrá perpetuación de la especie humana en la Tierra muerta» (V1, 596), mientras que al término del Juicio final, donde comparecerían ante el Pastor todos los hombres resucitados, desde Adán hasta el último de la tierra, tanto los buenos como los malos, serán separadas para siempre las ovejas y las cabras. En el capítulo 9 se verá que entre el comienzo y el término del Juicio final media el tiempo de los purgantes mientras vaya ocurriendo el fin del mundo.

5.6 La Parusía será durante la gran tribulación, en medio de una catástrofe cósmica:

Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, *el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo y las potestades de los cielos se conmoverán*. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre, y en ese momento *todas las tribus de la tierra romperán en llantos, y verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria*. Y enviará a sus ángeles que, con trompeta clamorosa, reunirán a sus elegidos desde los cuatro vientos, de un extremo a otro de los cielos (*Mt* 24, 29-31).

Se puede inferir que habrá entonces, aquí, la gran tribulación, que acaso en el falaz mundo anticristiano no sea un hecho noticioso, y allá, en los lugares tranquilos y festivos de la gran Babilonia, que iría resurgiendo de las ruinas tras el castigo de las plagas de la ira divina, hombres que comen, beben o se casan, hasta que en un día aparentemente normal sobrevenga la Parusía para trastornar el mundo. El contraste es similar: durante la Crucifixión en el Gólgota, los judíos que negaron a Jesús celebraban la Pascua. Escribe San Pablo:

Sobre el tiempo y el momento, hermanos, no necesitáis que os escriba, porque vosotros mismos sabéis muy bien que el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche. Así pues, cuando clamen: "Paz y seguridad", entonces, de repente, se precipitará sobre ellos la ruina —como los dolores de parto de la que está encinta—, sin que puedan escapar (*1 Tes 5, 2-3*).

Es la paz y seguridad mundana y anticristiana de los sepulcros blanqueados. Valtorta escribe:

Inmediatamente después [profetiza Jesús], pasada la tribulación de esos días últimos [...], se oscurecerá el Sol, la Luna dejará de dar luz, las estrellas del cielo caerán como granos de un racimo demasiado maduro sacudido por un viento tempestuoso, y las potencias de los Cielos temblarán.

Entonces en el firmamento oscurecido aparecerá refulgente el signo del Hijo del hombre. Entonces llorarán todas las naciones de la Tierra, y los hombres verán al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y gloria. Él dará órdenes a sus ángeles para que cosechen y

vendimien, y para que separen la cizaña y el trigo, y que echen las uvas en el lagar, porque habrá llegado el tiempo de la gran recolección de la semilla de Adán, y ya no habrá necesidad de guardar ni racimo ni semilla porque para nunca más habrá perpetuación de la especie humana en la Tierra muerta (V1, 596).

La Parusía sucederá *inmediatamente después* de haber comenzado la gran tribulación, no de haber terminado, es decir, sucederá *durante*. Aunque quizá la interrumpa súbitamente. Pero la gran tribulación será algo breve, de acuerdo con estas palabras: «Y de no acortarse esos días, no se salvaría nadie; pero en atención a los elegidos esos días se acortarán» (Mt 24, 22).

Vendrá Jesús «en el último desenfreno de Satanás», como le cuenta a Valtorta:

Y entonces vendrá mi día grande y terrible.

No día de veinticuatro horas. Mi tiempo tiene distinta medida. He dicho "día" porque en el día se obra, y Yo en aquel tiempo obraré. Obraré la última selección de los vivientes sobre la tierra. Y ésta ocurrirá en el último desenfreno de Satanás.

Entonces se verán los que tienen en sí mismos el Reino de Dios y los que tienen el reino de Satanás. Porque estos últimos con boca, actos, y sobre todo con corazón blasfemo cometerán los últimos desprecios hacia mi Ley y los sacrilegios postreros hacia Dios, mientras que los primeros, los hijos y súbditos del Señor —en tanto que la última batalla [de la gran tribulación] azote la Tierra con un horror indecible— se agarrarán a mi Cruz, invocarán mi Nombre que salva; y mi venida de Juez no les aterra- rá, al contrario, será su júbilo porque los fieles son los salvados, los que

Joel llama los “restos” del Señor, o sea los que le quedan al Señor después de los asaltos de Satanás (V2, 16 de septiembre de 1946).

Si el sentido literal prevalece, la Parusía será una inmensa luz entre las tinieblas del mundo. Los tsunamis, debido a la exaltación de los fenómenos naturales, son imaginables:

Habrán señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra angustia de las gentes, consternadas por el estruendo del mar y de las olas: y los hombres perderán el aliento a causa del terror y de la ansiedad que sobrevendrán al mundo. Porque las potestades de los cielos serán conmovidas. Entonces verán *al Hijo del Hombre que viene sobre una nube* con gran poder y gloria (Lc 21, 25-27).

5.7 La Iglesia, calumniada y perseguida, sufrirá su Pasión como la del Inocente. Así como justo después de la Crucifixión ocurrió un terremoto en Judea, justo después de la gran tribulación y de la Parusía sucedería un terremoto en la tierra entera, según el castigo de la séptima copa de la ira —sobre la que la séptima trompeta (cf. Ap 11, 15-19), correspondiente al triunfo de la Parusía, había llamado la atención como si fuera un suceso próximo, y el sexto sello (cf. Ap 6, 12-14), roto y no secreto, había dado a conocer que se realizaría por un designio divino—: «Hubo relámpagos, estampidos de truenos, y se produjo un gran terremoto como nunca existió desde que hay hombres sobre la tierra: ¡tan grande fue el terremoto!» (Ap 16, 18).

«Toda la tierra se cubrió de tinieblas desde la hora sexta hasta la hora nona» (Mt 27, 45): tres horas de oscuridad en *toda la tierra*, lo que se refiere al día de la Crucifixión. De modo que hubo primero tinieblas, lue-

go el expirar de Jesús, cuya Cruz significó su victoria definitiva sobre el Enemigo, y enseguida el terremoto. Análogamente, habría tinieblas sobre *toda la tierra*, después la Parusía y, finalmente, el gran terremoto: «*El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes de que llegue el día grande y manifiesto del Señor*» (Hch 2, 20).¹⁹

5.8 «Pero como un ladrón llegará el día del Señor. Entonces los cielos se desharán con estrépito, los elementos se disolverán abrasados, y lo mismo la tierra con lo que hay en ella» (2 Pe 3, 10). Luego de la Parusía, es imaginable que el fin del mundo continúe, pues no sería *instantáneo* sino *gradual* y quizá largo, como sugiere el verbo *abrasar* en la cita anterior, y el incendio se extendería a partir de nuestro planeta, una vez extinta la humanidad.

Está escrito también que, durante la Parusía, caería fuego del cielo contra los malvados (cf. Ap 20, 9), algo que parece referir San Pedro: «los cielos y la tierra de ahora [después del diluvio], por la misma palabra [de Dios], están reservados para el fuego y guardados para el día del Juicio y de la perdición de los impíos» (2 Pe 3, 7). Y San Pablo:

En efecto, a los ojos de Dios es justo castigar con aflicción a quienes os afligen, y a vosotros, que ahora sois atribulados, premiaros con el des-

¹⁹ Es notable que únicamente San Mateo menciona el terremoto que siguió a la Crucifixión, no San Marcos, ni San Lucas, ni San Juan: «la tierra tembló y las piedras se partieron; se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de los santos, que habían muerto, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros, después de que él resucitara, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos» (Mt 27, 51-53). Sospecho que hay aquí una profecía parusíaca: la resurrección gloriosa de Cristo no fue en el día de la Crucifixión (viernes), sino al tercer día (domingo). Además, Cristo es el primero que así resucitó. Los «muchos cuerpos de los santos, que habían muerto», resucitarían *después* de Él, no *antes*. La Ciudad Santa podría ser la Ciudad de Dios.

canso en compañía nuestra, cuando el Señor Jesús se manifieste desde el cielo con los ángeles de su poder, *en medio de llamas de fuego, y tome venganza de los que no conocen a Dios* ni obedecen el Evangelio de nuestro Señor Jesús. Éstos serán castigados con una pena eterna, *alejados de la presencia del Señor y de la gloria de su poder*, cuando él venga aquel día para ser glorificado en sus santos y para mostrarse admirable en todos los que creyeron (2 Tes 1, 6-10).

A mi parecer, el séptimo sello, relativo al fin del mundo, como en la séptima trompeta y la séptima copa de la ira, sugiere ese fuego caído del cielo: «Tomó el ángel el incensario [de oro], lo llenó con las brasas del altar y las arrojó a la tierra. Entonces se produjeron truenos, voces, relámpagos y un gran terremoto» (Ap 8, 5). Es un fuego purificador. Jesús le dice a Valtorta: «Y se ha dicho en el Apocalipsis [roto el séptimo sello: Ap 8, 3-5] que en los últimos tiempos un Ángel hará el ofrecimiento del incienso más santo al trono de Dios, antes de derramar el primer fuego de la ira divina sobre la Tierra» (V2, 13 de septiembre de 1943).

Un comentarista como José Salguero afirma, igual que otros de la misma tendencia, que los *signos cósmicos* no deben interpretarse literalmente, «puesto que se trata de expresiones e imágenes estereotipadas y tradicionales en el profetismo del Antiguo Testamento, empleadas para designar una intervención divina en la historia humana» (1965, p. 311). ¿Serían, pues, como meras hipérboles retóricas para adornar una presencia singular que acaso no se realiza ni se vuelve histórica? Puede discutirse que tales «expresiones e imágenes estereotipadas y tradicionales en el profetismo del Antiguo Testamento», sin embargo, en particular las relativas al fin del mundo, suelen enfocarse en el gran día del Señor, la Parusía, y pueden al fin, llegado el momento, designar la reali-

dad, pues la «angustia», el «terror», la «ansiedad» de las gentes, como vivamente retrata San Lucas, son allí sentimientos debidos a que «las potestades de los cielos serán conmovidas» (Lc 21, 26). Pensemos, por ejemplo, en la intervención divina de las plagas de Egipto, creídas como hechos extraordinarios. Leemos del Éxodo: «Todo el pueblo percibía los truenos y los relámpagos, el sonido de la trompeta y la montaña humeante; y se llenaron de temor y se mantenían a distancia. Entonces le dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros y te escucharemos; pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos» (Ex 20, 18-19). De Valtorta se copia este diálogo:

—¿Y piensas lograrlo? [pregunta alguien de Siquem a Jesús] ¿Qué vas a poder hacer, más de lo que has hecho ya, para convencer a tus adversarios de lo que dices? ¿Qué, si ni siquiera la resurrección del hombre de Betania [Lázaro] ha valido para que los judíos digan que eres el Mesías de Dios?

—Me queda por hacer algo aún mayor, mucho mayor que lo hecho.

—¿Cuándo, Señor?

—Con la Luna llena de Nisán. Poned atención entonces.

—¿Habrá una señal en el cielo? Se dice que cuando naciste, el cielo habló con luces, cantos y estrellas extraños.

—Es verdad. Para decir que la Luz había venido al mundo. En Nisán habrá señales en el cielo y en la tierra. Parecerá el fin del mundo a causa de las tinieblas, el temblor y el bramido de rayos y terremotos, en el firmamento y en las entrañas abiertas de la Tierra. Pero no será el final; antes al contrario, será el principio (V1, 558).

Asimismo, ¿no habrá semejantes señales del fin del mundo con la Parusía? Soy consciente de los lineamientos exegéticos de la constitución dogmática conciliar *Dei Verbum* (cf. § 12), que exige la utilización del método histórico-crítico con el objetivo de enriquecer la comprensión de la lectura bíblica, además de la consideración de otros factores, entre ellos los géneros literarios. Sin plantear una exégesis científica, pues está fuera de mi cometido, la intención aquí es mucho más modesta: recoger los fragmentos apocalípticos de Valtorta y aplicar, a la luz de la fe, el simple enfoque de una interpretación teológica, no descuidando ciertos criterios: la unidad de la Sagrada Escritura, la Tradición, el Magisterio eclesiástico y la analogía de la fe.²⁰

5.9 ¿A qué vendrá Jesús en la Parusía? A la siega y la cosecha definitivas: se habrá acabado el tiempo de los hijos de Adán. Al robo: será el ladrón nocturno para llevarse a los elegidos. Después de la Parusía no proseguirá alguna historia humana en el mundo del pecado. Le dice Jesús a Valtorta:

Pero en la hora de la venida, cuando, como Dios, Rey y Juez, Yo venga para reunir a los elegidos y maldecir a los réprobos, arrojándoles allí donde el Anticristo, la Bestia y Satanás ya estarán para siempre, tras la

²⁰ A este respecto, son aleccionadores dos artículos del padre Lucas Prados, publicados en la página web de *Adelante la fe*: «Principios generales de interpretación bíblica» (29/03/2018) y «Criterios generales de interpretación bíblica (y II)» (05/04/2018). Son además esclarecedores los prólogos de Benedicto XVI en *Jesús de Nazaret* (2007 y 2011) acerca de la exégesis bíblica. En cuanto a las particularidades de género entre lo profético y lo apocalíptico, con una investigación de conjunto entre el Apocalipsis y el Antiguo Testamento —en especial Ezequiel y Daniel—, es provechosa la lectura de José Salguero (1965), cuyo volumen sobre las epístolas católicas y el Apocalipsis, que se atiene a los requerimientos de la encíclica de Pío XII *Divino afflante Spiritu*, es minucioso.

suprema victoria de Jesucristo, Hijo de Dios, Vencedor de la Muerte y del Mal, a estos elegidos que han sabido permanecer "vivos" *en la vida, vivos en el espíritu* esperando nuestra hora de triunfo, les daré la posesión de la morada celeste, les daré a Mí mismo sin pausas y sin medida (V2, 22 de agosto de 1943).

Después del Reino de Dios en la Tierra, es decir, después de la tregua, vendrá el Reino de Dios en el Cielo: «Después vendrá el Reino sin confines ni de tierra ni de tiempo. El Reino eterno que hará de vosotros eternos habitantes de los Cielos, porque, es natural, Yo hablo a aquellos que son mis súbditos y no a los réprobos que tienen ya su horrible rey: Satanás» (V2, 12 de noviembre de 1943). Al parecer, los elegidos, es decir, los santos, tanto los que murieron como los que estén viviendo entonces, al comienzo del Juicio final, que es la Parusía, serán arrebatados al cielo con el Señor, habiendo gozado de la resurrección corporal gloriosa, mientras el resto de los hombres, tanto los purgantes como los réprobos, aguardarán la resurrección corporal al término del Juicio final. Esta distinción la miraremos con detenimiento en el capítulo 9.

Mientras que con la Parusía descenderá rápidamente Jesús con el ejército celestial (cf. *Ap 19, 11-21*), en el término del Juicio final estará sentado en el trono con los ángeles (cf. *Ap 20, 1; Mt 25, 31-34*). Se aprecian dos posturas distintas.

5.10 Le dice Jesús a Valtorta: «Cuando el rey venga, no reconocerá ya su hermoso jardín que se ha hecho salvaje y con ira arrancará las yerbas, aplastará los animales escurridizos, cogerá las flores que queden y se las llevará a su palacio, eliminando el jardín para siempre» (V2, 5 de julio de 1943).

Se hablaría del Jardín del Edén, donde vivieron Adán y Eva, es decir, la tierra en que habitamos, para luego entrar en la Jerusalén celeste: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Vi también la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de parte de Dios, ataviada como una novia que se engalana para su esposo» (Ap 21, 1-2). Por lo visto, el Jardín del Edén no resurge ni se repite, sino que se *elimina* para extirpar el pecado para siempre. Quedando sin biósfera, como antes del tercer día (cf. Gn 1, 11-13), se limpia y se restaura la Creación. Sus flores, los elegidos, serán llevadas al *palacio*, la Jerusalén celeste. En cuanto al Mar, que «ya no existe», se puede referir al mundo caído por el pecado, que se habrá secado para siempre con la Parusía, una vez verificada la expulsión al lago de fuego de la serpiente antigua. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35). El contexto de esta última cita es la Segunda Venida gloriosa.

5.11 Le comenta Jesús a Valtorta: «Por ello vendré tan sólo en la última hora. Pero ¡ay de los que en aquella hora me verán, habiendo elegido por su señor a Lucifer! No se necesitarán armas en manos de mis ángeles para vencer la batalla contra los anticristos. Bastará mi mirada» (V2, 23 de abril de 1943). Asimismo: «Yo vendré, para todos, un día. El último. Pero sólo aquéllos cuya alma haya sido purificada en vida por el amor podrán sostener, sin precipitar en el abismo, mi Rostro, mi Mirada, mi Voz cuyo estruendo hará zozobrar los firmamentos y temblar a los abismos» (V2, 24 de junio de 1943).

Sin duda, con gloria y majestad, Jesús vendrá de nuevo en la Parusía, que será visible «en la última hora» para los últimos hombres de la historia terrena. Pero no vendrá solo, sino con las legiones de ángeles, y

con la misma «carne eterna» con que se vistió en su Resurrección, como le dice a Valtorta:

De seguro no vendrá retornando la carne. Si su regreso es seguro, igualmente es seguro que ya nunca más asumirá otra carne, dado que tiene una carne perfecta desde la primera vez que se vistió con ella, una carne eterna, glorificada por Dios, su Padre.

Y tampoco vendrá para cumplir una segunda Redención. No habrá una segunda redención, porque la primera ha sido suficiente y perfecta (V2, septiembre-noviembre de 1950).

5.12 No es posible saber el día ni la hora de la Parusía, sino tan solo presentir su proximidad mediante los signos previos y anunciados. Valtorta escucha la promesa de Jesús:

Mi palabra no cae. Lo que digo se cumplirá. El corazón y el pensamiento de los hombres pueden cambiar, pero no cambia mi palabra. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Y por lo que respecta al día y a la hora precisa, nadie los conoce, ni siquiera los ángeles del Señor; solamente el Padre.

Velad, pues, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor (V1, 596).

6. Los siete truenos

6.1 La Parusía es simultánea con el fin del mundo, pero el fin del mundo continuaría durando después de ella. De la siguiente cita se desprende que, luego de la Parusía, no habrá el tiempo de merecer sino la eternidad: el Paraíso o el Infierno. Queda pendiente la cuestión del significado de los siete truenos del Apocalipsis, que están *sellados* y, por lo tanto, son secretos, a diferencia de los siete sellos, que están *rotos* y, por consiguiente, no son secretos sino dados a conocer a todos. Le habla Jesús a Valtorta:

Mucho, demasiado —y no por sed buena y por deseo honesto de repararse del mal apremiante, sino más bien tan sólo por curiosidad inútil—, mucho, demasiado se ha cavilado a lo largo de los siglos, sobre cuanto Juan dice en el capítulo 10 del Apocalipsis. Pero sepas, María, que Yo permito que se sepa cuanto puede ser útil saber y oculto cuanto encuentro útil que no sepáis.

Sois demasiado débiles, pobres hijos míos, para conocer el nombre de honor de los “siete truenos” apocalípticos. Mi ángel ha dicho a Juan: «Sella lo que han dicho los siete truenos y no lo escribas». Yo digo que no es aún la hora de que se abra lo que está sellado y que si Juan no lo escribió Yo no lo diré.

Por lo demás no os toca a vosotros probar ese horror y por ello... Sólo os queda orar por aquellos que lo deberán padecer, para que la fuerza no naufrague en ellos y no pasen a formar parte de la turba de quienes bajo el azote del flagelo no conozcan penitencia y blasfemen a Dios en lugar de llamarle en su ayuda. Muchos de éstos están ya en la tierra y su semilla será siete veces siete más demoníaca que ellos.

Yo, no mi ángel, Yo mismo juro que cuando haya terminado el trueno de la séptima trompeta y se haya cumplido el horror del séptimo flagelo, sin que la raza de Adán reconozca a Cristo Rey, Señor, Redentor y Dios, e invoque su Misericordia, su Nombre en el cual está la salvación, Yo, por mi Nombre y por mi Naturaleza, juro que pararé el instante en la eternidad. Cesará el tiempo y comenzará el Juicio. El Juicio que divide para siempre el Bien del Mal después de milenios de convivencia sobre la tierra (V2, 20 de agosto de 1943).

Poco después completa: «Entonces se cumplirá el misterio de Dios» (V2, 20 de agosto de 1943). Es una cita del Apocalipsis: «Ya no habrá más tiempo, sino que en los días en que se oiga la voz del séptimo ángel, cuando empiece a tocar la trompeta, se consumará el misterio de Dios, tal y como se lo anunció a sus siervos, los profetas» (Ap 10, 6-7). El séptimo flagelo es lo mismo que la séptima plaga de la ira.

6.2 Aventuro decir que los siete truenos, al estar sellados, indicarían que no han sucedido en la realidad histórica, sino que remiten al futuro, como signos preparatorios de la Parusía, y corresponderían a las siete trompetas, con las cuales, respectivamente, se complementarían las siete copas de la ira, pues, si puede asumirse así, las trompetas son señales, en tanto que las copas son castigos. Las trompetas son para convocar a los cristianos verdaderos y disponerlos a la Parusía: *sonarán* para quienes obedezcan la conocida advertencia de Cristo, no para aquellos “sordos espirituales” que la ignoren o rechacen: *el que tenga oídos, oiga*. Es decir, *el que tenga inteligencia, entienda*. Las trompetas conciernen, pues, a los cristianos *vigilantes*, y no se mostrarán como señales apocalípticas de Dios para los anticristos destinados a la perdición ni pa-

ra los infieles. Las copas, entretanto, van recogiendo la sangre de los mártires y serán *plagas* justicieras para los pecadores e impenitentes cuando rebosen y sean regadas sobre el mundo en el tiempo decretado. Este simbolismo expresa que llegarán los flagelos sobre la gran Babilonia. Previamente se nos advierte: «Salid de ella, pueblo mío, para que no seas cómplices de sus pecados ni participéis de sus castigos» (*Ap* 18, 4). Claro está que de este modo, combatiendo espiritualmente, según el Señor: «No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del Maligno. No son del mundo lo mismo que yo no soy del mundo» (*Jn* 17, 15). Es la Iglesia militante, cuyos auténticos fieles, navegando con Pedro en medio de la tempestad del Mar, luchan contra el mundo, el demonio y la carne.

El profeta de Patmos escribió sobre lo que vio y oyó, «tanto lo presente como lo que va a suceder después» (*Ap* 1, 19). Su profecía, destinada a los atribulados cristianos de las siete Iglesias de Asia Menor, usa un lenguaje —en su género, normalmente simbólico y en comunión con el Antiguo Testamento— a partir de los datos sensibles de su ambiente histórico y de los conocimientos contemporáneos. Pero su realización no puede acabarse estrictamente en el presente dilatado de su siglo, sino que contiene, como en germen, valor futuro hasta el fin del mundo: aún no ha sucedido la Parusía. Así, al hablar de la gran Babilonia, bien pudiera referirse a Roma, que entonces imperaba en toda la cuenca del Mediterráneo, pero sin ser necesario que se identifique exclusivamente con esta urbe que conocía. De hecho, más que por motivos de prudencia, nunca escribió *Roma*, sino *Babilonia*, evocando aquel pueblo enemigo que destruyó el Primer Templo de Jerusalén, lo que induce a inteligir que la gran Babilonia, de la que Roma es un ejemplo inmediato y actual, expresa más bien el tipo de la ciudad anticristiana, tanto del presente como de lo porvenir: la Ciudad del Diablo, pagana y, en nuestros días,

apóstata y descristianizada, en contraposición a la Ciudad de Dios, si acudimos a la distinción de San Agustín. Porque «todos os odiarán a causa de mi nombre» (*Mt* 10, 22).

Su profecía, ante las amenazas y persecuciones de la Roma imperial, estaría, pues, basada en una escala menor, dentro de aquellos límites terrestres, marítimos y socioculturales, pero es como el modelo capaz de expandirse hasta nuestro hoy a una escala planetaria mayor. Por esto, parece casi siempre *crónica*: su realización es a través de los siglos hasta el último de la humanidad.

6.3 No obstante, pienso que no toda su profecía es crónica. Propongo sobre el Apocalipsis esta clave interpretativa: diferenciar entre profecía *crónica* y *sincrónica*, teniendo como fundamento los siete sellos. En nuestro contexto, una profecía crónica es aquella cuya realización puede repetirse en diversas épocas en mayor o menor grado, mientras que una profecía sincrónica es la que se realiza en una época determinada sin repetirse. Por ejemplo, fuera del Apocalipsis, la profecía sobre el Nacimiento de Jesús es sincrónica, porque ocurrió una sola vez: en Belén de Judá.

Los siete sellos están rotos y no son secretos, como se dijo arriba. Ciertos pasajes del Apocalipsis son legibles como profecías crónicas, a saber: los cuatro primeros sellos (cf. *Ap* 6, 1-8), correspondientes a los cuatro jinetes del Apocalipsis y que algunos interpretan como las invasiones, las guerras, el hambre y las pestes que asolan a las generaciones humanas, y el quinto sello (cf. *Ap* 6, 9), tocante a los martirios reiterativos ya desde la Iglesia naciente: siendo San Esteban el primero, habrá mártires hasta el fin del mundo, «hasta que se completase el número de sus hermanos y compañeros de servicio que iban a ser inola-

dos como ellos» (Ap 6, 11). Por lo demás, «a los pobres los tenéis siempre con vosotros» (Mt 26, 11): el objetivo de erradicar totalmente la pobreza y el hambre en la tierra es una ilusión política y económica, llámese *capitalismo* o *comunismo*, porque este es un mundo de pecado, caído y subyugado por el Maligno, capaz de suscitar hombres soberbios, avaros y despóticos, lo que no invalida la doctrina de ejercitar con caridad ciertas obras de misericordia corporales.

Le dice Jesús a Valtorta: «Debían pasar siglos y más siglos antes de que se cumpliera todo lo que había visto el vidente de Patmos. Y todo se cumplirá como está dicho y como en parte y en épocas diversas ya se ha cumplido, sin alterar el total cumplimiento de las cosas negativas que Juan vio anticipadamente» (V2, septiembre-noviembre de 1950).

Otros pasajes nos provocan ser leídos como profecías sincrónicas: el sexto sello (cf. Ap 6, 12-17), que con el acostumbrado estilo apocalíptico anuncia el fin del mundo en el día de la Parusía, y el séptimo sello (cf. Ap 8, 1-13; 9, 1-20; 11, 15-19), que incluye las siete trompetas e invoca litúrgicamente la intervención histórica final de Dios para juzgar al mundo. A su vez, las siete trompetas implican, respectivamente, las siete copas (cf. Ap 16, 1-18): entre ambos septenarios es visible una relación temática común. No sobra indicar que el siete es un número con que se expresa la plenitud de los designios divinos.

Evidentemente, los sellos sexto y séptimo, sostenidos como profecías sincrónicas relativas al fin del mundo y la Parusía, aún no se han realizado. Asimismo, por estar contenidas en el séptimo sello, las siete trompetas, complementándose con las respectivas siete copas de la ira, tampoco se han realizado: pienso que se ejecutarán en el último siglo de la humanidad, cuando ya esté actuando el Anticristo dual y haya sido removido el *katéjon*, el obstáculo sobre el que profetizó San Pablo a

aquellos tesalonicenses (cf. 2 Tes 2, 7). Pues leemos de la primera copa, vertida sobre la tierra para los malos: «sobrevino una llaga maligna y perniciosa a los hombres que tenían la marca de la bestia y a los que habían adorado su imagen» (Ap 16, 2). Esta *bestia* corresponde al Anticristo, la Bestia del Mar líder (cf. Ap 13, 1 ss.). Puede referirse al menos al Emperador anticristiano de la época de San Juan, por supuesto, pero virtualmente, siendo la base y figura del definitivo.

Algunos autores interpretan los siete sellos, las siete trompetas y las siete copas como profecías sincrónicas realizadas, enmarcadas en un hecho histórico relevante, o bien como profecías crónicas. Para Leonardo Castellani (2010), por ejemplo, la primera copa «significa la sífilis vuelta endémica» (2010, p. 56). Él entiende las trompetas o *tubas* como las grandes herejías, excepto la séptima, que «indudablemente indica la Parusía, como en todos los Septenarios» (2010, p. 55). ¿Cómo es que la séptima *tuba* no expresa una herejía, mientras que las otras *tubas* sí?

Los cinco primeros sellos, como profecías crónicas, serían las señales precursoras normales del fin del mundo y de la Parusía, lo que concordaría esencialmente con el discurso eschatológico de Jesús (cf. Mt 24, 4 ss.; Mc 13, 5 ss.; Lc 21, 8 ss.): entre las invasiones, guerras, hambres, pestes y martirios, habrá falsos mesías, falsos profetas y terremotos en diversos lugares y siglos, con mayor o menor intensidad. Los falsos mesías y los falsos profetas propagan las herejías y las revoluciones contra la Iglesia. Dice el Señor: «Vais a oír hablar de guerras y de rumores de guerras. Mirad, no os inquietéis, porque es necesario que ocurra, pero todavía no es el fin» (Mt 24, 6).

Estas señales previas continuarán no solo hasta el fin del Segundo Templo de Jerusalén en el año 70 d. C., sino hasta el fin del mundo. San Lucas, tan descriptivo, es el único Evangelista que añade algo fuera de

lo normal al mismo discurso: «habrá cosas aterradoras y grandes señales en el cielo» (Lc 21, 10). Esto es comparable con los siguientes versículos apocalípticos de transcendencia universal y que son como el eco del sexto sello:

Habrà señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra angustia de las gentes, consternadas por el estruendo del mar y de las olas: y los hombres perderán el aliento a causa del terror y de la ansiedad que sobrevendrán al mundo. Porque las potestades de los cielos serán conmovidas. Entonces verán *al Hijo del Hombre que viene sobre una nube con gran poder y gloria* (Lc 21, 25-27).

¿Qué impide entender literalmente que con el fin del mundo desaparecerán el sol, la luna y las estrellas? Pues no habrá astros cuando se clausure el Juicio final: «el primer cielo y la primera tierra desaparecieron» (Ap 21, 1). El profeta Isaías recuerda: «Mirad que ya viene el día del Señor, implacable, lleno de indignación y arrebatado de ira, para desolar la tierra, y exterminar de ella a los pecadores. Porque las estrellas del cielo y sus constelaciones no harán brillar su luz; el sol se oscurecerá al nacer, y no resplandecerá la luz de la luna» (Is 13, 9-10). Y el profeta Joel: «Ante él tiembla la tierra, se estremecen los cielos; se oscurecen el sol y la luna, los astros retiran su brillo» (Jl 2, 10). Apuntarían a la Parusía, tratándose de «la ira del Cordero, porque ha llegado el gran día de su ira» (Ap 6, 16-17).

6.4 A propósito, citemos de nuevo este fragmento de Valtorta, donde le explica Jesús las primeras seis plagas:

Enfermedades repugnantes como marca de vuestro vicio [la úlcera, primera copa: cf. *Ap* 16, 2]; sangre en las aguas como testimonio de toda la sangre que habéis querido derramar, y entre ésta está la mía [copas segunda y tercera: cf. *Ap* 16, 3-7]; fuego del sol para haceros probar por adelantado las brasas eternas que esperan a los malditos [cuarta copa: cf. *Ap* 16, 8-9]; tinieblas para advertiros de que las tinieblas esperan a quien odia la Luz [quinta copa: cf. *Ap* 16, 10-11]; todo esto para induciros a reflexionar y arrepentiros.

Y no servirá. *Continuaréis precipitando. Continuaréis cumpliendo vuestras alianzas con el mal*, preparando el camino a los "reyes de Oriente" [sexta copa: cf. *Ap* 16, 12-16], es decir, a los ayudantes del *Hijo del Mal*.

Parece que sean mis ángeles quienes traen las plagas. *En realidad sois vosotros. Vosotros las queréis y vosotros las tendréis* (V2, 22 de agosto de 1943).

Tales plagas serían literales, así como las plagas de Egipto. No es aquí el lugar, sin embargo, para profundizar de manera cabal en el verdadero sentido de cada uno de los siete sellos, de las siete trompetas y de las siete copas de la ira. Lo que aquí se resalta es que las siete plagas, esto es, las siete copas, no se han realizado. Irían cayendo sobre la gran Babilonia para purificar el mundo frente a la proximidad de la Parusía, induciendo al arrepentimiento, la conversión y, sobre todo, la santificación.

6.5 Quisiera detenerme, no obstante, en los tres *ayes* del Apocalipsis: «¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra cuando suenen las otras trompetas que van a tocar los tres ángeles» (*Ap* 8, 13). Son las trompetas quinta, sexta y séptima. Personalmente, interpreto la quinta trompe-

ta como la entronización del Pseudoprofeta, líder de la falsa Iglesia, y su apertura del pozo del abismo, con lo que se iniciaría el periodo anticristiano: «Entonces vi una estrella del cielo caída en la tierra y se le dio la llave del pozo del abismo. Abrió el pozo del abismo, y subió del pozo una humareda como la de un gran horno. Se oscurecieron el sol y el aire por la humareda del pozo» (Ap 9, 1-2). Relacionaría este pasaje con la salida de Satanás del abismo: «Cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión, y saldrá a seducir a las naciones que hay en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, y a reunirlos para la guerra» (Ap 20, 8). Pues del abismo emergerán Satanás y sus demonios, figurados como las horribles langostas, cuyo tiempo natural de existencia es de cinco meses, acaso congruentes con los tres años y medio insertos en el periodo anticristiano. El oscurecimiento del sol sería el eclipse de la verdadera Iglesia, impedida o atemorizada de reflejar, como la luna, el anuncio del Evangelio, que, igual al Sol Jesucristo, es la luz del mundo (cf. Jn 8, 12).

La quinta trompeta puede resumirse como la gran apostasía. Complementándose con la quinta copa de la ira, es comprensible un castigo divino: «El quinto [ángel] vertió su copa sobre el trono de la bestia, y su reino quedó en tinieblas y se mordían las lenguas de dolor. Blasfemaron contra el Dios del cielo a causa de su dolor y de sus llagas, pero no se arrepintieron de sus obras» (Ap 16, 11). Si bien este castigo es concebible como una consecuencia posterior, es contemporáneo con la gran apostasía. Esta *bestia* puede ser tanto de la Tierra como del Mar, puesto que el Anticristo dual, según lo copiado por Valtorta, será *vencido*. Impactada por la caída de la gran Babilonia, la falsa Iglesia quedaría, por su parte, oscurecida, y la verdadera Iglesia, como la luna llena, resplandecería durante la tregua, realizando una nueva Evangelización. Por lo demás, las llagas no les perjudicarán a los que tengan el sello de Dios

vivo en la frente, es decir, los que se esfuerzen en practicar la justicia cumpliendo la Ley, sino «a los hombres que tenían la marca de la bestia y a los que habían adorado su imagen» (Ap 16, 2). Esta *bestia* es el Ánomos, el hombre sin Ley.

En cuanto a la sexta trompeta, la interpreto como la gran tribulación. En este *ay* serán asesinados los dos testigos del Apocalipsis, quienes, sin miramientos ni cobardía, habrán molestado a las naciones de la gran Babilonia con su predicación. En un mundo materialista, sensual y ateo, serían ridiculizados como fundamentalistas, fanáticos, intolerantes, anacrónicos o catastrofistas:

Sus cadáveres [de los dos testigos] quedarán en la plaza de la gran ciudad, la que simbólicamente se llama Sodoma o Egipto, donde también su Señor fue crucificado. Las gentes de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres durante tres días y medio, y no permitirán colocar sus cadáveres en el sepulcro. Los habitantes de la tierra se alegrarán de ello, se regocijarán y se intercambiarán regalos, porque estos dos profetas habían atormentado a los habitantes de la tierra. Después de tres días y medio un soplo de vida procedente por Dios entró en ellos, y se pusieron de pie, y un gran temor sobrecogió a quienes los miraban. Entonces oyeron una voz fuerte desde el cielo que les decía: Subid aquí. Y subieron al cielo en una nube y sus enemigos los vieron. En aquella hora se produjo un gran terremoto y la décima parte de la ciudad se derrumbó. Siete mil personas perecieron en el terremoto y los restantes se llenaron de temor y dieron gloria al Dios del cielo (Ap 11, 8-13).

Esta cita contendría, a mi parecer, una perspectiva del acontecimiento de la Parusía durante la gran tribulación. Se expresa que el mundo anticristiano *verá* sus cadáveres, lo que hace pensar en la televisión o la In-

ternet, luego que *algunos* —«quienes los miraban» y «sus enemigos»— los *verán* subir al cielo, acontecimiento más bien repentino que no llegaría a ser mediático. Sería la resurrección corporal gloriosa de los santos con la Parusía: «Subid aquí», frase que inspira el arrebatamiento al cielo con el Señor sobre el que profetizó San Pablo.

Es notable la indicación de entenderse Sodoma o Egipto «simbólicamente»: en el sentido espiritual, no literal. Egipto, donde proliferaba la idolatría y se sufría la esclavitud, evoca la lucha entre Moisés y el Faraón, como también la Pascua. Analógicamente, sería la lucha entre los dos testigos y el Anticristo dual, hasta la Parusía, que a su modo es una Pascua. De Sodoma, donde abundaba la fornicación, huyó Lot antes de la caída del fuego destructor (cf. *Ap 20, 9*). El terremoto, si bien descrito sobre el lugar del martirio de los dos testigos, «la plaza de la gran ciudad», esto es, en el centro de la gran Babilonia, sería global, el mismo de la séptima copa de la ira, que afectaría tanto a la gran ciudad, que «se partió en tres trozos», como a «las ciudades de las naciones» (*Ap 16, 19*): «Hubo relámpagos, estampidos de truenos, y se produjo un gran terremoto como nunca existió desde que hay hombres sobre la tierra: itan grande fue el terremoto!» (*Ap 16, 18*).

La séptima trompeta, en fin, designa la Parusía, junto con el fin del mundo: «Y se abrió el templo de Dios en el cielo y en el Templo apareció el arca de su alianza; y se produjeron relámpagos, fragor de truenos, un terremoto y un fuerte granizo» (*Ap 11, 19*). Granizo que también mencionaría la séptima copa: «Y un pedrisco con granizos como de un talento de peso cayó del cielo sobre los hombres, que prorrumpieron en blasfemias contra Dios por el azote del granizo: iera una plaga tremenda!» (*Ap 16, 21*). Consolados con el bienestar material y acomodados al disfrute del mundo, *blasfemaron*, reputando de maldad la justicia

de Dios. Pues «¡ay de vosotros los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!» (Lc 6, 24). «Los reyes de la tierra, los magnates y los tribunos, los ricos y los poderosos [...] se escondieron en las cuevas y en las rocas de los montes» (Ap 6, 15). Endurecidos en la impiedad, *blasfemaron*, a pesar de la incontestable evidencia de la Parusía. «Y si todavía nuestro evangelio está velado, lo está para los que se pierden, para los incrédulos, cuyas inteligencias cegó el dios de este mundo para que no vean la luz del Evangelio glorioso de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Cor 4, 3-4). «Siete mil personas perecieron en el terremoto y los restantes se llenaron de temor y dieron gloria al Dios del cielo», lo que relacionaría con este pasaje: «Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre, y en ese momento *todas las tribus de la tierra romperán en llantos*. Y verán *al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria*» (Mt 24, 30).

Al sonar la séptima trompeta, se oyeron «fuertes voces en el cielo»: «El reinado en este mundo es ya de nuestro Señor y de su Cristo, que reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11, 15). Es la hora de que Cristo comience a entregar a Dios Padre el Reino eterno de los rescatados con su Sangre, pues «es necesario que él reine, *hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies*» (1 Cor 15, 25). Contra el reino satánico del Anticristo dual, que imperará hasta la gran tribulación, siguen glorificando las voces en el cielo:

Te damos gracias, Señor Dios omnipotente, el que es y el que era, porque has ejercido tu inmenso poder y has comenzado a reinar. Las naciones se habían encolerizado, pero llegó tu ira y el tiempo de ser juzgados los muertos, y de dar la recompensa a tus siervos, los profetas, a los santos y a los que temen tu nombre, pequeños y grandes, y de exterminar a los que destruyen la tierra (Ap 11, 17-18).

6.6 Por lo demás, la sucesión numeral de las siete trompetas, en mi opinión, no sería propiamente cronológica en la realidad, sino que presentaría más bien, dentro de un orden teológico, una distinción temática: las primeras cuatro se refieren al mundo, con las señales de los castigos que le sobrevendrán, y las últimas tres, a la Iglesia, con las señales de su Pasión y de su liberación final. El objeto de la primera trompeta es la tierra; el de la segunda, el mar; el de la tercera, los ríos y manantiales, y el de la cuarta, el sol, la luna y las estrellas.

Considerando que la Biblia se lee básicamente con dos sentidos, el *literal* y el *espiritual*, que pueden incluso integrarse sin contradecirse, y teniendo además en cuenta que las trompetas son señales para los fieles, los mencionados elementos del mundo creado, como la tierra y el mar, pudieran ser entendidos a la vez literal y espiritualmente.

7. Los dos testigos

7.1 Sobre los dos testigos del Apocalipsis le dice Jesús a Valtorta:

En mis dos testigos están simbolizados todos los maestros en la fe: pontífices, obispos, inspirados, doctores de la Iglesia, almas invadidas por la Luz y por la Voz. Ellos, con voz pura de toda veta humana, han proclamado a Mí y la verdad de mi doctrina y han puesto sello de santidad, de dolor, y también de sangre, para confirmación de su voz.

Odiados como Yo, Maestro de los maestros, Santo de los santos, han sido, más o menos, atormentados siempre por el mundo y por el poder, que encuentran en ellos quienes con su propia conducta dicen al mundo y a los grandes del mundo: «Lo que hacéis no es lícito». Y cuando llegue la hora del hijo de Satanás, el Infierno, ascendente del abismo abierto por el Anticristo, promoverá guerra despiadada contra ellos y, desde el punto de vista humano, les vencerá y matará.

Pero no será muerte verdadera. *Será más bien Vida de las vidas, Vida verdadera y gloriosa.* Porque, si tendrán Vida quienes siguen mi Ley en los Mandamientos, ¿qué infinita plenitud de Vida tendrán quienes siguen también mis consejos evangélicos de perfección e impulsan su ser conmigo hasta el sacrificio total por amor de su Jesús, el eterno Inmolado de quien se hacen imitadores hasta el sacrificio de la vida?

Llamados a una resurrección fulgidísima, serán éstos quienes se despojan de lo más querido para el hombre: la vida, con tal de seguirme a Mí por amor a Mí ya los hermanos. Nunca me cansaré de repetir esto: que no hay cosa mayor que el amor en el Cielo y sobre la tierra, y no hay amor más grande que este de dar uno la vida por sus hermanos (V2, 21 de julio de 1943).

Se comprende que son «todos los maestros en la fe» que han sufrido y sufrirán el martirio, hasta que, finalmente, llegue «la hora del hijo de Satanás»: «el Infierno, ascendente del abismo abierto por el Anticristo», «les vencerá y matará». «Pero no será muerte verdadera»: este *matar* afecta al cuerpo, no al alma: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno» (Mt 10, 28). «El temor del Señor es el principio del saber» (Prov 1, 7).

El hijo de Satanás es el Anticristo, el *undécimo cuerno*, y el que abre el abismo es el Anticristo religioso, el Pseudoprofeta. Jesús parece dar a entender esta profecía como crónica, recurrente en la historia de la Iglesia, según se lee del quinto sello del Apocalipsis (cf. Ap 6, 9-11), referente a los mártires. Serían «las almas de los degollados por dar testimonio de Jesús y de la palabra de Dios, y a los que no adoraron a la bestia ni su imagen, ni recibieron la marca en su frente ni en su mano» (Ap 20, 4). A ellas se les da una «túnica blanca» (Ap 6, 11), señal de que ya son bienaventuradas, participan de la Iglesia triunfante y, por lo tanto, gozarán de la resurrección corporal gloriosa cuando suceda la Parusía, de acuerdo con lo que parece decir San Pablo. Serían, pues, las almas de todos los mártires que, contra los poderes anticristianos, ya religiosos, ya políticos, murieron en gracia de Dios, empezando por San Esteban.

Sin embargo, hasta la gran tribulación resucitarían con la Parusía todos «los que son de Cristo», no solamente los mártires, sino los santos, incluso aquellos justos de antes de la Resurrección, a quienes el Resucitado les abrió la puerta del Paraíso, entre ellos los patriarcas y los profetas (cf. 2 Pe 3, 19-20): «Y como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su orden debido: como

primer fruto, Cristo; luego, con su venida, los que son de Cristo» (1 Cor 15, 22-23). «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección» (Ap 20, 6), es decir, como entenderemos mejor en el capítulo 8, bienaventurado y santo quien consiga la *resurrección espiritual* y muera en gracia de Dios, para reinar con Cristo en el Cielo durante el tiempo de la Iglesia militante: «Al que venza le concederé sentarse conmigo en mi trono, igual que yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono» (Ap 3, 21).²¹

San Agustín, interpretando ampliamente el capítulo 20 del Apocalipsis, ofrece una relevante dualidad: distingue entre el reinado terrenal y temporal de los santos con Cristo en el Milenio de la Iglesia militante, cuando hay a la vez trigo y cizaña, y el reinado eterno tras el Juicio final, cuando habrá solo trigo en la Jerusalén celeste. Arguye que «la Iglesia, ya desde ahora, es reino de Cristo y reino de los cielos. Y los santos reinan con él incluso ahora, claro que de otra manera a como reinarán entonces. Sin embargo, la cizaña no reina con él por más que crezca juntamente con el trigo en la Iglesia» (1972, lib. 20, cap. 9, § 1).

7.2 Por lo visto, el número *dos* no indica necesariamente dos personas concretas de una época fija, sino una cantidad que envuelve el testimonio de *muchos* mártires a través de los siglos. Con todo, considero que los dos testigos serán finalmente, justo antes de la Parusía, dos personas concretas, un nuevo Pedro y un nuevo Pablo, como las cabezas de sus respectivas congregaciones.

Pues antes de la Parusía tiene que venir Elías. Escribe Valtorta:

²¹ «Todos los justos del Antiguo Testamento se salvaron en virtud de la fe que tenían en Cristo futuro, mediante la cual ya pertenecían espiritualmente a esta Iglesia» (*Catecismo de San Pío X*, §171).

—¿Pero no tiene que venir Elías para preparar tu Reino? [le interroga Pedro a Jesús después de la Transfiguración]. Los rabíes dicen eso.

—Elías ha venido ya y ha preparado los caminos al Señor. Todo sucede como ha sido revelado. Pero los que enseñan la Revelación no la conocen ni la comprenden, y no ven ni reconocen los signos de los tiempos ni a los enviados de Dios. Elías ha vuelto una vez. Vendrá la segunda cuando esté cercano el último tiempo, para preparar a los últimos para Dios. Ahora ha venido [Juan el Bautista: cf. *Lc* 1, 17; 1, 76] para preparar a los primeros para Cristo, y los hombres no lo han querido reconocer, le han hecho sufrir y lo han matado (V1, 349).

Es posible que Elías tesbita, como sostiene San Agustín (cf. *La Ciudad de Dios*, lib. 20, cap. 29; cf. también lib. 18, cap. 28; cf. también *Mal* 3, 23-24), vuelva con el fin de preparar a los últimos cristianos no solo para la Parusía, sino para la gran tribulación. Este Elías, que fue raptado en un carro de fuego, podría ser uno de los dos testigos del Apocalipsis, acaso como un nuevo Pablo que suscite la conversión de los últimos judíos.

Después de vencer Elías en la prueba contra los sacerdotes de Baal con el fuego caído del cielo sobre el altar en el monte Carmelo, el rey Acab y el pueblo reconocieron que hay un solo Dios y así volvieron las lluvias a Israel (cf. *1 Re* 18, 16-46). Elías fue perseguido por una sombra del Anticristo, el rey Acab, quien «hizo el mal a los ojos del Señor más que todos sus predecesores» (*1 Re* 16, 30): por medio de su mujer extranjera Jezabel adoraba al dios pagano Baal (cf. *1 Re* 18, 16-18). Quizás Elías se enfrente con el Pseudoprofeta, denunciando la corrupción de la falsa Iglesia y recordando la Ley eterna, jamás anacrónica, dictada con los rayos y truenos del Sinaí, y sea de «aquellos cuyas rodillas no se hayan doblado ante Baal y cuyas bocas no lo hayan besado»

(1 Re 19, 18). Quizás el Pseudoprofeta, no soportando la humillación o el desprestigio, sea un deicida como Caifás y suscite, creyendo hacer lo correcto conforme al paradigma del mundo, la persecución contra la verdadera Iglesia.

Después de Moisés, que provocó las diez plagas sobre Egipto, apareció Elías tesbita, y ambos, representantes de la Ley y los profetas del Antiguo Testamento, respectivamente, fueron relacionados para ser los dos testigos de la Transfiguración en el monte Tabor, junto con Pedro, Santiago y Juan. Con esta secuencia se quiere dar una suposición: las siete copas de la ira, análogas a la diez plagas sobre Egipto, significan un gran castigo sobre la Tierra transgresora de la Ley, esto es, sobre la pecadora gran Babilonia, tras cuya caída entraría en escena el fogoso profeta Elías.

7.3 Además de Elías tesbita, el otro testigo del Apocalipsis sería, según se apoyan algunos en la Tradición, el patriarca Enoc, quien también fue raptado. Por su parte, tal vez sea él, que hablaba la lengua prebabélica, como un nuevo Pedro, el último Papa de la Iglesia Católica.

Señala Alberto Ezcurra:

si han sido preservados de la muerte, es porque Dios les tiene reservadas dos importantes misiones para los últimos días del mundo. A Enoch la de "predicar a las gentes penitencia" [*Eclo* 44, 16], es decir, la conversión de los gentiles. Y a Elías la de "reconciliar el corazón del padre con el hijo, y restablecer las tribus de Jacob" [*Eclo* 48, 10], es decir, la conversión de los judíos y su reconciliación con los cristianos (1990, p. 217).

Escribe Castellani que los dos testigos serían «dos grandes jefes religiosos cabezas de los cristianos y de los judíos fieles constituidos en dos cuerpos diversos respectivamente» (2010, p. 55).

7.4 Los dos testigos parecen ser los *precursores* de la Parusía, como le dice Jesús a Valtorta:

Reconoced, vosotros que sois las “voces” de este vuestro Jesús, del Rey de reyes, del Fiel y Veraz, que juzga y combate con justicia y será el Vencedor de la Bestia y de sus siervos y profetas, reconoced vuestro Bien y seguidle siempre. Que ningún engañoso aspecto os seduzca y ninguna persecución os aterre. Diga vuestra “voz” mis palabras. Sea vuestra vida para esta obra. Y si tenéis destino, en la tierra, común con Cristo, su Precursor y Elías, destino cruento o atormentado por vejaciones morales, sonreíd a vuestro destino futuro y seguro, el que tendréis en común con Cristo, con su Precursor, con su Profeta (V1, 349).

Quizás este «Precursor» sea Enoc, considerado como el último Papa, en tanto que el «Profeta», sin duda, ha de ser Elías.

7.5 Los dos testigos actuarán en el tiempo del Anticristo, acaso después de la caída de la gran Babilonia, tras lo cual urge *profetizar* otra vez contra el mundo (cf. *Ap* 10, 11). «Cuando concluyan su testimonio», el Anticristo «entablará combate contra ellos, los derrotará y los matará» (*Ap* 11, 7).

«Y si alguno quisiera hacerles daño, les saldrá fuego de la boca y devorará a sus enemigos; y si alguno quisiera hacerles daño, de la misma

forma deberá morir. Ellos tienen el poder de cerrar el cielo para que no llueva durante los días de su profecía, y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para afligir la tierra con toda suerte de plagas, cuantas veces quieran» (Ap 11, 5-6).

Los dos testigos, a semejanza de Juan Bautista, tendrán la autoridad de juzgar reprobando el pecado, como también la capacidad de absolver para producir *resurrecciones espirituales* y salvar almas. Quien no reconozca la voz del Buen Pastor (cf. Jn 10, 14) a través de ellos y los ignore o rechace podrá morir en el fuego del infierno.

No sobra recordar dos portentosos castigos contra el paganismo, el existir sin Dios ni Ley en el mundo: con Elías se suspendió la lluvia en el reino de Israel (cf. 1 Re 17, 1) y con Moisés se transformó en sangre el agua de Egipto (cf. Éx 7, 14-25). Moisés y Elías tienen en común haber presenciado realmente la teofanía en el Sinaí, así como presenciaron a Dios Hijo, esta vez *cara a cara*, durante la Transfiguración en el Tabor (cf. Mt 17, 3).

Con tales portentos anticipan a Jesús, quien, por ser uno con el Padre (cf. Jn 10, 30), es el único con el poder de perdonar y vivificar. Sin Él, sin el Agua y la Sangre de su costado, sin el Bautismo y la Eucaristía no es factible salvarse. La sequía y la sangre impotable simbolizarían la falta de la gracia. El pecado *desertiza* el alma, amenazándola con la sed y la muerte: solo el arrepentimiento, la voluntad de enmendarse moralmente, el propósito de ser justo, predispone a recibir la *lluvia* gracias a Jesús, el agua viva (cf. Jn 4, 14). Pedir perdón a Dios es poder bautizarse de nuevo, iniciar la resurrección espiritual. No basta decir «Señor, Señor» (Mt 7, 21); hay que enderezarse, sacrificarse conforme al «hágase tu voluntad» del Padrenuestro (cf. 1 Pe 1, 22), porque «no son justos ante Dios los que oyen la Ley, sino los que cumplen la Ley» (Rom 2,

13). Es preciso ser purificado con el Agua, antes de ser vivificado con la Sangre; ser perdonado, antes de ser admitido en el banquete para alimentar y fortalecer el espíritu. De lo contrario, el vino consagrado, así como el pan consagrado, se vuelve perjudicial. Los peces murieron cuando Moisés mudó el agua de Egipto en sangre. Porque «el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condenación» (1 Cor 11, 29).

Está escrito: «Él es la víctima propiciatoria por nuestros pecados; y no solo por los nuestros, sino por los de todo el mundo» (1 Jn 2, 2); «la sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado» (1 Jn 1, 7). Para recibir su Sangre, que da la vida eterna y la salvación, hay que imitarle, llevando la propia cruz. El verdadero sacrificio es, pues, obedecer la voluntad de Dios Padre: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (Jn 14, 15); «si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos» (Mt 19, 17); «el amor a Dios consiste precisamente en que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son costosos, porque todo el que ha nacido de Dios, vence al mundo. Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe» (1 Jn 5, 3-4). La Ley, como habrá de recordar el profeta Elías, es el medio necesario y preparatorio para recibir la Sangre de Cristo: «el fin de la Ley es Cristo, para justificación de todo el que cree» (Rom 10, 4), y «la fe, si no va acompañada de obras, está realmente muerta» (Sant 2, 17).

7.6 Con relación al profeta Elías y el patriarca Enoc, le comenta Jesús a Valtorta:

María vino a mí, a Dios, al Cielo, sin conocer el sepulcro con su horror de podredumbre y lóbreguez. Es uno de los más fúlgidos milagros de Dios.

No único, en verdad, si se recuerda a Enoc y a Elías [...], quienes, por el amor que el Señor les tenía, fueron raptados de la Tierra sin conocer la muerte, y fueron transportados a otro lugar, a un lugar que sólo Dios y los celestes habitantes de los Cielos conocen. Justos eran, y, de todas formas, nada respecto a mi Madre, la cual es inferior en santidad sólo a Dios (V1, 651).

Enoc y Elías, sin duda, nacieron con el pecado original. Aun así, fueron raptados.

7.7 Ahora bien, hubo una sequía y hambruna durante la vida de Elías tesbita. Este hecho histórico parece que se repetirá en los últimos tiempos, pero en una escala planetaria mucho mayor, regadas las cuatro primeras plagas y, por consiguiente, tras la caída de la gran Babilonia. Escribe Valtorta:

Se lee en el libro de los Reyes [evoca Jesús] cómo el Señor mandó a Elías que fuera a Sarepta de los Sidones durante la sequía y carestía que afligieron a la Tierra durante más de tres años. No es que al Señor le faltaran recursos para dar el necesario sustento a su profeta en todos los lugares. No lo envió a Sarepta porque en esta ciudad abundasen los alimentos; es más, allí la gente ya moría de hambre. ¿Por qué, entonces, Dios mandó a Elías tesbita?

Había en Sarepta una mujer de corazón recto, viuda y santa, madre de un niño, pobre y sola, la cual, a pesar de todo, no se rebelaba contra el tremendo castigo, ni se mostraba egoísta padeciendo el hambre, ni era desobediente. Dios quiso agraciarla con tres milagros: uno por el agua que ofreció al sediento; otro por el panecillo cocido bajo la brasa, cuando ella no tenía sino un puñado de harina; otro por la hospitalidad

que ofreció al profeta. Le dio pan y aceite, la vida de su hijo [que había muerto] y el conocimiento de la palabra de Dios (V1, 251).

Le dice además Jesús a Valtorta: «La carestía y la mortandad de las epidemias serán uno de los signos precursores de mi segunda venida. Los castigos creados para corregiros y volver a llamaros a Dios obrarán, con dolorosa potencia, una de las selecciones entre los hijos de Dios y de Satanás» (V2, 29 de octubre de 1943). También le cuenta:

El hambre producido por los robos y las malditas guerras, queridas sin justificación de independencias nacionales sino sólo por la ambición del poder y la soberbia de los demonios con apariencia de hombres, producido por el detenerse de las leyes cósmicas, por voluntad de Dios, por lo que el hielo será áspero y prolongado, por lo que el calor quemará y no será mitigado por las lluvias, por lo que las estaciones serán invertidas y tendréis sequedad en las estaciones de las lluvias y lluvias en el tiempo de la maduración de las mieses, así que engañadas por la templanza repentina o por el frescor insólito, las plantas florecerán fuera de estación y los árboles se recubrirán, después de haber generado, de nuevas flores inútiles, que aprisionan sin fruto la planta —porque todo desorden es nocivo y conduce a la muerte, recordadlo, hombres—, el hambre atormentará cruelmente esta raza perversa y enemiga de Dios.

Los animales, privados de forraje y pienso, de grano y semilla, morirán de hambre y, por el hambre del hombre, serán destruidos sin darles tiempo de procrear. Los pájaros del cielo y los peces de las aguas, pjaras y rebaños, serán asaltados por todas partes para dar a vuestros vientres el alimento que la tierra sólo producirá escasamente.

La mortandad, creada por las guerras y las pestes, los terremotos y los naufragios, precipitará en el más allá a los buenos y a los malos (V2, 29 de octubre de 1943).

Se ven dos causas de la apocalíptica hambruna: «los robos y las malditas guerras», por culpa de los hombres, y «el detenerse de las leyes cósmicas», por voluntad de Dios. Leemos además este fragmento de Valtorta, donde le habla Jesús:

Si [los científicos ateos o agnósticos] vivieran esa vida, si vieran luminosamente a Dios y su Ley, ¿cómo podrían emplear su inteligencia para destruir con sus deducciones científicas la fe simple de los “pequeños” y con sus científicos descubrimientos la existencia de tantas vidas humanas, de ciudades enteras?, ¿cómo podrían hasta llegar a debilitar todo el globo terráqueo turbando el equilibrio, el *orden* de los elementos, de las leyes cósmicas, que Dios ha establecido y que desde hace milenios permite que la Tierra viva y produzca vidas vegetales y animales sin salir de su órbita, sin desplazarse de su eje, evitando de este modo cataclismos apocalípticos?» (V2, septiembre-noviembre de 1950).

De esta cita, a fin de concordar su contenido con la anterior, son deducibles las mismas dos causas: una humana, capaz de masacrar y destruir ciudades enteras —pensemos en las belicosas armas nucleares que hoy tanto proliferan y amenazan—, y otra divina, que castiga la impiedad de los hombres de la gran Babilonia, por la que, alterándose su curso normal, el planeta Tierra se saldría de su órbita, se desplazaría de su eje.

Ya vimos la densa imagen del Apocalipsis: «Un ángel poderoso levantó una piedra como una gran muela de molino y la arrojó al mar, diciendo: Con tal ímpetu será arrojada Babilonia, la gran ciudad, y ya nunca más se la encontrará» (Ap 18, 21). La arrojó al mundo pecador. Personalmente, me atrevería a sostener que esta piedra, entendida de forma literal, es un asteroide que, sin la protección de Júpiter, caerá brillando como una estrella, desprenderá fragmentos abrasadores de granizo, chocará contra un océano de la Tierra, produciendo terremotos, tsunamis e inundaciones, ensangrentará e intoxicará gran parte de las aguas, ocasionará una semioscuridad en la atmósfera y, finalmente, desviará el eje del planeta. Es, pues, un asteroide que, en el sentido literal, perturbará a la vez los elementos del mundo creado que mencionan las primeras cuatro trompetas del Apocalipsis: la tierra, el mar, los ríos y manantiales, el sol, la luna y las estrellas. Por esta interpretación, se sigue que las primeras cuatro trompetas, que serían cuatro aspectos de un mismo fenómeno natural, sonarían simultáneamente. Digo, en fin, que es un asteroide porque, como expresa la segunda trompeta, «fue arrojado al mar un gran monte que ardía en llamas» (Ap 8, 8), y la tercera trompeta, «cayó del cielo una gran estrella que ardía como una antorcha» (Ap 8, 10). A pesar del cataclismo, no es totalmente destructivo: habiendo impactado en *un tercio*, quedarán sobrevivientes. Hoy hay más de siete mil millones de habitantes en el planeta.

Se dijo antes que la caída de la gran Babilonia se debía a las copas de la ira divina. Entre las siete trompetas y las respectivas siete copas, dada la relación temática común, es visible también una relación de contemporaneidad, con la diferencia de que, si puede asumirse así, las trompetas son señales y las copas son castigos.

La caída de la gran Babilonia, en el fondo, sería por la gran apostasía.

7.8 Del Tercer Secreto de Fátima, que debía divulgarse en 1960, dos años antes del Concilio Vaticano II, pero se comunicó al público cuarenta años después, me concentraré en un fragmento:

Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel, señalando la tierra con la mano derecha, dijo con fuerte voz: «¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!» (Zavala, 2017, p. 160).

La «espada de fuego» indicaría un castigo divino. La *penitencia* sería a causa de este castigo o bien sería para evitarlo. El grito de este ángel sugiere el del Apocalipsis: «vi a otro ángel que bajaba del cielo, con gran poder, y la tierra quedó iluminada con su claridad. Y gritó con fuerte voz: ¡Cayó, cayó la gran Babilonia y se convirtió en morada de demonios, en guarida de todo espíritu impuro y en refugio de toda bestia inmundada y odiosa [...]!» (Ap 18, 1-2). ¿Es este ángel quien levanta esa piedra como una muela de molino y la arroja a la tierra, que «quedó iluminada con su claridad», como para «incendiar el mundo»? En un documento redactado en 1944 por Sor Lucia, una de los tres pastorcitos a los que la Virgen se apareció en Fátima, se lee una visión que tuvo el día 3 de enero:

Sentí el espíritu inundado por un misterio de luz que es Dios y en Él vi y oí: la punta de la lanza como llama que se desprende toca el eje de la Tierra. Ella se estremece: montañas, ciudades, villas y aldeas con sus

habitantes son sepultadas. El mar, los ríos y las nubes salen de sus límites, desbordándose, inundando y arrastrando en un remolino casas y gente en un número que no se puede contar. Es la purificación del mundo por el pecado en el cual está inmerso. ¡El odio y la ambición provocan la guerra destructora!

Después sentí en el palpitar acelerado del corazón y en mi espíritu el eco de una suave voz que decía: «En el tiempo, una sola fe, un solo bautismo, una sola Iglesia, Santa, Católica, Apostólica. En la Eternidad, ¡el Cielo! (Zavala, 2017, p. 267).

Notemos que esa «llama», que pudiera ser entonces desprendida de la «lanza» o bien de la «espada de fuego», «toca el eje de la Tierra», con los daños consiguientes. Considerando que el Tercer Secreto no había sido todavía divulgado, Juan Pablo II declaró en 1980 en Fulda, Alemania, que «debería bastar a todo cristiano saber que el secreto habla de que océanos inundarán continentes enteros, de que millones de hombres se verán privados de la vida repentinamente, en minutos. Con esto en mente, no es oportuna la publicación del secreto» (Zavala, 2017, p. 177). ¿Es lo que envolvería un trozo del Segundo Secreto: «varias naciones serán aniquiladas»?

Aparte de esto, notemos también que, según Valtorta, tras las plagas de la ira divina y la caída de la gran Babilonia, viene la tregua, tiempo en que habría, como se supuso, un solo rebaño y un solo pastor (cf. *Jn* 10, 16). Sor Lucia escribe: «En el tiempo, una sola fe, un solo bautismo, una sola Iglesia, Santa, Católica, Apostólica». No dice Romana. ¿Puede ser durante el «tiempo de paz» del triunfo del Corazón Inmaculado de la Virgen, tal como se lee en el Segundo Secreto, y que acaso se identifique con la tregua?

7.9 Volvamos con los dos testigos, que serán atribulados por el Anticristo. Sobre ellos leemos: «Sus cadáveres quedarán en la plaza de la gran ciudad, la que simbólicamente se llama Sodoma o Egipto, donde también su Señor fue crucificado. Las gentes de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres durante tres días y medio, y no permitirán colocar sus cadáveres en el sepulcro» (*Ap 11, 8-9*). Allí «donde también su señor fue crucificado» se refiere al lugar donde los mártires dan la vida por el Señor: «Con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (*Gal 2, 20*). «Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a mí» (*Jn 15, 18*).

No se ve necesario que estén reunidos en un mismo lugar geográfico, pues Sodoma o Egipto, donde yacerán sus cadáveres, se entienden en el sentido espiritual. Los cristianos pueden estar dispersos en cualquier ciudad anticristiana, incluso fugitivos y ocultos en aldeas distantes, porque el Señor «enviará a los ángeles y reunirá a sus elegidos desde los cuatro vientos» (*Mc 13, 27*), esto es, en toda la Tierra (cf. también San Agustín, *La Ciudad de Dios*, lib. 20, cap. 11).

Los cadáveres insepultos estarán expuestos durante «tres días y medio», cifra que insinúa un límite, más allá del cual acaece la corrupción. Lázaro estuvo más de tres días y medio sepultado: «Jesús dijo: Quitad la piedra. Marta, la hermana del difunto, le dijo: Señor, ya huele muy mal, pues lleva cuatro días» (*Jn 11, 39*). Quizá los cuerpos insepultos de los últimos dos testigos, durante «tres días y medio», es decir, todo el tiempo en que queden expuestos, se vean incorruptos, así como el del Cura de Ars y de tantos otros santos, sin causar hedor, peste ni molestia pública. Si no es así, su *incorruptibilidad* será al menos la del alma, que no conocerá jamás la muerte eterna. Sin duda, habrán muerto siendo

amigos de Jesús: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero voy a despertarle» (Jn 11, 11). Los fieles que mueran en paz con Jesús están *dormidos*, aunque su cuerpo esté putrefacto o se haya convertido en polvo: despertarán resucitando para la vida eterna. «Bienaventurados los muertos que desde ahora mueren en el Señor» (Ap 14, 13). En cambio, los infieles y los que renegaron de Él están realmente muertos porque despreciaron la fe, fueron malos o no se prepararon para la vida trascendente: en el término del Juicio final resucitarán corporalmente para continuar con la muerte eterna en que ya estaban.

8. La resurrección

8.1 Según Valtorta, Jesús distingue entre la *resurrección espiritual* y la *resurrección corporal*. «La primera es la resurrección a la Vida y en la Vida, o sea, en la Gracia que es Vida, de todos aquellos que acogen a la Palabra del Señor, al Espíritu engendrado por el Padre, que es Dios como el Padre del que es Hijo, y que se llama Verbo, el Verbo que es Vida y da la Vida» (V1, 534). El pecador impenitente tiene el alma muerta, a menos que tenga el tiempo de arrepentirse y ser perdonado para resucitar espiritualmente. Alecciona Jesús:

Ser “vivos” no quiere decir ser de este mundo: quiere decir estar en el Señor. Quiere decir poseer la Gracia y tener derecho al Cielo. Vivo no es quien respira, come y duerme con el alma muerta: éste es despojo ya podrido a punto de caer, como el higo podrido en la rama, en la fosa que tiene por fondo el infierno. Vivo es quien, aunque agonice en la carne, posee la “Vida”, y aún más, a medida que cesa la vitalidad de aquí, se acerca y crece en él la “Vida verdadera” (V2, 21 de noviembre de 1943).

En Valtorta se distingue también entre la *primera resurrección*, que es la *espiritual* y que implica necesariamente la pendiente *resurrección corporal gloriosa*, y la *segunda resurrección*, que es la *corporal* y que puede ser tanto *gloriosa*, para los bienaventurados, como *no gloriosa*, para los réprobos. Valga repetir la cita, donde así le explica Jesús:

La primera [resurrección] comienza en el momento en que el alma se separa del cuerpo y aparece ante Mí en el juicio particular. Pero sólo es

resurrección parcial. Más que resurrección se podría decir: liberación del espíritu de la envoltura de la carne y espera del espíritu para reunirse con la carne y reconstruir el templo vivo, creado por el Padre, el templo del hombre creado a imagen y semejanza de Dios.

Una obra a la que le falta una parte está incompleta y es imperfecta. La obra-hombre, perfecta en su creación, está incompleta e imperfecta si no está unida en sus diversas partes. Destinados al Reino luminoso o a la morada tenebrosa, los hombres deben estar en éstos para siempre con su perfección de carne y espíritu.

Por esto se habla de la *primera* y de la *segunda* resurrección. Pero observa.

Quien ha matado su espíritu con vida terrena de pecado viene a Mí, en el juicio particular, con un espíritu ya muerto. La resurrección final hará *que su carne vuelva a coger el peso del espíritu muerto para morir totalmente con él*. Mientras que quien ha vencido a la carne en la vida terrena viene a Mí, en el juicio particular, con un espíritu *vivo* que, entrando en el Paraíso, aumenta su *vivir*.

También los purgantes son "vivos". Enfermos, pero vivos. Lograda la curación en la expiación, entrarán en el lugar que es Vida. En la resurrección final su espíritu vivo de mi Vida, a la que estarán indisolublemente unidos, *volverá a tomar la carne para glorificarla y vivir totalmente con ella así como Yo vivo con ella*.

Por eso se habla de *muerte primera y segunda*, y, en consecuencia, de *resurrección primera y segunda* (V2, 22 de agosto de 1943).

El hombre impenitente que ha sufrido no solo la *muerte primera*, que es la del cuerpo, sino también la *muerte segunda*, que es la del alma, jamás gozará de la *resurrección primera*, que implica la pendiente resurrección corporal gloriosa, sino que solo tendrá, para el término del Jui-

cio final, la *resurrección segunda*, que es la resurrección corporal no gloriosa, por decirlo así.

De acuerdo con San Agustín, no hay duda de que la *primera resurrección* es la espiritual, cuando, bautizada o arrepentida y perdonada el alma de los pecados, se recupere la gracia de Dios, en tanto que la *segunda resurrección*, para los bautizados y los no bautizados, es la corporal, cuando llegue el Juicio final. Además, la *muerte primera* concierne al cuerpo, condenado por el pecado original, pues «polvo eres y al polvo volverás» (*Gn 3, 19*), y la *muerte segunda*, al alma, que por ser pecadora es susceptible de ser condenada en el Infierno. Por esto se lee: «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la resurrección primera. Sobre éstos la muerte segunda no tiene poder, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años» (*Ap 20, 6*; cf. *La Ciudad de Dios*, lib. 20, cap. 10). Se trataría del sacerdocio común de los fieles. Escribe San Pedro: «también vosotros —como piedras vivas— sois edificados como edificio espiritual para un sacerdocio santo, con el fin de ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo» (*1 Pe 2, 5*), y San Pablo: «por tanto, hermanos, por la misericordia de Dios, [os exhorto] a que ofrezcáis vuestros cuerpos como ofrenda viva, santa, agradable a Dios: éste es vuestro culto espiritual» (*Rom 12, 1*), y San Juan: «Al que nos ama y nos libró de nuestros pecados con su sangre y nos ha hecho estirpe real, sacerdotes para su Dios y Padre: a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén» (*Ap 1, 5-6*). El reinado de mil años de las almas en el Cielo con Jesús se enlazaría con todo el tiempo de la Iglesia militante y peregrina. En *La Ciudad de Dios*, el mismo San Agustín interpreta así:

las almas de los mártires, no devueltas todavía a sus cuerpos [...] no quedan separadas de la Iglesia, que incluso ahora es ya el reino de Cristo. De otro modo no se les recordaría ante el altar del Señor a la hora de comulgar el cuerpo de Cristo; y de nada les serviría en el peligro correr en busca de su bautismo, no sea que la vida les sea truncada antes de recibirlo; ni a la reconciliación, si tal vez por una penitencia impuesta, o por mala conciencia, puede uno encontrarse separado de su cuerpo. ¿Qué razón de ser tienen todas estas cosas si no fuera que los fieles, incluso los difuntos, son miembros de la Iglesia? Por eso, aunque no sea con sus propios cuerpos, reinan ya con Cristo sus almas mientras van transcurriendo estos mil años (1972, lib. 20, cap. 9, § 2).

Avisa San Agustín en su obra magna: «quien quiera verse libre de condena en la segunda resurrección, que resucite en la primera» (1972, lib. 20, cap. 6, § 2). «Quien venza no será dañado por la muerte segunda» (*Ap* 2, 11). «Aquí están la paciencia y la fe de los santos» (*Ap* 13, 10). «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (*Ap* 2, 10).

8.2 «Los demás muertos no revivieron hasta que se cumplieron los mil años. Ésta es la resurrección primera» (*Ap* 20, 5). La Biblia de Navarra anota: «La resurrección primera se refiere al Bautismo, que regenera al hombre y le da nueva vida, librándole del pecado y haciéndole hijo de Dios. [...] Los demás muertos de que se habla aquí son aquellos que no recibieron el Bautismo. También éstos resucitarán el último día para ser juzgados según sus obras». Con respecto a «los demás muertos» que «no revivieron hasta que se cumplieron los mil años», observa San Agustín: «Todo aquel, pues, que no tenga vida antes de terminar los mil años, o sea, el que durante todo este período en que tiene lugar la pri-

mera resurrección no haya escuchado la voz del Hijo de Dios y pasado de la muerte a la vida, en la segunda resurrección pasará indudablemente con su misma carne a la muerte segunda» (1972, lib. 20, cap. 9, § 4). Cumplido el Milenio, es decir, llegado el fin del mundo y acabado el tiempo de merecer dentro de la Iglesia militante, este *revivieron* de «los demás muertos» *en el alma*, es decir, todos los condenados —no solo los no bautizados, sino, pese a la nota de la Biblia de Navarra, incluso los bautizados que no supieron perseverar hasta el fin y fallecieron en pecado mortal—, corresponde a la *segunda resurrección*, la corporal para el término del Juicio final.

Se precisa recibir el Bautismo para ser digno de la resurrección corporal gloriosa. Es cierto el dogma de que *extra Ecclesiam nulla salus*: fuera de la Iglesia no hay salvación. Pues solo Jesucristo es el mediador entre Dios y los hombres, solo Él es la Puerta de las ovejas, solo por su Sangre es redimida la humanidad.²²

8.3 El término *muerto* puede comportar doble sentido: no solo en el cuerpo, sino también en el alma. Vendrá Jesús, según se reza en el Credo, a juzgar a los vivos y los muertos. Propiamente, no es juzgado un cuerpo, vivo o muerto, sino un alma, viva o muerta. El juicio de Dios recae sobre el estado de las almas, no sobre el de los cuerpos, por lo que vendrá Jesús a juzgar a los vivos y los muertos *en el alma*, aunque es-

²² Es complejo este tema, que tiene en cuenta los atenuantes, como la ignorancia no culpable y la ignorancia invencible. Escribe Matthias Gaudron: «Las confesiones no católicas y las religiones no cristianas no son medios de salvación, sino de perdición. Ciertamente, los adeptos de las falsas religiones pueden salvarse *en ellas* si, viviendo según su conciencia y esforzándose en cumplir la voluntad de Dios en tanto la conozcan, reciben de Dios las virtudes teologales; pero solamente Dios sabe cuándo se realiza esto. Nosotros podemos decir solamente que es posible salvarse *en las falsas religiones* o más bien *a pesar* de ellas, pero jamás *por* ellas» (1997, q. 47).

tén vivos *en el cuerpo*. «El espíritu es el que da vida, la carne no sirve de nada: las palabras que os he hablado son espíritu y son vida» (*Jn 6, 63*). Escribe San Pedro: los gentiles pecadores «tendrán que rendir cuentas al que está ya preparado para juzgar a vivos y muertos. Pues para esto fue anunciado el Evangelio incluso a los muertos, para que, aunque condenados en su vida corporal según el juicio de los hombres, vivan sin embargo en espíritu según el juicio de Dios» (*1 Pe 4, 5-6*). Y San Pablo: «Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios» (*Col 3, 1*). «Despierta, tú que duermes, álzate de entre los muertos, y Cristo te iluminará» (*Ef 5, 14*). Y San Juan: «En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios» (*Jn 5, 25*). En cambio, la resurrección de los muertos, según se reza también en el Credo, puede entenderse tanto la del alma, durante la vida terrena con la gracia de Dios, como la del cuerpo, frente al Juicio final.

En Valtorta se recoge esta distinción entre los vivos y los muertos. Le explica Jesús:

Entonces el Padre me llamará «para juzgar a los vivos y a los muertos», como está dicho en el Símbolo de la Fe. Y los "vivos", los que han conservado en ellos la vida porque han mantenido viva la Gracia y la Fe, heredarán «el reino, la potencia y la magnificencia de Dios». Los muertos en el espíritu recibirán la Muerte eterna, como su voluntad ha preferido elegir (V2, 25 de enero de 1944).

Asimismo:

Cuando leéis en el libro de Juan las palabras: «la hora de juzgar a los muertos» pensáis que se refiera a los que, incluso desde hace siglos, ya han cruzado a otras esferas de misterio que será conocido sólo cuando uno será introducido. Sí. Muerte quiere decir transmigración del alma a otras zonas distintas de la tierra. Pero hay un sentido más amplio en la palabra de Juan: los muertos de que habla pueden estar incluso vivos, según la carne, pero en verdad ser, a los ojos de quien ve, Muertos (V2, 5 de agosto de 1943).

8.4 Hay en el libro de Valtorta múltiples referencias a la resurrección corporal. No he encontrado, según parece profetizar San Pablo, alguna alusión directa a la resurrección corporal gloriosa de los santos difuntos que serán arrebatados con el Señor durante la Parusía, junto con los fieles que estén viviendo entonces y que transformarán pronto el «cuerpo natural» en «cuerpo espiritual» (cf. *1 Cor 15, 44*): «Mirad, os declaro un misterio: no todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la trompeta final; porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (*1 Cor 15, 51-52*), texto que puede complementarse con la referida epístola a los tesalonicenses: «nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados a las nubes junto con ellos [los resucitados que murieron en Cristo] al encuentro del Señor en los aires» (*1 Tes 4, 17*).

Atendiendo al Apóstol, no se ve que *nosotros moriremos*, pues misteriosamente «no todos moriremos»: se insinúa así, a pesar de la sentencia sobre el pecado original, la excepción de que algunos, los justos que vivan y queden entonces, no morirán *en el cuerpo*: *nosotros* «seremos arrebatados a las nubes» y «seremos transformados» —desde luego, San Pablo, desconociendo el día y la hora de la Parusía, aunque anhe-

lándola, se coloca hipotéticamente entre los arrebatados, como podemos hacerlo nosotros—. Retengamos su explicación profética consiguiente:

Porque es necesario que este cuerpo corruptible se revista de incorruptibilidad, y este cuerpo mortal se revista de inmortalidad. Y cuando este cuerpo corruptible se haya revestido de incorruptibilidad, y este cuerpo mortal se haya revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: *La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?* El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, ley. Pero demos gracias a Dios, que nos da la victoria por nuestro señor Jesucristo (*1 Cor 15, 53-57*).

Hablaría de la necesidad de transformar el cuerpo mortal en inmortal, no de la necesidad de morir. Con relación a esto, importa citar la exégesis de Lorenzo Turrado:

Distingue el Apóstol dos clases o categorías de fieles: *la de los vivientes al tiempo de la parusía y la de los que hayan muerto antes*. Respecto de los primeros, dice que, cuando llegue esa fecha, “serán arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en los aires” [...]. Nótese que el Apóstol no habla para nada de muerte, sino simplemente de que “serán arrebatados”. Algunos autores, siguiendo a San Agustín y a Santo Tomás, dan por supuesto que para todos deberá preceder la muerte, pena del pecado original. Sin embargo, la inmensa mayoría de los exegetas actuales creen que el pensamiento de San Pablo no es ése; pues claramente da a entender, sobre todo si atendemos también a otros pasajes [cf. *1 Cor 15, 51; 2 Cor 5, 2-4*], que los fieles de la última generación no morirán,

sino que, actuando en ellos el poder de Dios, pasarán directamente del estado de corruptibilidad y mortalidad al estado de incorruptibilidad e inmortalidad. Ni ello se opone al dogma de la universalidad de la muerte por razón del pecado original [cf. *Rom 5, 12*], como no se opone al dogma de la universalidad del pecado original el que Dios haya querido hacer alguna excepción *de hecho*, como en el caso de la Virgen. Si se dan o no esas excepciones, es Dios quien, de una u otra manera, nos lo tiene que decir. Respecto de la segunda categoría de fieles, es decir, la de los que hayan muerto antes de la *parusía*, San Pablo dice que, para ese encuentro en los aires con el Señor, *no irán detrás* o estarán en peores condiciones que los que se hallen en vida (v. 15), sino que *primera-mente* resucitarán ellos (v. 16), y luego, todos juntos, vivos y muertos, iremos al encuentro de Cristo (v. 17). El Apóstol no especifica más ni dice qué pasará inmediatamente después. Se fija sólo en el resultado final, afirmando que “estaremos ya siempre con el Señor” (v. 18) (1956, pp. 655-656).

Sin embargo, hay otra posible interpretación: nadie, a causa del pecado original, es inmune a la muerte corporal, por lo que es necesario expirar conforme a la sentencia de Dios: «polvo eres y al polvo volverás» (*Gn 3, 19*), y «no es posible la resurrección si no está precedida por la muerte» (San Agustín, 1972, lib. 20, cap. 20, § 3), pues se sigue a Cristo: «si creemos que Jesús murió y resucitó, de igual manera también Dios, por medio de Jesús, reunirá con Él a los que murieron» (*1 Tes 4, 14*), de modo que aquellos vivos «en el mismo rapto morirán y resucitarán al ser llevados por los aires» (San Agustín, 1972, lib. 20, cap. 20, § 3).

Si en Valtorta se hallan expresiones de que con la *Parusía* se llevará Jesús a los elegidos, se puede entender implícitamente, sin contradecir-

se, lo profetizado por San Pablo. Citaré este fragmento: «Y mandará a sus ángeles que con gran sonido de trompetas reúnan a los elegidos, desde los cuatro vientos, desde una extremidad a la otra de los cielos, para que se pongan al lado del Juez divino y juzgar con Él a los últimos vivos y a los resucitados» (V1, 596). Aquí parece que el Juicio final será *a la vez* sobre «los últimos vivos» y «los resucitados», pero se puede colegir, concertando con otros textos valtortianos, que es primero la Parusía, cuando Jesús juzgará con los ángeles el alma de «los últimos vivos» *en el cuerpo*, buenos y malos, y luego es el término del Juicio final, cuando juzgará también con los ángeles el alma de «los resucitados» *en el cuerpo*, buenos y malos.

Valga mencionar que, para ser del número de los vivos que transformarán su cuerpo en glorioso e inmortal y se irán con Jesús durante la Parusía, es preciso convertirse y haber sido santo o, por lo menos, justo: «El injusto, que cometa aún injusticias; el sucio, que se manche aún más; el justo, que siga practicando la justicia; y el santo, que se santifique todavía más» (Ap 22, 11). Esta transformación será una resurrección gloriosa, ya que el cuerpo es mortal. Todos los siguientes textos apostólicos, enunciados en su circunstancia particular, tienen una nota en común: el llamado a la conversión y santificación para ser *escogidos* por el Señor en su Segunda Venida.

Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él. Mortificad, pues, lo que hay de terrenal en vuestros miembros: la fornicación, la impureza, las pasiones, la concupiscencia mala y la avaricia que es una idolatría. Por ellas viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad (Col 3, 4-6).

«Que Él, Dios de la paz, os santifique plenamente, y que vuestro ser entero —espíritu, alma y cuerpo— se mantenga sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo» (*1 Tes 5, 23*).

Por lo tanto, queridísimos, a la espera de estos acontecimientos, esmeraos para que él os encuentre en paz, inmaculados e intachables, y considerad que la longanimidad de nuestro Señor es nuestra salvación. Así os lo escribió también nuestro querido hermano Pablo según la sabiduría que se le otorgó, y así lo enseña en todas las cartas en las que trata estos temas. En ellas hay algunas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente —lo mismo que las demás Escrituras— para su propia perdición (*2 Pe 3, 14-16*).

«Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza y no quedemos avergonzados lejos de él, en su venida» (*1 Jn 2, 28*).

Arrepentíos, por tanto, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, de modo que vengan del Señor los tiempos de la consolación, y envíe al Cristo que ha sido predestinado para vosotros, a Jesús, a quien es preciso que el cielo lo retenga hasta el tiempo de la restauración de todas las cosas, de la que Dios habló por boca de sus santos profetas desde antiguo (*Hch 3, 19-21*).

Restauración que se realizaría con el triunfo de la Parusía, marginándose el pecado del mundo para siempre. «Y así como está establecido que los hombres mueran una sola vez, y que después haya un juicio, así también Cristo, que se ofreció una sola vez para quitar los pecados de

todos, por segunda vez, sin relación ya con el pecado, se manifestará a los que le esperan para llevarlos a la salvación» (*Heb 9, 27-28*).

8.5 El consuelo de la Parusía, para los atribulados que aún vivan, sería la transformación gloriosa del cuerpo y el arrebatamiento. Este concepto de *arrebatamiento* o de *rapto* difiere notablemente de cierto discurso protestante donde se afirma que los escogidos serán preservados de la gran tribulación. Aquí, por el contrario, se ha entendido que el arrebatamiento ha de suceder con la Parusía durante la gran tribulación. San Agustín asume la cuestión del arrebatamiento al analizar un fragmento de San Pablo (cf. *1 Cor 15, 51-52*):

Queda una solución: que los santos que se encuentren con vida a la venida de Cristo, y que sean llevados para ir a su encuentro, emigren en ese mismo rapto de sus cuerpos mortales para volver al punto a ellos mismos ya inmortalizados. Esta hipótesis arroja luz a las oscuras palabras del Apóstol (1972, lib. 20, cap. 20, § 3).

Es necesario que los cristianos de entonces sean probados. Muchos sufrirán el martirio. Es presumible que los no dignos del rapto, sobre los cuales podrá replicar Jesús, aunque se hayan denominado cristianos: «Jamás os he conocido: apartaos de mí, los que obráis la iniquidad» (*Mt 7, 23*), serán dejados en la tierra y, seguramente, morirán frente a la inexorable catástrofe del fin del mundo, por más que se resguarden «en las cuevas y en las rocas de los montes» (*Ap 6, 15*). Quizás algunos fieles *no escogidos* se arrepientan y alcancen, una vez fallecidos, a llegar al Purgatorio, mientras se vaya destruyendo el mundo hasta el término

del Juicio final, momento solemne para el que solo habrá dos cosas eternas: el Paraíso y el Infierno.

8.6 De parte de Valtorta, la resurrección corporal de la humanidad parece enfocada en el término del Juicio final, una vez realizada la Parusía. Afirma Jesús:

Y hay una segunda resurrección, la universal, en que los huesos, blancos y dispersados a causa de los siglos, volverán a estar frescos y cubiertos de nervios, carne y piel. Y se llevará a cabo el Juicio. Y la carne y la sangre de los justos exultarán con el espíritu en el eterno Reino; y la carne y la sangre de los réprobos sufrirán con el espíritu en el eterno castigo (V1, 534).

Algo similar se lee aquí: «Se acerca la hora [advierde Jesús] en que la voz del Hijo de Dios penetrará en los sepulcros y todos los que están en ellos la oirán: quienes hicieron el bien saldrán para ir a la resurrección de la Vida eterna; quienes hicieron el mal, a la resurrección de la condena eterna» (V1, 225; cf. también *Jn* 5, 28-29). Se hablaría de *todos* los que están en los sepulcros, es decir, los que murieron y se convirtieron en polvo. Al parecer, sería la mayor parte de la humanidad, tanto los purgados como los réprobos, si consideráramos que los elegidos de Dios, contabilizados en cada siglo, son pocos en comparación, un *resto*. Se trataría de la resurrección corporal de todos aquellos que murieron y no serán llevados con Jesús durante la Parusía y que han de comparecer, no obstante, para el término del Juicio final. Es *universal* por cuanto concierne a todos ellos, los que queden pendientes.

8.7 Por lo visto, la *resurrección segunda*, que consiste estrictamente en la resurrección corporal, tiene dos etapas: la primera, *parcial*, la de los elegidos de la Parusía, tanto los que murieron como los que estén viviendo entonces, y la segunda, *universal*, la de los purgados y los réprobos. Pues en la primera etapa no resucitan *todos*, sino *algunos*, y en la segunda resucitan *todos* los demás.

9. El Juicio final

9.1 En Valtorta se encuentran descripciones sobre cómo puede ser el escenario del término del Juicio final, para el que habrá de resucitar corporalmente la humanidad entera, exceptuando, si bien la autora no lo dice de manera explícita, al Juez Jesucristo, la Virgen y los elegidos de la Parusía, que conquistaron previamente la gloria eterna.

En cuanto a la resurrección universal, referida a los purgados y los réprobos, el espacio tiene el precedente de una devastación global. Dice Jesús:

Día llegará en que en un mundo muerto, bajo un firmamento apagado, aparecerán al sonido angélico numerosísimos huesos de muertos. Como un vientre que se abre para dar a luz, así la Tierra arrojará de sus entrañas todo hueso de hombre que sobre ella murió y en su fango fue sepultado, desde Adán al último hombre. Y se producirá entonces la resurrección de los muertos para el grande y supremo juicio, después del cual, como un pomo de Sodoma, el mundo se vaciará para transformarse en una nada, y terminará el firmamento con sus astros. Todo tendrá fin, menos dos cosas eternas, lejanas, en los extremos de dos abismos de una profundidad incalculable, totalmente antitéticos en la forma y en el aspecto y en el modo con que en ellos proseguirá eternamente la potencia de Dios: el Paraíso: luz, alegría, paz, amor; el Infierno: tinieblas, dolor, horror, odio (V1, 491).

Destruída la Tierra, apagados el sol y las estrellas por el fin del mundo, que todavía proseguirá, habrá quedado un orbe gélido, desértico y sin vida. Lo anunciaría el sexto sello del Apocalipsis: «El cielo se replegó

lo mismo que se enrolla un libro, y todos los montes y las islas fueron desplazados de su sitio» (*Ap* 6, 14). La disolución del universo también se comprende aquí, como aclara Jesús: «Cuando el tiempo haya terminado y la vida sea únicamente la Vida en el cielo, antes de ser disuelto completamente, el universo volverá a ser [...] lo que era al principio [como en el Génesis 1, 1-2]. Esto acontecerá cuando Yo haya juzgado» (V2, 29 de enero de 1944).

«Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él. Ante su presencia huyeron la tierra y el cielo, y no dejaron ningún rastro» (*Ap* 20, 11), lo que implica: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (*Mt* 24, 35).

El espacio de la resurrección universal es el mismo planeta Tierra, pero sin biósfera y bajo otro firmamento. Escribe San Pedro: «los cielos y la tierra de ahora [después del diluvio], por la misma palabra [de Dios], están reservados para el fuego y guardados para el día del Juicio y de la perdición de los impíos» (*2 Pe* 3, 7). No será más que la llanura para el término del Juicio final. Predica Jesús:

Todos allí, reunidos ante el Hijo del hombre. Una multitud infinita de cuerpos restituidos por la tierra y por el mar y recompuestos tras haber sido ceniza durante mucho tiempo. Y los espíritus en los cuerpos. A cada carne, ya de nuevo en los esqueletos, le corresponderá su propio espíritu, el que en su tiempo la animó. Y estarán en pie ante el Hijo del hombre, espléndido en su Majestad divina, sentado en el trono de su gloria sostenido por sus ángeles (V1, 596).

9.2 En ese momento del Juicio final solo se presentarán, incompatibles, dos categorías definidas: los bienaventurados y los réprobos, las

ovejas y las cabras. No la categoría intermedia de los purgantes, que, habiendo cumplido la purgación, serán entonces del número de los bienaventurados. Conviene advertir que durante la Parusía no se cierra el Purgatorio, para permitir a los últimos la purificación y la entrada al Paraíso, mientras el universo se vaya desmoronando. El límite temporal del Purgatorio, al cabo de algunos *siglos*, sería ese momento del Juicio final, como confirmaría este fragmento de Valtorta, donde le explica Jesús:

Muchos creen que desde el momento postrero hasta el Juicio universal transcurrirá sólo un instante. Mas, ¡oh, hija!, Dios será bueno hasta el fin. *Dios será bueno y justo.*

No todos los seres vivientes de la hora extrema serán santos, ni todos serán réprobos. Entre los primeros habrá algunos que ya están destinados al Cielo pero que tienen algo que expiar. Yo sería injusto si les privara de la expiación que ordené para todos los que les precedieron y que, en la hora de la muerte, se encontraban en sus mismas condiciones.

Por eso, mientras llegarán para otros planetas la justicia y el momento final y uno a uno se irán apagando los astros del cielo como antorchas sobre las que se sopla, y la oscuridad y el hielo irán aumentando, en mis horas, que son vuestros siglos [...], los seres vivientes del último instante, los que hayan muerto en el último instante, que sean merecedores del Cielo pero que necesiten aún una purificación, serán destinados al fuego purificador [del Purgatorio]. Aumentaré el calor de dicho fuego para que sea más rápida la purificación y los bienaventurados no esperen demasiado para llevar a la glorificación su carne santa y hacerla gozar al ver a su Dios, a su Jesús, en su perfección y en su triunfo (V2, 29 de enero de 1944).

Entre la Parusía y el postrero Juicio universal no habrá, pues, un instante, sino un intermedio de siglos de desmoronamiento del mundo creado, como también el tiempo de los purgantes para salvarse. Es posible que al Purgatorio sean transferidos algunos de los últimos vivos que no fueron escogidos durante la Parusía. Declama Jesús:

Me llamáis Mesías y Señor. Decís que me amáis y me entonáis alabanzas. Me seguís, y tal cosa parece amor [habla Jesús]. Y, sin embargo, en verdad os digo que no todos de entre vosotros entrarán conmigo en el Reino de los Cielos. Incluso entre mis más próximos y antiguos discípulos habrá quien no entre, porque muchos harán su voluntad, o la de la carne, el mundo y el demonio; no la de mi Padre. No quien me dice: «¡Señor! ¡Señor!» entrará en el Reino de los Cielos, sino aquellos que hacen la voluntad del Padre mío; sólo éstos entrarán en el Reino de Dios.

Llegará un día en que Yo, quien os está hablando, tras haber sido Pastor, seré Juez. No os confiéis ilusamente en mi aspecto actual. Ahora mi cayado congrega a todas las almas dispersas y se muestra dulce para invitaros a venir a los pastos de la Verdad; entonces, el cayado será substituido por el cetro del Juez Rey y muy distinta será mi potencia. Entonces, separaré, no con dulzura sino con justicia inexorable, las ovejas que se alimentaron de Verdad de aquellas otras que mezclaron Verdad y Error o se nutrieron sólo de Error. Una primera vez [en el juicio particular] y luego otra haré esto [en el Juicio universal]. ¡Ay de aquellos que entre la primera y la segunda comparecencia ante el Juez no se hayan purgado, no puedan purgarse de los venenos! La tercera categoría [los réprobos] no se purgará. Ninguna pena podría purgarla. Ha querido sólo el Error. En el Error permanezca (V1, 176).

9.3 Con respecto a los purgantes, aconseja Jesús, como escribe Valtorta:

Socorred a los hermanos que purgan. De la misma manera que he dicho que las obras de misericordia corporales os conquistan un premio en el Cielo, también he dicho que os lo conquistan las espirituales. Y en verdad os digo que el sufragio para los difuntos, para que entren en la paz, es una gran obra de misericordia, por la cual Dios os bendecirá y os estarán agradecidos los beneficiarios del sufragio. Os digo que cuando, en el día de la resurrección de la carne, estéis todos congregados ante Cristo Juez, entre aquellos a quienes bendeciré estarán los que tuvieron amor por los hermanos purgantes ofreciendo y orando por su paz (V1, 635).

9.4 Por lo demás, consigna Valtorta que en el Purgatorio existe el Limbo purgativo de los gentiles, de los que no conocieron o no pudieron conocer la fe verdadera. Allá se purgan todos aquellos que, antes y después de la Redención, «vivieron con justicia en otras religiones y que no pudieron entrar en la Fe verdadera [el cristianismo] después de conocerla como existente y efectivamente real» (V1, 444). Este Limbo purgativo difiere del Limbo nopurgativo de los justos de Israel —entre ellos los patriarcas y profetas—, cuya espera «cesará con la entrada en el Cielo siguiendo al Redentor» (V1, 223). El Limbo no purgativo, verificada la Redención, fue clausurado.

Es creíble que el Limbo purgativo, por grados, acogería tanto a los justos como a aquellos que no fueron santos ni réprobos. Inclusive a los niños no bautizados, cuya situación no es de pena ni de gozo, según Je-

sús, de modo que la purga en ellos, por el hecho de tener solo el pecado original, sería suave:

No se puede pensar que Dios, la Caridad perfecta que ha creado todas las almas y las ha predestinado para la Gracia, excluya de su Reino a los que, no por causa propia, no han recibido el Bautismo. ¿Qué culpa han cometido? ¿Acaso quisieron nacer en lugares no católicos por su propia voluntad? ¿Acaso los recién nacidos, que murieron al nacer, tienen la responsabilidad de no haber sido bautizados? ¿Dios puede ensañarse con todos estos que no son "iglesia" en el sentido estricto de la palabra, pero que lo son porque el alma la han recibido de Dios y porque murieron siendo aún inocentes, ya que murieron al nacer, o porque vivieron como justos por la propia tendencia natural a practicar el bien y honrar de ese modo al Bien supremo, el Bien cuya existencia estaba testimoniada por todo lo que estaba en ellos y en torno a ellos? No, no puede hacerlo. Y lo prueba el juicio inexorable y sumamente severo que tiene Dios para con los que suprimen una vida, así sea embrionaria o apenas venida a luz, impidiéndole recibir el Sacramento [del Bautismo] que quita la Culpa original. ¿Por qué habría de usar tanto rigor si no debido al hecho de que, por siglos y milenios, esas almas de inocentes son separadas de Dios y permanecen en un estado que, si no es de pena, tampoco es de gozo? ¿Se puede pensar que el Sumamente Bueno, que ha predestinado a todos los hombres para la Gracia, prive de ella a los que, no por su espontánea determinación, no son católicos? (V2, septiembre-noviembre de 1950).

Con respecto al destino ultraterreno de los gentiles, Jesús les contesta a los discípulos:

Vosotros quizás decís: «Pero entonces, ¿qué justicia hay en el hecho de ser de la religión verdadera, si al final del mundo vamos a ser tratados de la misma manera que los gentiles?» Os respondo: la misma justicia que hay —y es justicia verdadera— para aquellos que aun siendo de la religión santa no serán bienaventurados por no haber vivido como santos. Un pagano virtuoso, por el solo hecho de haber vivido con virtud escogida, convencido de que su religión era buena, tendrá al final el Cielo. ¿Pero cuándo? Cuando llegue el fin del mundo, cuando de las cuatro moradas [Paraíso, Purgatorio, Limbo e Infierno] de los que han muerto queden sólo dos: el Paraíso y el Infierno. Porque la Justicia en ese momento deberá conservar y dar estos dos reinos eternos, respectivamente, a quien del árbol del libre albedrío escogió los frutos buenos y a quien quiso los malos.

¡Pero, cuánta espera antes de que un pagano virtuoso llegue a ese premio!... ¿No consideraréis esto? Y esa espera, especialmente desde el momento en que la Redención, con todos los consiguientes prodigios, se verifique, y el Evangelio sea predicado en el mundo, será la purgación de las almas que vivieron con justicia en otras religiones y que no pudieron entrar en la Fe verdadera después de conocerla como existente y efectivamente real. Para ellos el Limbo durante siglos y siglos, hasta el fin del mundo. Para los creyentes que creen en el Dios verdadero y que no supieron ser heroicamente santos, el largo Purgatorio (y para algunos podrá terminar en el fin del mundo). Pero, después de la expiación y la espera, todos los buenos, cualquiera que fuere su procedencia, estarán a la derecha de Dios; los malos, cualquiera que fuere su procedencia, a la izquierda, y luego en el Infierno horrendo; mientras que el Salvador entrará con los buenos en el Reino eterno (V1, 444).

Expone allí cuatro moradas, pero hay básicamente tres. Le escucha Valtorta a Jesús:

Las almas, separadas de los cuerpos, tienen tres moradas. Y las tendrán hasta que no queden más que dos, después del Juicio que no errará. Los bienaventurados gozan inmediatamente del eterno reposo. Los purgantes [del Purgatorio y del Limbo] activamente cumplen su expiación pensando en la hora de la liberación en Dios. Los condenados se agitan en la rabia del bien perdido. No, que tanto menos reposo encuentran en su terrible tortura, cuanto más impíos han sido (V2, 7 de agosto de 1943).

Después de la Crucifixión, Jesús descendió a rescatar muchas almas:

Cuando, en el exceso de mi gozo tras la consumación del Sacrificio, pude abrir a los justos el Limbo y extraer muchísimos espíritus del Purgatorio, me estremecí de horror contemplando en mi mente que sólo para el lugar de la condena no había redención ni variaciones en el horror. Mas no entré en ese lugar. *No era justo ni útil hacerlo.*

¿Os sorprende que haya quitado muchas almas también del Purgatorio? Considerad cuánto habrá significado para las almas del Purgatorio el real Sacrificio del Cordero divino, si ya una Santa Misa puede liberar un alma en pena y sirve siempre para abreviar y endulzar la expiación. Yo, que soy Sacerdote y Víctima, les apliqué mis méritos y mi Sangre y Ésta blanqueó las estolas que el blanco fuego de la caridad purgativa aún no había vuelto completamente candidas (V2, 31 de enero de 1947).

Añadamos esta cita de Valtorta, relativa al asunto del destino ultraterreno. Habla Jesús:

No digáis: «Cuando muera, todo se habrá acabado». No. Entonces todo empezará. La otra vida no es el abismo sin pensamiento ni recuerdo

del pasado vivido y sin aspiración a Dios que vosotros creéis que será el tiempo de espera de la liberación del Redentor. La otra vida es espera dichosa para los justos, espera paciente para los purgantes, espera horrenda para los réprobos: para los primeros, en el Limbo; para los segundos, en el Purgatorio; para los últimos, en el Infierno. La espera de los primeros cesará con la entrada en el Cielo siguiendo al Redentor; la de los segundos, una vez cumplida aquella hora, se verá más confortada de esperanza; mas los terceros verán lóbreguecer su terrible certeza de maldición eterna (V1, 223).

9.5 En cuanto al pecador impenitente, su cuerpo resucitado no llegará a ser glorioso, sino que será como era en su vida pecadora, pero horrible por el alma demoniaca. Por gozar y abusar diciendo: «Más adelante me arrepentiré», advierte Jesús:

En verdad os digo que no tendrá tiempo de hacerlo y será condenado a estar eternamente en el lugar del tremendo horror donde sólo hay blasfemia y llanto y tortura, y saldrá de él sólo para el Juicio final, cuando se revestirá de la carne resucitada para presentarse completo al Juicio último, como completo pecó en el tiempo de la vida terrena, y con cuerpo y alma se presentará ante el Juez Jesús, a quien no quiso por Salvador (V1, 596).

El cuerpo glorioso no estará sometido a las leyes actuales:

La otra vida será muy distinta de ésta [responde Jesús a los saduceos en el Templo de Jerusalén], y en el Reino eterno no existirán las necesidades de la carne como en éste. Porque, en verdad, después del Juicio fi-

nal, la carne resucitará y se reunirá con el alma inmortal y formará un todo nuevo —vivo como, y mejor, como lo están mi cuerpo y el vuestro ahora—, pero no sujeto ya a las leyes, y, sobre todo, a los estímulos y abusos ahora vigentes (V1, 594).

Escribe San Pablo: «El primer hombre, sacado de la tierra, es terreno; el segundo hombre es del cielo. Como el hombre terreno, así son los hombres terrenos; como el celestial, así son los celestiales. Y como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del hombre celestial» (1 Cor 15, 47-49). Jesús «transformará nuestro cuerpo vil en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene para someter a su dominio todas las cosas» (Flp 3, 21). Y San Agustín: «De hecho, nuestra carne recibirá una nueva creación por la incorruptibilidad, lo mismo que nuestra alma la recibe por la fe» (1972, lib. 20, cap. 5, § 3).

Acerca del contraste entre el cuerpo glorioso y el cuerpo réprobo, leemos lo que le dice Jesús a Valtorta:

El hombre, privado de la Gracia por obra de la culpa, es sólo el sepulcro donde se pudre el espíritu muerto. He aquí por qué, aunque todos los seres humanos tienen una imagen física común, cuando se cumpla la resurrección de la carne serán sumamente diferentes entre sí. Los bienaventurados tendrán un aspecto semidivino, los condenados mostrarán un aspecto demoníaco. Entonces se traslucirá al exterior el misterio de las conciencias. ¡Qué terrible cognición! (V2, 14 de julio de 1944).

9.6 Ahora bien, la sentencia tácita del Juicio final sería la separación definitiva entre las ovejas y las cabras: «Y Él separará a unos hombres

de otros poniendo en una parte a los buenos y en la otra a los malos, como un pastor separa ovejas y cabritos [dice Jesús], y pondrá a sus ovejas a la derecha y a los cabros a la izquierda» (V1, 596). La sentencia expresa, por su parte, sería el discurso:

Y dirá, con dulce voz y benigno aspecto, a aquellos que, pacíficos y hermosos, con la belleza gloriosa de su cuerpo santo esplendoroso, lo mirarán con todo el amor de su corazón: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde el origen del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, anduve peregrino y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, prisionero y vinisteis a consolarme».

Y los justos le preguntarán: «¿Pero cuándo, Señor, te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te recibimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo y prisionero y fuimos a visitarte?» Y el Rey de los reyes les dirá: «En verdad os digo que cuando hicisteis una de estas cosas con uno de éstos, los más pequeños de mis hermanos, lo hicisteis conmigo».

Y luego se volverá hacia los que estén a su izquierda y les dirá, con rostro severo —sus miradas serán como saetas fulminadoras para los réprobos y en su voz resonará como un trueno la ira de Dios—: «¡Fuera de aquí! ¡Lejos de mí, malditos! ¡Al fuego eterno preparado por el furor de Dios para el demonio y los ángeles tenebrosos, y para los que de ellos han escuchado las voces de libidine triple y obscena! Yo tuve hambre y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber; estuve desnudo y no me vestisteis, fui peregrino y me rechazasteis, estuve enfermo y encarcelado y no me visitasteis. Porque teníais una sola ley: el placer de vuestro yo».

Y ellos le dirán: «¿Cuándo te vimos hambriento, sediento, desnudo, peregrino, enfermo, prisionero? En verdad, no te conocimos; no vivíamos cuando estabas en la Tierra».

Y Él les responderá: «Es verdad. No me conocisteis. Porque no vivíais cuando Yo estaba en la Tierra. Pero conocisteis mi palabra y tuvisteis a pobres entre vosotros, a hambrientos, a sedientos, a desnudos, enfermos, prisioneros. ¿Por qué no les hicisteis a ellos lo que quizás me hubierais hecho a mí? Porque, ciertamente, no se puede decir que los que me tuvieron fueran misericordiosos con el Hijo del hombre. ¿No sabéis que en mis hermanos estoy Yo, y que donde haya uno de ellos que sufra allí estoy Yo, y que lo que no hicisteis con uno de estos hermanos menores míos me lo negasteis a mí, Primogénito de los hombres? Id y arded en vuestro egoísmo. Id y os envuelvan las tinieblas y el hielo, porque tinieblas y hielo fuisteis, a pesar de saber dónde estaban la Luz y el Fuego de Amor» (V1, 596).

Comenta Jesús:

flanqueando al Juez, que soy Yo, estarán mis cuatro Evangelistas. Consumieron su propio ser para llevar a los corazones la ley de la Caridad y prosiguieron su obra más allá de la muerte a través de sus Evangelios, por los que tiene vida el mundo, ya que conocer a Cristo es albergar en sí la Vida. Por eso es justo que Juan, Lucas, Mateo y Marcos estén conmigo cuando seáis juzgados *por haber o por no haber vivido el Evangelio* (V2, 31 de enero de 1944).

Estos cuatro Evangelistas, junto con los demás santos, fueron ciertamente *vencedores* (cf. *Ap 3, 21*; cf. también *Lc 22, 28-30*) y habrán gozado de la resurrección corporal gloriosa con la Parusía. Cabe mencionar

que, en el Apocalipsis, Marcos es el Primer Viviente: el león; Lucas, el Segundo Viviente: el buey; Mateo, el Tercer Viviente: el hombre; y Juan, el Cuarto Viviente: el águila (cf. V2, septiembre-noviembre de 1950; cf. *Ap* 4, 6-7). Finalmente, dice Jesús:

ya no existirá la Tierra ni hombres de carne. Existirán solamente “hijos de Dios”, criaturas libres de todo dolor, y ya no existirá el pecado, y ya no habrá más tinieblas ni temor. Habrá sólo júbilo, júbilo, un inmenso y eterno júbilo, como los hombres no pueden concebir. Será el júbilo de ver a Dios, de poseerle, de comprender su pensamiento y su amor (V2, 25 de enero de 1944).

Es la Jerusalén celeste.

9.7 Quisiera, por último, citar cómo puede ser el escenario de la resurrección universal para la culminación del Juicio final, iniciado con la Parusía. Giovanni Papini y María Valtorta, italianos y contemporáneos, que nunca se conocieron, pero que quizás estuvieron espiritualmente unidos en la misión de *evangelizar* —recordemos la célebre *Historia de Cristo* de Papini, obra publicada en 1921, tras la Primera Guerra Mundial—, concuerdan en asombrosas similitudes al respecto. Ambos autores, desde la década de 1940, casi de manera simultánea, se identifican en la descripción de la ausencia de luz astral diurna y nocturna, aunque persista una luz singular, que parece la misma del primer día de la Creación, antes de la formación de los astros en el cuarto día (cf. *Gn* 1, 3-5), y coinciden en la noción de desierto. El uno dice: «No hay sol, ni luna, ni estrellas», y la otra, como un eco: «No hay estrellas, ni luna, ni sol».

Papini, en el prólogo del *Juicio universal*, titulado «Nuevo cielo, nueva tierra», así pinta el lugar de los resucitados:

Sobre la nueva tierra, bajo el nuevo cielo, el Juicio ha comenzado. El nuevo cielo está desierto. No hay sol, ni luna, ni estrellas. La luz no desciende ya desde la altura, sino que sube desde la tierra para iluminar con igual esplendor el desolado giro. Luz inmóvil, inmutable, vespéral, no engendrada por rayos ni amenazada por tinieblas, sin caída de sombras ni estallidos fulgurantes. La luz abstracta, opaca, muda, sin color ni calor; luz de un crepúsculo que no tendrá fin.

Desaparecieron los astros y ha terminado, por ello, el alterno sucederse de los días y las noches. El tiempo ya no es mensurable; se ha dispersado de nuevo en la eternidad. El Juicio ha comenzado. Quizá hace una hora, quizá hace siglos.

La nueva tierra es una ilimitada llanura que dulce y uniformemente desciende hacia la remota línea del horizonte. Ni un hilo de hierba ni un árbol nace en ella. Parece un desierto de ceniza petrificada y luminosa.

No presenta vaguadas ni realces, menos en el fondo, en la línea del cielo, donde surge una inmensa exedra hecha de rellanos elevados, en forma de túmulos, altos y negros. En medio de cada meseta se alza una gran figura, radiante, cubierta de rojo vivo. Parecen, desde lejos, numerosos estandartes ensangrentados, fijos sobre las explanadas de una sobrenatural fortaleza.

Son los Ángeles acusadores, que interrogan y escuchan a los resucitados antes que Dios los salve o los condene.

Delante de cada Ángel, un ejército inmenso de Resucitados. Multitudes paralelas, atestadas en cada explanada, una separada de la otra por un surco de tierra luciente.

No se advierte dónde acaban los infinitos ejércitos. Ninguno de los reos habla, pero el inhumano silencio de aquellas inmóviles falanges de expectantes es más pavoroso que cualquier tumulto (1966, p. 27).

Leamos la representación de la italiana, que es algo más pormenorizada y dinámica, con su estilo castizo tan personal. El escenario, desértico, es nuestra misma tierra, afectada por el fin del mundo y castigada con el fuego de la Parusía, pero bajo un cielo diferente, pues no hay astros.

Veo una inmensa extensión de tierra; podría llamarla mar, porque no tiene confines. La defino "tierra" porque hay tierra como en los campos y en los caminos. Pero no existe un árbol, una rama, una brizna de hierba. Sólo hay polvo, polvo y más polvo. Todo esto lo veo a una luz que no es luz. Se trata de un resplandor apenas definido, lívido, con un matiz verde-violáceo como se advierte cuando se desata un fortísimo temporal o se produce un eclipse total. Es *una luz*, que da miedo, *como de astros apagados*. Eso es: no hay astros en el cielo. No hay estrellas, ni luna, ni sol. El cielo está vacío y así también la Tierra. El uno está despojado de sus flores de luz; la otra, de su vida vegetal y animal. Son dos inmensos despojos de lo que ya ha sido.

Tengo todo el tiempo para contemplar esta desolada visión de la muerte del universo que creo será semejante a la de su primer instante, cuando ya existían el cielo y la Tierra pero en el primero no había astros y la segunda estaba desprovista de vida; cuando era un globo solidificado pero aún deshabitado, que surcaba el espacio a la espera que el dedo del Creador le otorgara hierbas y animales (V2, 29 de enero de 1944).

Habiendo retratado a la Muerte, «un esqueleto que ríe, con sus dientes descubiertos y sus órbitas vacías, que reina en ese mundo muerto y va envuelto en su sudario como en un manto», prosigue:

En efecto, con un gesto del brazo izquierdo [la Muerte] me indica la desolada extensión sobre la que estamos de pie, ella como reina y yo como único ser viviente. Ante la tácita orden de los dedos esqueléticos de su mano izquierda y con el rítmico girar de derecha a izquierda de su cabeza, la tierra se abre en mil y una grieta y en el fondo de estos surcos oscuros veo blanquear cosas esparcidas, sin comprender qué son.

Mientras me esfuerzo en pensar qué son, la mirada y el mando imperioso de la Muerte siguen surcando, como un arado, los terrones —que van abriéndose cada vez más hasta el horizonte lejano—, hienden las olas del mar sin velas y las aguas se abren formando vórtices líquidos.

Y luego, de los surcos de tierra y de los surcos de mar surgen y se ordenan esos objetos blancos que he visto antes esparcidos y mezclados. Son millones y millones, infinitos millones de esqueletos que afloran de los océanos y que se alzan de la tierra. Son esqueletos de las más variadas estaturas, desde los minúsculos de los niños, con las manos semejantes a pequeñas arañas polvorientas, hasta los de hombres adultos, y a veces gigantescos, cuya mole hace imaginar algún ser antediluviano. Y están estupefactos, como si temblaran, semejantes a quien se despierta bruscamente de un sueño profundo y no logra comprender dónde se encuentra.

La vista de todos esos cuerpos esqueléticos, que parecen blancuzcos en medio de esa “no luz” apocalíptica, es tremenda.

Luego, en torno a esos esqueletos va condensándose lentamente como una cerrazón, una niebla que surge del suelo agrietado, de los mares hendidos, y toma forma y opacidad, se hace carne, se transforma en un

cuerpo semejante al nuestro de seres vivos; en las órbitas vuelven a formarse los ojos y brillan los matizados iris, los pómulos se cubren formando las mejillas, sobre las mandíbulas descubiertas se extienden las encías y los labios vuelven a delinear y los cráneos se pueblan de cabellos y los brazos vuelven a ser torneados y los dedos ágiles y todo el cuerpo es ya un cuerpo vivo, igual que el nuestro (V2, 29 de enero de 1944).

«El mar entregó los muertos que había en él, la muerte y el hades entregaron los muertos que había en ellos» (Ap 20, 13). El Mar, esto es, el mundo caído, el orbe terráqueo anegado sobre el que ya no estará navegando la Iglesia para la pesca salvadora, lo que no sucedería *durante* la Parusía, sino *después*, cuando resuciten corporalmente todos los réprobos que murieron en la tierra y fueron ceniza, para la consumación del Juicio final. Luego del Juicio final, «el mar ya no existe» (Ap 21, 1): «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron» (Ap 21, 1). El fin del mundo se habrá completado. Desde entonces, los réprobos habrán sido expulsados al Infierno, en tanto que los bienaventurados, que conforman la Iglesia triunfante, aguardarán el descenso de la Jerusalén celeste: «Vi también la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de parte de Dios» (Ap 21, 2). Destruídos el sol, la luna y las estrellas, aquellas «lumbreras en el firmamento del cielo para separar el día de la noche» (Gn 1, 14), que fueron hechas en el cuarto día de la Creación, en la Jerusalén celeste «no habrá noche: no tienen [los bienaventurados] necesidad de luz de lámparas ni de la luz del sol, porque el Señor Dios alumbrará sobre ellos y reinarán por los siglos de los siglos» (Ap 22, 5).

Le comenta Jesús a Valtorta:

Es por eso que has visto la Tierra sin prados ni árboles, ni animales, ni hombres, ni vida y los océanos sin velas, como una llanura de aguas inmóviles, porque el movimiento ya no les será necesario para dar la vida a los peces, así como a la tierra no le necesitará el calor para dar la vida a las mieses y a los hombres. Es por eso que has visto el firmamento vacío de luces, sin sus fuegos y sus resplandores. La luz y el calor no le harán falta más a la Tierra, que será ya como un enorme cadáver que en sí encierra los cadáveres de todos los seres vivientes, desde Adán hasta el último hijo de Adán.

La Muerte, mi última servidora en la Tierra, cumplirá su última tarea y luego también ella cesará de existir. Ya no habrá Muerte. Habrá tan sólo Vida eterna. Habrá Vida en la beatitud o en el horror. Habrá Vida en Dios o vida en Satanás para vuestro *yo*, que se habrá vuelto a componer en cuerpo y alma (V2, 29 de enero de 1944).

9.8 La Tierra muerta «encierra los cadáveres de todos los seres vivos, desde Adán hasta el último hijo de Adán», excepto a Jesús mismo y la Virgen, como también, plausiblemente, a los elegidos de la Parusía. Entonces Jesús, desde la Parusía y culminado el Juicio final, habrá puesto a todos los enemigos bajo sus pies, expulsado a los réprobos al Infierno, junto con Satanás y los demonios, y entregado el Reino, la Jerusalén celeste, los rescatados con su Sangre, a Dios Padre.

Escribe San Pablo:

Porque como por un hombre vino la muerte, también por un hombre la resurrección de los muertos. Y así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su orden debido: como primer fruto, Cristo; luego, con su venida, los que son de Cristo. Después llegará el fin, cuando entregue el Reino a Dios Padre,

cuando haya aniquilado todo principado, toda potestad y poder. Pues es necesario que él reine, *hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies*. Como último enemigo será destruida la muerte (1 Cor 15, 21-26).

San Pablo, en primer lugar, habla del orden de la resurrección gloriosa, la transformación de un cuerpo en feliz e incorruptible. A Cristo le corresponde el primer puesto, el «primer fruto»: es el primero que así resucitó, el «primogénito de los muertos» (Ap 1, 5); luego les corresponde, en virtud del poder vivificante de Cristo, a aquellos santos cristianos durante la Parusía. Y el Señor reina con la Iglesia militante hasta el Juicio final.

En segundo lugar, refiere San Pablo «el fin», esto es, la culminación del Juicio final, cuando «todo principado, toda potestad y poder» habrá sido suprimido. Cristo «ofreció un solo sacrificio por los pecados y se sentó para siempre a la diestra de Dios, y sólo le queda esperar que sus enemigos le sean puestos como estrado de sus pies» (Heb 10, 12-13). Se presume que solo le queda esperar la iniciación de la Parusía y la terminación del Juicio final. «Como último enemigo será destruida la muerte», lo que es relacionable con este pasaje: «Entonces la muerte y el hades fueron arrojados al estanque de fuego. Ésta es la muerte segunda» (Ap 20, 14).

Entonces, en la Jerusalén celeste, el Reino de su Padre, cuando haya dicho: «Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5), podrá Jesús beber el vino nuevo con sus amigos, habiendo esperado desde la Última Cena: «Os aseguro que desde ahora no beberé de ese fruto de la vida hasta aquel día en que lo beba con vosotros de nuevo, en el Reino de mi Padre» (Mt 26, 29).

10. La Jerusalén celeste

10.1 «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Vi también la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de parte de Dios, ataviada como una novia que se engalana para su esposo» (Ap 21, 1-2). El Mar simboliza el que fuera el reino de los muertos del Leviatán: «ya no existe» porque Satanás habrá sido expulsado para siempre al lago de fuego.

10.2 Después de todo, una pregunta digresiva puede plantearse: ¿era necesario que sufriera tanto la humanidad a causa de la serpiente antigua? Revela Jesús sobre Lucifer: «el Mal existe. Existió desde el momento en que Lucifer se levantó contra Dios» (V2, 7 de julio de 1943). «¿No creéis que el primero que deseó lo ajeno fue Lucifer? Era el más hermoso de los arcángeles. Gozaba de Dios. Debería haberse sentido contento de ello. Envidió a Dios y quiso ser él Dios y vino a ser el demonio, el primer demonio» (V1, 131). «Lucifer quiso juzgar un pensamiento de Dios, y lo definió como errado, y quiso ocupar el lugar de Dios, creyéndose más justo que Él. Y ya sabes, Simón [Pedro], lo que consiguió Lucifer; y ya sabes que todo el dolor que padecemos ha venido por aquella soberbia...» (V1, 448).

Lucifer era un ángel, era el más bello de todos. Era un espíritu perfecto, inferior solamente a Dios [en cuanto a la naturaleza, no a la gracia]. Y, sin embargo, en su ser luminoso nació un vaho de soberbia, *que él no disipó; que, por el contrario, condensó al incubarlo. Y, de esta incuba-*

ción, nació el Mal. El Mal ya existía antes que el hombre. Dios había arrojado fuera del Paraíso a este maldito Incubador del Mal, a este truhán que enlodaba el Paraíso. Pero, aun así, siguió siendo el eterno Incubador del Mal y, al no poder enlodar el Paraíso, enlodó la Tierra [cf. Isaías 14, 9-21] (V2, 5 de marzo de 1944).

Además, dice Jesús: «Lucifer —y era el hermoso entre los más hermosos creados por Mí—, desde el abismo en el que había caído, feo para siempre tras la blasfemia dirigida a su Creador, estuvo sediento de venganza» (V2, 7 de junio de 1943). Incluso habría llegado a ser, si no hubiera caído, una especie de Gabriel:

El nombre primitivo era Lucifer, que en el concepto de Dios quería decir «alférez o portador de la luz», o sea, de Dios, porque Dios es Luz. Era el espejo puro que reflejaba la insostenible Belleza y, por eso, ocupaba el segundo lugar por belleza en todo lo creado. En las misiones hacia los hombres, habría sido el ejecutor de la voluntad de Dios, el mensajero de los decretos de bondad que el Creador iba a mandar a sus hijos bienaventurados exentos de culpa, para elevarles cada vez más hacia su semejanza. Este portador de la luz, por medio de los rayos de la luz divina que llevaba, habría hablado a los hombres y los hombres, dado que estaban libres de culpa, habrían comprendido esos destellos de armónicas palabras, hechas solamente de amor y gozo (V2, 29 de diciembre de 1945).

Sin embargo, por su soberbia se deformó:

Dios le envolvía con su luz y se deleitaba con el esplendor de su arcángel y, por eso, al verse en Dios, en sí mismo, en sus compañeros, y dado que los ángeles le veneraban por ser el espejo más perfecto de Dios, terminó por tener admiración hacia sí mismo. Debía admirar solamente a Dios [...] Lucifer atrajo a sí la soberbia. La cultivó, la amplió. Hizo de ella un arma, una seducción. Pretendió más de lo que tenía. Él, que ya poseía tanto, lo quiso todo. Sedujo a los menos pródigos de sus compañeros. Les apartó de la contemplación de Dios como Belleza suprema. Dado que conocía las futuras maravillas de Dios, quiso estar él en el lugar de Dios. Su mente turbada ya le hizo verse a la cabeza de los hombres futuros, adorado como potencia suprema (V2, 29 de diciembre de 1945).

De esta forma, se convirtió en Satán: «En verdad te digo que el nombre de Satán proviene directamente de Dios [explica Jesús a Valtorta] y es una de las primeras revelaciones que Dios hizo al espíritu de un pobre hijo suyo [Caín] que vagaba por la Tierra» (V2, 29 de diciembre de 1945). Consideradas cada una de sus letras, significa el Soberbio, el Ateo, el Tentador, el Anticaritativo, el Negador. En suma, el Contrario de Dios. «Todos los espíritus tenebrosos pueden llamarse "demonio, diablo, belcebú" [sigue explicando Jesús]. Pero sólo Satán es "su" nombre» (V2, 29 de diciembre de 1945). De estas y muchas otras citas que se pueden recoger de Valtorta, se colige que Lucifer es el mismo Satanás.

10.3 A fin de responder la pregunta de arriba: ¿era necesario que sufriera tanto la humanidad a causa de Satanás?, leamos esta prédica de Jesús:

—En las obras de Dios nada se hace sin un fin bueno. Recordadlo siempre. Meditad sobre esta verdad.

Jesús se detiene un momento. Fija su mirada en un judío que está cabizbajo, y dice:

—Tú, que estás pensando así, tú que llevas túnica de color de oliva madura, te estás preguntando si también Satanás tiene un fin bueno. No seas necio poniéndote en contra de mí y buscando el error en mis palabras. Te respondo que Satanás no es obra de Dios, sino de la libre voluntad del ángel rebelde. Dios lo había hecho ministro suyo glorioso, y, por tanto, lo había creado con buen fin. Mira, ahora tú, hablando con tu yo, dices: «Entonces Dios es insipiente, porque había donado la gloria a un futuro rebelde y confiado sus deseos a un desobediente». Te respondo: «Dios no es insipiente, sino perfecto en sus acciones y pensamientos. Es el Perfectísimo. Las criaturas, incluso las más perfectas, son imperfectas. Siempre en ellas hay un punto de inferioridad respecto a Dios. Pero Dios, que las ama, ha concedido a las criaturas la libertad de arbitrio, para que a través de ella la criatura se complete en las virtudes y se haga, por tanto, más semejante a su Dios y Padre». Y te digo más, a ti, escarnecedor y astuto buscador del pecado en mis palabras: que del Mal, que se forma voluntariamente, Dios todavía saca un fin bueno: el de servir para hacer a los hombres poseedores de una gloria merecida. Las victorias sobre el Mal son la corona de los elegidos. Si el Mal no pudiera suscitar una consecuencia buena para los que quieren con buena voluntad, Dios lo habría destruido. Porque nada de lo que hay en la Creación debe estar totalmente privado de incentivo o consecuencia buenos (V1, 537).

Leamos también esta otra prédica:

Si el hombre no debiera trabajar con sus propias manos para hacerse rico, para construirse un futuro eterno de prosperidad sobrenatural [instruye Jesús]; si hubiese tenido que recibir todo de Dios, ¿qué mérito tendría por restaurarse de nuevo en santidad, después de que Lucifer corrompió la santidad inicial, dada gratuitamente por Dios a los primeros hombres? Mucho es ya el que Dios conceda a las criaturas caídas por la herencia de la culpa merecer el premio y ser santas, volviendo, por voluntad propia, a aquella naturaleza inicial de criaturas perfectas que el Creador había dado a Adán y Eva, y a sus descendientes si sus progenitores se hubieran conservado inmunes de la culpa original. El hombre caído debe volver a ser hombre elegido, por su libre voluntad (V1, 428).

Una verdad «es la culpa de Adán, ya prevista en su divina consecuencia por Lucifer, que se convirtió en Satán para no adorarme a Mí, Jesucristo, Hijo de Dios, Redentor del Hombre, Adversario y Vencedor de Satán» (V2, 4 de noviembre de 1947). La Creación de Adán y Eva, bajo el influjo del Amor, estaba preconcebida incluso antes de la Creación de los ángeles. Por lo visto, Lucifer no aceptó la noticia de la futura Encarnación: quería usurpar el puesto del Verbo, para ser adorado por las multitudes. Así que se decidió a la rebelión y la ruptura. Durante la Parusía, Jesús lo expulsará al lago de fuego para siempre: «Aquel día castigará el Señor con su espada dura, grande y fuerte, a Leviatán, serpiente huidiza, a Leviatán, serpiente tortuosa» (V2, 30 de julio de 1943). Tal vez sea propiamente el arcángel San Miguel quien, con el poder de Dios, lo precipite allí, como recuerda el exorcismo de León XIII. Este Papa, por lo demás, mientras celebraba Misa en 1888, tuvo un éxtasis, en que, pareciendo reflejar la quinta trompeta del Apocalipsis, vio «el mundo envuelto por las tinieblas y un abismo abierto del cual salía una legión de diablos, que se esparcían por el globo con el fin de combatir y des-

truir a la Iglesia. Entonces, apareció San Miguel y venció de nuevo a Satanás» (Delassus, 1910, p. 879, n. 1).

Aclara Jesús: «Nada hay inútil. Incluso el error, para quien tiende al Bien, es medio para el Bien» (V2, septiembre-noviembre de 1950). «Dios no hace obras inútiles y completamente nocivas. El mismo veneno de la serpiente es útil y tiene su razón de ser» (V2, septiembre-noviembre de 1950).

Ciertamente, «si el Mal no pudiera suscitar una consecuencia buena para los que quieren con buena voluntad, Dios lo habría destruido». Esta sería la razón de por qué no ha aniquilado al autor de tanto mal: Satanás. Si lo aniquilara, no sería justo, como no lo sería si los hombres impíos se extinguieran tan campantes como si no hubieran hecho nada infernal o pudiesen al par que las víctimas y los santos ganar el premio del Paraíso.

El Poema de Valtorta, dicho sea de paso, posee unos diálogos tan profundos y luminosos como diamantes. La siguiente discusión resalta la crítica de dos personajes, un esenio y un escriba, sobre el Mal en la Creación de Dios:

Una voz se alza del grupo de los esenios:

—El hombre no es libre para elegir. Está obligado a seguir un destino. Y no se diga que éste está distribuido sin sabiduría. Es lo contrario: la Mente perfecta ha establecido, como propio designio perfecto, el número de los que serán dignos de los Cielos. Los otros inútilmente se esfuerzan en serlo. Así es. No puede ser de otra forma. De la misma manera que uno, saliendo de casa, puede encontrar la muerte a causa de una piedra desprendida de la cornisa, y otro, en el corazón de una batalla, se puede salvar hasta de la más pequeña herida, igualmente el que quiere salvar-

se, pero no está escrito que se haya de salvar, lo único que hará será pecar incluso sin saberlo, porque su condenación está ya de-signada.

—No, hombre. No es así [replica Jesús]. Y cambia de idea. Pensando así haces una grave injuria al Señor.

—¿Por qué? Demuéstramelo y me enmendaré.

—Porque tú, diciendo esto, admites mentalmente que Dios es injusto hacia sus criaturas. Él las ha creado de igual modo y con un mismo amor. Él es un Padre. Perfecto en su paternidad, como en todas las cosas. ¿Cómo puede entonces hacer distinciones y maldecir a un hombre cuando es concebido y es un inocente embrión, maldecirlo desde cuando es incapaz de pecar?

—Para resarcirse de la ofensa recibida del hombre.

—No. ¡Dios no se resarce así! No se conformaría con un mísero sacrificio como éste, de un injusto y forzado sacrificio. La culpa contra Dios sólo la puede quitar el Dios hecho Hombre. Él será el Expiador. No éste o aquel hombre. ¡Ojalá hubiera sido posible que Yo tuviera que quitar sólo la culpa original! ¡Que la Tierra no hubiera tenido ningún Caín, ningún Lámek, ningún pervertido sodomita, ningún homicida, ladrón, fornicador, adúltero, blasfemo, ninguno sin amor a sus padres, ningún perjuro, y así sucesivamente! Mas, de cada uno de estos pecados el pecador, y no Dios, es culpable y autor. Dios ha dejado libertad a sus hijos de elegir el Bien o el Mal.

—¡No hizo bien! —grita un escriba—. ¡Nos ha tentado sobremodo! Sabiendo que éramos débiles, ignorantes, gente corrompida, nos puso en la tentación. Ello es o imprudencia o maldad. Tú que eres justo deberás convenir en que digo una verdad.

—Dices una mentira para tentarme. Dios había dado a Adán y Eva todos los consejos. ¿Y de qué sirvió?

—Hizo mal también entonces. No debía haber puesto el árbol, la tentación, en el Jardín.

—¿Y entonces dónde está el mérito del hombre?

—Hubiera prescindido del mérito. Hubiera vivido sin mérito propio, sólo por mérito de Dios.

—Te quieren tentar, Maestro. Deja a esas serpientes. Escúchanos a nosotros, que vivimos en continencia y meditación —grita de nuevo el esenio (V1, 381).

Vivir «sin mérito propio, sólo por mérito de Dios», como acusa el escriba —cuya voz acaso delate la pereza de obedecer la Ley—, ¿no sería negar la libertad del hombre y convertirlo en una marioneta? Ni siquiera sería mérito de Dios premiarle con la bienaventuranza sin haberle respetado la libertad. Ni siquiera sería justo, pues no tendría sentido la justicia.

La caída de Adán y Eva costó la muerte, como también, para salvar a la humanidad, la Redención, que solo Jesús llevó a cabo, devolviéndonos la gracia: la posibilidad de entrar al Paraíso. El daño ocasionado a la humanidad por los desobedientes Adán y Eva se reparó, pues, con el Sacrificio de la Pasión de Cristo, que, siendo Dios y hombre juntamente, obedeció al Padre hasta el extremo de la Crucifixión. Por esto Jesús es el Mesías, el único que podía ser el Redentor. Narra Él a sus Apóstoles:

Remontemos juntos el curso de los siglos, hasta más allá de los límites del tiempo. Vosotros sabéis quién fue el que dañó el espíritu del hombre. Satanás, la Serpiente, el Adversario, el Enemigo, el Odio. Llamadlo como queráis. Pero ¿por qué lo dañó? Por una gran envidia: la de ver al hombre destinado al Cielo del que él había sido expulsado. Deseó para el

hombre el mismo destierro que había recibido. ¿Por qué había sido expulsado? Por haberse rebelado contra Dios. Esto lo sabéis. ¿Pero en qué? En la obediencia. En el principio del dolor hay una desobediencia. Y entonces, ¿no es también necesariamente lógico que lo que restablezca el orden, que es siempre alegría, sea una obediencia perfecta? Obedecer es difícil, especialmente si se trata de una materia grave. Lo difícil produce dolor a aquel que lo lleva a cabo. Pensad, pues, si Yo, al que el Amor solicitó si quería devolver la alegría a los hijos de Dios, no tendré que sufrir infinitamente, para llevar a cabo la obediencia al Pensamiento de Dios. Yo, pues, debo sufrir para vencer, para borrar no uno o mil pecados, sino el propio Pecado por excelencia que, en el espíritu angélico de Lucifer o en el que animaba a Adán, fue y será siempre hasta el último hombre pecado de desobediencia a Dios (V1, 515).

Al respecto, conviene citar también:

Entre las muchas cosas hechas por Dios, la muerte no había sido hecha. Ni tampoco el dolor, ni el pecado, causa de muerte y dolor. Mas el Adversario las puso en la Creación estupenda. Y así, para el hombre, perfección de lo Creado, que se había dejado corromper por el Enemigo, por el Odio, vino la muerte: primero, la muerte de la Gracia y luego la muerte de la carne. Y vinieron también todos los dolores y las fatigas derivadas de la muerte de la Gracia en Adán y en su compañera y en todos los descendientes de los progenitores (V2, septiembre-noviembre de 1950).

10.4 Sin embargo, en el Paraíso celeste, diferente del Paraíso terrestre donde estuvieron Adán y Eva, no podrá merodear la serpiente antigua:

He dicho que desaparecerán todas las imperfecciones. No tendrán ningún tipo de imperfecciones los habitantes de la Jerusalén celeste, llegados ya a la perfección y ya no susceptibles de caídas, porque así como en la Ciudad de Dios no pueden entrar los pecadores aún no purificados, no puede entrar ninguna cosa que pueda producir impurezas, abominación o mentira. El gran seductor, que pudo entrar en el Paraíso sensible, no podrá insinuarse en el Paraíso celeste. Lucifer, que ya precipitó del Cielo al infierno debido a su rebelión (Isaías 14, 12-15), será sepultado y reducido a la "nada" al final de los tiempos, antes de que vengan el nuevo cielo y la nueva tierra, para que jamás pueda obrar, dañar, causar dolor a los que ya hayan superado todas las pruebas y todas las purificaciones y vivan en el Señor (V2, septiembre-noviembre de 1950).

La Jerusalén celeste es el Reino de Dios en el Cielo. En suma, el «Paraíso celeste», diferente del «Paraíso sensible», que será destruido: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe» (Ap 21, 1).

10.5 Le dice Jesús a Valtorta:

Yo voy siempre derecho a la cosa que más importa y que aquí es mi reino. Porque en el reino está la justificación del haberme encarnado y haber muerto. Porque en el reino está la prueba de mi infinita potencia, bondad, sabiduría. Porque en el reino está la prueba de la vida eterna, de la resurrección de la carne, de mi poder de Juez. Por ello cuando he hablado para explicar el Apocalipsis, en los puntos concretos explicados, he puesto casi siempre como corona mi Juicio, mi triunfo, mi reino, la derrota de Satanás en sí mismo, en su criatura, en los precursores (V2, 17 de agosto de 1943).

También le dice:

Vendré, con mi Carne glorificada [la hostia consagrada], a reunir a las criaturas para la última batalla contra el Enemigo, juzgaré con mi aspecto resplandeciente de Carne glorificada a los cuerpos de los resucitados para el extremo juicio, volveré para siempre al Cielo, después de haber condenado a la muerte eterna las carnes que no quisieron hacerse espíritus; y volveré Rey fúlgido de un pueblo fúlgido en el que la obra del Padre, del Hijo, del Espíritu, será glorificada con la creación del perfecto cuerpo humano tal cual el Padre lo hizo en Adán, bello de indescriptible belleza, con la redención de la semilla de Adán por obra del Hijo, con la santificación obrada por el Espíritu (V2, 16 de agosto de 1943).

Vendrá «a reunir a las criaturas para la última batalla contra el Enemigo», es decir, vendrá como *Maestro* durante la tregua, antes de la gran tribulación. Incluso los gentiles más o menos virtuosos podrán salvarse, habiendo pasado, claro está, una larga purgación, como le habla Jesús a Valtorta:

Cuando ya no exista este mundo y haya en cambio un nuevo mundo, un nuevo cielo y estén los nuevos tabernáculos de la Jerusalén eterna y toda la creación racional alcance su glorificación con la exaltación de los Resucitados —que fueron hombres justos— a la posesión del Reino eterno de Dios [dice Jesús], también los que estuvieron unidos solamente al alma de la Iglesia tendrán su morada en el Cielo, porque serán eternos sólo el Cielo y el Infierno, y no se puede pensar que la Caridad condene al suplicio eterno a las criaturas que no lo merecen (V2, septiembre-noviembre de 1950).

Pasado el viejo mundo, adviene el nuevo mundo, como le explica Jesús:

Cristo ha testimoniado siempre acerca del Reino, de este doble Reino que es, como siempre, un solo Reino: el de Cristo-Dios en nosotros y el de nosotros en Dios y con Dios, que se convertirá en el Reino perfecto e inmutable, no ya sujeto a insidias o corrupciones, a partir del momento en que «Él, el Rey de los Reyes, venga sobre las nubes y todo ojo le vea (*Apocalipsis 1, 7*), para tomar posesión de su Reino (*Apocalipsis 19*), para vencer a todos los enemigos, para juzgar y darle a cada uno lo que cada uno mereció y transportar a los elegidos al mundo nuevo, al nuevo cielo y a la nueva tierra, a la nueva Jerusalén, donde no hay corrupción, ni llanto ni muerte (*Apocalipsis 19-21*)» (V2, septiembre-noviembre de 1950).

Y en la Jerusalén celeste se tendrá a Jesús como el Maestro de la Verdad:

Es Primero en existir y Primero en instruir; al comienzo a través de su Palabra de Sabiduría que habla a los patriarcas y a los profetas por vías sobrenaturales; luego como Maestro, a las multitudes de Palestina; más tarde aún, y nuevamente por vías sobrenaturales, a sus siervos e instrumentos vivientes en la Tierra. Y es *Último* en instruir porque en el Cielo, para los espíritus bienaventurados y luego para los resucitados, estará el Verbo, y por el Verbo, por Jesús, los ciudadanos del Cielo recibirán la última, la perfecta y completa instrucción que les hará conocer todas las verdades, hasta entonces incomprensibles por ser "misterios de la fe", acerca de los que inútilmente, intentando conocerlos, se han extenuado doctores, contempladores y místicos.

Es el Maestro eterno, el primero y el último Maestro. Será Maestro aún, cuando todas las escuelas de doctores hayan cesado de existir. Es el Maestro que colma todas las lagunas, subsistidas por milenios y siglos, acerca del conocimiento de Dios; que ilumina la profundidad del misterio, obscura desde siempre para los intelectos humanos; que anula los errores de todas las escuelas humanas (V2, septiembre-noviembre de 1950).

Sería lo que recuerda San Pablo: «La caridad nunca acaba. Las profecías desaparecerán, las lenguas cesarán, la ciencia quedará anulada. Porque ahora nuestro conocimiento es imperfecto, e imperfecta nuestra profecía. Pero cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto» (*1 Cor 13, 8-10*).

Epílogo

1. La Parusía es un dogma de fe. Si bien son discernibles los signos de los últimos tiempos, de los que se nos invita a estar atentos, el conjunto es conjetural y se percibe algo borroso. La profecía nos muestra el *qué*, no tan claramente el *cómo*. Advierte Benedicto XVI:

el profeta no es la variante israelita del adivino, como de hecho muchos lo consideraban hasta entonces y como se consideraron a sí mismos muchos presuntos profetas. Su significado es completamente diverso: no tiene el cometido de anunciar los acontecimientos de mañana o pasado mañana, poniéndose así al servicio de la curiosidad o de la necesidad de seguridad de los hombres. Nos muestra el rostro de Dios y, con ello, el camino que debemos tomar. El futuro de que se trata en sus indicaciones va mucho más allá de lo que se intenta conocer a través de los adivinos. Es la indicación del camino que lleva al auténtico "éxodo", que consiste en que en todos los avatares de la historia hay que buscar y encontrar el camino que lleva a Dios como la verdadera orientación (2007, p. 11).

El objeto principal de la profecía no es mostrar menudamente el futuro como en una bola de cristal, sino la salvación del alma: «Mira, vendré enseguida. Bienaventurado el que guarde las palabras de la profecía de este libro» (Ap 22, 7).

Se puede ser preciso para decir lo necesario, aunque sea difícil ser exacto para decir lo suficiente. Los textos de Valtorta, interpretados sin esperar traicionarlos, darían más luz sobre lo apocalíptico, de tal manera

que es posible enumerar con algún detalle la sucesión de los eventos. A continuación se propone, como algo opinable, una sinopsis cronológica. Se nos ofrece un rompecabezas que haya de armarse con verosimilitud, fidelidad y coherencia.

1. La gran apostasía
2. El Pseudoprofeta
3. El Anticristo
4. a. Los siete truenos
b. La caída de la gran Babilonia
5. La tregua
6. Los dos testigos
7. El Israel de Jesucristo
8. La caída de la gran ramera
9. La gran tribulación
10. a. La Parusía, la resurrección parcial y el arrebatamiento
b. La expulsión de Satanás y el exterminio de los anticristos
c. El fin del mundo viejo
d. El Purgatorio pendiente
11. El término del Juicio final y la resurrección universal
12. El Paraíso y el Infierno

Son distinguibles dos resurrecciones colectivas, temporalmente separadas entre sí. Con respecto al numeral 10, la resurrección *parcial* sería exclusivamente la de los santos *durante* la Parusía, de «los que son de Cristo» (1 Cor 15, 23), tanto los que murieron como los que estén viviendo en el último día de la Tierra, mientras que, según el numeral 11,

la resurrección *universal* sería *después* de la Parusía, la de los purgados y los réprobos.

En un erudito artículo, escribe Miguel Antonio Barriola: «La Escritura, en los distintos autores del Nuevo Testamento, no conoce, efectivamente, más que una resurrección corporal, tanto para los justos como para los pecadores, que tendrá lugar, precisamente, el día del juicio final [*Jn* 5, 28; 6, 54; *Mt* 25, 46; *1 Cor* 15, 51-53]» (1999, VII). Es una afirmación que descarta de entrada la posibilidad de admitir una resurrección corporal de los santos con la Parusía y previa al término del Juicio final. Si el *día* del juicio final es solo el de la Parusía, ¿es creíble que entonces resuciten todos los muertos sin excepción, tanto los bienaventurados como los réprobos? Si esto es así, habrá muerto la humanidad entera para, finalmente, efectuarse la resurrección corporal, que es única y universal. ¿Acaso no habrá hombres que estén viviendo para presenciar la Segunda venida gloriosa? Sería extraño que, entre los últimos vivos del planeta, resucitasen durante la Parusía todos los muertos sepultados, incluso los hombres prediluvianos. Sería algo terrorífico en una extensión terrena reducida: millones y millones de “muertos vivientes”. Otra cosa es imaginar cómo será el modo de la resurrección corporal gloriosa de los santos con la Parusía, cuando todavía existan grandes ciudades, pues leemos: «Hubo relámpagos, estampidos de truenos, y se produjo un gran terremoto como nunca existió desde que hay hombres sobre la tierra: itan grande fue el terremoto! La gran ciudad se partió en tres trozos, y las ciudades de las naciones se derrumbaron» (*Ap* 16, 18).

No concuerdo con la afirmación de Barriola. Dado que maneja *a priori* la restricción hermenéutica de que hay solo una resurrección corporal simultánea, tanto de los bienaventurados como de los réprobos, para el Juicio final, niega una «gradación cronológica» (1999, VII) en estos ver-

sículos de San Pablo: «Y así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su orden debido: como primer fruto, Cristo; luego, con su venida, los que son de Cristo. Después llegará el fin, cuando entregue el Reino a Dios Padre» (1 Cor 15, 22-25), y declara, amparándose en el versículo 52 de esta epístola a los corintios: «Se trata de todos: justos y réprobos, que resucitarán simultáneamente, unos para el cielo, otros para el tormento eterno» (1999, VII).

Para mí, es discutible. No hubiera omitido el versículo 51, inmediatamente anterior: «Mirad, os declaro un misterio: no todos moriremos, pero todos seremos transformados». Continúa el versículo 52, tras una coma: «en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la trompeta final; porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados». La «trompeta final» sería la séptima: la Parusía.

No todos moriremos y nosotros seremos transformados. Dado que el *nosotros* (San Pablo y los oyentes) alude a que ellos todavía *vivían*, conviene cotejar ambos textos con lo que sigue, donde también hallamos otra *gradación cronológica*:

nosotros, los que vivamos, los que quedemos hasta la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que hayan muerto; porque, cuando la voz del arcángel y la trompeta de Dios den la señal, el Señor mismo descenderá del cielo, y resucitarán en primer lugar los que murieron en Cristo; después, nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados a las nubes junto con ellos al encuentro del Señor en los aires (1 Tes 4, 15-17).

Se puede sintetizar que, después de la Resurrección de Cristo, con la Parusía resucitarán gloriosamente «los que son de Cristo», pasando el «cuerpo natural» en «cuerpo espiritual», pero entre ellos, «arrebataados a las nubes», *primero* «los que murieron en Cristo», y *segundo*, «junto con ellos», «los que vivamos», el resto fiel que quede resistiendo al Anticristo hasta la Parusía.

Suscribe la Biblia de Navarra: «Cuando llegue [Cristo en la Parusía] no tendrá ventaja el que esté vivo sobre los que ya hayan muerto, importa sólo alcanzar “en Cristo” (v. 16) el final del curso terreno». Pues está dicho: «Yo soy la Resurrección y la Vida —le dijo Jesús [a Marta]—; el que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre» (Jn 11, 25-26). Mi parecer es que los santos, aunque haya muerto su cuerpo, resucitarán gloriosamente con la Parusía.

En cuanto a los dos testigos, que serán afligidos y muertos por el Anticristo, ¿qué más puede aseverar Barriola, sino que su resurrección es *simbólica*, además de ser una *prolepsis* sobre la Jerusalén celeste (cf. 1999, VIII, 3)? Argumenta: «No se trata (con toda probabilidad) de la resurrección física de algunos individuos, sino de la capacidad de influjo sobre el desarrollo de la historia que poseen en virtud de la muerte padecida, los mártires que anuncian en el ámbito del sistema terrestre, inmanente, el mensaje de Dios y de Cristo» (1999, VIII, 3). Tampoco concuerdo con su argumento, puesto que, aunque hayan muerto los mártires en algún momento y lugar de la historia humana, considero que su resurrección gloriosa será *real* con la Parusía y que serán arrebatados con el Señor.

Sin duda, el Apóstol no decía suposiciones humanas a aquellos tesalonicenses (cf. 1 Tes 4, 13-18): allí les revelaba una «palabra del Se-

ñor» (1 Tes 4, 15). Así, ¿no es digna de fe su profecía, que entraña el dogma de fe de la Parusía? Aquí no estaba solo predicando lo que ya era común entre los cristianos: que Jesús murió y resucitó y que también los verdaderos fieles resucitarán como Él después de morir en gracia (cf. 1 Tes 4, 14). Es lo que la Iglesia recita en el Credo sobre la resurrección de los muertos. Pero en el mensaje de consolación del Apóstol, contra la tristeza de aquellos sin la esperanza de la resurrección gloriosa, hay algo adicional: un orden de la resurrección y el «arreatados a las nubes». Este detalle puede armonizar con aquella epístola a los corintios (cf. 1 Cor 15, 23 y 51-52).

¿Cuál es el verdadero significado de este *arreatados*? La finalidad prioritaria de la exégesis bíblica es el hallazgo de lo que llaman el sentido literal, evitando la interpretación literalista. Entendemos que si en un texto bíblico, sin relegar su contexto, no hay razón alguna que impida aceptar su sentido literal, que por principio es el prevalente, entonces se lo tomará como verdadero. Por ejemplo, los milagros de Jesús, su Resurrección, su Ascensión. En este último caso, dentro de una narración histórica de *testigos oculares*, leemos que los discípulos lo vieron ascender a las nubes. A la luz de la fe, lo comprendemos literalmente; no creemos que su Ascensión fue algo simbólico o legendario. Asimismo, no pensamos que vaya contra la razón, aunque se juzgue como una acción *extraordinaria*, admitir el sentido literal de «arreatados a las nubes». Esta frase concierne a la Parusía, que será un acontecimiento tan *visible* como la misma Ascensión: el arreatamiento, para los que estén viviendo entonces, es con relación «al encuentro del Señor en los aires, de modo que, en adelante, estemos siempre con el Señor» (1 Tes 4, 17), esto es, definitivamente *salvados*.

San Agustín asume esos pasajes como literales, no simbólicos, a pesar de ser algo oscuros. Si se interpretara la frase «arrebatados a las nubes» como un intento de localización geográfica del cielo, según la creencia popular de que el cielo está arriba y el infierno bajo tierra, hubiera bastado decir que los resucitados irán al cielo. Pero San Pablo es alusivo: irán al cielo *como Cristo*, quien en la Parusía «descenderá del cielo» (*1 Tes 4, 16*), no para permanecer en la tierra, sino para regresar con los suyos. La Ascensión excede la creencia popular de que el cielo está arriba: de hecho, el Resucitado subió allá. Para Benedicto XVI (2011), Jesús ascendió realmente a las nubes sin llegar a las estrellas o a un lugar lejano del cosmos: se ocultó en el cielo del Padre después de la Resurrección. Los discípulos, entretanto, se quedaban buscándolo con la cabeza alta, hasta escuchar de dos personajes vestidos de blanco: «Hombres de Galilea, ¿qué hacéis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que de entre vosotros ha sido elevado al cielo, vendrá de igual manera a como le habéis visto subir al cielo» (*Hch 1, 11*). Pues bien, ¿qué dificulta que la frase «arrebatados a las nubes» —que parece imitar el hecho de la Ascensión— indique realmente una subida y el consiguiente ingreso al cielo de los gloriosamente resucitados como Cristo?

El arrebatamiento sería un reflejo de la Ascensión, como lo fue la Asunción de la Virgen. Ciertamente, es para «los que son de Cristo» (*1 Cor 15, 23*). Como Él, se comienza humildemente con el Bautismo y se termina gloriosamente con la subida a las nubes.

Por algo se escribió el Apocalipsis, no solo para los vivos, sino también para «los muertos en Cristo»: «Bienaventurado quien lea y quienes escuchen las palabras de esta profecía, y guarden lo que está escrito en ella; porque el momento está cerca» (*Ap 1, 3*). «Mirad que vengo como un ladrón. Bienaventurado el que esté vigilante y guarde sus vestidos,

para no andar desnudo y que le vean sus vergüenzas» (*Ap* 16, 15). En fin, «no os amoldéis a este mundo» (*Rom* 12, 2).

Benedicto XVI, teologizando en medio de un ambiente fuertemente modernista y apóstata, interrogaba:

Pero ¿cuál es la situación de la existencia cristiana respecto al retorno del Señor? ¿Lo esperamos de buena gana o no? Ya Cipriano de Cartago († 258) se vio en la necesidad de exhortar a sus lectores a que el temor ante las grandes catástrofes o ante la muerte no les alejara de la oración por el retorno de Cristo. ¿Debemos acaso apreciar más el mundo que está declinando que al Señor que, no obstante, esperamos? (2011).

Este Papa, gracias a Dios, sí cree en la Parusía:

El Apocalipsis termina con la promesa del retorno del Señor e implorando que se cumpla: «El que atestigua esto responde: 'Sí, vengo enseguida'. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!» (22, 20). Es la oración de la persona enamorada que, en la ciudad asediada y oprimida por tantas amenazas y los horrores de la destrucción, espera necesariamente con afán la llegada del Amado, que tiene el poder de romper el asedio y traer la salvación. Es el grito lleno de esperanza que anhela la cercanía de Jesús en una situación de peligro, en la que sólo Él puede ayudar (2011).

Mi parecer es que el objetivo de la Parusía no es el establecimiento del Reino milenario de paz y prosperidad aquí en la tierra de los hijos de Adán, aunque sea espiritual, sino el rapto de «los que son de Cristo» y el exterminio de las naciones anticristianas con el fin del mundo. La analogía sería con el diluvio: Noé se salvó en el arca con su familia, mien-

tras el agua inundaba la tierra; asimismo, los escogidos serán salvados con la Parusía, mientras el fuego queme el mundo.

Concordaría, pues, en parte con Leonardo Castellani en que habrá una resurrección gloriosa previa al Juicio final, pero no en que habrá tal Milenio espiritual posparusíaco, porque con el arrebatamiento serán llevados los elegidos al cielo mientras vaya ocurriendo el fin del mundo.

2. Ofrece Barriola un argumento contra el *quiliasmo*, término que veremos más adelante: «apoyándose en textos como [2 Cor 5, 6-10] la Iglesia enseña que los justos entran en la bienaventuranza eterna inmediatamente después de la muerte, de modo que no queda espacio alguno para un período intermedio *sobre la tierra*, durante el cual se interrumpiría la visión beatífica de Dios» (1999, VII). Le escuchó el buen ladrón al Crucificado: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43). Agrega Barriola: «De ahí que la “resurrección primera”, al comienzo del reino de mil años deba ser entendida sólo en sentido espiritual, o sea, siguiendo a Pablo [Ef 5, 14; Col 3, 1] y Juan [Jn 5, 25], como participación, ya ahora, en la resurrección de Cristo, por la fe y el bautismo» (1999, VII).

Pero este argumento se basa en el principio de que habrá una sola resurrección corporal universal. Se puede replicar que los justos de la bienaventuranza celestial no perderán la visión beatífica de Dios incluso si resucitan corporal y gloriosamente con la Parusía.

En cuanto al Milenio del que se habla en el Apocalipsis (cf. Ap 20, 1-10), no se comprende en Valtorta como un triunfo intraterreno de la Iglesia, más o menos breve, en medio de la gran apostasía profetizada por San Pablo, tampoco como un largo periodo de paz y prosperidad después de la Parusía. Sería el tiempo de la Iglesia militante que hacia

el final de su peregrinaje en la Tierra, habiendo gozado de una tregua de preparación ante la Parusía tras la caída de la gran Babilonia, se enfrentará con la prueba extrema de la gran tribulación.

A mi parecer, el Reino milenarío no comienza con la gloriosa Segunda Venida, sino con el momento crítico y culminante de la Primera Venida, que es la Crucifixión, porque es así como Cristo vence al mundo atando a Satanás y arraiga la Iglesia Católica para transformar el mundo liberándolo del pecado. La humanidad caída, si obedece al Salvador, quien abrió la puerta del Paraíso, se restablece. En mi opinión, el Reino milenarío consiste en la misma Iglesia que fundó Jesús y que durará con los sacramentos hasta el fin del mundo: «No os dejaré huérfanos, yo volveré a vosotros» (*Jn 14, 18*); «yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt 28, 20*).

Por lo tanto, este Milenio bien puede calificarse como *espiritual*, que ante los ojos de Dios sería el *día* de los hijos del Nuevo Adán, efectuada la Redención: «hay algo, queridísimos, que no debéis olvidar: que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día» (*2 Pe 3, 8*). Es diametralmente distinto del Milenio espiritual posparusíaco que sostienen algunos autores. No hace falta otro restablecimiento de la humanidad: ya con la gracia, el fruto de la Redención del Príncipe de la Paz, se vive un anticipo del cielo. Sin duda, la gracia, la *resurrección espiritual*, es necesaria para obtener la resurrección corporal gloriosa, aunque se haya muerto: «Yo soy la Resurrección y la Vida —le dijo Jesús [a Marta]—; el que cree en mí, aunque hubiera muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre» (*Jn 11, 25-26*).

El número mil es más bien un «coeficiente de totalidad» (Barriola, 1999, III). Escribe Salguero:

La expresión mil años es un número redondo, que designa [...] un tiempo muy largo, de duración casi infinita. San Jerónimo y San Agustín, con la mayor parte de los exegetas que dependen de ellos, creen que estos mil años designan el período de tiempo existente entre la primera venida de Cristo y la consumación final. El corto período en que será librado Satan lo identifican con el período de tres años y medio de actividad del anticristo (1965, p. 512).

A mi juicio, el Milenio, que incluye el periodo final en que estará suelto Satanás, se acaba con el fin del mundo. Es de duración incierta: no se puede saber el día ni la hora de la Parusía, que es concomitante con el fin del mundo. Así, siguiendo a San Agustín, se cerraría la sexta edad de la humanidad, que «se desarrolla al presente, sin poder determinar el número de generaciones, porque, como está escrito: *No os toca a vosotros conocer los tiempos que el Padre ha reservado a su autoridad*» (1972, lib. 22, cap. 30, § 5).

Comparando con los siete días de la Creación, explica este doctor:

si el número de edades, como el de días, se computa según los períodos de tiempo que parecen expresados en las Escrituras, aparece ese reposo sabático con más claridad, puesto que resulta el séptimo. La primera edad, como el día primero, sería desde Adán hasta el diluvio; la segunda, desde el diluvio hasta Abrahán, no de la misma duración, sino contando por el número de generaciones, pues que encontramos diez. Desde aquí ya, según los cuenta el Evangelio de Mateo, siguen tres edades hasta la venida de Cristo, cada una de las cuales se desarrolla a través de catorce generaciones: la primera de esas edades se extiende desde Abrahán hasta David; la segunda, desde David a la transmigración de

Babilonia; la tercera, desde entonces hasta el nacimiento de Cristo según la carne. Dan un total de cinco edades (1972, lib. 22, cap. 30, § 5).

Tras el Juicio final, «el Señor descansará como en el día séptimo, cuando haga descansar en sí mismo, como Dios, al mismo día séptimo, que seremos nosotros» (1972, lib. 22, cap. 30, § 5), dice San Agustín. En la Jerusalén celeste:

se cumplirá aquel *descansad y ved que yo soy el Señor* [Sal 45, 11]. Ése será realmente el sábado supremo que no tiene ocaso, el que recomendó Dios en las primeras obras del mundo al decir: *Y descansó Dios el día séptimo de toda su tarea. Y bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque ese día descansó Dios de toda su tarea de crear* [Gn 2, 23] (1972, lib. 22, cap. 30, § 4).

Y añade:

También nosotros seremos ese día séptimo; seremos nosotros mismos cuando hayamos llegado a la plenitud y hayamos sido restaurados por su bendición y su santificación. Allí con tranquilidad veremos que Él mismo es Dios [...] Pues ¿qué es lo que conseguimos sin Él, sino caer en su cólera? [Sal 89, 9] En cambio, restaurados por Él y llevados a la perfección con una gracia más grande, descansaremos para siempre, viendo que Él es Dios, de quien nos llenaremos cuando Él lo sea todo para todos» (1972, lib. 22, cap. 30, § 4).

Por lo visto, son distinguibles dos Milenios, uno temporal y otro eterno: el Reino milenarío terrenal, entendido como el sexto día de la Creación, es el de la Iglesia militante, desde la Ascensión hasta la Parusía, y se acaba con el fin del mundo, y el Reino milenarío celestial, entendido como el séptimo día de la Creación, es el de la Iglesia triunfante, consumado el Juicio final. El séptimo Milenio atañe a la Jerusalén celeste; a diferencia de los precedentes Milenios temporales, es el único eterno.

Pero sigamos usando el término *Milenio* con relación al Apocalipsis (cf. *Ap* 20, 1-10). Se puede objetar que no hay propiamente una secuencia cronológica entre el Milenio y el *poco tiempo* de Satanás, aunque la sugiera el adverbio *después* aquí: «Lo arrojó al abismo, lo cerró y puso un sello en él, para que no seduzca más a las naciones hasta que pasen los mil años. Después debe ser soltado por poco tiempo» (*Ap* 20, 3). Barriola, quien comparte también los argumentos de otros autores, en especial de Ugo Vanni, observa:

Se ha de conceder que, usando terminología cronológica (“mil años”- “poco tiempo”), espontáneamente se tiende a comprender que se trataría de una sucesión temporal. Pero, recordando la fuerte idealización simbólica de estos números en el Apocalipsis, también la sucesión entre ambos períodos ha de ser entendida de modo metafórico (1999, VIII, 3, n. 101).

Esto es, de modo simbólico. Se puede no estar del todo de acuerdo, pues no se ve como lógicamente necesario que del simbolismo de *mil años* y *poco tiempo* se siga que la sucesión sea *simbólica*.

A mi parecer, nada obsta que el *poco tiempo* quede realmente delimitado dentro del final del Milenio. Para Barriola, los mil años cumplidos «nunca se verán exentos de la furia feroz, pero ya prácticamente vencida (poco tiempo) de Satanás» (1999, VIII, 3, n. 101). En otras palabras, la salida del abismo de Satanás es algo cíclico en la historia durante el Milenio: este largo tiempo es el reinado de Cristo con sus santos, «por más que contemporáneamente, si bien con diversa “calidad”, se tolere y sufra el “poco tiempo” de Satán, que continúa queriendo hacer todo el daño posible, pese a saber que ya “está vencido” [Jn 12, 31; 16, 11]» (1999, IX). Parece interpretar el versículo (Ap 20, 3) como una profecía crónica, esto es, el *poco tiempo* de Satanás es periódico en el decurso del Milenio, como constatamos con los diversos grados de maldad en el mundo.

Por el contrario, creo que hay allí, todavía no realizada, una profecía sincrónica, referente a una determinada época, el final del Milenio: la gran tribulación, «como no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (Mt 24, 21), y creo también que semejante salida de Satanás será *una sola vez*, pues no se explicita que lo haga *muchas veces*. Se debe además tener en cuenta que su emergencia del abismo es con el objeto de efectuar la guerra de Gog y Magog, durante la cual «bajó fuego del cielo y los devoró» (Ap 20, 9), suceso extraordinario que, si hubiera sido repetido muchas veces, habríamos registrado históricamente. ¿Qué dificulta que ese fuego del cielo sea *real*, como el que cayó sobre Sodoma y Gomorra y sugiere el que profetiza San Pedro (cf. 2 Pe 3, 10-13)? Dios «a las ciudades de Sodoma y Gomorra las condenó a la destrucción, reduciéndolas a ceniza para escarmiento de lo que habrá de suceder a los impíos» (2 Pe 2, 6). Además, «los cielos y la tierra de ahora [después del diluvio], por la misma palabra [de Dios], están reservados para el fuego y guardados para el día del Juicio y de la per-

dición de los impíos» (2 Pe 3, 7). Que Satanás esté atado y vencido durante el Milenio, desde luego, no le imposibilita provocar la maldad en el mundo, pero se teme que la suscitará *in extremis* cuando esté del todo suelto durante el reinado breve del Anticristo.

La Biblia de Navarra traduce de esta manera: «Cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión» (Ap 20, 7). Con arreglo al genio del idioma español, la expresión *hayan cumplido* es una forma compuesta de subjuntivo, que expresa tanto la *perfección* futura de la acción como la *anterioridad* con respecto a *será soltado*. Se entendería, así, una secuencia cronológica estricta: justo después del Milenio, Satanás estará suelto, como si aparte de los mil años hubiera un tiempo adicional —a saber, los tres años y medio concedidos al Anticristo (cf. San Agustín, *La Ciudad de Dios*, lib. 20, cap. 13)—. Pero, como aclaramos arriba, se precisa por el contexto que la salida de Satanás, quien se valdrá del Anticristo, se inserta únicamente en el último tramo del Milenio; por consiguiente, para eludir la *perfección* y la *anterioridad* de la acción de cumplirse los mil años y consignar que aún no se ha llegado al punto final del cumplimiento, sería adecuado usar el presente simple de subjuntivo: *cuando se cumplan los mil años* o *cuando se terminen*, tal como puede advertirse en el versículo antedicho: «Lo arrojó al abismo, lo cerró y puso un sello en él, para que no seduzca más a las naciones hasta que pasen los mil años. Después debe ser soltado por poco tiempo» (Ap 20, 3). Ahí no se tradujo *hasta que hayan pasado los mil años*.

La paráfrasis sería entonces: *después de la atadura*, no *después del Milenio*, Satanás debe ser soltado finalmente por poco tiempo. Por otra parte, leemos: «Apresó al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo encadenó durante mil años» (Ap 20, 2). Lo encadenó por

todo el tiempo en que se cifran las palabras del Maestro: «las puertas del infierno no prevalecerán» contra la Iglesia (*Mt 16, 18*), es decir, no prevalecerán hasta el último día de los desterrados hijos de Eva: «yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt 28, 20*). Este fin no es *antes* de la Parusía, sino que su inicio —la catástrofe cósmica, precedida de ciertas señales— coincide con ella. Es claro que no ocurrirá un tiempo después de haberse extinguido la humanidad entera por algún hecho global, pues entonces no habrá nadie con quien Jesús esté de algún modo, sino que afectará a la última generación de la humanidad, que es la misma del Anticristo, «a quien el Señor *exterminará con el sople de su boca* y destruirá con su venida majestuosa» (*2 Tes 2, 8*).

Gracias a la victoria definitiva de la Cruz, el ángel lo encadenó, pues, por todo el tiempo de la Iglesia peregrina, si bien al final estará desatado brevemente, acaso por culpa del Pseudoprofeta, que tendría la llave del pozo del abismo. Sería la hora de endurecer la cara por amor de la Verdad, la máxima prueba frente a las huestes anticristianas. «En esto consiste la paciencia de los santos: que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús» (*Ap 14, 12*).

Quisiera resaltar que el ángel encadenó a la «serpiente antigua» (*Ap 20, 2*). El Maligno, incitando a la Crucifixión del Inocente, quien se «hizo pecado por nosotros» (*2 Cor 5, 21*), «llevó nuestros pecados en su cuerpo» (*1 Pe 2, 24*) y fue levantado como la serpiente de bronce (cf. *Num 21, 9*), se crucificó a sí mismo y quedó en cierta forma clavado y paralizado en la Cruz, signo del Maldito (cf. *Gal 3, 13*): «Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo va a ser arrojado fuera. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (*Jn 12, 31-32*).

3. En cuanto a la Parusía, no se sigue de Valtorta que vendrá el Rey de reyes y Señor de señores a transformar el mundo para vivir un Reino milenarismo paradisiaco en esta Tierra pecadora de los hijos de Adán después de haber derrotado al Anticristo dual, porque con la Parusía ocurre también el fin del mundo y, por consiguiente, la desolación y purificación de la Tierra. No vendrá, pues, el Señor a quedarse aquí, sino a arrebatarse a los elegidos al cielo mientras el fin del mundo vaya ocurriendo todavía.

La cuestión es: ¿a qué vendrá Jesús en la Parusía? Con la Primera Venida vino a cumplir la misión de salvar el mundo, que estaba sometido al Diablo, e implantar el Reino de Dios con la Iglesia, siendo el Papa la roca fundamental. Vino, pues, como Redentor, como Dios de misericordia, otorgando a la humanidad el tiempo de merecer y enseñando el camino al cielo: «Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3, 17). En la Segunda Venida no vendrá a repetir aquella misión ni a conceder más el tiempo de merecer, sino efectivamente a juzgar al mundo como Dios de justicia y cerrar la historia de la humanidad.

Vendrá Jesús no a convertir esta Tierra en un nuevo Jardín del Edén, sino a vencer al Anticristo dual y llevarse a todos los que, aunque haya muerto su cuerpo, supieron esperarle vigilantes. Con su pronta Segunda Venida sucederá la resurrección corporal gloriosa de los santos, tanto de «los muertos en Cristo» como de algunos vivos transformados, que finalmente se alejarán con Jesús al cielo *mientras el mundo se vaya consumiendo por el fuego* hasta que más tarde se consume el Juicio final en la misma tierra quemada, momento para el que resucitarán corporalmente los restantes muertos desde el polvo, y entonces, totalmente acabado el mundo viejo, habrá dos cosas eternas: el Paraíso y el Infierno.

Por lo visto, el Juicio final consta de dos etapas, *una cronológicamente después de otra*, con distintos resultados: en la primera etapa, habiendo sido santos, resucitarán «los muertos en Cristo» para la vida eterna, como también algunos vivos cuyos cuerpos serán transformados; en la segunda, resucitarán los demás muertos, unos para la vida eterna, otros para la muerte eterna. La Parusía sería la primera etapa del Juicio final, que es *universal* pero en que habrá una resurrección corporal gloriosa solo *parcial*, pues resucitarán *algunos*, los santos exclusivamente, de un modo que solo podemos imaginar, y se efectuará sobre todas las naciones de la última generación de la humanidad en el día de la ira: vendrá Jesús con sus ángeles y los enviará, por usar aquella imagen parabólica, a desechar la cizaña y recoger el trigo (cf. *Mt 24, 29-31; Ap 19, 11-21*): los no escogidos serán dejados morir entre los trastornos de la tierra, los escogidos serán llevados con rapidez al cielo. La segunda etapa, una vez desolada la tierra entera por el fuego, sería la consumación del Juicio final, que es también *universal* y en que habrá una resurrección corporal *universal*, pues resucitarán corporalmente los restantes muertos de las generaciones humanas de todos los siglos: vendrá Jesús con sus ángeles y se sentará en el trono con el fin de separar a las ovejas y las cabras (cf. *Mt 25, 31-46; Ap 20, 11-15*). De esto se puede inferir que entre la primera y la segunda etapa del Juicio final, mientras dure el fin del mundo, media el tiempo de los purgantes, entre los cuales estarán en el Purgatorio los de la última generación de la Tierra, como también, presumiblemente, algunos de las generaciones de los siglos precedentes.

La Segunda Venida gloriosa comportaría, pues, dos etapas del Juicio final, sobre dos escenarios diferentes: la Tierra entera de la última generación de la humanidad, con sus opulentas, bulliciosas y babélicas ciudades, *antes de la Parusía*, y la misma Tierra entera *después de la*

Parusía, arrasada, convertida en un desierto silencioso por el fuego y otros grandes fenómenos naturales. De manera que habría una sola Segunda Venida gloriosa, pero con dos etapas, como quien llega a un pueblo para visitar una casa en la mañana y después otra en la tarde. Identificar la *Parusía* con la primera etapa del Juicio final se debería a que es un acontecimiento *histórico*, del que se nos pide estar vigilantes en el tiempo de merecer: con ella se concluye la historia de la humanidad. La segunda etapa, cuando ya no exista el tiempo de merecer y haya sido sentenciada cada alma en el juicio particular, consistiría en la inapelable *comparecencia* y rigurosa *separación* de los buenos y los malos ante el Juez, desde Adán hasta el último hijo de Adán, incluidos los santos que resucitaron con la *Parusía*, y es *poshistórica* y definitiva.

Por lo demás, siempre vendrá Jesús a juzgar a los vivos y los muertos *en el alma*, aunque estén muertos *en el cuerpo* (juicio particular) o vivos *en el cuerpo* (Juicio final). Ciertamente, antes del término del Juicio final, el alma de cada hombre, una vez muerto el cuerpo, ya habrá sido examinada en el juicio particular. «Por eso: velad, porque no sabéis en qué día vendrá vuestro Señor» (*Mt 24, 42*), lo que se aplica a todos los siglos, no solo a la *Parusía*. «Acuérdate, por tanto, de cómo has recibido y oído la palabra, guárdala y arrepiéntete; porque si no estás vigilante, vendré como un ladrón; sin que sepas a qué hora vendré a ti» (*Ap 3, 3*).

San Lucas enfatiza en la oración para evitar los males del fin del mundo:

Vigilaos a vosotros mismos, para que vuestros corazones no estén ofuscados por la crápula, la embriaguez y los afanes de esta vida, y aquel día no sobrevenga de improviso sobre vosotros, porque caerá como un lazo sobre todos aquellos que habitan en la faz de toda la tierra. Vigilad

orando en todo tiempo, a fin de que podáis evitar todos estos males que van a suceder, y estar en pie delante del Hijo del hombre (Lc 21, 34-36).

Con respecto a Barriola, ya desde el primer párrafo de su artículo citado se puede descubrir un problema:

Jesús, durante su pasaje por nuestro planeta, no legó a sus discípulos una perspectiva de continuo progreso intramundano en la historia. A todos, sus contemporáneos y las futuras generaciones, nos previno sobre los dolores y conmociones que acompañarían al fin del mundo, después del cual, se tendría su venida gloriosa para juzgar a vivos y muertos (1999, I).

La frase *después del cual*, a no ser que se dilucide otra cosa, indica que la Parusía será *después* del fin del mundo. Sin embargo, si la Parusía es *después* del fin del mundo, ¿qué sentido tiene que se nos recuerde: «Estad atentos, velad: porque no sabéis cuándo será el momento [de la venida gloriosa de Jesús]» (Mc 13, 33), hasta con énfasis: «Lo que a vosotros os digo, a todos lo digo: ¡velad!» (Mc 13, 37)? ¿Para qué *estar atentos*, si con el fin del mundo, que se supone ocurrirá *antes* de la Parusía, seguramente no sobrevive nadie para presenciarse? ¿Se nos exhorta a *vigilar* para solamente llegar a morir en gracia de Dios incluso cuando nos toque el fin del mundo? ¿Solo se verá la Parusía tras la resurrección corpórea universal para el Juicio final?

Quizá Barriola se contradice: «Quiso [el Señor] ocultarnos esto [el tiempo de su venida] para que permanezcamos en vela y para que cada uno de nosotros pueda pensar que ese acontecimiento [la Parusía] se

producirá durante su vida» (1999, I). Aquí alude a que es posible presenciar la Parusía *estando vivos*. Lo mismo daría a entender cuando apunta: «El Hijo del hombre vendrá como un ladrón [1 Tes 5, 2], a la hora menos pensada» (1999, I) y cuando concluye:

alejando toda suerte de cábalas, sobre cuándo será el momento preciso de la Parusía y desechando más todavía la curiosidad por una especie de milenaria revancha cristiana en este mismo mundo, el modo en que hemos de concretizar nuestra relación especial con el resucitado no es perdersenos en periodizaciones históricas, sino "estar alerta" [Mt 24, 42; Ap 3, 3], sin caer en la búsqueda de sucedáneos que aligeren la espera (1999, X).

Es cierto que Jesús nos exhorta a velar para ser dignos de comparecer ante Él en el juicio particular del alma, porque la muerte del cuerpo nos puede acaecer en algún momento. En este sentido, Jesús *viene pronto*. A mi parecer, comprendo que la Parusía será *durante* el fin del mundo, no *después*. Será *durante* la gran tribulación, en medio de una catástrofe cósmica:

Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, *el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo y las potestades de los cielos se conmoverán*. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre, y en ese momento *todas las tribus de la tierra romperán en llantos, y verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria*. Y enviará a sus ángeles que, con trompeta clamorosa, reunirán a sus elegidos desde los cuatro vientos, de un extremo a otro de los cielos (Mt 24, 29-31).

Jesús ha mencionado ciertas señales de su venida, como las guerras, el hambre, las pestes, los terremotos, los falsos cristos y falsos profetas, que han sido recurrentes en las generaciones humanas, pero las descripciones referidas al sol, la luna y las estrellas, como también a «las potestades de los cielos», esto es, la catástrofe cósmica, son exclusivamente conexas con su venida gloriosa y han de pasar, por lo tanto, una sola vez en la historia.

Por otra parte, el derrocamiento del *katéjon* —tanto el religioso como el político— sería también una señal de la proximidad de la Parusía, quizá más decisiva que las otras señales anunciadas. Barriola, con el ánimo de evitar la *ansiedad escatológica*, las imprudentes predicciones cronológicas o la dramatización tremendista, escribe: «de edad en edad algunos hombres, hasta santos, han creído distinguir en las circunstancias en que vivían la cercanía de ese acontecimiento» (1999, I) de la Parusía, a causa de tales signos de calamidad. Pero estos, incluso realizados con más fuerza, pueden ser concomitantes con las dos condiciones consignadas por Papini —a saber, que el Evangelio del Reino sea predicado a todos los pueblos y que los gentiles no dominen en Jerusalén—, como también con la del derrocamiento del *katéjon*, que engloba la apostasía imperante y la abominación de la desolación consiguiente.

Algunos interpretan, como el historiador Damián Galerón, que ciertos signos celestes pueden ser avisos de eventos apocalípticos relativamente cercanos (cf. *Lc 21, 25; Jl 3, 4*). La Segunda Guerra Mundial, con que se inaugura, conforme al texto valtortiano, el periodo de los precursores del Anticristo, acaba en septiembre de 1945. En el año 2015, setenta años después —contados con el calendario gregoriano—, culmina en septiembre la rara tétrada de eclipses lunares: las lunas rojas o de sangre, que desde 2014 coincidieron respectivamente con la fiesta judía de

la Pascua (abril) y de los Tabernáculos (septiembre), lo que fue significativo para algunos rabinos. El último eclipse fue definido como *Superluna*. Añádase que en medio de la téttrada hubo un eclipse solar en el inicio del año judío (el 20 de marzo de 2015) y otro en la fiesta de las Trompetas (el 13 de septiembre de 2015). Además de estas téttradas, ha sucedido una tríada de lunas rojas: el 31 de enero y el 27 de julio de 2018 y el 19 de enero de 2019 —este último y singular eclipse se llamó popularmente como *Superluna de sangre de lobo*—. El sexto sello del Apocalipsis (cf. *Ap* 6, 12) colorea de negro el sol y de roja la luna, lo que significaría, en el sentido espiritual, la gran apostasía y la gran tribulación.

4. Volvamos al polémico tema del Milenio. Así enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica* (§ 677), negando implícitamente cualquier milenarismo:

La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección (cf. *Ap* 19, 1-9). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. *Ap* 13, 8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. *Ap* 20, 7-10) que hará descender desde el cielo a su Esposa (cf. *Ap* 21, 2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (cf. *Ap* 20, 12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cf. *2 P* 3, 12-13).

Valga suscribir lo que entendió Leonardo Castellani sobre los versículos 1-6 del capítulo 20 del Apocalipsis, para quien «así se cumplirá tal cual» (2010, p. 182):

Toda la tradición antigua en masa durante los cuatro primeros siglos de la Iglesia entendió en este capítulo simplemente que habría un largo período de paz y prosperidad en el mundo (mil años o bien mucho tiempo) después del Retorno de Cristo y el refulgir de su Parusía; que habría dos resurrecciones, una parcial de los mártires y santos últimos, otra universal al fin de buenos y malos, lo cual también San Pablo dice; que todo este largo tiempo es quizás lo que designamos con el nombre de Juicio Final, el cual se describe metafóricamente al final del capítulo (2010, p. 183).

En otras palabras, *después* de la Parusía —explícita en el capítulo 19 del Apocalipsis— comienza el Milenio. En su brillante libro *El Apokalipsis de San Juan*, anota que el Reino milenarismo «es la parte más dura, difícil y discutida de la Profecía» (2010, p. 183). En otro renombrado libro suyo, *Cristo ¿vuelve o no vuelve?* (2004, p. 66), explica detenidamente la condena de la Suprema Congregación del Santo Oficio sobre dos tipos de milenarismo literal: el carnal-craso (con goces desmedidos) y el carnal-mitigado (con goces moderados), cuyo sistema, según el Decreto definitivo de 1944, «no se puede enseñar con seguridad», a saber, Cristo volvería a la tierra, antes de consumarse el Juicio final, con previa o sin previa resurrección de justos, a reinar *visibilter* durante un largo tiempo de paz y prosperidad.

Castellani no enseña ni cree en ambos milenarismos. No acepta «un Reino temporal de Cristo a la manera de los imperios de este mundo,

con su corte en Jerusalén, su palacio, sus ceremonias y festividades, su presencia visible y continua —y hasta su ministro de Agricultura...—» (2004, p. 66). Defiende otro tipo de milenarismo literal: el espiritual, que «no ha sido jamás condenado por la Iglesia; ni —*audemus dicere*— lo será nunca, por la simple razón de que la Iglesia no va a condenar la mayoría de los Santos Padres de los cinco primeros siglos, entre ellos a los más grandes...» (2004, p. 66). Sin osar una descripción acerca de cómo será, se contenta con mencionar a un autor: «El Milenarismo espiritual se puede resumir en estas palabras de Hallo: “Un Milenio está predicho en la Escritura; ese período todavía no se ha dado; en qué consiste a punto fijo y en pormenor no lo sabemos; cuando se dé, lo sabremos.”» (2004, p. 65).

Barriola señala que Castellani, seguidor también del jesuita Florentino Alcañiz, de quien tradujo del latín la obra *La Iglesia patrística y la parusía*, tergiversa la posición de San Justino (1999, V, 1). En su artículo referido, se esmera en detallar que el Milenio, entendido literalmente como el Reino milenar de Cristo tras su Parusía y llamado específicamente *quilliasmo*, era tan solo «un asunto discutible»; no encajaba en el acervo común obligatorio de la fe ni se profesaba por *toda* «la tradición antigua en masa», pues había muchos cristianos íntegros que no lo compartían. Si hubo entonces un *consensus fidei*, no se hubiera disuelto o marchitado con el tiempo, tampoco reducido a ser una opinión, aunque fuese *masiva*, como de hecho ha pasado.²³

Asimismo, según José Salguero:

²³ En este recomendable artículo del autor se da en parte una revisión histórica del tema. Allí puede encontrarse una exposición sobre las dos tendencias interpretativas clásicas del Milenio: la realista (*quilliasmo*) y la simbólica —esto es, la literal y la alegórica—, como también la respuesta oficial del Magisterio desde el Santo Oficio.

no hay que pensar que la creencia milenarista constituyese un dogma de la Iglesia primitiva. Muchos otros grandes escritores y santos del cristianismo primitivo, como San Clemente Romano, Hermas, Clemente Alejandrino, San Cipriano, San Dionisio de Alejandría, San Efrén, ignoran o combaten claramente el milenarismo. Orígenes escribió en contra de esta creencia milenarista, tratándola de necedad judía. San Jerónimo, siguiendo a Triconio, en numerosos pasajes de sus obras interpreta el milenarismo en sentido espiritual; aunque, por otra parte, se muestra bastante indulgente con las ideas milenaristas. Pero será San Agustín, después de algunas incertidumbres iniciales, el que dará la interpretación que se hará clásica en la Iglesia (1965, p. 516).

San Agustín, un doctor tan amante de la verdad y curtido en la dialéctica, como tan suspicaz y prudente para no resbalar en una deshonesto y sofística tergiversación al respecto. Por su parte, «Santo Tomás considera el milenarismo como una doctrina errónea y temeraria, pues no se apoya ni en la enseñanza de Cristo ni en la de los apóstoles» (Salguero, 1965, pp. 312-313). Se precisa añadir que «en diversas épocas han ido apareciendo obras que defienden las ideas milenaristas o muestran simpatía hacia ellas. La Iglesia no las ha condenado como heréticas, pero sí como erróneas, poniendo en el *Índice de libros prohibidos* varios trabajos modernos» (Salguero, 1965, p. 517): «el mismo Santo Oficio insistió en que el "milenarismo mitigado" *tuto doceri non potest*. Y prohibió con toda severidad que dicha doctrina *sub quolibet praetextu doceatur, propagetur, defendatur vel comrnendetur, sive viva voce, sive scriptis quibuscumque*» (Salguero, 1965, p. 518). «La doctrina de la fe enseña solamente dos venidas de Cristo: la primera tuvo lugar en su encarnación y nacimiento; la segunda se realizará cuando venga glorioso en la parusía, a la que seguirán inmediatamente el juicio final y la retribución. Por

consiguiente, no hay lugar para el reino milenarista» (Salguero, 1965, p. 313).

Refiriéndose a Eric Voegelin, anota Julio Meinvielle que San Agustín «abandonó claramente la creencia en el milenio como fábula y audazmente declaró que el reino de los mil años será el reino de Cristo en su Iglesia en el presente siglo que debía continuar hasta el juicio final y el advenimiento del reino eterno en el más allá» (1970, p. 281).

Precisa Castellani en otro lugar: «El llamado "milenismo" consiste esencialmente en establecer *dos* resurrecciones separadas por un largo período (mil años); y esos mil años son el Juicio Final» (2010, p. 237, n. 63). Para él, la Iglesia de Laodicea representaría el poder mundial definitivo de la Monarquía Cristiana:

que duró 10 siglos, fracasó *parcialmente* en su misión de instaurar una Sociedad y un Estado del todo cristianos; como había fracasado totalmente Bizancio; lo cual fue causa del Cisma Griego, y luego muy pronto de la ruina de Bizancio. Fue la Reyecía de Cristo lo que no alcanzaron a instaurar de hecho: y el espíritu pagano y herético que tiende a relegar la Religión al Templo y absolutizar al Estado fuera del Templo, resistió obcecadamente, progresó lentamente y al fin venció con Lutero y la Revolución Francesa (2010, p. 29).

Castellani cree, pues, «en el período de paz, triunfo y esplendor religioso (el Milenio) que seguirá a la Parusía y al derrocamiento del Anticristo» (2010, pp. 29-30). Da la impresión de que con el Milenio posparusíaco como el que defiende este teólogo se habrá erradicado *totalmente* el Mal y se habrá instaurado con efectividad la Monarquía cristiana, el Reino de Dios en este mundo.

Recordemos la respuesta de Jesús a Poncio Pilato: «Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí» (*Jn 18, 36*). Porque este mundo está caído. Con la Redención del Cordero se quita el pecado del mundo, pero a condición de seguir la Cruz. Si se espera que con la Parusía, atado Satanás, se erradique definitivamente la miseria espiritual de los hijos de Adán y se instaure la supuesta Monarquía cristiana milenaria, ¿por qué reaparecerá el Mal, desatado Satanás, con la guerra de Gog y Magog, cuyo número de anticristos «es como la arena del mar» (*Ap 20, 8*), para amenazar la estabilidad del Reino de Dios en este mundo?

Los fieles de la Promesa de Abrahán «aspiraban a una patria mejor, es decir, a la celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de ser llamado Dios suyo, porque les ha preparado una ciudad» (*Heb 11, 16*; cf. también *Gal 4, 24 ss.*), no de este mundo: «no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la venidera» (*Heb 13, 14*). El Reino de Dios no está plenamente aquí en la Tierra, sino en el Cielo. No se trata de vivir el Reino de Dios exclusivamente aquí, sino peregrinando *desde aquí*, con la fe, la esperanza y la caridad. «Porque no consiste el Reino de Dios en comer ni beber, sino que es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo» (*Rom 14, 17*). Pues este mundo «yace en poder del maligno» (*1 Jn 5, 19*). Es un desierto cuyo maná es la Hostia consagrada.

Santificar el nombre de Dios es cumplir cotidianamente los mandamientos. Así, como un primer paso, contribuyen los bautizados a la continuación del Reino de Dios *desde aquí*. Se convencía San Pablo de que quien comenzó en nosotros la obra buena la llevará a cabo hasta el día de Cristo Jesús (cf. *Flp 1, 6*). «La Iglesia es el reino de Dios y de Cristo que se ha de establecer definitivamente después del exterminio de las

potencias malignas. Pero ya se puede considerar como iniciado sobre la tierra» (Salguero, 1965, pp. 310-311).

La fundación del Reino de Dios en este mundo —la Iglesia misma— es solo el medio para conquistar el fin último: el Paraíso. Se debe, pues, vivir de acuerdo con la Iglesia, donde está la entrada de la salvación: «En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas» (*Jn 10, 7*): «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida [...]; nadie va al Padre si no es a través de mí» (*Jn 14, 6*). Afirma San Pedro: «Y en ningún otro está la salvación; pues no hay ningún otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, por el que tengamos que ser salvados» (*Hch 4, 12*). «Porque uno solo es Dios y uno solo también el mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre, que se entregó a sí mismo en redención por todos» (*1 Tim 2, 5*), «para que al nombre de Jesús *toda rodilla se doble* en los cielos, en la tierra y en los abismos, y *toda lengua confiese*: “¡Jesucristo es el Señor!”, para gloria de Dios Padre» (*Flp 2, 10*). Es necesario confesar, para ser justificados ante Dios, que Jesús es el Cristo, el único que da la vida eterna: «Quien tiene al Hijo de Dios tiene la vida; quien no tiene al Hijo tampoco tiene la vida» (*1 Jn 5, 12*).

Además, advierte San Santiago: «¡Adúlteros! ¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Por tanto, el que desee ser amigo de este mundo, se hace enemigo de Dios» (*Sant 4, 4*).

Por esto es difícil creer en la Monarquía Cristiana *total*, como quisiera Castellani sobre el Milenio. Siempre, desde Caín, habrá cizaña hasta el final en este mundo: una lucha, como compendió genialmente San Agustín, entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Diablo.²⁴

²⁴ Es sustancioso el texto de Germán Mazuelo-Leytón: «El mundo y la salvación del alma», publicado en la página web de *Adelante la fe* (05/09/2017), donde puede leerse la distinción entre el mundo bueno como obra de Dios y el mundo malo como posesión del Maligno.

«Al final de los tiempos sólo habrá una Iglesia, la Jerusalén celeste» (Salguero, 1965, p. 311). Propiamente, la Jerusalén terrena es la Iglesia, los fieles de Cristo, la militante y peregrina Ciudad de Dios que conformará la Jerusalén triunfante y celeste. Dice Pablo VI:

La Iglesia, a la que todos estamos llamados en Cristo Jesús y en la cual conseguimos la santidad por la gracia de Dios, no alcanzará su consumada plenitud sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas (cf. *Hch* 3, 21) y cuando, junto con el género humano, también la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, será perfectamente renovada en Cristo (cf. *Ef* 1, 10; *Col* 1, 20; *2 Pe* 3, 10-13)» (*Lumen gentium*, § 48).

Como también:

La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, a nosotros (cf. *1 Co* 10, 11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo, pues la Iglesia, ya aquí en la tierra, está adornada de verdadera santidad, aunque todavía imperfecta. Pero mientras no lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia (cf. *2 Pe* 3, 13), la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas, que gimen con dolores de parto al presente en espera de la manifestación de los hijos de Dios (cf. *Rom* 8, 19-22) (*Lumen gentium*, § 48).

Castellani, consecuente con su concepción del Reino milenarismo, anota:

El Profeta [Juan Evangelista] la describe [la Jerusalén terrena] con términos corporales y la promete para los últimos tiempos, para después de la Segunda Venida. Es un error exegético, por tanto, identificarla con el cielo de las almas y con la bienaventuranza definitiva. Están descritas de diferente manera, la celeste y la terrena (2004, p. 63).

Usa la expresión *Jerusalén terrena* como la *Jerusalén que desciende del cielo* (cf. *Ap 2, 21*). Pero hubiera reparado en que justo antes se lee: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Vi también la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de parte de Dios, ataviada como una novia que se engalana para su esposo» (*Ap 21, 1-2*). La secuencia precisa que el descenso de Jerusalén será *sobre una tierra nueva desde un cielo nuevo*. A mi parecer, estas palabras: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva», se realizarán *después* de la Parusía y el fin del mundo. La Jerusalén celeste sobre la que profetiza San Juan se goza con los cuerpos gloriosamente resucitados *después* del Juicio final. Es el Paraíso.

Antes de la Encarnación, le dice el arcángel San Gabriel a la Virgen María sobre el futuro Niño: «Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin» (*Lc 1, 32-33*). Ese Reino eterno no puede ser ningún Imperio de este mundo. Es la Jerusalén celeste, donde Jesús será a la vez Rey y Pontífice. Benedicto XVI, recurriendo a San Mateo (22, 41-45), subraya: «el verdadero Mesías no es el hijo de David, sino el Señor de David; no se sienta sobre el trono de David, sino sobre el trono de Dios» (2011, p. 329).

Según Castellani, Cristo «volverá en el clímax de la más horrenda lucha religiosa que han visto los siglos, en el ápice mismo de la Gran Apostasía y de la tribulación colectiva más terrible después del Diluvio» (2010, p. 52). Esto es, la Parusía será *durante* la gran tribulación (cf. 2 Tes 1, 6-10).

No obstante, si esto es así, ¿cómo puede Castellani sostener que *después* de la Parusía sigue el Milenio espiritual y, en fin, lo que sería el peor momento de la humanidad —lo que propiamente llamamos la gran tribulación—, cuando Satanás, ya suelto por poco tiempo, induzca a la pavorosa guerra de Gog y Magog contra la Ciudad de Dios? En otras palabras, ¿sucederá algo peor que la gran tribulación *después* de la Parusía y del Milenio que este autor transmite?

Se lee en San Mateo: «Habrá entonces una gran *tribulación*, como no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá» (Mt 24, 21). Y en San Marcos: «habrá en aquellos días una *tribulación*, como no la hubo igual desde el principio de la creación que hizo Dios hasta ahora, ni la habrá» (Mc 13, 19). No, no podrá suceder algo peor después.²⁵ Se trata de una profecía sincrónica, de un hecho que ocurrirá una sola vez en la historia, así como una sola vez pasó la Crucifixión.

Pienso que ahí se contradice seriamente Castellani. La contradicción se colegiría por el hecho de que escribiera con perplejidad sobre los versículos 7-10 del mismo capítulo 20 del Apocalipsis: «Éste es el lugar más difícil y raro de la Profecía, lo cual es decir bastante. No me arrojaré a explicarlo, como lo hace Lacunza por todo un tomo entero de su

²⁵ Al discurso esjatológico de Jesús, una cosa unitaria que expresa dos momentos determinados, se le puede aplicar con precisión las nociones de *typo* y *antitypo*: una sola vez fue la Crucifixión (*typo*), una sola vez será la gran tribulación (*antitypo*). Respectivamente, la Pasión de Cristo y la Pasión de la Iglesia.

obra. Eso pasará; cómo y por qué, no lo sé. Dios puede hacer más de lo que yo puedo explicar» (2010, p. 184). Antes había dicho:

Según los milenistas, en el período entre la Parusía y el Juicio Final, el Reino de los Mil Años —sean diez siglos, sea un largo tiempo indeterminado— la tibieza irá invadiendo esa Iglesia próspera [de Laodicea], que realmente se creará “rica”; y llegará un tiempo en que no tendrá ni la frialdad del paganismo —que es susceptible de ser calentado— ni el calor prístino de la caridad cristiana que la inauguró; y eso es una cosa que da náuseas. Pero está “en la boca” de Cristo y no a sus pies: es el Reino de Cristo confesado por todos. Esa tibieza desencadenará la rebelión de Gog y Magog, con la consumación en el fuego del cielo y el Juicio Final; suceso tan misterioso para mí que prefiero simplemente consignarlo sin explicarlo. Si se interpreta literalmente el Capítulo XX, hay que admitirlo (2010, p. 41).

Si con la Parusía, como algunos piensan, se transforma el mundo en un nuevo Jardín del Edén y a la vez se ata a Satanás y se le impide salir del abismo para que se pueda vivir en paz y prosperidad, ¿es verosímil, una vez más, que hacia el final del Milenio espiritual posparusíaco, cuando ya Satanás esté brevemente desatado, se congrege un inmenso gentío anticristiano para acosar a la Ciudad de Dios, como si se repitiera, tras la caída de Adán y Eva, la historia de la maldad de las generaciones prediluvianas hasta caerles el diluvio? En este caso, es lógico que incontables hombres, a pesar de su tibieza previa, habrán extrañamente apostatado para pasarse al bando del Maligno, cuyo líder —si nos atenemos a esa concepción milenarista— no es ciertamente el Anticristo, que desde mucho tiempo antes, a causa de la Parusía, estará muerto

y en el Infierno, a no ser que admitamos que el Maligno, un ángel caído, sea entonces materialmente visible y lidere la guerra final.

Acerca de esta oscura y sorprendente apostasía, ¿hay rastro en otros escritos bíblicos fuera del Apocalipsis? La gran apostasía sobre la que profetiza San Pablo es precursora y contemporánea del Anticristo, no posterior a él. Esto puede ser una seria objeción contra el Milenio espiritual posparusíaco, como también el motivo de la guerra de Mog y Magog al cabo de un Reino de Dios tan pacífico y próspero que al fin degenera, supuestamente, por estar desencadenado el Maligno.

Claramente, *al final* del Milenio será la guerra de Gog y Magog, no *después*. Si concedemos el Milenio espiritual posparusíaco, la Parusía, en este caso, no habrá eliminado totalmente el Mal del mundo, ni siquiera con la derrota del Anticristo. No habrá sido, pues, un hecho contundente ni suficiente que haya transformado de verdad el viejo mundo y recuperado el Jardín del Edén. Está implícito entonces que el pecado de aquellos que vivan en ese Milenio no habrá podido erradicarse bastante y que cada vez irá emergiendo de las generaciones hasta formar tantos enemigos «como la arena del mar», lo que es controvertible. Tengamos en cuenta también que el inicio de la gran tribulación no es jamás *posterior* a la Parusía, sino *anterior*.

Para ir al grano, citemos los versículos finales del capítulo 20 del Apocalipsis:

⁷ Cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión,

⁸ y saldrá a seducir a las naciones que hay en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, y a reunirlos para la guerra. Y su número es como la arena del mar.

⁹ Subieron por la ancha extensión de la tierra y pusieron cerco al campamento de los santos y a la ciudad amada, pero bajó fuego del cielo y los devoró.

¹⁰ Y el Diablo, el seductor, fue arrojado al estanque de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Replica Castellani: «Los exegetas alegoristas aseguran que estos 4 versículos designan al Anticristo y su persecución. Pero el Anticristo ya está “en el lago de fuegozufre” se repite aquí mismo en estos versículos; mal sitio para perseguir» (2010, p. 184).

La réplica no se ve consistente. Pues, entre los capítulos 19 y 20 del Apocalipsis, Castellani parece comprender una secuencia lineal: ocurre la Parusía durante la gran tribulación, cae el Anticristo en el lago de fuego (cf. *Ap* 19, 20), se ata entonces a Satanás (cf. *Ap* 20, 1-2), se vive el Milenio de paz y prosperidad, se desata más tarde a Satanás (cf. *Ap* 20, 7) y revienta, finalmente, la guerra de Gog y Magog...

A mi modo de ver, esta secuencia no es adecuada. Ante todo, es comprensible la guerra de Gog y Magog, seducidas por el Mal y aliadas «las naciones que hay en los cuatro ángulos de la tierra» (*Ap* 20, 8), como el culmen de la persecución anticristiana contra la Iglesia, lo que en Valtorta se correspondería, precedida de la época del Anticristo, con la época satánica: la gran tribulación.

Castellani habría leído, pues, *linealmente* los capítulos 19 y 20 del Apocalipsis. Si se enlaza la visión del final del capítulo 19 (vv. 11-21) con la del principio del 20 (vv. 1-3), se puede entender que Satanás será atado con la Parusía, habiendo sido expulsados el Anticristo y el Pseudoprofeta al lago de fuego, pero esta secuencia capitular no justifi-

ca necesariamente que así será la trama histórica. Las visiones de San Juan se revelan a veces yuxtapuestas como en una narrativa disruptiva. Para Salguero, «el Apocalipsis no pretende describir una serie de visiones, que se sucederían en un orden estrictamente histórico. Por eso, no es necesario establecer unión cronológica entre las visiones de los capítulos 19 y 20» (1965, p. 313).

Los capítulos y versículos del Apocalipsis no siempre se leen linealmente; a veces resultan como las piezas de un rompecabezas que hay que saber cuadrarlas. Bien dice Castellani: «el poema de San Juan tiene zigzagueos y vueltas atrás, que llaman *recapitulaciones* los exegetas: su marcha no es recta, sino espiraloide» (2010, pp. 53-54). Precisamente, como un mosaico, se ofrecen *distintas perspectivas sobre un mismo acontecimiento*. La serie de las visiones de San Juan no es siempre la sucesión narrativa de la historia.

Sobre la *recapitulación*, así comenta Salguero:

[es] expuesta por primera vez por Victorino de Pettau, según la cual el Apocalipsis no expone una serie continua y cronológica de sucesos futuros, sino que describe los mismos sucesos bajo diversas formas. Es una repetición cíclica de la misma historia, con frecuentes anticipaciones [...] y retrocesos. Por consiguiente, las repeticiones del Apocalipsis no serían simples yuxtaposiciones de fuentes análogas, sino que se explicarían en el sentido de que, en el interior de una misma serie, una visión esquemática se explica después en forma más amplia, aportando a la primera una precisión y una nueva claridad. Por muy variadas que sean las imágenes, se encuentran enlazadas entre sí por tales analogías, que uno se siente inmediatamente inclinado a creer en la cuasi identidad de muchas cosas que ellas representan (1965, p. 542).

En mi opinión, los versículos 7-10 del capítulo 20 del Apocalipsis se enfocan en Satanás, ejecutor principal de la persecución contra la Ciudad de Dios en la gran tribulación, en tanto que los versículos 11-21 del capítulo 19 se concentran en la Parusía de Jesús, salvador de la Ciudad de Dios: serían *dos perspectivas del mismo acontecimiento histórico*, una desde el lado de Satanás y otra desde el lado de Jesús. Por la Parusía, «apresaron a la bestia y con ella al falso profeta que en su presencia hacía prodigios, con los que seducía a los que habían recibido la marca de la bestia y a los que habían adorado su imagen. Los dos fueron arrojados vivos al estanque de fuego que arde con azufre» (Ap 19, 20). El destino de ambas Bestias (el Anticristo y el Pseudoprofeta) es la condenación eterna en el Infierno. En contrapunto con este último fragmento, es comprensible: «bajó fuego del cielo y los devoró. Y el Diablo, el seductor, fue arrojado al estanque de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos» (Ap 20, 9-10). Tras el Anticristo y el Pseudoprofeta, sería Satanás, el más grande enemigo del género humano, el Enemigo por antonomasia, el último en precipitarse al Infierno, lanzado acaso por San Miguel. En suma, caerían las dos Bestias y, finalmente, Satanás, por el mismo suceso: la Parusía.

Por lo tanto, la atadura y encerramiento de Satanás en el abismo no sería con la Parusía, sino con la Crucifixión, según se argumentó antes. De hecho, la serpiente antigua, promotora del pecado original de Adán y Eva, siguió merodeando libremente por el dañado Jardín del Edén, hasta que Cristo la clavó con la Cruz. La expulsión de Satanás al lago de fuego sería con la Parusía, evento arrollador con que, a mi parecer, se extirpa el Mal de este mundo para siempre.

Caído del cielo, este fuego devorador de las huestes anticristianas puede tener un correlato con San Lucas: «Lo mismo sucedió en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban; pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y los hizo perecer a todos. Del mismo modo sucederá el día en que se manifieste el Hijo del Hombre» (*Lc 17, 28-30*). Lot se salvó porque se apartó de Sodoma, una ciudad comparable con la gran Babilonia. El Apocalipsis nos pide apartarnos, no comulgar con la gran Babilonia (cf. *Ap 18, 4-5*), que hoy puede ser, en el sentido espiritual, cualquier gran urbe opulenta, idolátrica, pecadora y, sobre todo, anticristiana, sobre la que «en un solo día llegarán sus plagas, la muerte, el llanto y el hambre, y será quemada con fuego, porque poderoso es el Señor Dios que la ha juzgado» (*Ap 18, 8*; cf. también *Mal 3, 19*). Así como Lot no fue consumido, así no serían quemados aquellos que estén en gracia de Dios.

Ahora bien, es cierto que Dios prometió no mandar otro diluvio (cf. *Gn 9, 11*), que fue un castigo con el agua, pero no decretó nada sobre no mandar otro castigo con el fuego. Noé, por su parte, se salvó en el arca durante el diluvio:

Lo mismo que en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Pues, como en los días que precedieron al diluvio comían y bebían, tomaban mujer o marido hasta el día mismo en que entró Noé en el arca, y no se dieron cuenta sino cuando llegó el diluvio y los arrebató a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre (*Mt 24, 37-39*).

5. Es evidente el desprecio de Castellani por la interpretación *alegórica* del Milenio:

Es la opinión de los que sostienen que el cap. XX del Apokalipsys se debe interpretar alegóricamente. Es decir, que la primera resurrección significa la gracia; los tronos significan los obispos; las almas de los degollados significan los buenos cristianos; y el Milenio no es otra cosa que el reinado actual de la Iglesia en el mundo. Tropos... (2004, p. 65).

Sin embargo, ¿no puede afirmarse que la primera resurrección significa, en el sentido literal, la gracia, puesto que la *resurrección espiritual* es *real* y además es preciso resucitar *primero* el alma para ser digno de la resurrección gloriosa del cuerpo? No veo por qué calificar como *alegórica* esta interpretación.

Barriola recurre al cardenal Joseph Ratzinger, quien dirigió el último Catecismo, y cita de su obra *Escatología*:

El no frente al quiliasmo significa que la Iglesia rechaza la idea de una plenitud definitiva de tipo intrahistórico o la idea de una perfección interior de la historia en sí misma. Esto quiere decir que la esperanza cristiana no implica concepto alguno de una plenitud interior a la historia. Esa esperanza expresa, por el contrario, la imposibilidad de que el mundo llegue a la plenitud interior. Los distintos elementos conceptuales que sobre el fin del mundo proporciona la Biblia, tienen en común precisamente el representar un rechazo de la esperanza de una situación salvífica definitiva de tipo intrahistórico (1999, X, n. 104).

Lo que está en consonancia con el Catecismo de 1997 (cf. §§ 676-677).

A grandes rasgos, es posible resumir dos posturas acerca del Milenio, concepto que se encuentra en el capítulo 20 del Apocalipsis, entendido ampliamente como la duración del Reino de Dios, es decir, la Iglesia:

- 1) Termina con la Parusía y el fin del mundo. Hay una sola resurrección corporal universal, tanto la gloriosa de los bienaventurados como la no gloriosa de los réprobos, para el Juicio final. Esta tendencia la sostendría Barriola.
- 2) Termina con la Parusía y el fin del mundo. Hay una resurrección corporal gloriosa parcial, la de los bienaventurados solamente, tanto los que murieron en Cristo como los que le esperen estando vivos. Posteriormente, para la consumación del Juicio final, hay una resurrección corporal universal, tanto la gloriosa de los purgados como la no gloriosa de los réprobos. Esta tendencia es la propuesta aquí.

En ambas posturas, el Milenio es *preparusíaco*. En cuanto a la postura de los milenistas como Castellani, el Milenio no termina con la Parusía sino que comienza con ella. Por esto, es *posparusíaco*. Además, «habría dos resurrecciones, una parcial de los mártires y santos últimos, otra universal al fin de buenos y malos» (Castellani, 2010, p. 183). Hay dudas sobre si la Parusía coincide o no con el fin del mundo, según comenta Alfredo Sáenz:

Todos los milenistas suponen que habrá cierta comunicación entre los viadores y los santos, entre la tierra y el cielo, de donde se derivarán muchos bienes. ¿En qué forma será ello? Quizás el estilo del trato que había entre Cristo glorificado y sus apóstoles en los cuarenta días que

precedieron a la Ascensión del Señor, esbozo de estado glorioso de los Mil años. Posiblemente Cristo, la Santísima Virgen y los santos se aparecerán a los hombres, o al menos a algunos de ellos, de manera más frecuente que ahora...

Cerremos este espinoso asunto del milenismo. En *Su Majestad Dulcinea* señala Castellani que el problema es si Cristo ha de volver a consumir su Reino antes del fin del mundo o juntamente con el fin del mundo. Si la Parusía, el Reino de Dios, el Juicio Final y el Fin del Mundo, son cosas simultáneas, es muy probable que antes de esa consumación alboree en la historia un gran triunfo de la Iglesia y un período de oro para el cristianismo, el último período, por cierto, donde se acaben de cumplir las profecías, sobre todo la de la conversión del Pueblo Judío y la unidad de todos en un Único Rebaño bajo un Solo Pastor. Dicho período no podrá ser largo, durando quizás el tiempo de una vida humana. Después volverán a desatarse las tremendas fuerzas demoníacas previas al Triunfo Final de Cristo.

Pero si Cristo ha de venir antes, a vencer al Anticristo, y a reinar por un tiempo en la tierra; es decir, si la Parusía y el Juicio Final no coinciden, sino que son dos sucesos separados, según lo sostienen los Padres más antiguos, entonces no hay que esperar aquel próximo triunfo temporal de la Iglesia. La persecución se irá haciendo cada vez más intensa, casi insoportable, debiendo ser abreviada por la Segunda Venida de Cristo, que inaugurará un largo período de gloria y de paz.

Como resulta obvio, nuestro autor se inclina decididamente por la segunda variante, si bien lo hace con modestia: «Nosotros realmente no sabemos si el milenarismo es dogmáticamente o apodícticamente verdadero; ni tampoco lo contrario. Sabemos que es por lo menos una hipótesis (digamos) científica que nos satisface más; y que no se combate con insultos y con espantajos, sino con razones... Podemos, si no enseñarlo en cualquiera de sus formas, al menos tenerlo en cuenta en su forma espiritual más sesuda como una interpretación posible, no condenada»,

y hasta recomendada, como dijo San Jerónimo, a pesar de ser antimilenista, «por innumerables santos y mártires de ambas Iglesias latina y griega» (2005, p. 36).

Ciertamente, la Parusía será una sola vez, no dos veces, así como la Natividad fue una sola vez, no dos veces. Se lee en San Mateo: «la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Del mismo modo que se reúne la cizaña y se quema en el fuego, así será al fin del mundo. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles y apartarán de su Reino a todos los que causen escándalo y obran la maldad, y los arrojarán en el horno de fuego» (Mt 13, 39-42). Y en San Marcos: «Entonces verán al Hijo del Hombre que viene sobre las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará a los ángeles y reunirá a sus elegidos desde los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo» (Mc 13, 26-27). Según esto, vendrá Jesús con los ángeles, coincidiendo la Parusía con el fin del mundo. ¿Para qué, pues, separar la Parusía del fin del mundo?

Con respecto a que Satanás, atado con la Parusía, será desatado al terminarse el Milenio posparusíaco (cf. Ap 20, 7-8), escribe Sáenz: «No sabemos por qué tendrá que ser soltado de nuevo Satanás, comenta Castellani. Algunos opinan que aunque el demonio haya sido ligado, y por ende las tentaciones graves se encuentren amenguadas, el hombre no estará inmune de entibiarse» (2005, p. 37). Además:

Los milenistas defienden porfiadamente, observa Castellani, que la derrota del Anticristo y la del ejército Gog-Magog son dos cosas distintas, inasimilables. Se apoyan para ello en el texto mismo de San Juan: en el primer caso, la guerra era dirigida por la Bestia y el Falso Profeta, en el

segundo, por el Demonio; allá fueron vencidos por el Verbo de Dios, el caballero del blanco corcel, que bajó con sus santos desde las nubes, acá son devorados por el fuego del cielo, sin que Cristo se mencione para nada; allá no se habla de campamentos ni de ciudades, acá es asediada la Ciudad Santa; allá los judíos se convierten, acá aparecen ya convertidos, viviendo juntos y serenamente en su tierra. Trátase, por consiguiente, de dos guerras diferentes, la del Anticristo, antes de comenzar el Milenio, y la de Gog y Magog, a su término (2005, p. 37).

Esta interpretación es consecuencia de una lectura *lineal*, como vimos, entre los capítulos 19 y 20 del Apocalipsis, pero aquellos fragmentos debieran leerse más bien de forma complementaria. ¿Pues qué necesidad hay, después del Reino de Dios instaurado con la Redención, de un extenso Reino milenario posparusíaco de paz y prosperidad, habiendo sido vencido y expulsado el Anticristo dual al lago de fuego, para luego mermar y tender a estropearse con la guerra de Gog y Magog (cf. *Ez* 38-39), seducidas y reunidas las naciones de toda la tierra, cuyos anticristos serán innumerables como la arena del mar (cf. *Ap* 20, 7-8)? Si esto fuera creíble, significaría que la Parusía no habrá sido un hecho plenamente liberador del engaño del Anticristo dual, de modo que entonces la inmensa mayoría de la humanidad será todavía anticristiana. La Parusía habrá sido, pues, ridícula, pese a la destrucción del Anticristo dual. En otras palabras, el exterminio de las naciones paganas no habrá podido completarse. A no ser que lógicamente admitamos, si entonces la inmensa mayoría de la humanidad es seguidora de Cristo, que habrá sucedido una fabulosa apostasía entre los cristianos, incluso entre los judíos conversos, una vez desatado el tentador Satanás.

Sin embargo, profetiza San Pablo: «Que de ningún modo os engañe nadie, porque primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el

hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición» (2 Tes 2, 3). Este es un escollo contra tal interpretación del Milenio espiritual posparusíaco: la gran apostasía de la que habla el Apóstol, se insiste, es precursora y contemporánea del Anticristo. Es más, empeorándose con la malicia del Pseudoprofeta, sería el motivo necesario de la liberación de Satanás del abismo, ¿pues qué otra cosa es retirar los crucifijos y descristianizar el mundo, sino concederle más agilidad y poder al príncipe de las tinieblas? Pero el Anticristo, según estos milenistas, ya no existirá en el Reino milenario posparusíaco. ¿Entonces primero tiene que manifestarse el Anticristo y luego venir la apostasía? Sería una contradicción flagrante.

A mi parecer, la creciente apostasía, según constatamos hoy con la impiedad y la relajación moral en las naciones *poscristianas*, se opera ya desde el periodo preanticristiano, que se inició, conforme al texto de Valtorta, con la Segunda Guerra Mundial, profetizada en el Segundo Secreto de la Virgen de Fátima en 1917, y se agudizará, una vez entronizado el Pseudoprofeta en Roma, en el periodo anticristiano, del que en algún momento, habiéndose abierto el pozo del abismo, emergerá el Anticristo. Con esto en mente, es principalmente Satanás, un ángel, quien provocará la guerra de Gog y Magog por medio del Anticristo y el Pseudoprofeta con el fin de efectuar la gran tribulación y aniquilar en serio el cristianismo en toda la Tierra, hasta que ocurra la Parusía para arrebatarse a los elegidos y al mismo tiempo caiga, entre las conmociones catastróficas del fin del mundo, el fuego del cielo devorador de los impíos, eliminador del Mal y purificador de la Creación.

Bibliografía

- AGUSTÍN DE HIPONA (1972). *La Ciudad de Dios*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. Edición bilingüe, traducción de Santos Santamarta del Río, O.S.A., y Miguel Fuertes Lanero, O.S.A., y notas de Victorino Capanaga, O.S.A.
- AMORTH, Gabriele (2005). *Habla un exorcista*. 4.^a ed. Barcelona: Planeta. Presentación del padre Candido Amantini.
- BÁRCENA, Alberto (2016). *Iglesia y Masonería. Las dos ciudades*. Madrid: Ediciones San Román.
- BARRIOLA, Miguel Antonio (1999). «El reino de mil años (Ap 20, 1-10). Aportes para su interpretación». Córdoba. Documento disponible en Internet.
- BENEDICTO XVI (2007). *Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración*. Bogotá: Planeta.
- BENEDICTO XVI (2011). *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- CASTELLANI, Leonardo (2004). *Cristo ¿vuelve o no vuelve?* 3.^a ed. Buenos Aires: Vórtice. La primera edición es de 1951.
- CASTELLANI, Leonardo (2010). *El Apokalipsys de San Juan*. Madrid: Homolegens. La primera edición es de 1963.
- COOMARASWAMY, Rama P. (2007). *La destrucción de la tradición cristiana*. Madrid: Sanz y Torres.
- DELASSUS, Henri (1910). *La conjuration antichrétienne*, vol. 3. Lille: Desclée.

- EZCURRA MEDRANO, Alberto (2004). «Prólogo». En: CASTELLANI, Leonardo. *Cristo ¿vuelve o no vuelve?*, pp. 271-272. 3.^a ed. Buenos Aires: Vórtice.
- EZCURRA MEDRANO, Alberto (1990). *Historia del Anticristo*. Argentina: José Antonio López (Ed.).
- GAUDRON, Matthias (1997). *Katholischer Katechismus zur kirchlichen Krise*. En español: *Catecismo católico de la crisis en la Iglesia*. Editado por Rex Regnum. El texto español, disponible en Internet como PDF, se basó en la versión francesa.
- LEFEBVRE, Marcel (1987). *Le destronaron. Del liberalismo a la apostasía. La tragedia conciliar*. Ecône.
- MEINVIELLE, Julio (1970). *De la cábala al progresismo*. Salta: Editora Calchaquí.
- MIRETE PINA, Ángel (1998). *Apocalipsis I-XIII. 666. Una profecía cumplida*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- PAPINI, Giovanni (1960). *Historia de Cristo*. En: *Obras*, tomo IV. 2.^a ed. Madrid: Aguilar. Recopilación, prólogo y notas de José Miguel Velloso; traducción del italiano por Amando Lázaro Ros.
- PAPINI, Giovanni (1966). *Juicio universal*. En: *Obras*, tomo V. 2.^a ed. Madrid: Aguilar. Recopilación, prólogo y notas de José Miguel Velloso; traducción del italiano por Isidoro Martín.
- SÁENZ, Alfredo (2005). «El Apocalipsis según Leonardo Castellani». Pamplona: Fundación Gratis Date.
- SALGUERO, José (1965). *Epístolas católicas. Apocalipsis*. En: *Biblia Comentada. Texto de la Nácar-Colunga*, tomo VII. Madrid: Biblioteca

de Autores Cristianos. Índices generales de los siete volúmenes por Maximiliano García Cordero, O.P.

SANAHUJA, Juan Claudio (2010). *Poder Global y Religión Universal*. Buenos Aires: Vórtice.

TURRADO, Lorenzo (1965). *Hechos de los Apóstoles y Epístolas paulinas*. En: *Biblia Comentada. Texto de la Nácar-Colunga*, tomo VI. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

VIRIÓN, Pierre (1968). *La masonería dentro de la Iglesia*. Buenos Aires: Cruz y Fierro Editores. Prólogo de Julio Meinvielle.

ZAVALA, José María (2017). *El Secreto mejor guardado de Fátima. Una investigación 100 años después*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.